

DIOS SALVE A



VIAJE AL FUTURO DE ESTADOS UNIDOS
LAWRENCE WRIGHT

DEBATE

Dios salve a Texas

Viaje al futuro de Estados Unidos

LAWRENCE WRIGHT

Traducción de
Miguel Marqués Muñoz

DEBATE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@debatelibros



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

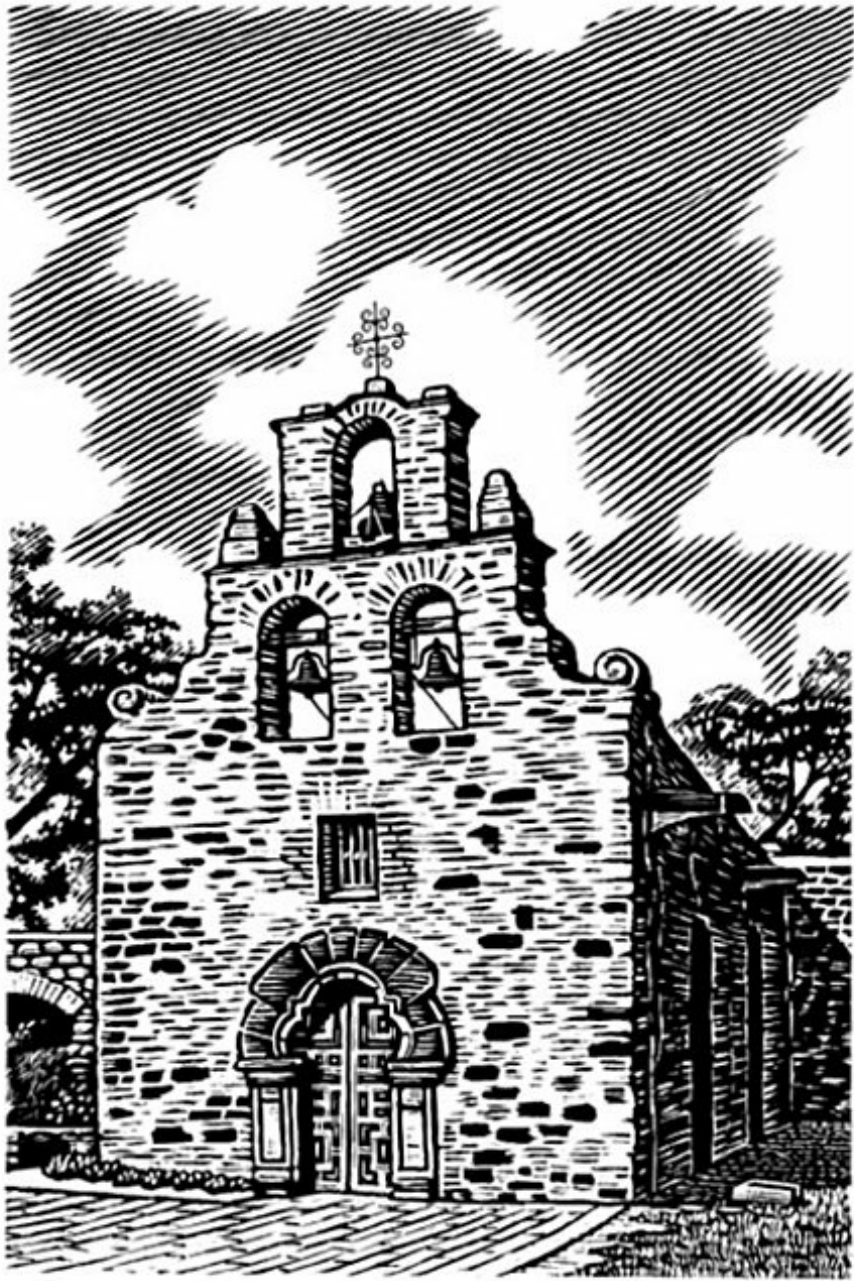


*Para Steve, que estaba al comienzo
y seguirá estando al final del viaje*

*We're oilmen and philosophers
Astronauts and ranchers
Fishermen and roughnecks
And college professors.
We're carpenters and preachers
And artists and physicians
High-tech geeks
And redneck musicians.
We're Church of Christ and Baptist
(Evangelical and Southern).
We're straight and gay and what the hey
We come in every color.
We're Czech and Greek and Mexican,
Vietnamese and Cajun
We sprawl a quarter million miles
We have no common language.*

*God save Texas
From the well-intentioned masses!
God save Texas
From the posers and jackasses!
God save Texas
He's the only one who can![\[1\]](#)*

Canción inédita de MARCIA BALL
y LAWRENCE WRIGHT



Los encantos naturales

Mi amigo Steve utilizó el adjetivo «sutil» mientras viajábamos en mi furgoneta desde Austin a San Antonio bajo una suave llovizna en una tibia mañana de mediados de febrero. Con esa palabra quería resumir el placer que uno experimenta al contemplar el paisaje de Texas. Se trata de un deleite sutil, que exige atención y observación, aunque, en realidad, en ese preciso instante, ante nosotros se extendía una interminable hilera de centros comerciales, entre los que serpenteaba la autopista interestatal. La sutileza es una cualidad que raramente sale a la luz cuando se habla de Texas, así que rumié esta idea durante unos momentos.

Hay algunos paisajes ideales para caminar, pues se revelan de manera tan íntima que el viajero debe dedicar tiempo a asimilarlos. Otros se aprecian mejor desde un coche, a una velocidad razonable. Y, por último, hay algunos que han de rebasarse a la mayor velocidad posible. En mi opinión, una gran parte de Texas entra en esta última categoría. Hasta Steve considera que Texas es el lugar «donde todo viene a extinguirse» —el Sur, las Grandes Llanuras, México o las cordilleras del Oeste estadounidense—; todo se difumina al llegar a Texas, cae en un anticlímax final, despojado de toda la gloria de la que hace gala cualquier otro lugar. Sin embargo, en el corazón de Texas existe otro tipo de paisaje que se ajusta idóneamente al ciclista que avanza a ritmo de

trote, dejando atrás el aroma de las flores silvestres y el trino del ruiseñor del Hill Country. Llevábamos las bicicletas en la parte de atrás de la furgoneta, y nos dirigíamos a explorar cinco misiones españolas a lo largo del río San Antonio, recientemente nombradas Patrimonio de la Humanidad. (Steve es Stephen Harrigan, amigo íntimo desde hace muchos años y distinguido novelista que actualmente está escribiendo una historia de Texas.)

Nos detuvimos en un Buc-ee's, en las afueras de New Braunfels, para comprar Gatorade para el viaje. Se trata probablemente del minimercado más grande del mundo, un tipo de plusmarca a la que solo Texas podría aspirar. Es asimismo la mayor gasolinera del mundo, con ciento veinte surtidores y ochenta y tres aseos que, en al menos una ocasión, han sido merecedores del galardón Mejor Aseo de Estados Unidos. Las vallas publicitarias anuncian así el lugar: «Las dos principales razones para parar en Buc-ee's son la número uno y la número dos. Y nuestros aseos: no te lo crees hasta que mees».

Sin embargo, gasolina y váteres no son los atractivos definitorios de Buc-ee's. La joya de la corona es Texas en sí o, al menos, los objetos materiales que personifican el estado en el imaginario de mucha gente, como hebillas gigantescas, barbacoas, música country, botas Kevlar que imitan la piel de serpiente, señales hechas de cuerda (un lazo dispuesto en la forma de alguna palabra, por ejemplo *howdy*,^[2] y pegado encima de un tablero con la bandera americana), pistoleras (pero no pistolas), camisetas (*Have a Willie Nice Day*),^[3] pegatinas para la parte de atrás del coche (*Don't Mess With Texas*),^[4] cualquier tipo de objeto con la forma del mapa del estado y libros de temas texanos (hay, entre otros, todo un estante con ejemplares de la novela superventas de Steve, *Las puertas de El Álamo*).

Últimamente se ha popularizado una imagen en camisetas, pegatinas y medidores de whisky, que consiste en un cañón de color negro acompañado de la leyenda *Come and Take It*.^[5] La provocativa cita tiene una larga historia

que se retrotrae a la batalla de las Termópilas, pues así respondió Leónidas I, rey de Esparta, a la exigencia de su homólogo persa, Jerjes, de que los griegos depusieran las armas. En Texas, estas palabras aluden a una batalla librada en 1835, que inauguró la revolución texana, cuando las fuerzas mexicanas marcharon sobre el puesto fronterizo del sur de Texas de Gonzales, a fin de recuperar un pequeño cañón de bronce que se había prestado a la ciudad para defenderse de los nativos. Los desafiantes gonzaleños izaron una tosca bandera, hecha con un vestido de novia, que se ha convertido en emblema del movimiento por el derecho a portar armas. El político conservador Ted Cruz, por ejemplo, llevó una insignia con esta bandera durante los largos discursos que pronunció en el Senado estadounidense contra los gastos en sanidad en 2013.

En Buc-ee's, el aspirante a texano puede equiparse de pies a cabeza no solo con ropa y complementos, sino con las poses culturales y filosóficas que conforman los estereotipos regionales, como el individualismo del vaquero, cierto carácter amigable pero a la vez receloso, un patriotismo exacerbado pero que a la vez planta cara a cualquier autoridad gubernamental, el agravio a flor de piel y la nostalgia por un pasado ideal que es fundamentalmente un invento hollywoodiense; en otras palabras, una sociedad pedestre que encuentra su máxima expresión en las gasolineras de las autopistas interestatales.

He vivido en Texas la mayor parte de mi vida y he llegado a apreciar lo que este estado simboliza, tanto para sus habitantes como para quienes lo ven desde fuera. Los texanos se consideran personas seguras de sí mismas, trabajadoras y a prueba de manías y neurosis, una síntesis de las mejores virtudes estadounidenses. Los foráneos ven en Texas el *ello* freudiano de Estados Unidos, un lugar en el que corren en libertad los impulsos más prohibidos y desafortunados. Muchos estadounidenses creen que el texano

celebra el individualismo irreflexivamente y ve en el Gobierno una especie de kriptonita que no hace sino debilitar el músculo empresarial. Se nos acusa de bravucones y manirroto, de vivir el día a día sin preocupaciones; se nos tiene por algo crédulos pero peligrosos si nos enfadamos, no del todo seguros de lo que hacemos pero obsesionados con el poder y el prestigio. En efecto, es irónico que la figura que mejor encarna los valores que la mayoría asocia con nuestro estado sea la del narcisista y multimillonario neoyorquino que se sienta en la actualidad en el Despacho Oval.

Evidentemente, dichas características también pueden resultar muy atractivas. Texas lleva décadas creciendo a un ritmo espectacular. El único estado más poblado que Texas es California, pero el número de texanos se habrá doblado para 2050 hasta alcanzar los 54,4 millones, casi tantos habitantes como los de California y Nueva York juntos. Tres ciudades texanas —Houston, Dallas y San Antonio— figuran entre las diez más pobladas del país. La undécima es Austin, la capital estatal, donde residimos Steve y yo. Es, además, desde hace cinco años, una de las que más rápidamente crecen del país. El área metropolitana cuenta ya con más de dos millones de habitantes, nada que ver con la pequeña ciudad universitaria a la que vinimos a vivir Steve y yo hace muchos años.

Hay un algo teatral en ser texano. Las botas, las camionetas, las pistolas, la actitud... todo ello forma parte del estereotipo, pero constituye también una farsa. Las opciones estéticas relacionadas con el estilo a la hora de vestir o con el tipo de vehículo a motor que suele verse en el estado refuerzan la identidad del texano, pero también la alienación del extraño.

Sobre el antiguo estereotipo van construyéndose otros nuevos —el del hípster, el del gurú informático, el del músico, el del magnate de los videojuegos—, así como una clase artística cada vez más amplia, que está remodelando la imagen que tenemos de nosotros mismos y demuestra que

Texas no cabe en el logo de una taza de café ni en una pegatina para la parte trasera del coche. «Soy el texano menos texano que conozco», observó en una ocasión Steve. Jamás lo he visto vestido de vaquero; ni siquiera con los pantalones. No se ha puesto unas botas desde que tenía seis años. En la universidad, practicaba equitación porque era obligatorio hacer algún deporte, y suspendió. Argumenta que fue un error burocrático, pero el hecho es que la última vez que montó a caballo se cayó y se rompió un brazo.

Ni Steve ni yo habríamos durado mucho en Texas si nos hubiéramos criado aquí y, aun así, hemos quedado tan marcados por su cultura que no nos la podemos sacudir de encima. En ocasiones nos hemos planteado ir a vivir a otro lugar, y también nos preguntamos por qué siempre terminamos quedándonos. En mi caso particular, he pensado más de una vez mudarme a Nueva York, donde vive la mayor parte de mis compañeros de oficio, o a Washington, que es el Shangri-La del periodismo político, pero en ninguno de los dos lugares me siento en casa. En Washington todo gira en torno a la política y, aunque los periodistas ejercen cierta influencia, en realidad se dedican más bien a ver el partido desde la grada. En lo que respecta a los intelectuales neoyorquinos, a veces me sacan de mis casillas con sus certidumbres progresistas, prestos a juzgar a todo el que difiera de ellos. La ciudad es como una colmena que late al compás de la indignación y la supremacía moral. Y, de todos modos, creo que soy demasiado rústico para la Gran Manzana. En una ocasión, iba caminando por la Sexta Avenida y vi a un señor mayor, elegantemente vestido, que paseaba de un lado a otro, con gesto aparentemente preocupado, por el bordillo de la acera. Afloraron entonces mis prejuicios contra la vida en la gran ciudad; era evidente que ese señor necesitaba ayuda, pero los viandantes pasaban junto a él sin siquiera mirarlo. En Texas no permitimos que un anciano desorientado corra peligro de esa manera. Me acerqué a él como habría hecho cualquier caballero texano y le

pregunté: «Señor, ¿se encuentra usted bien?». El tipo me miró sorprendido y respondió: «Estoy esperando un taxi».

Distintos autores han juzgado a Texas desde los primeros días de su historia, normalmente con duras palabras. El arquitecto Frederick Law Olmsted, que fue periodista antes de diseñar el neoyorquino Central Park, atravesó el país en 1854 y dejó escrito: «En Texas, a los caballos y a las esposas se les da la misma importancia que a un paraguas en estados más avanzados». En 1939, la novelista Edna Ferber hizo un viaje por el estado que fue la génesis de su exitosa novela *Gigante*, aparecida en 1952. En ella se popularizó la imagen del millonario texano, codicioso, provinciano y pintoresco, cuya fortuna provenía no tanto del trabajo duro y la inteligencia como del azar. El hecho de que esa imagen no estuviera muy lejos de la realidad contribuyó a que el estereotipo hiciese mella. John Bainbridge, periodista de *The New Yorker*, cruzó el estado en 1961 recopilando material para su libro *The Super-Americans*, y encontró que los texanos se nutrían aún de lo que él llamaba «ednafeberismo»: «Pocos documentos han producido tanto revuelo desde la Proclamación de la Emancipación como la novela de Ferber», observaba Bainbridge, señalando asimismo que la película inspirada en el libro acababa de estrenarse y que las entradas se habían agotado en casi todos los cines del estado. En la película, Rock Hudson interpreta a un rancharo con una hacienda de mayor extensión que algunos estados; James Dean es el granuja que, de la nada, consigue amasar una ingente fortuna; en tercer lugar, Elizabeth Taylor es la foránea que viene de la Costa Este con ánimo civilizador y que llama la atención sobre la explotación de los mexicanos, que se desloman a trabajar pero no participan de ningún beneficio. Han pasado tres cuartos de siglo desde la publicación de la novela original, pero los arquetipos codificados por

Ferber siguen definiendo la percepción que tienen de los texanos tanto el extraño como el autóctono.

Bainbridge observó que la condescendencia que los no texanos demuestran hacia el estado se hace eco de la tradicional postura del Viejo Mundo hacia el Nuevo: «Los defectos de Texas, tal y como apuntan la mayoría de los visitantes, no resultan en absoluto desconocidos, pues son los mismos por los que nos critican los europeos desde hace trescientos años: jactancia, subdesarrollo, incultura, materialismo y demás». El periodista caracteriza el desdén que se muestra por lo texano como la combinación de una «hostilidad nacida de la envidia» y de un «resentimiento arraigado en la nostalgia». «Texas es una superficie pulida en la que los estadounidenses se ven reflejados como en un espejo deformante, a una escala mayor que la real. Y ese reflejo no les gusta», añade.

Cuando Bainbridge visitó el estado, Texas seguía en la trastienda de la conciencia nacional y apenas ejercía influencia, salvo por su enriquecimiento imparable, originado en el petróleo, y por una cultura política suigéneris. Gail Collins, columnista de *The New York Times*, visitó el estado en 2012 para preparar su obra *As Texas Goes... How the Lone Star State Hijacked the American Agenda*; para ese año, el estado había acumulado tal poder económico y político que pocos se negaban a aceptar que Texas había salido de la trastienda y se apostaba ya, de cara al público, en el mostrador del país. Saltaron las alarmas: «Los texanos lo controlan todo —escribió Collins, expresando una habitual queja entre los progresistas—. Entonces, ¿por qué están siempre enfadados?».

Steve y yo nos hemos hecho en muchas ocasiones la pregunta de si Texas es responsable de propugnar la tenebrosa cultura política que se ha extendido por Estados Unidos, algo de lo que Collins y otros forasteros muchas veces acusan al estado de la Estrella Solitaria, señalando a Lyndon Johnson y Vietnam, a

George W. Bush e Irak, al congresista Tom DeLay y el controvertido proyecto de reforma de los distritos electorales, o a Ted Cruz y el Tea Party; una impresionante nómina de nombres propios que han contribuido al malestar nacional. Steve parte de la premisa de que Texas, sencillamente, forma parte de la cultura dominante. Diríase que ejerce una influencia desproporcionada, pero se trata, no en vano, de un estado gigantesco, en el que se sustentan tendencias que ya están en marcha a lo largo y ancho del país. «Si Estados Unidos fuera un barco, Texas sería la bodega —metaforiza Steve—. Cuando la carga se mueve, el rumbo del barco se ve afectado.»

Yo no soy tan indulgente. Creo que Texas ha alimentado una cultura política inmadura que ha hecho un daño terrible al estado y a todo el país. Como Texas participa de casi todos los compartimentos en que pueda dividirse Estados Unidos hoy —el Sur, el Oeste, las Llanuras, la minoría hispana y los inmigrantes, la frontera, la brecha entre campo y ciudad—, lo que ocurre aquí suele afectar de manera desproporcionada al resto del país. Quizá en Illinois y New Jersey haya más corrupción, y es posible que Kansas y Luisiana funcionen peor, pero no cargan con la responsabilidad de ser el futuro.

Decidimos comenzar nuestra gira por la más alejada de las cinco misiones, San Francisco de la Espada, fundada en 1731, a veintiún kilómetros de la cual se levanta la más antigua de ellas, El Álamo, en el centro de la ciudad de San Antonio.

Sobre el suelo de Texas se ha derramado mucha sangre. Aunque el término «terrorismo» no se había acuñado en el tiempo de la colonización, tanto ocupantes como ocupados sabían que había mucho en juego. Las torturas, las cabelleras cortadas, las decapitaciones y los asesinatos, tan indiscriminados como imaginativos, marcaron el conflicto entre los nativos y los colonos

Europeos. El objeto de las misiones era proporcionar un refugio a los indios coahuiltecos, donde convertirlos a la fe cristiana y formarlos como agricultores y artesanos. «El objetivo era españolizarlos cuanto fuera posible», dice Steve. Para su desgracia, los coahuiltecos se vieron atrapados en el fuego cruzado entre los españoles y los apaches y comanches que señoreaban las salvajes llanuras. «Era como la Siria de hoy.»

En la pequeña capilla de la misión se celebraba una boda, así que Steve y yo paseamos hasta una estructura aneja en la que una liga de béisbol amateur vendía carne a la parrilla. Comimos sentados en un banco, en un campo alfombrado de trébol violeta, junto al antiguo depósito de grano, escuchando la música nupcial. Una vaharada de incienso salió desde el interior del pequeño santuario y, de repente, el sol se abrió paso. Aun en pleno febrero, pudo sentirse el aliento de julio.

Al poco, emergieron los novios y, mientras repicaban las campanas, posaron ante el fotógrafo bajo el arco de herradura de la entrada. La historia deja interesantes rastros de sí misma —sutiles, como diría Steve— y aquí nos topábamos con un recuerdo de la Alhambra. Hablamos sobre cómo la colonización española de América no fue sino una extensión de la Inquisición y el derrocamiento de los árabes. Tras hacerse con Granada en 1492, los católicos españoles llevaron su guerra santa al Nuevo Mundo. A Texas tardaron en llegar un tiempo. Álvar Núñez Cabeza de Vaca naufragó cerca de la isla de Galveston en 1528. Los conquistadores trajeron consigo un muestrario completo de enfermedades europeas —peste bubónica, viruela, paperas, gripe—, lo que produjo uno de los peores desastres demográficos de la historia. «La mitad de los nativos murieron de una enfermedad de los intestinos, y nos culpaban a nosotros», lamentaba Cabeza de Vaca. Los indios que rescataron al español abandonado exigieron que hiciera las veces de médico, de modo que el primer europeo que llegó a Texas se encontró con el

dilema de curar las enfermedades que él mismo había causado. Generaciones más tarde, cuando los europeos empezaron a venir para quedarse, el densamente poblado territorio indio original se había visto reducido a los espacios abiertos donde se recibía a los frailes españoles con los brazos abiertos. Las misiones españolas son los objetos materiales más antiguos que pueden encontrarse en Texas, excepción hecha de puntas de flecha y huesos de dinosaurios.

Estábamos acabando de comer cuando vi a otra novia esperando junto a las murallas en ruinas; un fotógrafo negro y alto, con una cresta roja, estaba sacándole fotos mientras su rolliza madre mexicana le sujetaba la cola. Steve y yo echamos un vistazo al interior de la capilla y luego decidimos que era el momento de recoger y seguir nuestra ruta.

Pedaleamos a lo largo de un camino pavimentado que recorre la ribera del río, o lo que era antiguamente el río, antes de que lo canalizaran tras varias inundaciones acaecidas durante la primera mitad del siglo XX. A lo largo de los últimos veinte años, no obstante, se ha producido un heroico esfuerzo por devolver la vida a esta vía fluvial. Se instalaron arenales y cascadas artificiales y, en la actualidad, pueblan las orillas todo tipo de especies vegetales endémicas, lo que hace que el río parezca más río, pese a no serlo. Los cormoranes se posan sobre peñascos artísticamente colocados y extienden sus alas al sol, como capas vampíricas, para que se sequen. Pasamos frente a varias granjitas, donde nos llaman la atención los gallos y algún que otro quisquilloso pavo real. Estas aves, con su incesante y chirriante graznido, están entre los inmigrantes más molestos que ha recibido nuestro estado. Un amigo rancharo cuenta que los agricultores trajeron los primeros pavos reales porque, al parecer, cazan muchas serpientes. En algunos barrios de la ciudad se han convertido en una auténtica plaga. La mejor manera de hacerlos callar es instalar un gran espejo en las inmediaciones; al menos los machos se pasan

el día mirando su reflejo.

La invasión de los pavos reales me recuerda al estallido de la gran burbuja de los emús, en la década de 1990, cuando se llegaban a pagar en Texas hasta cincuenta mil dólares por una pareja criadora de esta ave no voladora australiana, de metro y medio de altura. El aceite de emú se publicitaba como tratamiento para el cáncer y la artritis, e incluso se decía que repelía a los mosquitos. Los filetes de emú aparecían en todas las cartas de los restaurantes. Muy pronto, hubo más de medio millón de emús correteando por los ranchos texanos, a los que al poco se sumaron los avestruces. Fue entonces cuando estalló la burbuja y los antiguamente cotizados emús se convirtieron en inquilinos indeseados que se subastaban a dos dólares la pieza. Se llegaba a dejar abiertas las verjas de los corrales para que escaparan. En algunos condados hubo que contratar a cazadores para hacer batidas y capturar a estos veloces pájaros, de legendaria tozudez. Hoy en día, siguen existiendo colonias de emús asilvestrados a lo largo y ancho del estado.

Texas no tiene, a efectos prácticos, ninguna ley que regule la crianza de animales exóticos. Desde que los responsables del rancho King soltaron una manada de nilgós en la década de 1930, todos los rancheros se han sentido obligados a tener en sus tierras cebras, camellos, canguros, gacelas e incluso rinocerontes. Los cazadores decidieron cruzar jabalíes rusos con los cerdos ferales, remanentes de los traídos por los colonos españoles, y ahora tenemos corriendo por el estado más de dos millones de cabezas. Estos jabalíes pesan el doble que un ciervo y tienen unos colmillos como bayonetas, con los que rompen vallados y destrozan cultivos y pastos, puesto que se comen las semillas de maíz antes incluso de que germinen. Alcanzan los cuarenta kilómetros por hora a la carrera y son capaces de oler a un ser humano a más de diez kilómetros.

Al menos, no son tigres. La Humane Society of the United States calcula que

hay más de tres mil de estos animales viviendo en cautividad en Texas, cifra superior a la de los ejemplares que se cree que viven en libertad en todo el planeta. Algunos llevan vida de mascotas en los jardines de los chalés. Durante las inundaciones de 2016 en el este del estado, un tigre se escapó en Conroe, con un collar y una cadena al cuello. Cuando mi esposa, Roberta, impartía clase de preescolar, fue en una ocasión a hacerse con materiales a un centro estatal de aprovisionamiento para profesores de la escuela pública, donde tenían cucarachas silbadoras de Madagascar para llevar al aula y que los niños jugasen con ellas. Y parece que eso es todo lo que hace falta.

¿Qué puedo contaros de Steve?

Michael Stephen McLaughlin es hijo de un piloto militar condecorado durante la Segunda Guerra Mundial, que murió en un accidente de aviación seis meses antes de nacer él. Su madre volvió a casarse y le cambio nombre y apellido a Stephen Michael Harrigan. O Michael Stephen Harrigan. En el carné de conducir aparece de una manera y en el pasaporte de otra. Ni él mismo está muy seguro de cuál es su nombre legal.

Steve siempre ha sido un hombre obstinado. De pequeño, una niña que le gustaba le regaló una piedra y él la llevó en el bolsillo dos años enteros. En una ocasión, mientras dábamos un paseo en bicicleta, me confesó que se le daban mal las bicis con cambios porque es de carácter muy inflexible.

Es una de esas personas que estornuda en series —le he llegado a contar catorce estornudos seguidos— y tiene impresionantes habilidades manuales; es capaz de chascar todos los dedos y pela naranjas con una cuchara. Es sonámbulo y a veces camina en sueños. Una vez llegó a ducharse y vestirse dormido. Es sabido que, cuando duerme en hoteles, cierra la habitación por dentro porque le preocupa salir a pasear por el pasillo en ropa interior. Es

padre de tres hijas adorables y, desde luego, ningún cromosoma Y.

Lo aqueja una urbanidad paralizante y le resulta físicamente imposible pasar por la puerta antes que cualquier otra persona que lo acompañe. Su amabilidad a veces le causa problemas, que él se toma como gajes propios de la caballerosidad. En una ocasión, vio que una mujer era maltratada por su pareja en plena calle; al tratar de defenderla, se llevó una paliza del novio mientras ella le gritaba que se metiera en sus asuntos.

Steve va al cine al menos dos veces a la semana. Va a ver incluso las películas rematadamente malas, por las que suele romper una lanza con argumentos indiscutibles, del tipo «consigue lo que se propone». Odia a los payasos y a los mimos, porque le parecen pura falsedad, pero se muestra indulgente con animalejos como las ratas o las serpientes, pues no pueden evitar ser lo que son.

Nada lo deprime más que una buena noticia. Anda siempre preocupado por el dinero, pero si le dices que ha ganado la lotería caerá en el marasmo, y no podrá evitar imaginar todas las cosas que empezarán a ir mal sin remedio. Él niega ser pesimista, lo que le ocurre es que no le gusta dejarse llevar por ensueños e ilusiones. «Esto podría ser lo peor que nos haya pasado en la vida», comentó lóbregamente cuando recibimos nuestro primer contrato cinematográfico.

Steve sigue teniendo la constitución de un defensa de fútbol americano, pero está calvo y la barba se le está encaneciendo. En cuestiones de moda, se inclina por la estética de supervivencia, y divide el mundo en dos tipos de personas: quienes están preparados para huir a las montañas de un día para otro y quienes se verán irremediamente atrapados en el campo de batalla vestidos de levita, como el Pierre de *Guerra y paz*, en el que es para él el pasaje más inquietante de la literatura universal.

Resulta que nacimos en el mismo hospital de Oklahoma City y vivimos

durante la misma época en la misma ciudad, Abilene. El padrastro de Steve era petrolero; por esta razón su familia se instaló en Texas. No nos conocimos hasta que yo me mudé a Austin, en 1980, para trabajar en la revista *Texas Monthly*, de la que Steve era redactor. Habiendo tenido vidas paralelas, estábamos destinados a encontrarnos en algún momento.

Los Wright recalaron en Texas por un terrible error de criterio. Mi bisabuelo, Edwin Wright, había nacido en Stratford-upon-Avon, una de las ciudades más encantadoras y con mayor enjundia histórica de todo el Reino Unido. Un censo británico de 1861 informa de su oficio: castrador. Su marcha sigue siendo un misterio irresoluto. Inmigró a Estados Unidos en la época de la guerra de Secesión, vivió durante varios años en Búfalo, en el estado de Nueva York, donde tenía un tío, y solicitó la ciudadanía en 1868. Se cree que desde allí fue a Minnesota, posiblemente para practicar su oficio con el ganado lanar. Para entonces tenía ya familia. Kansas ofrecía tierras gratuitamente a quienes las quisieran cultivar y Edwin decidió probar suerte allí. Fue entonces cuando cometió su colosal error.

Edwin no tenía ninguna experiencia agrícola, pero llegó a Kansas pertrechado con un arado de madera. Sus descendientes creemos que lo había comprado en Búfalo. Un arado de ese tipo era tecnología prehistórica incluso en aquella época, pues la madera se había sustituido hacía tiempo por el acero. Sin embargo, mi bisabuelo se bajó del tren, acompañado de su familia, y hubo de tomar una decisión. A un lado de las vías se extendían las praderas de tierra negra, que no podría roturar con su viejo arado; al otro, unas llanuras de una arena no mucho más densa que la de la playa. Fue ahí donde Edwin Wright se proclamó dueño de un pedazo de tierra, en el corazón de donde tendría lugar el Dust Bowl.[\[6\]](#)

Varias generaciones de los Wright se vieron duramente afectadas por aquella decisión malhadada. Mi padre, John Donald Wright, el menor de cinco hermanos, fue el único que logró salir de allí. Trabajó mucho para estudiar derecho y después pasó siete años en el ejército, destacado en Europa y en Corea. La abogacía no le gustó, así que decidió dedicarse a la banca, y así fue como acabamos en Texas. Mi padre era subdirector del Citizens National Bank de Abilene cuando el padrastro de Steve abrió un negocio en el centro de la ciudad. Nos preguntamos si tomarían juntos café alguna vez.

En 1960, mi padre tuvo por fin la oportunidad de dirigir un pequeño banco independiente, con sede en una galería comercial situada en el este de Dallas, entre una ferretería y un salón de belleza. Logró convertir aquel banco en una gran entidad y se sirvió de los recursos con los que contaba para ayudar a resucitar un barrio degradado, concediendo unos préstamos innovadores a jóvenes dispuestos a reconstruir casas viejas para habitarlas. Texas recibía con los brazos abiertos y ofrecía una oportunidad de éxito a los jóvenes ambiciosos como Don Wright.

Muchos años después, cuando ya había echado raíces en Dallas, mi padre viajó al Reino Unido y visitó Stratford-upon-Avon. Quería averiguar por qué su ancestro había decidido abandonar un lugar tan civilizado como aquel para instalarse en Kansas, donde había vivido en una casa de tepe, algo así como un iglú hecho con tierra. La casa de nuestros antepasados ingleses, muy al contrario, era una coqueta vivienda de ladrillo situada en West Street. Mi padre tocó a la puerta, pero nadie abrió. Él siempre había recordado a su abuelo como un viejo cascarrabias que odiaba a los niños. Quizá el carácter de mi antepasado estaba marcado por el arrepentimiento.

Años más tarde, Roberta y yo nos encontrábamos en Inglaterra, haciendo senderismo por las colinas Cotswold, y decidimos hacer un peregrinaje al viejo solar. Cuando tocamos al timbre, abrió un joven bangladesí que anunció:

«Señor no está». Mientras esperábamos a que el señor regresara, fuimos a ver la iglesia de la Santísima Trinidad, donde está enterrado Shakespeare. Su sepulcro ocupa una de las capillas, pero el cementerio de la iglesia está repleto de Wrights, nuestra veta madre patrilínea.

Conocimos por fin al propietario de aquella casa de dos dormitorios que vio nacer a nuestra rama del linaje Wright. Nos confió despreocupadamente que ahora es una fábrica ilegal de pantalones vaqueros; una especie de maquila, supongo, pero a pequeña escala. Los dormitorios de la planta superior estaban atestados de máquinas de coser. El tipo me regaló un par de vaqueros muy bonitos a modo de recuerdo.

Debo de haber heredado parte de esa inquietud que llevó a mi antepasado Edwin Wright a abandonar la tierra que lo vio nacer y a mi padre a escapar con mucho esfuerzo de Kansas. Al término de mi educación secundaria, yo estaba harto de Texas. Hacía todo lo posible por evitar su influencia. Había sido un joven creyente, pero me convertí en un existencialista bohemio. Renegué del acento, del que no había sido consciente hasta recibir la primera clase de español, cuando me oí a mí mismo hablando otro idioma con ese soniquete nasal tan típico del norte de Texas.

He visto este mismo fenómeno, el de dar la vuelta a la imagen propia, en personas que vienen de otros entornos con una fuerte huella cultural. Sin embargo, ser lo opuesto a lo que se era no es lo mismo que ser una persona nueva. En cuanto se abrieron las puertas a la libertad, hui. Quería vivir en un lugar abierto, tolerante, cosmopolita y bello. Estaba convencido de que no volvería jamás a este estado. Me convertí en ese personaje lamentable que es el texano que se odia a sí mismo.

Steve y yo pedaleamos hasta la misión de San Juan Capistrano, una estructura

sencilla, encalada, con su tradicional espadaña. La misión toma el nombre de Giovanni da Capistrano, fraile italiano que defendió a la Hungría católica de la invasión musulmana de 1456. Se conserva en el interior de una vitrina una talla de madera del santo, que en una mano sostiene una bandera roja y con la otra blande una espada. El santo, calzado con sandalias, eleva hacia el cielo una mirada beatífica mientras pisa la cabeza de una víctima recién decapitada.

En el exterior, un grupo de indígenas estaba desmontando un tipi enorme y cargaba los mástiles en un camión con plataforma. Un joven que observaba a los otros trabajar nos contó que allí, en el camposanto donde reposan sus ancestros, se había celebrado una ceremonia nativa la noche anterior, dentro del tipi. Habían asistido ochenta y cinco personas. «Es mucho trabajo», afirmó, mientras el resto trajinaba con los mástiles y los cargaba en el camión.

—Ya veo cómo colaboras —observé.

El chico sonrió y dijo:

—Yo me encargo de la administración.

—¿Es eso un altar o algo así? —preguntó Steve, señalando con un gesto hacia un montículo de arena rojiza que había quedado como resto de la ceremonia. Estos altares suelen tener forma de luna creciente, que simboliza el viaje de la vida a la muerte. Pero este montículo formaba un ángulo. Uno de los hombres de más edad nos miraba con los ojos entornados, apoyado en la plataforma del camión, pero de repente se le iluminó el rostro y manifestó que el altar era obra suya: «Es el altar de Quanah Parker», explicó, aludiendo al último gran jefe comanche.

Bajando el río, dejamos atrás las ruinas del hotel Hot Wells, antaño un balneario majestuoso al que acudían a tomar las aguas Rodolfo Valentino o Will Rogers. Gaston Méliès, uno de los pioneros del cine francés, levantó muy cerca un estudio de cine en 1910, con la esperanza de convertir Texas en lo que más tarde sería Hollywood. Su sueño no se cumplió, si bien el primer

Óscar a la Mejor Película le fue concedido en 1927 a *Wings*, que se rodó muy cerca, en la base aérea de Kelly Field. Seguimos pedaleando, para dejar atrás lo que podría haber sido la historia alternativa de Texas.

Hubo una época en la que Steve y yo nos planteamos mudarnos a Los Ángeles para dedicarnos al cine: nuestra historia alternativa. Acabábamos de vender un guion a Sydney Pollack, justo después de que hubiese dirigido *Tootsie*, cuando era uno de los reyes de Hollywood. Durante el vuelo de vuelta en primera clase, tratamos de imaginar cómo serían nuestras vidas a partir de entonces. Un amigo nuestro que trabajaba en el mundo del cine nos advirtió de que escribir guiones para películas era como criar niños para darlos en adopción. Nos consolarían de esos sinsabores, por otro lado, el buen tiempo y la pasta que íbamos a ganar.

Sydney rodó *Memorias de África* en lugar de nuestro guion. Pero nosotros teníamos otro proyecto, esta vez para Jane Fonda. Cuando llegamos a su despacho de Santa Mónica, nos abrió la puerta y nos llamó asomando la mano. Llevaba subido el cuello de la blusa azul, a juego con sus ojos espectaculares. Lucía una leonina melena rubia. Era la época en que triunfaba con sus vídeos de aeróbic y estaba tan en forma que parecía capaz de saltar por encima de un edificio.

—Hola —saludó—. Soy Jane Fonda.

—Hola —repliqué yo—. Yo soy Steve Harrigan.

No sé por qué me presenté de esa manera. A Jane nunca le cogimos las vueltas y siempre se mostró un poco inquieta en nuestra presencia a partir de entonces. El caso es que en ese tiempo se casó con Ted Turner y terminó dejando el cine; Steve y yo, por nuestra parte, volvimos a nuestros libros y artículos. El atractivo de Hollywood se fue desvaneciendo, aunque de vez en cuando seguimos haciendo, en la distancia, trabajos relacionados con el cine y la televisión. Otra amiga mía regresó a Austin tras pasar un par de años

trabajando como guionista en Hollywood. «Un día, en Los Ángeles, escuché a un sinsonte que imitaba con su canto la alarma de un coche —me contó—. Fue entonces cuando supe que yo era como un pájaro que había perdido su canto.»

Decidimos dejar las dos misiones más bonitas, Concepción y San José, para la vuelta, y así poder dedicar más tiempo a El Álamo. Contra el horizonte se recortaba la Torre de las Américas, el único vestigio de la HemisFair, la exposición universal celebrada en 1968. En una ocasión, un congresista estatal de San Antonio, V. E. Berry, alias Red, jugador profesional de cartas, propuso dividir Texas en dos. San Antonio sería la capital de la mitad sur, y el despacho del gobernador estaría en el actual restaurante giratorio de la cúspide a la Torre de las Américas. El sur de Texas es hoy día una provincia lingüística virtual, como Quebec, y San Antonio hace las veces de su capital bilingüe.

Enseguida estuvimos rodando por calles urbanas, atravesando el barrio histórico de King William, con sus grandiosas casas decimonónicas de estilo alemán apiñadas bajo enormes robles y pacanas, y luego el centro, de edificios poco elevados. A diferencia de otras bulliciosas metrópolis texanas, San Antonio sigue teniendo el aspecto de las ciudades que aparecen en las postales coloreadas de principios de siglo XX.

Estábamos acalorados por el paseo y Steve propuso tomar un sorbete. Las abejas zumbaban en torno a los dispensadores de sirope del puesto de helados que había frente a la entrada de El Álamo. En la plaza, contemplamos el Cenotafio, sobre el que orinó el vocalista de Black Sabbath, Ozzy Osbourne, en 1982. El cantante, al que remordía la conciencia, pidió públicamente perdón después. La barricada de piedra que antaño rodeaba la misión deja espacio hoy a atracciones turísticas parasitarias, como el Museo Guinness de

los Récords o la Casa Encantada de Ripley. Steve me indicó la zona por la que entraron las fuerzas mexicanas, junto a la esquina de lo que había sido el lienzo de muralla septentrional, en el lugar que hoy ocupa Tomb Raider 3D.

El Álamo en sí es una modesta construcción de piedra caliza, que amarillea por la pátina del tiempo, como los dientes de un anciano. La primitiva simetría de la fachada, con su frontón abovedado, hace pensar en el dibujo de un niño y está grabada a fuego en el imaginario colectivo texano. Steve la describió en una ocasión como «una estructura rechoncha y de extraña configuración, inescrutable por donde se la mire». Aquí, en 1836, se encerraron 250 hombres y algunas mujeres y niños, decididos a cortar el avance de los ejércitos del general Antonio López de Santa Anna, el arrogante presidente mexicano, que se tenía por el Napoleón de América. Santa Anna podría haber pasado por alto San Antonio y haber dejado un destacamento que asediara a los rebeldes refugiados en la misión, mientras su ejército seguía los pasos a las huestes insurgentes del secesionista Sam Houston. Los infelices que defendían la plaza esperaban refuerzos de un momento a otro. «El Álamo era un puesto de control del Camino Real, la única calzada y ruta de aprovisionamiento que conectaba Texas con México —señaló Steve—. Los defensores quedaron atrapados y Santa Anna fue inteligente y atacó antes de que llegara la ayuda.» Houston, por su parte, nunca quiso defender El Álamo; de hecho, su propuesta había sido volarlo.

Los desafiantes texanos (*texians*, como se les conocía entonces en inglés) repelieron a las fuerzas de Santa Anna durante trece días, bajo el mando de un joven y brioso abogado de Alabama llamado William Barret Travis. Lo acompañaban Jim Bowie, especulador de tierras muy conocido por su habilidad con el cuchillo, y David Crockett, legendario pionero y excongresista, al que en alguna ocasión se había propuesto como posible candidato a la Casa Blanca. Tras habersele apartado del cargo en una

votación, Crockett advirtió a los votantes de su circunscripción, Tennessee: «Podéis ir todos al infierno, y yo me iré a Texas». Un ejemplo seguido por otros muchos desde entonces.

De niños, Steve y yo caímos bajo el hechizo de la leyenda de El Álamo, adoctrinados por la serie de televisión *Davy Crockett*, de Disney, que Steve compara con *Star Wars* o *Harry Potter* en lo que se refiere al influjo cultural. Como todos los niños de nuestro entorno, nos sabíamos de memoria la canción de la serie (*Davy, Davy Crockett, king of the wild frontier!*) y teníamos unos gorros de piel de mapache como el suyo, una opción estética difícil de explicar, pero que no me extrañaría ver rescatada por algún tatuado de los que se pasan la tarde ironizando en un café. Mi familia se acababa de mudar desde Abilene a Dallas en 1960, cuando se estrenó, en el cine Capri, la película *El Álamo*, con John Wayne en el papel de Davy Crockett. En ese momento, la película se entendió como un grito de guerra a favor de la política derechista de la que Wayne era adalid, siendo los asediadores mexicanos un trasunto del comunismo internacional. Sin embargo, en Texas, *El Álamo* se convirtió en un mito fundacional. De alguna manera primaria e irresistible, aquella película nos explicaba quiénes éramos.

Uno de los fans de los libros de Steve es el cantante británico Phil Collins, quien ha reunido una de las colecciones de reliquias de El Álamo más importantes del mundo, entre ellas un fusil perteneciente a Crockett y un cuchillo que fue propiedad de Jim Bowie. De niño, Collins también se obsesionó con Davy Crockett y el mito de El Álamo. Su abuela cortó un abrigo de piel para hacerle un gorro que imitaba uno de piel de mapache como el de Crockett, que no debía de ser tan fácil de conseguir en Londres como lo era en Texas. Collins le contó una vez a Steve que, cuando por fin visitó El Álamo — en 1973, siendo todavía el batería de Genesis—, se sintió como cuando conoció a los Beatles en persona.

Collins desató inintencionadamente una acérrima batalla política y legal entre las Hijas de la República de Texas, celosas guardianas de El Álamo desde hacía más de un siglo, y el recién elegido director de la agencia texana de gestión del territorio, George P. Bush, hijo del exgobernador de Florida y candidato presidencial Jeb Bush y sobrino de George W. Bush. En 2014, Collins ofreció su colección de artefactos al estado de Texas, con la condición de que se construyera un lugar apropiado —a saber, un museo en el que se debían invertir cien millones de dólares— para albergar la colección de El Álamo Phil Collins.

George P. Bush arrebató el control de El Álamo a las Hijas de la República de Texas, que llevaban tiempo haciendo frente a dificultades económicas, y se comprometió a restaurar el edificio y dar a la plaza un aire más sobrio. Dadas las raíces hispanas de su madre, se espera que aporte una visión más imparcial de los hechos elevados a leyenda en El Álamo y que aborde el asunto del pecado original que fue la Revolución de Texas. Stephen F. Austin fundó la colonia texana como un imperio algodonero levantado con mano de obra esclava. México prohibió la esclavitud en 1829, pero apaciguó a los colonos anglosajones eximiendo a Texas. La Constitución de la República de Texas no solo legalizaba la esclavitud, sino que prohibía la emancipación de cualquier esclavo, salvo previa autorización del Congreso estatal. En 1845, el desplome del precio del algodón trajo consigo la quiebra de la joven república, que se enfrentaba al dilema de ser anexionada por Estados Unidos como estado esclavista o aceptar un rescate por parte del Reino Unido y seguir siendo independiente. Se trataba de un préstamo con truco, ya que los texanos tendrían que pagar salarios a todos los trabajadores, esclavos o no. El Tea Party podrá darse muchos golpes en el pecho y jactarse cuanto quiera de la secesión, pero Texas prefirió sin miramientos renunciar a su independencia antes que al esclavismo.

Al atravesar la sólida puerta de madera que da paso al silencioso Santuario de la Libertad de Texas, se pide a los hombres que se quiten el sombrero. «Guarda silencio, amigo —se ordena en una placa—. Aquí murieron héroes para allanar el camino a otros hombres.» Desde mi última visita, las exposiciones han mejorado y las salas de la sacristía, donde se resguardaron mujeres y niños durante la masacre, se han abierto al público. Entre las reliquias de las vitrinas, figuran un chaleco decorado con cuentas que perteneció a Crockett, una cuchara de plata de Bowie y la cuchilla de afeitar de Travis. Las estridentes pinturas con escenas de la batalla que colgaban antaño de las paredes se han retirado y hoy pueden verse los desvaídos frescos de la estructura original.

Pasamos por la tienda de recuerdos, que, como puede imaginarse, es una especie de Lourdes del kitsch texano. Pueden comprarse gorros de mapache a 12,99 dólares la unidad, o reproducciones de la carta de despedida de Travis, en la que este jura «morir como un soldado que jamás olvida lo que debe a su propia honra y a la de su país: victoria o muerte». Todo ello cuenta con la aprobación de Steve, en cierto modo, ya que «no hay por qué acabar con todo, ni todo tiene por qué ser de un gusto exquisito». De hecho, tiene una corbata que compró aquí mismo hace algunos años y en la que aparece un dibujo que ilustra a Travis marcando con su sable la legendaria raya en la arena. Supuestamente, dijo: «Quienes estén preparados para dar su vida por la causa de la libertad, que crucen a este lado de la raya, conmigo». Travis fue de los primeros en caer durante el asalto, que duró apenas una hora y media. Su esclavo, Joe, sobrevivió, como las mujeres y los niños.

Cuando dimos por concluido nuestro paseo, ya había caído el sol. De vuelta a Austin, nos detuvimos a cenar en un pequeño pueblo de herencia alemana llamado Gruene. Fue aquí, en 1979, donde empezó a tomar forma mi decisión de volver a Texas. Estaba entonces escribiendo un artículo para la revista

Look, acerca de los doce hombres que han caminado sobre la superficie de la Luna. Uno de ellos, Charlie Duke, vivía en New Braunfels, Texas, y allí acudí a entrevistarlo. Mi hotel, el Prince Solms Inn, llamado así en honor del oficial que fundó las colonias alemanas en Texas, tenía un *ratskeller*.^[7] Me propuse tomar una cerveza y un poco de chucrut y retirarme después con un libro (típica noche de sábado en New Braunfels). Sin embargo, el destino decidió poner un obstáculo insalvable en mi camino: Frank Bailey, el crítico gastronómico de la revista *Texas Monthly*. Dimos una vuelta en coche por las colinas de Hill Country y comimos en un restaurante de carretera, en el que Frank pidió un filete de más de siete centímetros de grueso, muy poco hecho, un ladrillo de carne sanguinolenta. Terminamos en el Gruene Hall, la sala de baile más antigua de todo el estado. Un grupo llamado Asleep at the Wheel tocaba swing texano. Los teloneaba un joven llamado George Strait. La gente bailaba en pareja; los chicos llevaban los botellines de cerveza metidos en los bolsillos traseros del vaquero y las chicas vestían unas aerodinámicas faldas. Había algo sospechosamente cautivador en aquella escena, y llegué a preguntarme si no lo habrían preparado a propósito para mí. Se me revolvieron los recuerdos. La música, los acentos, la comida; todo me era familiar y, a la vez, parecía escogido para que un exiliado impresionable como yo se fijara en ello y lo apreciara.

En ese momento, mi esposa y yo vivíamos en Atlanta. Aquella noche, la llamé: «En Texas está pasando algo». No fui capaz de expresarlo de otra manera en ese momento. Era algo, en efecto, sutil.



Historia de tres pozos

Uno no es de Texas si no se ha topado con el desdén progresista hacia su estado natal, incluso de personas que jamás han estado aquí. En el momento en que detectan el acento, la nota política discordante o la mínima fanfarronería, empieza a manar una emotividad ultrajada. Hay una parte que es miedo, pues cada año que pasa Texas gana escaños en el Congreso y votos electorales, en paralelo con una deriva a la derecha que arrastra consigo al resto del país. Los conservadores consideran a Texas la Tierra Prometida del emprendimiento, y los progresistas solo ven un capitalismo al más puro estilo del magnate Daddy Warbucks; rapaz, depredador y sin corazón. En Noruega —ese país serio, pacífico e ideológicamente de derechas— se dice *Det var helt Texas!*, que viene a querer decir «¡Esto es una locura!». «En realidad se dice con un toque de admiración», me asegura un amigo de ese país.

Texas es indefectiblemente comparada con California, su antítesis política. En California hay una mayor regulación y los impuestos son más altos, mientras que Texas pone menos trabas y es uno de los estados con menos carga fiscal del país. Todos los cargos estatales en California están ocupados por demócratas, cuando en Texas no ha habido un demócrata en un puesto de ámbito estatal desde hace más de veinte años. El producto interior bruto de Texas es de 1,6 billones de dólares; si fuera un estado independiente, sería la

décima economía del mundo, por encima de países como Canadá o Australia. California tiene un 40 por ciento más de población y su producto interior bruto es de 2,6 billones, lo que la convierte en la quinta mayor economía del mundo, justo por delante de Reino Unido.

Sin embargo, Texas acorta distancias con California tanto en lo demográfico como en lo económico. Las exportaciones texanas se acercan a las de los estados de California y Nueva York sumadas. Sí, es cierto que en gran medida se debe al petróleo y sus derivados, pero Texas supera a California también en la exportación de tecnología, por ejemplo. Entre 2000 y 2016, el empleo creció en un 31 por ciento en Dallas y Houston, un porcentaje tres veces mayor que el de Los Ángeles. En Austin, el crecimiento del empleo ha sido de más del 50 por ciento por el mismo periodo.

Todo ese vigoroso crecimiento en Texas se frenó cuando el precio del petróleo, que había ascendido hasta los 145 dólares el barril en 2008, se desplomó en 2014, cayendo en última instancia por debajo de los 30 dólares el barril. En 2016, por primera vez en doce años, la tasa de crecimiento de empleo cayó en Texas por detrás de toda la nación. Solo en Houston se perdieron unos setenta mil empleos relacionados con el sector energético. El producto interior bruto californiano creció más rápido que el texano en los dos primeros trimestres de ese año. En el tercero, sin embargo, cuando los precios del petróleo empezaron a estabilizarse, Texas volvió a adelantarse. Quienes critican el modelo económico texano afirmarán, pues, que eso demuestra que no hay trucos en la política del estado. Lo que hay es petróleo.

Las numerosas capas del subsuelo de Texas reciben nombres que reverberan entre los profesionales del sector del petróleo e incluso forman parte del imaginario del texano de a pie. Barnett Shale, Wolfcamp, Austin Chalk; todas

ellas guardaban un tesoro oculto que esperaba ser descubierto. La gran historia del petróleo de Texas comienza, en realidad, en tres pozos.

A principios del siglo XX, en las inmediaciones de Beaumont, en la costa del golfo de México y cerca del límite estatal con Luisiana, se bautizó como Sour Spring^[8] a una colina que emitía gases sulfurosos. Estos se filtraban de tal manera que los chavales del pueblo a veces se dedicaban a prender fuego a las laderas. Pattillo Higgins, empresario de cuestionable reputación que había perdido un brazo en un tiroteo con el segundo del sheriff, estaba convencido de que en el subsuelo de esa elevación había petróleo. En ese momento no se perforaban los pozos mediante rotación, sino que se hacía por el sistema de percusión. Sin embargo, las finas arenas de la colina de Sour Spring dieron al traste con los varios intentos de realizar una perforación decente. Higgins vaticinó que aparecería petróleo a algo más de trescientos metros, una cifra que se había sacado de la manga.

Higgins contrató a un ingeniero de minas, el capitán Anthony F. Lucas, estadounidense nacido en Croacia y formado en Austria. El primer pozo del capitán Lucas llegó hasta los ciento setenta y cinco metros, profundidad a la que la tubería se rompió. Lucas decidió entonces usar un trépano rotatorio, una novedad en aquella época, que él creyó más apropiado para penetrar a través de capas de suelo blando. Los trabajadores descubrieron además que, si se bombeaba lodo al interior del agujero, este formaba una especie de cemento que consolidaba a las paredes. Estas innovaciones inauguraron la moderna industria de la perforación.

Lucas y su equipo esperaban que el pozo produjese cincuenta barriles al día. El 10 de enero de 1901, a trescientos diez metros, casi la profundidad predicha a voleo por Higgins, el pozo empezó súbitamente a vomitar barro y, a continuación, eyectó seis toneladas de tuberías por lo alto de la torre de perforación. Nadie había visto algo así jamás. Fue terrorífico. En el silencio

nervioso que siguió, los estupefactos operarios, cubiertos de barro de pies a cabeza, trataron de alcanzar la abertura y se dispusieron a retirar los restos de tubería. A continuación, oyeron un rugido que ascendía desde las entrañas de la tierra. Algo como de otra era, de millones de años atrás. Brotó entonces un surtidor de barro, al que siguieron piedras y gas, y luego petróleo, que se elevó por los aires hasta los cincuenta metros de altura. Un géiser negro por el que sangraba la vía abierta artificialmente en el que era entonces el yacimiento petrolífero más grande conocido. Durante los siguientes nueve días, hasta que el pozo se selló para siempre, se recogieron del surtidor cien mil barriles de petróleo, más que en todos los demás pozos del país sumados. Después del primer año de producción, de aquel pozo, al que Higgins bautizó como Spindletop, se obtenían diecisiete millones de barriles de petróleo al año.

En aquellos días, Texas era un estado casi enteramente rural. No había grandes ciudades y la industria era prácticamente inexistente; la economía se sustentaba en el algodón y la ganadería. Spindletop cambiaría las tornas de manera radical. Los texanos siempre han sospechado de los intereses empresariales foráneos —en aquel momento, la Standard Oil de John D. Rockefeller—, así que se crearon dos empresas para explotar el nuevo yacimiento, Gulf Oil y Texaco (hoy en día fusionadas con Chevron). El boom hizo millonarios a algunos prospectores, pero el repentino exceso de petróleo no fue una bendición para Texas en todos los aspectos. En los años treinta los precios se vinieron abajo hasta el punto de que en algunas partes del país el petróleo era más barato que el agua. Este patrón se convertiría en un modelo económico habitual en Texas, muy polarizado entre el éxito absoluto y el fracaso total.

En agosto de 1927, Columbus Marion Joiner, buscador de petróleo y queridísimo timador conocido por todo el mundo como Papá, empezó a perforar en el este de Texas, cerca de Henderson, en la finca Daisy Bradford,

llamada así por la viuda que tenía la propiedad de la tierra. Joiner no tenía apenas dinero y menos aún suerte. Sus dos primeros pozos no dieron ningún resultado. Para convencer a los inversores de que le prestasen dinero para un tercer pozo, falsificó unos informes geológicos que indicaban la presencia de diapiros salinos y anticlinales rebosantes de petróleo. El informe predecía que a poco más de mil metros de profundidad encontrarían el mayor yacimiento petrolífero del mundo. De nuevo, una predicción al azar resultó ser completamente cierta.

Papá Joiner tenía en mente alcanzar la capa de arena conocida como Woodbine, que se sitúa por encima de una capa de caliza llamada Buda, muy rica en fósiles de los saurios que poblaban los someros mares cretácicos. A lo largo de millones de años, el plancton, las algas y otros materiales orgánicos atrapados en la capa arenosa se transformaron en petróleo o gas. Pasaron tres años y medio en los que Joiner no dejó de bregar, pagando a sus obreros con pagarés y vendiendo certificados por valor de veinticinco dólares a los granjeros de la zona, con objeto de reunir el dinero necesario para finalizar el desvencijado pozo. Cuando Joiner llegó los 1.053 metros de profundidad, se extrajo una muestra de arena saturada de petróleo. Entonces se reunieron miles de personas en torno al pozo, para ver cómo los trabajadores perforaban y tomaban muestras toda la noche. Imaginemos la escena: agricultores con peto vaquero, mujeres ataviadas con vestidos cosidos por ellas mismas a partir de los patrones de los grandes almacenes Sears, todos soñando con una vida que les permitiera pasear elegantemente vestidos por majestuosos bulevares, tasando a ojo las alhajas de los escaparates y barajando inversiones. Un sueño que estaba a punto de hacerse realidad para muchos de ellos. A última hora de la tarde del 3 de octubre de 1930, se oyó un borboteo; dos noches después, manó un abundante y prolongado géiser de petróleo. La gente se puso a bailar bajo la lluvia negra, los niños se pintaban la cara con ella.

De la noche a la mañana llegaron nuevos prospectores, acompañados de grandes empresarios. A los nueve meses del descubrimiento del pozo Daisy Bradford n.º 3, había mil pozos en funcionamiento en el yacimiento del este de Texas, los cuales cubrían la mitad de la demanda estadounidense. Para dar servicio a los obreros, aparecieron como champiñones hoteles, salones y los inevitables campamentos. Localidades como Tyler, Kilgore y Longview se encontraron de un día para otro inmersas en un bosque de torres de perforación que se alzaban en los patios traseros y se cernían sobre los edificios del centro de la ciudad. En una manzana de Kilgore había cuarenta y cuatro. Se decía que se podía saltar de una torre a otra sin tocar el suelo. Los texanos bombearon tanto petróleo desde la capa de arena Woodbine que los precios cayeron de 1,10 dólares a 13 centavos. El gobernador cerró los pozos en un intento de contener el desplome.

Los años de promesas temerarias le valieron a Joiner multitud de demandas, así que este decidió vender su participación al magnate H. L. Hunt, quien terminaría convirtiéndose en el hombre más rico del mundo en su tiempo. Papá Joiner murió en Dallas, en 1947, arruinado.

A mediados de la década de 1990, el negocio del petróleo en Estados Unidos empezó a renquear. La industria parecía al borde del llamado pico del petróleo, el momento en que se ha extraído la mitad de todo el petróleo accesible del planeta. Al otro lado de ese pico esperaba una escurridiza pendiente de rendimientos cada vez menores. Las principales petroleras comenzaron a centrar esfuerzos en prospectar fuera de Estados Unidos, país cuyas reservas se consideraban casi agotadas. El final de la era de los combustibles fósiles no era inminente, pero había dejado de ser una fantasía inimaginable.

La situación era totalmente clara para George Mitchell, uno de los prospectores independientes más famosos de Texas. Su padre, Savvas

Paraskevopoulos, había nacido en un pequeño pueblo de Grecia en el que había pastoreado cabras y, tras emigrar a Estados Unidos, fue limpiabotas en Galveston y se cambió el nombre a Mike Mitchell. George logró entrar en la Universidad de Texas A&M y estudió geología e ingeniería del petróleo, graduándose entre los mejores de su clase. En 1952, por consejo de un corredor de apuestas, se hizo con una parcela de tierra en el condado de Wise, al norte de Texas, lugar al que llamaban el «cementerio de los prospectores independientes». Poco después había abierto trece pozos en los que encontró petróleo, los primeros de los diez mil que perforó a lo largo de su carrera profesional.

En 1954, Mitchell obtuvo un lucrativo contrato para cubrir el 10 por ciento de las necesidades de gas natural de Chicago, más de cinco millones y medio de metros cúbicos diarios. Sin embargo, con el paso de los años, los pozos operados por la Mitchell Energy & Development fueron secándose. Necesitaba descubrir nuevos yacimientos petrolíferos, o alguna otra fuente de energía.

Mitchell se había dejado persuadir por un influyente informe, aparecido en 1972 y firmado por un equipo internacional de científicos liderado por Dennis L. Meadows del MIT. El informe se titulaba *The Limits to Growth* («Los límites del crecimiento») y en él se examinaban una serie de variables — población, producción de alimentos, industrialización, contaminación y consumo de recursos naturales no renovables—, todas las cuales aumentaban exponencialmente. «En el supuesto de que no se produzca ningún cambio importante en el actual sistema, el crecimiento demográfico e industrial se detendrá sin duda en el próximo siglo, como muy tarde», advertían enfáticamente los autores en el capítulo dedicado a la mengua de recursos naturales. Incluso en el supuesto más optimista —a saber, la duplicación de los recursos naturales disponibles—, el medio ambiente sería incapaz de

absorber la contaminación, lo que tendría consecuencias igualmente nefastas: «El sistema mundial se comporta de una manera básica: población y capital crecerán exponencialmente hasta el colapso». La única forma de detener la carrera hacia el desastre es lograr lo que los autores del informe llaman «equilibrio». Eso significaría sacrificar ciertas libertades, «como las de tener un número ilimitado de hijos o la de consumir cantidades incontroladas de recursos».

Padre de diez hijos, Mitchell ciertamente no había hecho gran cosa por el control poblacional, pero se había comprometido profundamente con la idea del crecimiento responsable y el bienestar medioambiental. En 1974 fundó una comunidad en las afueras de Houston llamada The Woodlands, planificada según principios ecologistas. (Actualmente, viven en ella más de cien mil personas y es sede de varias empresas.) Mitchell comenzó a organizar congresos allí, inspirados en las ideas de *The Limits to Growth*. Él y su esposa, Cynthia, crearon una fundación dedicada en gran medida a promover la sostenibilidad.

En 1980, Mitchell predijo que solo podrían explotarse las fuentes convencionales de petróleo en Estados Unidos durante unos treinta y cinco años más. La alternativa obvia era el carbón, con graves consecuencias para el medio ambiente. El gas natural, por su lado, era mucho más limpio, un combustible casi ideal a ojos de Mitchell. Pero ¿habría suficiente para evitar que el mundo volviera a la época en la que las chimeneas de carbón vertían sobre las ciudades un velo negro de hollín y el *smog* trufaba el aire de contaminantes peligrosos?

Mitchell todavía se enfrentaba al problema inmediato de cumplir con su contrato con la ciudad de Chicago. Los principales activos de su compañía eran los contratos de arrendamiento que tenía sobre trescientos mil acres situados a setenta millas al noroeste de Dallas, en la llamada cuenca Fort

Worth. A casi dos kilómetros y medio de profundidad toparon con una formación a la que bautizaron Barnett Shale. Los geólogos habían especulado que el Barnett, que se extiende a lo largo de trece mil kilómetros cuadrados y diecisiete condados, contenía las mayores reservas de gas de cualquier yacimiento situado en Estados Unidos. El problema era que nadie sabía cómo extraer el gas. Las formaciones geológicas porosas —como la capa de arena Woodbine, en la que Papá Joiner hizo su descubrimiento— permiten el flujo de líquidos y gases, pero Barnett Shale es roca pura y dura, de muy baja permeabilidad. A mediados del siglo XX, algunos prospectores intentaron liberar las reservas de petróleo pulverizando esa roca. Se utilizaron técnicas imaginativas, como dinamita, ametralladoras, bazucas o napalm, sin éxito. En 1967 la Comisión de Energía Atómica, en colaboración con el Laboratorio Lawrence Livermore y la Compañía de Gas Natural de El Paso, hizo estallar una bomba nuclear de veintinueve kilotones, apodada *Gasbuggy*, a mil doscientos metros bajo tierra, cerca de Farmington, Nuevo México. Le siguieron más de treinta explosiones nucleares más, en lo que se llamó Proyecto Plowshare («Reja de Arado»). Al final, se pudo extraer gas natural de los escombros, pero era radiactivo.

Un método más seguro y preciso, desarrollado en la década de 1970, fue el uso de chorros de fluido a muy alta presión para crear microfisuras en los estratos de roca, habitualmente arenisca o caliza. Normalmente, se utilizaban costosos geles o espumas para espesar el fluido y se agregaba biocida para acabar con las bacterias que podían obstruir las grietas. Una sustancia granulosa llamada «agente de sostén», extraída de materiales cerámicos o arenosos, se bombeaba en el interior de las grietas, lo que allanaba el camino para que los hidrocarburos pudieran aflorar a la superficie. El proceso se bautizó como *fracking* o fractura hidráulica. Definitivamente, esta técnica permitía extraer petróleo o gas atrapado a nivel molecular, pero, en lo que

respecta a Mitchell, tenía un defecto fatal: era demasiado caro sacar beneficios. Se dedicó en cuerpo y alma a encontrar la manera de liberar el gas y salvar su empresa y quién sabe si el mundo.

En 1981, Mitchell perforó su primer pozo con fracturación hidráulica en el Barnett Shale, y lo llamó C. W. Slay N.º 1. Perdió dinero. Año tras año, Mitchell continuó perforando en el Barnett; invirtió a fondo perdido doscientos cincuenta millones de dólares en su empresa, con la esperanza de encontrar la fórmula para fracturar más eficazmente y por menos dinero. Diecisiete años después, la compañía de Mitchell se veía en serios problemas. Sus accionistas empezaban a pensar que el tipo era un bromista: la compañía estaba muy endeudada y el precio de las acciones se había desplomado de treinta dólares a diez. Y, aun así, Mitchell seguía perforando pozos que no daban rentabilidad, uno tras otro.

Para reducir costes, uno de los ingenieros de Mitchell, Nick Steinsberger, comenzó a jugar con la fórmula del fluido que utilizaban en la fracturación. Redujo la cantidad de geles y productos químicos, con lo que obtuvo un fluido más acuoso, y añadió un lubricante barato a base de poliacrilamida, que se utiliza en la fabricación de cremas faciales y lentes de contacto. El «agua resbaladiza» resultante funcionó a la perfección, aderezada con arena como agente de sostén. Además, se redujo el coste de la fracturación en más de dos tercios.

Mitchell combinó esta nueva fórmula con técnicas de perforación horizontal que se habían desarrollado en la prospección en alta mar; una vez que se perforaba lo suficiente como para llegar a un yacimiento, se podía dirigir la broca a través de la veta de petróleo o gas, un medio mucho más eficiente de extracción que el de simplemente perforar en vertical. En 1988, tras unos trescientos intentos, la empresa de Mitchell obtuvo por fin beneficios de un pozo de fracturación abierto en Barnett, el S. H. Griffin N.º 4. La revolución

estaba en marcha. Las mismas innovaciones que Mitchell había promovido en el sector de la fracturación de gas se aplicaron casi inmediatamente al petróleo.

Por tercera vez en la historia de Texas, el estado transformó el sector de la energía de una manera que agitaría la economía y provocaría conflictos políticos a lo largo y ancho del mundo. En julio de 2008, los precios del petróleo habían alcanzado un máximo histórico de 145,31 dólares por barril, pero la fracturación estaba aún en pañales. Para 2010, había más de catorce mil pozos en el Barnett Shale solamente, y la fórmula económica de los booms anteriores de Texas se mantuvo: una fortuna repentina, un exceso y un desplome en los precios. En enero de 2016, el petróleo había caído a menos de 30 dólares el barril.

«Estábamos de vuelta adonde habíamos llegado en 1931 —cuenta Robert Bryce, escritor y periodista especializado en cuestiones relacionadas con la energía—. Los perforadores de Texas marcan de nuevo el precio del barril de petróleo marginal en el mercado mundial.»

«Están ocurriendo dos cosas», me explica Mack Fowler, empresario del petróleo y filántropo de Houston, mientras me muestra varios gráficos impresos. En el primero se muestra la producción estadounidense de crudo, que en 1970 había alcanzado casi diez millones de barriles al día. A aquella cúspide la siguió una larga y lenta decadencia que, década a década, llevó a tocar fondo en 2008, con una producción de poco más de cinco millones de barriles al día. Este declive se vio marcado por los embargos, los bruscos cambios en los precios, los oleoductos, las mudables alianzas geopolíticas, la guerra en Oriente Próximo y el miedo a que la economía mundial se viera secuestrada por los países petrolíferos, muchos de ellos claramente antinorteamericanos. Entonces, más o menos cuando Barack Obama fue elegido presidente, ocurrió algo inesperado. La producción estadounidense

volvió a crecer de manera abrupta, acercándose de nuevo a sus máximos históricos. El gráfico representaba una acentuada subida. «En el transcurso de cinco años, pasamos de los cinco millones y medio de barriles a los nueve millones y medio, casi el doble de la producción anterior», afirma Fowler. Es el pico más alto en producción petrolífera de la historia del país, y la clave está en la fracturación hidráulica y en las técnicas de perforación horizontal.

En Houston tienen sede cinco mil empresas energéticas, lo que la convierte en capital mundial del sector. La caída del precio del petróleo causada por el boom de los esquistos se hizo patente en la ralentización de la venta de viviendas, en los edificios de oficinas vacíos y en un menor volumen de tráfico rodado en las carreteras. Ouisie's Table, el restaurante de Houston situado en el histórico barrio de River Oaks, empezó a ofrecer un menú de tres platos los miércoles por la noche cuyo precio depende del barril de petróleo; cuando cené allí en la primavera de 2016, estaba a 38 dólares, mientras que en el cénit de la escalada, en junio de 2014, habría costado 115. Entre enero de 2015 y diciembre de 2016, más de cien productores estadounidenses de petróleo y gas se declararon en bancarrota, la mitad de ellos en Texas. Habría que sumar además el impacto financiero para las empresas dedicadas a la instalación de oleoductos y depósitos, al transporte de crudo o a cualquier otro servicio para el sector energético, así como la gigantesca deuda —de setenta y cuatro mil millones de dólares hasta el momento, gran parte de los cuales no están asegurados— que esta quiebra ha dejado tras de sí.

Hace poco viajé en coche hasta el norte de Texas para visitar el pozo que inició la revolución, el S. H. Griffin N.º 4. Se encuentra en medio de una pequeña localidad de casas prefabricadas y coquetos bungalows de ladrillo, que marcan el límite de la periferia residencial de Fort Worth. Aquel pueblo se llamaba antiguamente Clark, pero hace una década el alcalde cerró un trato con una empresa de servicios por satélite para proporcionar diez años de

cobertura básica gratuita a los doscientos residentes a cambio de cambiar el nombre de la ciudad en honor a la empresa (todo en mayúsculas, como en el logotipo de esta). Las antenas parabólicas siguen coronando muchas de esas casas y, aunque el acuerdo ha expirado, el nombre de la ciudad sigue siendo DISH.[\[9\]](#)

Esta parte de Texas es una pradera llana salpicada de matorral de mezquite. Hay mucha industria pesada asociada a las tuberías y la perforación. Los camiones cisterna, que transportan los millones de litros de agua necesarios para abrir los pozos y los remolques de los tractores conocidos como SandCans, que transportan sílice al lugar de la perforación, han hecho pedazos las carreteras. Los equipos de perforación son enormes y llegan desmontados en una docena de camiones. También hay que contar con la tubería metálica de diez centímetros de diámetro para el agujero, que llega en tramos de unos diez metros de longitud y más de doscientos setenta kilos de peso; el hormigón para cementar la tubería y los tubos de transmisión de acero al carbono, que tienen cerca de un metro diámetro, que transportan el gas a los depósitos. Se necesitan alrededor de mil doscientas entregas en camiones por cada pozo que se abre.

Antes de la fracturación hay que perforar, obviamente. En el Barnett Shale, los pozos llegan hasta los mil ochocientos y los dos mil cuatrocientos metros, muy por debajo de la capa freática. Una vez que se alcanza la profundidad deseada, la perforadora va girando en ángulo lentamente hasta adoptar una posición horizontal, y a continuación excava otros tres mil metros a través.

Hay algo de ciencia ficción en la fracturación. Se introducen primero, serpenteando, las llamadas pistolas perforadoras hasta el extremo inferior del pozo. Las pistolas detonan explosivos que rompen los estratos circundantes. Mientras tanto, en la superficie, una veintena de camiones se alinean a ambos lados del pozo. Las tuberías y mangueras que emanan de los camiones se

conectan a un aparato metálico conocido como colector, que parece un gigantesco insecto alienígena. Un repentino estruendo marca el bombeo desde los camiones de tres mil litros de fluido y agente de sostén por minuto hacia el colector primero y luego pozo abajo. La presión hidráulica abre microfracturas en el esquisto de la veta. El proceso se repite una y otra vez hasta que se fractura toda la veta horizontal, perpendicular al pozo perforado. Se tarda alrededor de un mes en poner un pozo en producción.

El S. H. Griffin N.º 4 se abre en una pradera herbosa, en el centro de un recuadro marcado por valla metálica. Desde la superficie parece estrecho e inerte, y pocos vecinos parecen apreciar su importancia histórica. A diferencia de en los pozos de petróleo, no hay bombas de varillas. En cambio, el pozo está cubierto por lo que en el sector se conoce como el «árbol de Navidad», un conjunto de válvulas y tuberías que controlan el flujo de gas y dirigen las emisiones a unos tanques de condensación color verde oliva.

En el horizonte, al norte, se elevaba una nube de humo negro, quizá procedente de un pozo incendiado o de la antorcha de una refinería.

La fracturación hidráulica es un regalo envenenado. Ha creado una enorme riqueza para algunos. La inundación de gas natural ha reducido los costes mundiales de la energía y ha reducido la influencia de las economías petroleras tradicionales, como Arabia Saudí y Rusia. Sin embargo, también ha expoliado a pueblos enteros y ha engendrado persistentes peligros ambientales. Como en muchas otras localidades de Texas donde los pozos de fracturación se han convertido en algo común, los ciudadanos de DISH estaban preocupados. En 2010, el ayuntamiento de este pequeño pueblo pagó quince mil dólares para realizar un estudio sobre la calidad del aire. Se hallaron cantidades elevadas de benceno, una sustancia carcinógena, y otros productos químicos nocivos, aunque no a niveles que pongan en peligro la salud. «Si trazaras una circunferencia de una milla de radio en torno a mi casa, dentro

habría unos doscientos pozos», me contó el exalcalde, Calvin Tillman. Sus hijos comenzaron a sufrir hemorragias nasales cuando olía a gas. «A uno de mis hijos le sangró tanto la nariz que se le llenaban las manos —recordaba Tillman—. Había sangre chorreando por las paredes. Parecía la escena de un crimen. A la mañana siguiente, mi esposa me dijo: “Hasta aquí hemos llegado”.» Malvendieron su casa y se mudaron a otro pueblo, lejos del Barnett Shale. Las hemorragias nasales desaparecieron. (Desde entonces se han instalado otros controles de emisión adicionales en los pozos que rodean DISH.)

Los pozos de fracturación se movieron unos veinticinco kilómetros al noreste, hasta la ciudad de Denton. Denton está asediada por los pozos de perforación, más que ninguna otra ciudad del país. Se han perforado pozos cerca de escuelas y hospitales, y dentro del campus de la Universidad del Norte de Texas. En 2008, se registraron múltiples terremotos en la zona; más de doscientos según un estudio realizado en la Universidad Metodista del Sur, en Dallas. Este estudio concluyó que es muy probable que los temblores hayan sido causados por los 1.700 millones de barriles de agua residual que se han bombeado a los 167 pozos de «inyección» de la región, los que se utilizan para eliminar el sobrante de fluidos usados para fracturar. En enero de 2015, activistas medioambientales denunciaron doce terremotos en un periodo de veinticuatro horas en Irving y alrededores, donde tiene su sede ExxonMobil, pero los grandes empresarios de la energía y los funcionarios estatales insistieron en que aquellos terremotos eran un fenómeno natural.

«Comencé a dar la voz de alarma muy pronto», me asegura Sharon Wilson, antigua trabajadora del sector de la energía. En 2008, vendió los derechos de explotación minera de un pequeño rancho de caballos que poseía en el condado de Wise. «El aire se puso marrón y el agua, negra —dijo—. Me mudé a Denton, pensando que mi familia disfrutaría de mayor salubridad allí.»

Mientras deshacía el equipaje, se dio cuenta de que había un pozo justo al otro lado de la calle, frente a un parque cercano.

George Mitchell se mostró reacio a reconocer que la revolución que desató ha tenido consecuencias perjudiciales para el medio ambiente. Su hijo Todd, geólogo, recuerda: «La reacción le pilló desprevenido». Todd informó a su padre de que, aunque el gas natural contaminaba menos la atmósfera que el carbón, las fugas industriales de gas natural —especialmente de metano, gas de poderoso efecto invernadero— lo hacían tan perjudicial como el carbón en lo referido al calentamiento global. Mitchell también llegó a valorar el daño causado por la industrialización del paisaje en las comunidades sometidas a perforaciones intensivas. En 2012, el año anterior a su muerte, escribió a cuatro manos junto con el alcalde de Nueva York, Michael Bloomberg, un artículo de opinión para *The Washington Post*, en el que ambos abogaban por una mayor regulación. «La rápida expansión de la fracturación hidráulica ha levantado legítimas suspicacias sobre el impacto de esta técnica en el agua, el aire y el clima, una inquietud que la industria ha tratado de pasar por alto —escribieron—. Fracturar de forma segura significará entornos más salubres y un medio ambiente más limpio, manteniendo la fiabilidad del suministro energético nacional.» Mitchell se expresó de manera más elocuente ante su yerno Perry Lorenz, constructor de Austin: «Estos malditos vaqueros destruirían el planeta con tal de obtener un 1 por ciento más de beneficios. Hay que pararles los pies». Por desgracia, Texas ha hecho oídos sordos a la súplica de Mitchell.

En Denton, Sharon Wilson comenzó a trabajar como voluntaria para Earthworks, una organización medioambiental nacional enfocada en la rendición de cuentas de las empresas del petróleo y el gas. Earthworks aunó fuerzas con una organización local, el Denton Drilling Awareness Group. La campaña conjunta condujo, en noviembre de 2014, a prohibir la fracturación

hidráulica dentro de los límites del municipio. «Esto debería mandar un mensaje claro a la industria: si los ciudadanos de Texas, donde se inventó la fracturación hidráulica, no pueden convivir con ella, nadie podrá», afirmó Wilson entonces.

Poco después, el Parlamento estatal, tradicionalmente subyugado a la industria del petróleo y el gas, aprobó una ley que anula la prohibición. De manera que las ciudades de Texas no tienen apenas recursos para evitar que cualquier vecino abra un pozo de fracturación hidráulica en su jardín. Se levantan ya trescientos pozos en Denton y, ahora que el Parlamento estatal ha dado luz verde, un tercio del territorio municipal podría terminar siendo agujereado. «La gente está convencida de que la fracturación tiene consecuencias para la salud —me cuenta Ed Soph, antigua profesora de jazz en la universidad—. Los niños tenían asma. Tenían hemorragias nasales y dolores de cabeza. El polvo de sílice impregnaba el vecindario. Había olores, ruidos. Los niños no podían jugar en la calle, se ponían enfermos. Es así de simple.»

En octubre de 2015, incapaz de poner coto a la fracturación hidráulica en la ciudad, la empresa municipal de electricidad de Denton anunció su intención de obtener el 70 por ciento de la energía a partir de recursos renovables en 2019, lo que la convertiría en uno de los proveedores de energía más limpios del estado.

Si alguna vez han sobrevolado el oeste de Texas, concretamente, los alrededores de Midland y Odessa, habrán visto lo que parece una descomunal hoja de papel milimetrado que se extiende por miles de kilómetros: la llamada Cuenca Pérmica. Cada intersección marca un pozo de petróleo o de gas. Ninguna otra región de nuestro planeta se ha perforado de manera tan

concienzuda. De este yacimiento, que tiene el tamaño aproximado de Dakota del Sur, se han extraído casi treinta mil millones de barriles del petróleo dulce, con bajo contenido de azufre, al que se ha dado la denominación West Texas Intermediate. Queda más de la mitad por extraer. Gracias a la revolución de la fracturación hidráulica, este vuelve a ser el campo petrolífero más activo del mundo.

En un sorprendente cambio de rumbo, Estados Unidos es en la actualidad el mayor productor de petróleo del mundo, por delante de Arabia Saudí o Rusia. Más de la mitad de las reservas estadounidenses están contenidas en depósitos de esquisto. Las nuevas tecnologías han reducido los costes productivos, hasta el punto de que la fracturación hidráulica llega a ser más competitiva que la extracción tradicional. La producción de la Cuenca Pérmica se ha doblado en los últimos cinco años hasta los 2,4 millones de barriles diarios, y el precio mínimo del barril para cubrir gastos en los pozos de esquisto se ha desplomado a tan solo veinticinco dólares por barril. Esto ha tenido consecuencias trágicas para los medios de producción más caros, como la extracción de alquitrán de carbón y las perforaciones en el océano.

En septiembre de 2016, la Apache Corporation, una compañía de prospección petrolera y gasística con sede en Houston, anunció el descubrimiento de un nuevo yacimiento en la Cuenca Pérmica, llamado Alpine High, que, según las estimaciones, contendría 2,1 billones de metros cúbicos de gas y tres mil millones de barriles de petróleo. A este descubrimiento lo siguió un anuncio de la agencia geológica del Gobierno estadounidense, que sostiene que la formación Wolfcamp, integrada también en la Cuenca Pérmica, contiene, según las estimaciones, veinte mil millones de barriles de petróleo —«la mayor acumulación de petróleo detectada en Estados Unidos por la agencia hasta la fecha»—, a los que habría que sumar más de cuatrocientos cincuenta mil millones de metros cúbicos de gas. En cuestión de una década,

las nuevas reservas de petróleo detectadas en la Cuenca Pérmica se han incrementado en un 800 por ciento. Además, la productividad por pozo se ha multiplicado exponencialmente; según Robert Bryce, la cantidad producida por cada nuevo pozo en la Cuenca Pérmica se mantuvo estable entre 2007 y 2013 en unos cien barriles diarios. Pero entre 2013 y 2016 —periodo durante el cual disminuyó de manera drástica el número de torres de perforación— la producción de cada pozo recién perforado creció hasta los quinientos barriles al día; es decir, se ha quintuplicado en tres años. Si combinamos este aumento de la productividad con el coste cada vez menor de la extracción, despejaremos la incógnita de la ecuación sobre el futuro energético.

La pequeña población de Balmorhea se levanta en el interior del vasto yacimiento de la Apache Corporation y a orillas de un espectacular lago de agua dulce alimentado por un manantial, un oasis de más de cuatro mil metros cuadrados que atrae a turistas de todo el mundo. Aparte de su belleza natural, el lago de Balmorhea da cobijo a dos especies de peces en peligro de extinción. A los vecinos les preocupa que el agua potable quede contaminada por el gas o por las filtraciones de una galería de evacuación si se produce un terremoto, ya que el pueblo está sobre una falla geológica. La Apache Corporation, que sostiene que sus métodos son «seguros y probados», promete no perforar dentro de los límites del municipio ni por debajo del parque estatal en el que se encuentra el lago, pero es difícil imaginar que los cinco mil pozos que van a excavarse para extraer todo ese petróleo no vayan a tener ninguna consecuencia ambiental.

Estos costes deberán cotejarse con los beneficios; los puestos de trabajo que llegarán a la región, por ejemplo, o los impuestos recaudados, que ayudarán a costear los servicios municipales. También se dan innegables ventajas geopolíticas en la menor dependencia estadounidense del petróleo extranjero y en la reducción del coste de la energía. Gracias a la fracturación

hidráulica, abunda el gas natural, lo que está acabando con la industria del carbón, tendencia que el régimen de Trump probablemente sea incapaz de detener. El gas contamina menos que el carbón y, como resultado, las emisiones de gases de efecto invernadero en Estados Unidos están en el punto más bajo del último cuarto de siglo.

Texas es el único estado que tiene su propia red eléctrica, creada fundamentalmente para evitar el control federal. El estado invirtió siete mil millones de dólares en líneas de alta tensión para transportar energía eólica a las ciudades del este de Texas, a través de las eternas planicies alfombradas de matorral. Habida cuenta de las grandes necesidades energéticas del propio sector de la energía, del que también forman parte refinerías y petroquímicas, Texas consume más electricidad que ningún otro estado; en concreto, un 67 por ciento más que el segundo de la lista, California. Y, aun así, la electricidad en Texas es más barata que la media nacional. De hecho, en algunos lugares es gratuita por las noches, cuando hay menos demanda. Esto se debe a que Texas obtiene alrededor del 17 por ciento de su electricidad de la energía eólica, y el viento generalmente sopla más por la noche, cuando la demanda es menor. Sobre las llanuras y mesetas rocosas del oeste de Texas, así como en las regiones litorales, al sur de Galveston, se alzan regimientos de turbinas. Reciben tantas subvenciones federales que los productores pagan a los operadores de la red eléctrica para que les dejen volcar energía y así seguir beneficiándose de las desgravaciones fiscales. Hay días en que el viento satisface la mitad de la demanda eléctrica estatal. Durante el primer trimestre de 2017, la energía eólica sumó el 23 por ciento de toda la energía generada en el estado. En octubre, Jeff Bezos, fundador de Amazon, rompió una botella de champán en lo alto de una turbina de noventa metros para inaugurar el gigantesco parque eólico del condado de Scurry, en el noroeste de Texas, el cual generará otro millón de megavatios-hora al año. La energía solar también

crece, pero más lentamente, pese a la abundante e intensa insolación en el estado. Austin obtiene casi un cuarto de su energía de fuentes renovables y tiene como objetivo duplicar esa cifra en diez años. Georgetown, situado al norte, uno de los barrios más conservadores del estado, ya obtiene toda su electricidad de fuentes renovables.

Nick Fowler —hermano pequeño de Mack Fowler, el petrolero con quien me entrevisté en Houston— dirige una petroquímica en Odessa. Nick es un tipo rubicundo, cuya cabellera y bigote canos parecen falsos de lo que relumbran. Es lo que se conoce como un petrolero «de curso bajo». Los petroleros de curso alto son los que encuentran el petróleo y el dinero para perforar. Los de curso medio, quienes gestionan los oleoductos, llevan el producto a las refinerías y, en última instancia, lo venden. Al final del recorrido, Nick fabrica un tipo de plástico derivado del refinamiento de la gasolina. «Convertimos los hidrocarburos en polímeros», explica durante una visita guiada a su fábrica, con sus torres misteriosas y su laberinto de tuberías y pasarelas. Recuerdo que, de niño, este tipo de plantas, iluminadas y recortadas contra el horizonte nocturno de la llanura, me hacían pensar en una especie de edificios sacados de *Mad Max*.

Nick me enseñó una muestra de su producto, una masa maleable que en el gremio se conoce como «patata», aunque de cerca parece más bien un ravioli hinchado. «Es una forma de polipropileno utilizada en adhesivos termofusibles», me cuenta. Caigo entonces en que, en efecto, es el tipo de sustancia que se usa en las pistolas de pegamento. Cuando se derrite, la patata se vuelve fácil de aplicar. «Se emplea principalmente en la confección de materiales no textiles, como, por ejemplo, los productos de higiene femenina, pañales para bebés o para adultos, etcétera —detalla Nick—. Nuestros adhesivos mantienen unidas las distintas capas de material. Un pañal, aunque no lo parezca, es una estructura realmente compleja.»

Desafortunadamente, el día de mi visita la planta sufrió una avería. Estábamos recorriendo las instalaciones en coche cuando Nick se detuvo un instante y bajó la ventanilla para cruzar unas palabras con tres de sus ingenieros. Había un tren esperando a cargar el siguiente envío de polímero. Cualquiera sabe qué cantidad de dinero perderían esa jornada debido a la avería, pero los ingenieros se mostraban impávidos. De hecho, parecían un poco emocionados y hasta felices, pues tenían entre manos un interesante problema que resolver. El ingeniero jefe, J. J. DeCair, especuló sobre qué era lo que podría estar fallando; probablemente una filtración de agua en un condensador. Nick siguió adelante, deshaciéndose en alabanzas a sus empleados. DeCair era un autodidacta, «un genio estadounidense, de la misma clase que Wilbur y Orville Wright». Es necesario mucho ingenio para gestionar una planta petroquímica como esa, y ahí estaban, en una de las regiones más desoladas de Texas, a cuarenta grados de temperatura, pasándolo en grande.

Esa misma tarde, Nick me invitó a cenar en el Club de Campo de Odessa. En la autopista, junto a un local de stripteas, había un solar enorme en el que se amontonaban torres de perforación de las utilizadas en los pozos de petróleo. Todos los viernes al mediodía, Baker Hughes, una gigantesca empresa de servicios de yacimientos petrolíferos de Houston, publica un «recuento de torres», una medida del número de nuevos pozos que se están perforando en Estados Unidos. Es el barómetro de la salud de la industria perforadora que se observa con más atención. Esa noche de viernes de junio de 2016, cuando Nick y yo fuimos a cenar, solo había activas 421 torres en todo el país, menos de una décima parte de las 4.500 levantadas en diciembre de 1981, el recuento más alto desde que empezaron a hacerse. En ese solar junto al que Fowler y yo pasamos había 47 torres inservibles, alineadas en filas paralelas. «Cada una cuesta entre quince y dieciocho millones de dólares», observó Nick. Estimaba

la inversión total en todas aquellas torres inútiles en unos ochocientos cincuenta millones.

Nos sentamos en un comedor vacío desde el que contemplamos cómo arreciaba la tormenta sobre el descarnado paisaje. Los golfistas se metieron a la carrera en el edificio principal del club, mientras que los rayos encendían el cielo negro e incommensurable, como si hubiese estallado una guerra. No llovió demasiado, algo habitual en las ruidosas y despiadadas tempestades de esta parte de Texas.

Al otro lado del ventanal, las torres de perforación, iluminadas por los cegadores relámpagos, se nos antojaban unos pararrayos ideales. Desde hace mucho se sueña con aprovechar la energía de las muchas tormentas eléctricas de Texas. En 2006, una empresa llamada Alternative Energy Holdings anunciaba su intención de establecer una serie de «granjas de rayos», y llegó a instalar una torre de captura de relámpagos experimental en Houston, donde hay una gran demanda de energía y cae un elevado número de rayos al año. Al final, todo quedó en agua de borrajas, pero me resultó inevitable recordar la escena de *Regreso al futuro* en la que el DeLorean de Marty McFly debía aprovechar la energía de un rayo que iba a caer sobre la torre del ayuntamiento de la ciudad para regresar al presente.

Pregunto a Nick si alguna vez ha pensado en marcharse de Odessa. «Solo las mañanas en que el sol sale por el este —reconoce—. Cuando el tiempo es bueno, esto es una delicia. Pero sigue sin ser demasiado atractivo.» Por otro lado, dice disfrutar de la vida en un lugar en el que «la empleada de la lavandería te llama por tu nombre». Sobre todo, le brindaban consuelo los doscientos diez puestos de trabajo que proporcionaba a la comarca.

«La fracturación hidráulica ha salvado la economía de la Cuenca Pérmica —afirma Nick—, pero no va a durar para siempre.» Cuando él y Mack eran niños, sus padres los llevaron de vacaciones a Colorado e hicieron noche en

Leadville, capital de la gran fiebre de la plata de la década de 1880. Leadville hacía gala entonces de una docena de teatros, entre ellos la grandiosa Tabor Opera House, por la que pasaron Oscar Wilde y Harry Houdini. El vestíbulo de uno de los hoteles de la ciudad estaba pavimentado con dólares de plata. Era la segunda mayor ciudad del estado, tras Denver. Ahora tiene apenas unos pocos miles de habitantes. Se trata de un destino apenas visitado por los turistas; los pocos que aparecen por allí buscan los pueblos mineros fantasma de las montañas. En el mejor de los casos, según Nick, a la Cuenca Pérmica le quedan veinticinco años antes de hallar ese mismo destino. «La suerte cambia. La gente busca otros caminos. ¿Por qué iba a ser distinto en Odessa?»

Recuerdo que, tras la gran recesión del sector del petróleo de la década de 1980, empezaron a aparecer pegatinas y carteles por todo Texas que decían: «Por favor, Señor, envíanos otro boom. ¡Prometo no gastármelo todo!». Esa recesión duró veinte años.

Las sociedades que dependen de los recursos naturales tienden a sufrir algunos problemas inherentes. La centralización de la riqueza —ya provenga del petróleo, el carbón, los diamantes o cualquier otro bien explotado mediante la extracción— conduce a menudo a la corrupción y el autoritarismo. Son ejemplos de ello Venezuela, Arabia Saudí o Luisiana. En tales sociedades, la economía crece o decae según una única regla. Donde el dinero sale del suelo, la suerte y la voluntad de arriesgar —y no el talento, la formación o el trabajo— son los principales factores que determinan el futuro del ciudadano. El dinero, cuando se consigue tan fácilmente, puede parecer bien merecido, pues quienes se hacen con él deben contar con una perspicacia sin igual o, necesariamente, con el favor divino.

Con las vacas gordas, cae sobre la tierra una especie de manto de olvido.

Es fácil amasar dinero cuando el precio del petróleo sube como la espuma, el horizonte urbano se eriza de grúas de construcción como mantis religiosas, los centros comerciales se abarrotan y es imposible conseguir una reserva para cenar. Entonces llega el ajuste de cuentas.

Lo principal acerca de estas sociedades que viven en una economía de tipo explosivo, no obstante, es que inevitablemente colapsan. La caída de los precios del petróleo, que empezó en los inicios de los ochenta y se consumó en 1986, puso fin a uno de los periodos más expansivos de la historia del estado, llevándose por delante la banca y pinchando la burbuja inmobiliaria, que había extendido una sensación de riqueza que no se correspondía con la realidad.

En aquella Edad del Dinero, Roberta y yo vimos a muchos de nuestros amigos enviar a sus hijos a estudiar a colegios privados con nombres tipo San Esto o Santa Aquello. Se pasaban las tardes comentando los planos de la siguiente vivienda que iban a adquirir y, en general, vivían una vida como de anuncio de revista. Puntualmente, nosotros cometíamos el error de salir a cenar con ellos. La propina que había que dejar en esas ocasiones excedía lo que normalmente Roberta y yo nos gastábamos en una cena sin más.

Tras unos años de declive económico en todo el estado, tuve que participar en un jurado en el condado de Travis, cuya capital es Austin. Durante uno de los recesos salí del juzgado para tomar el aire y me encontré con una muchedumbre en la escalinata que hacía cola para hacerse con un papel que alguien estaba repartiendo. Para entonces, me había acostumbrado ya a este tipo de indicios de penuria económica. Grandes almacenes cerrados. Rascacielos vacíos. Empresas de otros estados que compraban los periódicos y los bancos texanos, haciéndose con el control de nuestras fuentes de información y financiación. En los restaurantes empezaban a aparecer carteles que decían «¡Ahora también servimos desayunos!», lo que revelaba poca

clientela. Uno de mis vecinos, un ingeniero que trabajaba para el ayuntamiento, perdió su casa y estuvo viviendo en su furgoneta Volkswagen. Aquello era una subasta de propiedades embargadas. Yo nunca había visto algo así en la puerta de un juzgado.

Mi padre, que en esa época ya se había jubilado de su puesto en la banca, vio a muchos de sus amigos y colegas de Dallas caer en bancarrota. Eran algunas de las personas más respetadas de la ciudad, tipos adinerados que habían alzado la ciudad cincuenta pisos por encima del suelo. Uno de ellos, Jim Toler, exjugador de fútbol americano de gran éxito, era un tipo jovial que había llegado a ser alcalde de Garland, una localidad cercana a Dallas. Todas las Navidades nos enviaba un saco de yute lleno de nueces pecán con una simpática dedicatoria. Jim había hecho una fortuna gracias a la construcción de una urbanización junto a la interestatal 30, sobre la que se especuló después salvajemente. Algunas de las casas multiplicaron su precio más de ocho veces en un día: cien mil dólares por la mañana y casi un millón al caer la noche. Había mucho fraude. Las cajas de ahorro, que antaño mantenían una actitud más cautelosa con el dinero de sus clientes, habían sido desreguladas por el gobierno de Jimmy Carter y terminaron convirtiéndose en las huchas particulares de los especuladores. Estaban dando préstamos hipotecarios al 110 por ciento del valor de la propiedad, ya de por sí hinchado, de manera que los compradores, paradójicamente, recibían dinero al firmar. La gente salía del banco con una hipoteca y los bolsillos llenos de dinero. La idea se propagó como un virus e infectó a cajas de ahorro de todo el sudoeste del país. Cuando estalló la burbuja, tuvieron que echar el cierre más de setecientas entidades financieras. Toler fue condenado en última instancia por 41 cargos de fraude bancario y extorsión, entre otros. Mi padre iba a visitarlo a la cárcel de vez en cuando.

Nuestro exgobernador John Connally, que había sido secretario del Tesoro

con el presidente Nixon, tuvo que soportar una humillante subasta motivada por una quiebra. Fueron cuatro días en los que su esposa Nellie y él, sin perder la gallardía, vieron cómo los despojaban de sus lujosas posesiones: sillas de montar ceremoniales, una gran colección de armas, alfombras persas y hasta un tarro de galletas con la forma de Papá Noel. Nellie salvó de la quema solo una caja de cartón para que John tuviera una mesita de noche sobre la que colocar su reloj despertador.

La desgracia de Connally cautivó a todo Texas, pero él y su familia no eran sino los estandartes que inauguraban la cabalgata de la quiebra, en la que también desfilaron Denton Cooley, el gran cirujano cardiovascular de Houston, quien debía cien millones por la quiebra de sus en absoluto rentables *holdings* inmobiliarios; los hermanos Hunt —William Herbert, Nelson Bunker y Lamar—, que trataron de monopolizar el mercado de la plata y terminaron con una deuda de mil quinientos millones de dólares; o el propietario de los Dallas Cowboys, Clint Murchison Jr., que murió arruinado. Hasta el cantante Willie Nelson terminó debiendo casi treinta y dos millones de dólares en impuestos, una de las mayores deudas individuales de la historia del fisco estadounidense. El gobierno le confiscó casi todas sus propiedades, salvo su guitarra, que escondió en casa de su hijo. Aun así, no cubrió el total de la deuda, así que grabó un disco para saldar el resto. Se llamó *The IRS Tapes: Who'll Buy My Memories?*[\[10\]](#)

Un sábado de 1989, en Austin, mientras nuestros hijos estaban en sus clases matinales de música, Roberta y yo charlábamos con otros padres sobre el asunto de la propiedad inmobiliaria. Nosotros habíamos invertido dinero junto con un amigo en una pequeña casa para alquilar, por la que habíamos pagado 62.500 dólares. Cuatro años después, la casa valía la mitad. Roberta preguntó a una de las madres sobre una casa que había puesto en venta hacía meses. «Bueno, se la hemos devuelto al banco —respondió la mujer—. Nos costó

cien mil dólares, pero al menos nos la hemos quitado de encima.» Y otra madre preguntó: «Vaya, ¿y eso cómo se hace?». Resulta que todos los padres de aquel grupo estaban pensando en hacer exactamente lo mismo. Todos trataban de aliviar como fuera una carga financiera que ya resultaba insoportable.

Yo conocía la caída de los titanes financieros. Había leído sobre los turbios asuntos de algunas de nuestras figuras políticas más prominentes, y sobre la corrupción y mala gestión de nuestras entidades financieras. Sin embargo, cuando hubo que pagar la factura de todos esos desmanes, se le fue a cobrar a la gente de a pie, que ya sufría de por sí. Para algunos, la tempestad pasó sin pena ni gloria. Esa misma madre que contó a Roberta que iban a devolver la casa al banco recordó también que, justamente al día siguiente, un amigo recogió a su hijo en casa para ir a un concierto en un Rolls-Royce con los asientos tapizados de visón.

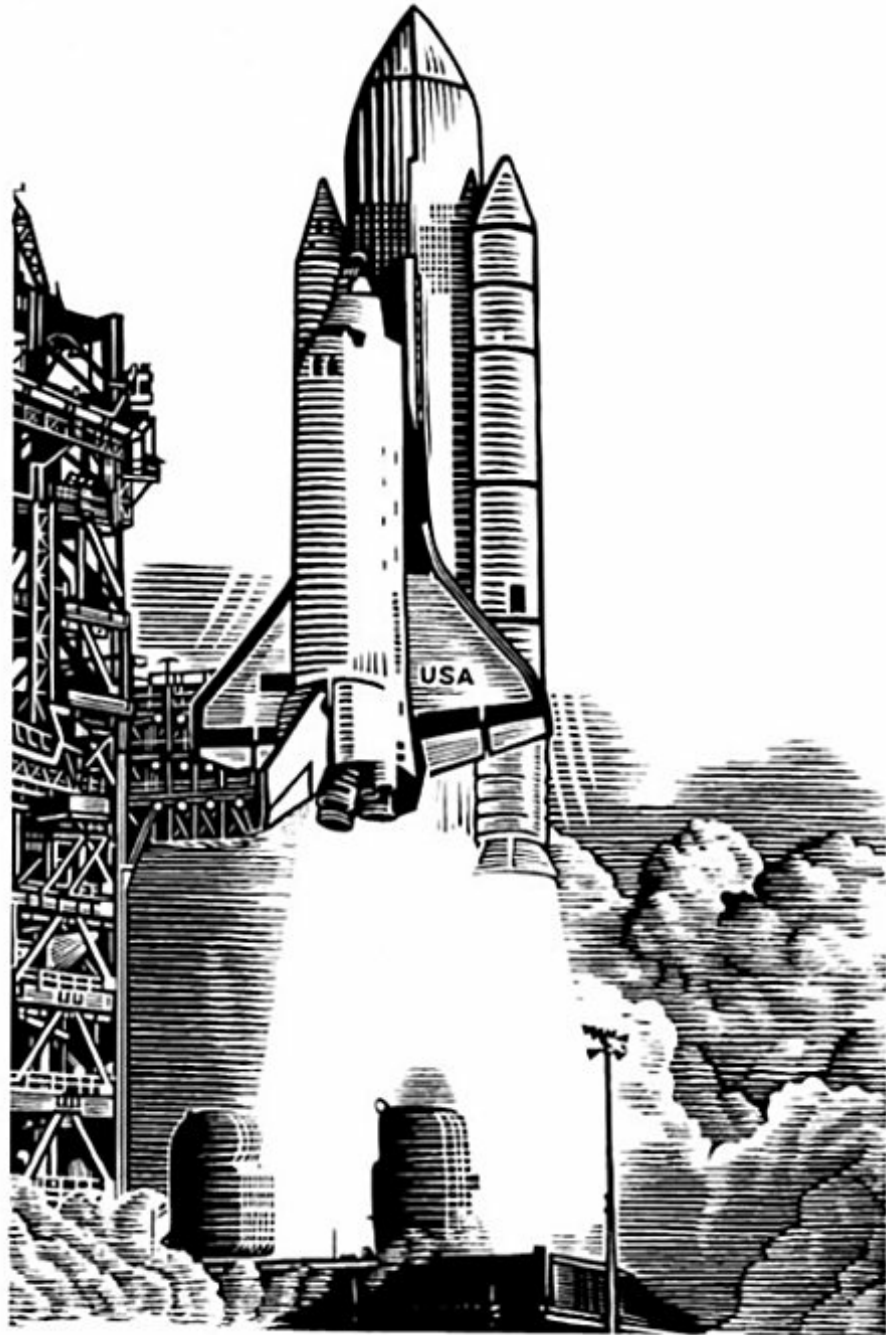
Miré alrededor para contemplar el legado de la gran explosión de la década de 1970 y principios de la siguiente, que había conducido a tal colapso. ¿Dónde quedaban las instituciones culturales, las escuelas, el arte para toda la gente? En su lugar no había más que galerías comerciales destartaladas, urbanizaciones de playa de dudoso gusto y extensiones de horriblos aparcamientos, restaurantes de comida rápida (pollo, sobre todo) y barracones prefabricados que nacían en el mismo corazón de las ciudades y enraizaban en torno y a lo largo de nuestras autopistas como los zarcillos de una hiedra venenosa. En la estela del boom, Texas se reveló una civilización construida sobre la codicia y la inconstancia, una civilización cuyo objeto era tomar, no dar. Era extraño, porque los texanos seguían dejando bien claro en todo momento lo mucho que amaban su estado. Yo me preguntaba dónde estaban las pruebas de ese amor.

Traté de reflexionar sobre todo lo que nos había traído hasta donde

estábamos. ¿Cuál era el origen de la avaricia, de las meteduras de pata, la arrogancia terca que nos había traído hasta este colapso monumental? Nuestra cultura claramente confundía la riqueza con el valor y consideraba que todas las personas de valía debían ser necesariamente millonarias. Incluso durante la recesión de la década de 1980, *Texas Monthly* publicó un número especial anual, titulado «The Texas 100» en los que se incluían los texanos más ricos. Hacerse rico sigue siendo el sueño de todo texano, si bien el estado en sí no lo ha sido nunca, como sí lo son Maryland o Connecticut u otros estados de la Costa Este, ricos por su casa, como suele decirse. Hasta Nebraska tiene más millonarios per cápita que Texas y, aun así, cuando en otros países se habla de Texas, siempre se piensa en grandes fortunas. Ya desde el aeropuerto nos recuerdan que el petróleo corre como el agua con esos billetes de dólar gigantes que venden como recuerdo en las tiendas.

Fue entonces cuando me planteé abandonar Texas. No sé por qué no lo hice. Ocurrió algo importante tras aquella caída clamorosa. Las familias caían y, a la vez, se desarrollaba una sólida conciencia comunitaria. La *schadenfreude* hizo que el resto del país recibiera con cierto agrado la caída de la economía texana y eso aportó lucidez y templanza. Nuestros líderes políticos y empresariales empezaron a darse cuenta de que el estado no podía competir sin instituciones sólidas y una ciudadanía formada. Teníamos que diversificar. La tolerancia y la apertura no son virtudes propiamente texanas, pero eran fundamentales para crear una sociedad sólida en un mundo moderno.

Tal vez Dios, en su misericordia, le ahorre a Texas otro auge petrolero.



Houston, tenemos un problema

La mañana de Acción de Gracias, mi amigo Steve Harrigan y yo montamos de nuevo en nuestras bicis para ir a conocer el nuevo monumento a la historia afroestadounidense levantado junto al Capitolio texano en Austin, la capital estatal. El monumento está formado por dos amplias alas de bronce y un friso que representa la evolución de la lucha de los texanos negros. El primer inmortalizado en el friso es Estebanico el Moro, esclavo que formó parte de la expedición de Cabeza de Vaca. Estebanico fue la primera persona negra de Texas y, según Steve, el primer musulmán en toda América. En la parte superior aparece una pareja de esclavos liberados, uno de ellos empuñando la antorcha de la libertad y el otro con un ejemplar de la Proclamación de Emancipación. El día que se inauguró, un grupúsculo autodenominado White Lives Matter[11] organizó una protesta, demostración de que el sentir que prendió la guerra de Secesión aún reverbera en la mente de algunos.

En la entrada a los terrenos del Capitolio se levanta un gigantesco altar confederado rematado por una estatua de Jefferson Davis, presidente de la Confederación. Hay un monumento también a la Brigada de Texas, comandada por John Bell Hoods, una de las unidades más audaces del ejército de Robert E. Lee. De los cuatro mil cuatrocientos hombres que formaban la brigada, solo seiscientos sobrevivieron a la guerra. En el pedestal hay un bajorrelieve de la

bandera confederada. Más cerca aún del edificio del Capitolio se alza otro monumento más, dedicado a los Texas Rangers de Terry, que hicieron las veces de tropas de choque en varias batallas cruciales, entre otras la de Shiloh. En el edificio en sí, por último, hay una placa, colocada en 1959, con el epígrafe «Credo de los Hijos de la Confederación». Se promete honrar a los veteranos y seguir los ideales de la Confederación, «a fin de estudiar y enseñar las verdades de la historia, de las cuales la más importante es que la guerra entre estados no fue una rebelión ni se hizo para dar continuidad al esclavismo». Que el estado dé pábulo a tales mentiras grabándolas sobre el Capitolio mismo es vergonzoso.

Se encuentran monumentos confederados a lo largo y ancho del estado. En 2015, la Universidad de Texas en Austin, siguiendo la voluntad de los estudiantes, retiró la estatua de Jefferson Davies del campus, junto con la de Woodrow Wilson. Más tarde, la madrugada del 20 de agosto de 2017, los trabajadores retiraron las de Lee, la del general confederado Albert Sidney Johnston y la de John Reagan, director general de los servicios postales de la Confederación. La estatua de James Hogg, gobernador liberal, hijo de un general confederado, también se retiró. El pedestal vacío sigue en su sitio.

Tanto Steve como yo tenemos antepasados que lucharon por la Confederación. El bisabuelo de Steve era oficial de caballería en el Regimiento de Bradford y estaba destacado en la ciudad de Galveston, que debía ser protegida de una posible invasión nordista. Al parecer, estuvo en la segunda batalla del paso del río Sabinas, cuando los yanquis intentaron invadir Texas, en 1863. Fue una de las victorias más contundentes de los confederados durante la guerra. Mi bisabuelo materno, Robert L. Peacock, resultó herido en la batalla de Chancellorsville. Yo heredé el bastón que un compañero de armas lisiado labró para él durante su convalecencia, así como el documento de su indulto, otorgado por el tribunal de Appomattox, en Virginia. También

guardo en mi escritorio su cajita de rapé. Cuando era pequeño, tenía en la habitación un retrato del general Lee a horcajadas de su querido caballo gris, Traveller. El recuerdo histórico de la Confederación, su perdurable legado de racismo y separatismo, han habitado siempre mi conciencia. Me eduqué en los colegios públicos texanos, en los que no había ni un niño negro. Aún me avergüenzan los muchos prejuicios de que me tuve que desembarazar, no sin esfuerzo. Cuando era un joven periodista, cubrí el movimiento por los derechos civiles, el mayor triunfo de la democracia en nuestro país tras la redacción de la Constitución. Yo esperaba que mi generación fuese la última en tener que lidiar con la discriminación racial, pero al parecer el odio es más adictivo de lo que pensaba.

Justamente al otro lado de las puertas del edificio del Capitolio, aparecen las estatuas de Stephen F. Austin, el empresario que trajo a los primeros colonos anglosajones a Texas, y de Sam Houston, el primer presidente electo de la República de Texas. Ambos tuvieron esclavos, pese a que oficialmente se oponían al esclavismo. Austin había heredado el proyecto que tenía para Texas su padre, Moses Austin, quien murió de neumonía poco después de cedérselo una parte de territorio mexicano —tierra comanche casi en su totalidad— para poblarla con trescientas familias. Stephen fue un pionero poco habitual; era bajito y delgado, con pelo rizado y tez clara. Se le daba mejor la diplomacia y, si de él hubiese dependido, Texas habría seguido perteneciendo a México. Aunque inicialmente se opuso a la esclavitud, la mayor parte de los colonos que llevó consigo provenían del sur e insistían en conservar el esclavismo. «La idea de ver un país como este tomado por población esclava casi me hace llorar», señaló Austin. Los colonos esquivaron el hecho de que el esclavismo era ilegal en México obligando a sus esclavos a jurar por escrito, antes de cruzar el límite con Texas, que eran sirvientes contratados. Lo cierto es que siguieron siendo propiedad de sus

amos a todos los efectos, salvo el jurídico.

La estatua de Houston recuerda a la de un emperador romano; ataviado con ropas de piel, parece otear la distancia, donde el destino aguarda. Yo prefiero la titánica versión que hay a las afueras de Huntsville, de veinte metros de altura, en la que el viejo soldado aparece con su bastón, contemplando la interestatal 45. En la placa de bronce aparece grabada una advertencia de Houston a los futuros líderes del estado, que deberán gobernar «sabiamente, y lo menos posible».

Un día de primavera acompañé a un grupo de bulliciosos alumnos de segundo grado de The Woodlands a una excursión organizada en el marco de la asignatura obligatoria de historia de Texas. Fuimos a Huntsville para conocer la Steamboat House, la casa del prócer. Después de pasear por el parque que lleva su nombre, llegamos a la casa y nos asomamos a una de las ventanas del dormitorio donde murió Houston, la noche del 26 de julio de 1863, despreciado por sus paisanos, tras haberse dejado la piel por evitar a Texas el destino que la secesión terminaría imponiendo. El reloj de la repisa de la chimenea se había detenido a las seis y cuarto de la tarde, hora de su muerte. Los niños hicieron una mueca de asco cuando el guía explicó cómo se usaba el orinal que había junto a la cama.

Houston fue producto de una revolución popular en la América de la década de 1820, periodo que en muchos aspectos se parecía a nuestros días. Él era uno de los protegidos del tennesiano Andrew Jackson, fundador del partido demócrata. Fue elegido para ocupar un escaño en la Cámara de Representantes en 1823, el mismo año en que Jackson, por su parte, fue al Senado. Cuatro años más tarde, Houston fue elegido gobernador de Tennessee. Era una estrella de la política y gobernaba según el credo populista de que el pueblo siempre

tiene razón. En este punto, podríamos imaginarle fácilmente enfilando el camino a la Casa Blanca, tras la estela de Jackson. Desde luego, muchas personas así lo esperaban. Pero un desastroso romance cambiaría el curso de su vida y también el de la nación.

Un amigo historiador, H. W. Brands, sostiene que la fundación de Texas se debió en gran parte al escandaloso divorcio de Houston y su primera esposa, Eliza Allen, con la que se había casado en 1829. Houston tenía treinta y cinco años y era alto, guapo, engreído y poderoso. Eliza tenía diecinueve y era refinada, elegante y frágil. Once semanas después de la boda, ella regresó sin más explicación a la casa de sus padres. Houston dimitió de su cargo como gobernador, alegando «una repentina calamidad». El misterio de aquella ruptura sigue irresoluto. Houston amenazó físicamente a todo el que pusiera en duda la honra de Eliza. Aparentemente, habría contado a un amigo que los padres de Eliza la habían obligado a casarse con él, pero que ella amaba a otro hombre. «Malditos sean los monstruos que obligan a una mujer a vivir con un hombre al que no ama», señaló al parecer Houston.

Otra teoría sugiere que Eliza se horrorizó al ver el cuerpo desfigurado de Houston, quien había sufrido tres heridas casi mortales en la batalla Horseshoe Bend, en 1814, durante la campaña del general Jackson contra los indios muscoguis de Upper Creek. Nada más comenzar el enfrentamiento, una flecha atravesó a Houston el muslo. Exigió que otro soldado arrancara el astil, que tenía púas clavadas, lo que ensanchó la herida. Jackson le ordenó que se retirara, pero Houston, trastabillando, se lanzó contra los parapetos indios y recibió dos disparos en el brazo derecho, uno en el antebrazo y otro en el hombro. Los médicos pensaron que no sobreviviría, así que dedicaron su atención a los supervivientes con más probabilidades. A la mañana siguiente, cuando supieron que no había muerto, los sorprendidos cirujanos lo intervinieron. La gigantesca herida del hombro jamás llegó a curársele del

todo y le siguió supurando el resto de sus días.

Tras la separación con Eliza, Houston huyó a territorio indio para convivir con los cheroquis. Lo llamaban Gran Borracho. Se hizo ciudadano cheroqui y tomó una esposa nativa. En 1832, como muchos otros desengañados, decidió poner rumbo a Texas, la nueva colonia mexicana, para empezar de nuevo. Muy pronto se encontró encabezando una suerte de grupo miliciano rebelde. Las fuerzas de Houston tenían pocas opciones de derrotar al ejército mexicano, mayor y mejor entrenado. Sin embargo, en abril de 1836, unas semanas después de que cayese El Álamo, Houston sorprendió a los mexicanos, que echaban la siesta en San Jacinto.

Hay en el Capitolio de Texas un óleo que representa la rendición de Antonio López de Santa Anna, en el que Houston aparece tumbado en el suelo, apoyado contra un roble cubierto de musgo, con la pierna derecha vendada por la bala perdida que lo dejó cojo para siempre. El médico de campaña aparece sentado sobre su botiquín, con el sombrero en la mano. Santa Anna, el mejor general de la historia de México y la figura política con mayor poder de su país (fue presidente durante once mandatos) aparece en pie frente a Houston, con el sombrero en la mano. Había huido del frente de batalla con una caja de bombones, pero, por algún motivo, perdió la montura y fue descubierto al día siguiente escondido entre la hierba, con uniforme de soldado. Tras los dignatarios, en el cuadro aparece una bandera blanca con una estrella solitaria en el centro. Esa estrella se convertiría en el símbolo de la República de Texas y luego del estado, representando su soberanía desafiante. Los soldados texanos, sin uniforme, van ataviados con toscos ropajes de pionero. Algunos parecen dispuestos a linchar al líder mexicano; uno, de hecho, porta en la mano una soga. A la matanza de El Álamo la había seguido, unas semanas después, la ejecución de más de cuatrocientos prisioneros en Goliad por orden de Santa Anna. «¡Recordad El Álamo! ¡Recordad Goliad!», gritaban las

desaliñadas huestes de Houston mientras masacraban a los mexicanos en la batalla de San Jacinto, donde todo terminó en apenas dieciocho minutos.

En Texas se cuenta otra historia sobre la captura de Santa Anna, considerada desde hace tiempo mera leyenda. Estudios recientes parecen confirmar, no obstante, que, en efecto, la victoria de Houston en San Jacinto se debió en parte a la astuta maniobra de distracción llevada a cabo por una sirvienta, Emily Morgan. «Los historiadores se preguntan por qué Santa Anna eligió instalar su campamento en un lugar tan difícil de defender, en las llanuras de San Jacinto, con el ejército texano al frente y un pantano cerrándole la retirada —escribió Steve en *Texas Monthly* hace un tiempo—. ¿Por qué esa tarde del 21 de abril, cuando Santa Anna sabía ya que las fuerzas de Houston estaban apenas a un kilómetro de distancia, su ejército se estaba echando la siesta? La respuesta resuena a través del tiempo; el general mexicano tenía ganas de meter a Emily Morgan en el catre.» Remita o no la leyenda a un hecho real (incluso Steve tiene sus dudas), la chica quedó inmortalizada para el recuerdo gracias al hotel Emily Morgan, cerca de El Álamo.

Podemos extraer una lección clara de la carrera de Houston como líder populista. Fue elegido en dos ocasiones presidente de la República de Texas, algo incontestable tras su decisiva victoria. Una vez que Texas entró a formar parte de Estados Unidos, el 29 de diciembre de 1845, Houston fue uno de los dos primeros senadores estatales en el Senado. Houston previó con toda claridad el desastre que la propuesta de los Estados Confederados supondría tanto para el país como para Texas: «Veo a mi amado Sur caer, tras un enfrentamiento desigual, en un mar de sangre y humeantes ruinas». En 1860, en vísperas de la guerra de Secesión, Houston fue elegido gobernador por los unionistas, pero los secesionistas acumulaban más poder. La fe que Houston profesaba en el populismo como fuerza de progreso quedó hecha añicos.

«¿Queremos vender la realidad a cambio de un fantasma?», preguntaba Houston vanamente, pues propagandistas y demagogos ya avivaban el clamor por la secesión con ilusos augurios de victoria. A quienes exigían que Texas se uniera a la Confederación, Houston replicaba: «Me niego a hacer este juramento [...]. Amo demasiado a Texas como para sembrar entre los texanos una discordia que traerá sin duda un baño de sangre». Houston fue apartado de su cargo de gobernador y el baño de sangre llegó.

La ciudad epónima de Houston se fundó en 1836, unos meses después de la victoria de San Jacinto. Dos hermanos de Nueva York que se dedicaban a la promoción inmobiliaria, Augustus y John K. Allen, encargaron a Gail Borden Jr., editor, prospector y posterior inventor de la leche condensada, que diseñara una gran metrópolis en las tierras bajas que rodeaban el pantanal de Buffalo. Bautizaron a la cenagosa nueva población como Houston, en honor al héroe de San Jacinto. Lo cierto es que el nombre era lo único que de bueno tenía. «Houston tiene fama de ser un lugar insalubre en que vivir», señalaba desdeñosamente el periodista neoyorquino Frederick Law Olmsted, tras su viaje por el estado en 1854. También dio cuenta del mercado esclavista y de las abundantes serpientes venenosas; además: «Los nidos de caimán traen de cabeza a los pobladores. Los incautos viajeros a veces se hunden en el suelo traidor, con caballo y todo, y en el peor de los casos terminan en las terribles fauces de estos reptiles».

Después del hallazgo de Spindletop, Houston se convirtió en la capital natural de un imperio petrolífero. Llegado 1913, había una docena de empresas dedicadas a la explotación petrolífera, entre ellas Humble Oil, antecesora de Exxon-Mobil. «Houston era una ciudad volcada en la industria petrolífera —me cuenta Stephen Klineberg, fundador y director del Kinder

Institute for Urban Research de la Universidad de Rice, mientras compartimos un café en una panadería francesa—. Hicimos con el petróleo lo mismo que Detroit haría más tarde con los coches.»

Klineberg lleva treinta y cinco años elaborando una encuesta anual en la ciudad. Cuando se inició este estudio, el petróleo y el gas conformaban más del 80 por ciento de la economía de la ciudad; ahora, ese porcentaje se ha reducido a la mitad. El complejo médico de Houston, el mayor del mundo, cuenta con más de cien mil trabajadores empleados por cincuenta y nueve instituciones, las cuales ocupan una extensión superior a la del centro de Chicago. El puerto de Houston es el segundo con más tráfico del país. La ciudad produjo más de setecientos mil puestos de trabajo entre 2000 y 2014, casi el doble de los empleos generados en la ciudad de Nueva York. «La gente se queja del tiempo y de las cucarachas voladoras, pero la última encuesta muestra que el 81 por ciento afirma que la vida en Houston es “excelente” o “buena”, incluso con sus desventajas —comenta Klineberg—. Dicen que Houston es un lugar feo para visitar, pero maravilloso para vivir.»

De niño, cuando vivía en Dallas, veíamos a Houston como el primo obrero, un lugar estupendo al que ir si te gustaban el country y las barbacoas. Eso sigue siendo así, pero Houston es también considerada (por *The Washington Post*, por ejemplo) como una de las ciudades con mejores opciones gastronómicas del país. Tiene una excelente temporada de ópera y afirma tener más espacios teatrales que ninguna otra ciudad estadounidense, salvo Nueva York, hitos que dan a entender sus aspiraciones como centro cultural global. «Había un anuncio en el *Texas Monthly* que decía algo así como “Houston tiene un rollo diferente” —me cuenta Lynn Wyatt, reina emérita de la escena social houstoniana—. ¿Cómo que “un rollo diferente”? Cogí el teléfono y los llamé enseguida. Les dije: “¡Houston no tiene ‘rollo’! Parece que estéis hablando de Austin o algún otro lugar de ese pelaje. Houston es una

metrópolis de primera clase”.»

A principios de la década de 1980 dediqué cierto tiempo a escribir sobre el programa espacial, así que visité varias veces el Centro Espacial Johnston, situado en las inmediaciones de Clear Lake City, cerca de Houston. Un gigantesco cohete Saturn V, de los que llevaron a los astronautas a la Luna, guarda la entrada, reclinado como un coloso caído del mundo antiguo.

Tras los glamurosos días de la carrera a la Luna, el programa espacial se hizo más prosaico, más de rutinas y almuerzos en fiambarrera. Recuerdo ver el *Columbia*, el primer trasbordador que salió al espacio, cuando pasó sobre mi casa, en 1981. Volaba a lomos de un 747, camino de Cabo Cañaveral. Fue emocionante, pero a la vez daba un poco de pena. ¿Eso es un cohete, de verdad?

Había llegado, en cualquier caso, una nueva generación de astronautas, y el ambiente del centro espacial había cambiado con ellos. Y también el tono. Para empezar, no se trataba íntegramente de hombres blancos. Franklin Chang-Díaz era un físico especializado en plasma del MIT. Había nacido en Costa Rica, pero tenía ascendencia china. El primer día de trabajo, se presentó en el Centro Espacial Johnson en un Renault familiar oxidado, con las puertas sujetas con cuerdas, y lo aparcó en el mismo lugar en el que aparcaba su Maserati el legendario Wally Schirra, uno de los Siete del Mercury. Algunos de los pilotos de pruebas de este nuevo grupo, venidos del ejército, conservaban esa elegancia, como era el caso de Charles Bolden, un alegre marine que terminaría convirtiéndose en el primer director negro de la NASA. La física Sally Ride fue la primera mujer estadounidense en el espacio. Judith Resnik, primera astronauta judía estadounidense, era pianista clásica e ingeniera eléctrica. Ronald McNair se había doctorado en física de láseres en

el MIT, era cinturón negro de kárate y tocaba el saxofón. Lo que me impresionó realmente fue que se había encargado de terminar él solito con la segregación en la biblioteca de Lake City, Carolina del Sur, el pueblo donde se crio, al negarse a marchar si no le permitían pedir prestado un libro. Llamaron a su madre y a la policía, pero al final se convirtió en el primer niño negro en obtener un libro de una biblioteca en préstamo. Tenía nueve años.

Este nuevo grupo me fascinaba. Todos estaban en forma y mostraban un ánimo excelente; corrían por la pista de atletismo como ponis. Rhea Seddon, una cirujana de Murfreesboro, en Tennessee, me llevó a comer un día en su Corvette. Ella también había sido piloto de pruebas y probablemente sabía hacer muchas otras cosas, como hablar mandarín o tocar el xilófono. Mientras recorríamos la carretera 1 del centro espacial, miré de reojo a la doctora Seddon; su larga cabellera rubia y ondulada se mecía al aire como si estuviéramos en un anuncio de Clairol, y me asaltó un pensamiento poco habitual en mí: «Quiero un hijo tuyo».

Pero en cuestión de un segundo aparté la idea de mi mente.

Escribí un perfil de una de las primeras mujeres astronautas de la NASA, Mary Cleave, una mujer pequeñita de risa contagiosa y una mirada gris verdosa dos veces más aguda de lo habitual, la de los ojos de una pilota. Su especialidad era la ingeniería sanitaria. Las necesidades fisiológicas de los pilotos eran una de esas cosas que los genios de la NASA no habían logrado nunca solucionar del todo. El primer estadounidense en surcar el espacio, Alan Shepard, tenía que hacer pis dentro de su traje espacial. Después, llegaron los pañales y una «bolsa de recolección fecal» que se encajaba en las caderas como unas bermudas. La mayoría de los astronautas de antaño se aguantaban hasta volver a casa. El primer váter espacial de verdad consistía en un asiento al que el astronauta debía amarrarse. Una hélice creaba una presión diferencial de aire que simulaba la gravedad, y una serie de chorros

de aire a presión ayudaban a expulsar las heces. Para orinar, se diseñó una especie de embudo en el que se introducía el pene. Sin embargo, aún era necesario adaptar el váter a la micción femenina. Y ahí es donde entró Mary.

Se integró en el cuerpo de astronautas en mayo de 1980; un año después pudo presenciar el primer lanzamiento del *Columbia*, que fue como la seda, salvo por el hecho de que el váter se rompió. La semblanza que escribí sobre ella en *Texas Monthly* vino acompañada por una portada en la que Mary aparecía en traje de astronauta, con un gigantesco casco bajo el brazo. Yo firmé sin rechistar un documento en el que me comprometía a pagar el casco si le ocurría algo durante la sesión fotográfica. Medio millón de dólares.

A mí siempre me ha parecido que los astronautas representan lo mejor de Estados Unidos. Eran personas increíblemente preparadas pero sorprendentemente modestas, serias pero enérgicas y, por supuesto, de valor incuestionable. Una buena parte había dejado puestos muy bien pagados en universidades o en el campo de la medicina para trabajar para el Gobierno a cambio de mucho menos dinero. Su motivación personal era la grandiosa misión de llevar a la humanidad al espacio.

Mi amigo Steve también había escrito sobre el programa espacial, así que decidimos escribir un guion. Se titulaba *Moonwalker* y trataba sobre uno de los viejos astronautas del *Apollo*, que vuelve a entrar en el programa espacial y se enamora de una astronauta novata. Como muchos otros guiones de Hollywood, estuvo a punto de rodarse. Fuimos en esa época a Cabo Cañaveral para ver el lanzamiento del trasbordador espacial STS-9. Nos acompañaba nuestro amigo Gregory Curtis, redactor entonces de *Texas Monthly*. Fue para los tres uno de los espectáculos más emocionantes que hemos presenciado jamás, pese a que las gradas estuvieran situadas a varios kilómetros del escenario principal. «Un nebuloso destello sobre el horizonte se convirtió de repente en una llamarada tan intensa que, incluso a esa distancia, hacía daño a

la vista —escribiría Greg más adelante—. Enormes nubes de vapor de agua florecieron en un blanco puro, elevándose en el aire desde la base del cohete. Y, entonces, llegó el sonido.»

La onda sónica hizo temblar el suelo y caer a los pájaros en pleno vuelo. La nave espacial se separó de la superficie del planeta y ascendió rumbo al cielo, ejecutando un giro sobre sí misma de una manera que nos pareció peligrosa, pero que formaba parte de la maniobra de lanzamiento. «Desapareció por fin entre las nubes, aunque nadie dejó de mirar. Todo el mundo estaba emocionado», escribió Greg.

Un poco asustados, Steve y yo recordamos en ese momento que ambos nos habíamos presentado candidatos al programa Primer Periodista en el Espacio, creado por la NASA para suscitar el interés del público, pero que perdió parte de su atractivo cuando los vuelos espaciales se hicieron rutinarios. Yo tenía celos de Steve, pues estaba convencido de que lo elegirían a él; a él le ocurría lo mismo. Hicimos un trato: el que resultara escogido llevaría el último libro del otro al espacio.

Antes de que saliera algún periodista hacia el espacio exterior, no obstante, lo hizo una profesora. Yo le había propuesto a Roberta que se presentara voluntaria, pero la mera idea la dejaba sin aliento. Se llevó el gato al agua Christa McAuliffe, una profesora de sociología de Concord, en New Hampshire.

Era el 28 de enero de 1986, y Steve y yo estábamos reescribiendo el guion de *Moonwalker*. Roberta se presentó en mi despacho. Tenía gripe y ese día estaba de baja. «¿Te has enterado de lo del *Challenger*?», me preguntó. Era la vigésima quinta misión espacial. El trasbordador había explotado en el aire. El vehículo voló durante setenta y tres segundos y los cohetes estallaron en pedazos sin más. Extrañamente, el locutor continuó informando sobre la velocidad y la distancia mientras la cápsula que albergaba a esos valientes

hombres y mujeres caía hacia el océano Atlántico. Es posible que algunos de los astronautas viviera hasta que la cápsula se estrelló contra el agua, a más de trescientos veinte kilómetros por hora.

Entre los tripulantes estaban Christa McAuliffe, la profesora de New Hampshire; Judith Resnik, la física y pianista judía, y Ronald McNair, el físico y saxofonista que había desafiado a las autoridades al querer sacar un libro siendo negro. Dieron su nombre a aquella biblioteca de Carolina del Sur.

Cuando supe que el famoso Astrodome[12] estaba a la venta, decidí ir a echar un vistazo al que puede considerarse el edificio más histórico de Texas después de El Álamo. No hay ciudad estadounidense que pueda aspirar a la grandeza sin sus buenos equipos deportivos, pero el calor tropical y las lluvias torrenciales siempre han dado al traste con el hambre de éxitos en los deportes de Houston. En 1965, Roy Hofheinz, exalcalde al que apodaban el Juez, por haber ejerció brevemente la magistratura en un tribunal de primera instancia, inauguró el entonces bautizado como Estadio Cubierto del Condado de Harris. Antes conocido como la Octava Maravilla del Mundo, este estadio ha sido hogar de los Houston Astros (béisbol), los Houston Oilers (fútbol americano) y los Houston Rockets (baloncesto), y en él se celebraba la Feria de Ganado y de Rodeo de Houston. Pero, cuando lo visité, llevaba ocho años vacío. Todos los equipos se han buscado nuevas canchas o estadios, y el departamento de bomberos le retiró al edificio el imprescindible certificado de seguridad. Era bastante triste, la verdad, ver aquel edificio histórico abandonado a su suerte. La ciudad había dado la espalda a la emblemática estructura que había traído un rayo de civilización a Houston y a Texas en general.

Hofheinz el Juez es el «conseguidor» texano por antonomasia. Se hizo con

el control de los Colt.45, un equipo de la Liga Nacional de béisbol en plena expansión, y le cambió el nombre a Astros. El equipo había aceptado instalarse en Houston porque el Juez había prometido construir un estadio cubierto. Hofheinz afirmó haberse inspirado en el Coliseo romano, que en la Antigüedad se cubría con toldos durante los combates matinales de gladiadores. Si los romanos podían, ¿por qué los houstonianos no? Sin embargo, el Juez no se conformó con que hubiera sombra. Estaba decidido a construir el local con aire acondicionado más grande del mundo.

Jamás se había construido una estructura similar. Antiguamente, cuando los texanos tenían demasiado calor, refrescaban restaurantes e iglesias colocando ventiladores sobre barreños llenos de hielo. En 1923, el Second National Bank se convirtió en el primer edificio con aire acondicionado de Houston. Llegada la década de 1950, la ciudad se arrogó el título de «primera capital con aire acondicionado del mundo»; PlazAmericas, por ejemplo, era el primer centro comercial con aire acondicionado de la historia. Pero la construcción del Astrodome fue un acto ciudadano de fe. Aún sigue en pie, cerniéndose imponente sobre la autopista vecina, «como la bola de un gigantesco bote de desodorante *roll-on*», como señalaría el novelista texano Larry McMurtry con su ojo implacable. Hofheinz se mudó a un apartamento que estaba en el interior del estadio y ocupaba siete plantas, junto a las gradas del campo del lado derecho. Contaba con capilla, bolera, galería de tiro y un bar privado llamado The Topsy Tavern. El famoso locutor y actor Bob Hope, tras ver la decoración, optó por describirla como «estilo rey Faruk», en referencia al célebre monarca egipcio. Hofheinz vestía a las acomodadoras del estadio — unas atractivas jóvenes conocidas como las Spacettes— con abrigados uniformes dorados, muy apropiados para la refrescante temperatura interior. El personal que trabajaba a pie de campo llevaba casco y mono naranja, y eran conocidos como los Terrícolas. «Era como tener tu propio planeta»,

recordaría años más tarde la viuda del Juez, Mary Frances Hofheinz.

Otro juez de primera instancia, Ed Emmett, heredó el dilema del Astrodome cuando accedió a la alcaldía, en 2007. La mayoría de houstonianos prefería que el viejo estadio se demoliera y se convirtiese en un espacio verde, y rechazaba de plano la propuesta de hacer de él una instalación multiusos, lo que exigía una inversión de 213 millones de dólares. No obstante, el juez Emmett concluyó que no tenía mucho sentido financiero echar abajo el Astrodome. «Es muy sólido. Cuando pasó el huracán Ike [en 2008], todos los edificios de la ciudad sufrieron algún daño, salvo este. Además, ¡ya está pagado!», me cuenta mientras paseamos por sus vastos interiores.

Emmett pidió sugerencias a los vecinos de Houston. Se presentaron un centenar de ideas, algunas de ellas garabateadas en servilletas de bar: convertirlo en un aparcamiento, en una pista de esquí cubierta, en un museo de ciencias. Alguien propuso inundar el campo, que está unos metros por debajo del nivel del suelo, y representar batallas navales. «Ninguna de esas personas dio ideas sobre cómo financiar tales proyectos», señaló Emmett mientras paseábamos por el que había sido el centro del campo, cerca del lugar preciso en el que Muhammad Ali noqueó a Cleveland Williams en 1966. Judy Garland, Elvis Presley, el partido de tenis entre Bobby Riggs y Billie Jean King... Son muchos recuerdos. Un amigo mío vertió las cenizas de su padre en el campo mismo. Salvo por la fiesta que se celebró por su quincuagésimo aniversario en 2015, la última vez que se permitió la entrada fue en el año 2005, cuando se abrieron sus puertas para dar refugio a los afectados por el huracán Katrina.

Emmett quería convertir los más de treinta mil metros cuadrados de superficie útil del estadio en un monstruoso parque cubierto. También se ha propuesto algo más sencillo, como celebrar en él festivales y eventos especiales. Se trata de un plan de mínimos, reconoce. «Podríamos traer las

competiciones estatales de tiro con arco, y los torneos de equitación. También tengo contactos con la federación de críquet.» Parece quedar muy lejos aquel día de la inauguración, el 9 de abril de 1965, cuando los Astros ganaron a los Yankees dos a uno y Mickey Mantle consiguió el primer *homerun* del estadio.

Me di una vuelta en un cochecito de golf, pertrechado con una linterna, me di una vuelta por la antigua sala de las taquillas del equipo, donde la bañera de hidromasaje seguía intacta. Hofheinz el Juez también solía pasearse por las noches en un cochecito de golf para admirar su creación. El campo de juego sirve hoy para almacenar cosas provenientes sobre todo del Estadio NRG, mucho mayor y más estiloso, situado puerta con puerta. Había en el momento de mi visita montones de sillas, tornos y una garita de aparcamiento. Sesenta metros por encima de nuestras cabezas se extendía la cubierta, hecha de piezas geométricas de plástico. Antes de la inauguración, alguien se preguntó si los jugadores serían capaces de ver las bolas, así que hicieron la prueba; una persona se encaramó a una de las pasarelas superiores y se dedicó a lanzar bolas mientras Joe Morgan y Rusty Staub, jugadores de los Astros, trataban de atraparlas. Para reducir la luminosidad, se pintaron los paneles de metacrilato con un barniz traslúcido, lo cual, sin embargo, hizo que la hierba se secara. Hofheinz mandó pintar la hierba seca de verde, hasta que pudo reemplazarla con el AstroTurf, un césped artificial en la forma de unos gigantescos rollos como pacas de heno que ahora se desplegaban sobre el pavimento de hormigón.

El montículo móvil del lanzador ha quedado cubierto por dos placas de acero. Dos de mis jugadores favoritos, Nolan Ryan y J. R. Richard, pisaron muchas veces este mismo lugar. Fueron compañeros de equipo brevemente, aunque Ryan fue el primero en conseguir un contrato de un millón de dólares en la historia del béisbol, lo que provocó el resentimiento de Richard. Ambos eran capaces de tirar bolas rectas a ciento sesenta kilómetros por hora, y con

efecto a casi esa misma velocidad, aunque Richard, que medía más de dos metros, intimidaba mucho más al lanzar. Jamás vi a un lanzador dominar tanto a los bateadores. En el momento en que soltaba la bola, el pie derecho parecía casi salirse del montículo y la mano parecía llegarle a la cara al bateador. Su bola con efecto *slider* era quizá la más difícil de batear de su tiempo. Era emocionante verlo jugar.

En las temporadas de 1978 y 1979 eliminó a más de trescientos bateadores, una hazaña igualada únicamente por Nolan Ryan y Sandy Koufax en tiempos modernos. Al año siguiente, Richard esperaba demostrar definitivamente que era el mejor lanzador del béisbol estadounidense. Tenía treinta años y mejoraba a cada temporada. Ganó diez de sus primeros catorce lanzamientos de salida. Pero entonces empezó a quejarse de que sentía el brazo muerto y notaba rigidez en el hombro y la espalda. Fue eliminado en varios partidos por no ser capaz de distinguir las señales del receptor. Durante semanas sufrió mareos y dolor. Puesto que había criticado abiertamente el cuantioso contrato ofrecido a su compañero Ryan, los aficionados se volvieron en su contra, convencidos de que se había vuelto un holgazán, aunque no había dejado de ser el primer lanzador en tirar en cada partido durante cinco años. Ni siquiera los médicos del equipo lo creían. Los Astros le dieron de baja. «Me decían que era todo psicológico —recordaría Richard más tarde—. Que era un infeliz y que tenía celos de Ryan.»

El 30 de julio de 1980, con una media de carreras limpias permitidas de 1,90, Richard sufrió un ictus por un coágulo en una arteria del brazo derecho. Los médicos lo habían detectado varios días antes, pero decidieron que estaba estable, así que no tomaron medidas. Richard no volvió a jugar en las grandes ligas. Tras un par de malas inversiones y dos divorcios, quedó en la ruina. En enero de 1995, mientras Ryan se preparaba para iniciar su vigésima segunda temporada en las grandes ligas, un periodista de *The Houston Post* encontró a

Richard viviendo bajo un puente, a unos cinco kilómetros del Astrodome.

Ryan se hizo con un hueco en el Hall Nacional de la Fama del Béisbol y llegó a presidir los Texas Rangers. Se calcula su fortuna en sesenta millones de dólares y es uno de los texanos más famosos de todos los tiempos. Richard, en última instancia, se hizo pastor y empezó a trabajar con personas sin hogar en Houston. Ambos fueron grandes jugadores, pero me pregunto cómo de diferentes habrían sido sus destinos de haberse invertido sus problemas. Uno imagina que Nolan Ryan, el jugador blanco del contrato de un millón de dólares, habría sido tratado en cuanto hubiese informado de sus síntomas. Nadie le habría acusado de gandul ni de envidioso. Sin duda, lo habrían atendido de inmediato. Quizá le habrían aconsejado mejor sobre sus asuntos económicos. Por otro lado, es cierto que Richard siempre fue un tipo solitario y difícil. Se sabe que consumía cocaína incluso siendo jugador en activo. No era una figura fácil de convertir en héroe. Pero aun así...

Pregunté al juez Emmett si el futuro del Astrodome sería comparable al de su predecesor, el Coliseo romano, convertirse en una ruina venerable. Emmett me aseguró que quería evitar que eso ocurriera. En efecto, unos meses después de mi visita, logró convencer al gobierno del condado de Harris de invertir diez millones y medio de dólares para llevar a cabo un rediseño de las instalaciones, que incluiría un aparcamiento subterráneo y una gran área dedicada a festivales y espectáculos. «Los días de abandono del Astrodome han tocado a su fin —prometió el juez—. Estoy convencido de que lo conseguiremos sin subir los impuestos. Los cien millones de dólares que hacen falta son fáciles de conseguir en un condado como este, que tiene más población que veinticinco de los estados del país.»

Houston es la única gran ciudad estadounidense sin legislación sobre

planificación urbana. A efectos prácticos, cualquiera puede construir casi cualquier cosa en casi cualquier sitio, excepción hecha de los barrios históricos protegidos. Se ven cosas bastante raras, como una vivienda familiar de dos plantas junto a una montaña rusa, un club de estriptis al lado de un centro comercial o una casa hecha con latas de cerveza. Aparecen, de repente, solitarios rascacielos en barrios residenciales. La ausencia de una legislación que regule la construcción es resultado de la histeria anticomunista de las décadas de 1950 y 1960, cuando la planificación urbana era considerada cosa de rojos. Sin embargo, había otro grupo, que incluía a los negros y a los progresistas, que vieron ventajoso alinearse con la ultraderecha: «La planificación urbana habría servido a la causa de la segregación», observa el exalcalde Bill White.

Según el *City Journal*, la publicación del Manhattan Institute for Policy Research, el nivel de vida de Houston es el mayor de entre las grandes ciudades estadounidenses, y uno de los más altos del mundo: «Los ingresos familiares han crecido en un 20 por ciento desde 2005, mientras que en Nueva York lo ha hecho un 14 por ciento; en Los Ángeles, un 11 por ciento; y en Chicago, menos de un 9». Se están renovando y expandiendo las zonas verdes y la vivienda es asequible. El precio medio es un 60 por ciento de lo que cuesta en Los Ángeles, por ejemplo.

La población de Houston creció un 35 por ciento entre el 2000 y 2013, un porcentaje realmente sorprendente para una ciudad ya madura. Pronto superará a Chicago y se convertirá en la tercera área metropolitana más poblada del país, tras Nueva York y Los Ángeles. «Todo el crecimiento se ha centrado en las poblaciones hispana, afroestadounidense y asiática —afirma Stephen Klineberg, del Kinder Institute—. Houston es hoy el área metropolitana más diversa, étnicamente hablando, de todo el país.» Uno de cada cuatro houstonianos ha nacido en el extranjero y no hay ningún grupo racial o étnico

mayoritario. «En Houston se hablan ciento cuarenta y dos idiomas distintos — me explica Sylvester Turner, el segundo alcalde negro de Houston—. Y queremos ser aún más inclusivos.»

Durante muchos años Texas fue el estado que más refugiados recibía del país. En 2016, Texas acogió a ocho mil trescientos de los ochenta y cinco mil que llegaron a Estados Unidos ese año, una cifra solo por detrás de la de California. (Bajo el mandato de Trump, se ha recortado a cuarenta y cinco mil el número de refugiados aceptados por el país.) Houston recibe más refugiados que cualquier otra ciudad del país. Además, según el último estudio demográfico, de 2010, es la ciudad con más musulmanes de todo Estados Unidos. Sin embargo, en septiembre de 2017, el gobernador decidió retirarse del programa de reubicación federal de refugiados.

Como otras ciudades texanas, Houston se ha ido haciendo más progresista con los años. Por ejemplo, el 81 por ciento de sus ciudadanos defiende que se establezca algún tipo de control sobre los propietarios de armas, y una mayoría aprueba que exista una vía legal para que los inmigrantes indocumentados obtengan la ciudadanía. Según el último estudio de Klineberg, un 52 por ciento de los houstonianos se considera demócrata, mientras que los republicanos han caído al 30 por ciento. Se trata de la brecha más amplia entre unos y otros desde que se realizan este tipo de encuestas, la cual, sin embargo, no refleja la realidad del poder político estatal, que se sitúa mucho más a la derecha que la ciudadanía.

Casi el 40 por ciento de los houstonianos tiene menos de veinticuatro años; se trata, en efecto, de una ciudad increíblemente joven. La educación es, por tanto, un asunto vital. Más de la mitad de ese grupo juvenil es de etnia hispana, y casi el 20 por ciento son afroestadounidenses. Son el futuro de Houston, pero también el grupo que más riesgo puede correr de recibir una educación deficiente. Texas está a la cola de inversión en educación y en excelencia

académica. Esto tiene consecuencias a nivel nacional, pues uno de cada diez niños estadounidenses es texano —más de siete millones en total—, y uno de cada cuatro niños texanos vive bajo el umbral de la pobreza.

Hubo un tiempo en el que el petróleo, el algodón y el ganado eran las únicas fuentes de riqueza del estado, y la educación no desempeñaba en esos ámbitos un papel crucial para éxitos futuros. «La cuestión es si los anglosajones ricos de más edad van a querer invertir en el futuro de Texas, que es predominantemente no anglosajón, cuando no sea un espejo de Europa, sino un microcosmos a imagen y semejanza del planeta entero —plantea Klineberg—. La esperanza de Houston y Texas es que houstonianos y texanos llevamos en el ADN el impulso de hacer lo que sea necesario para alcanzar el éxito.» Los habitantes de la metrópolis saben que se encuentran en un cruce de caminos. «Este lugar podría ser Londres o Lagos», me dice mi amiga Mimi Swartz, veterana redactora y compañera de *Texas Monthly*.

A principios de agosto de 2017, se produjo frente a las costas de África occidental un fenómeno atmosférico conocido como onda tropical, que emprendió una travesía rumbo oeste por el océano Atlántico. Cuando alcanzó las Antillas Menores, el 17 de agosto, se había convertido en una tormenta tropical, bautizada con el nombre de Harvey. Dos días después, en el mar Caribe oriental, chocó con una cizalladura de viento, y decayó hasta convertirse de nuevo en onda. El Centro Nacional de Huracanes dejó de emitir alertas, pues parecía que la tormenta se había desvanecido junto con su simpático nombre.

La costa texana del golfo de México hace las veces de guante de béisbol para las tempestades que atraviesan el Caribe. Aun así, pese a las predicciones que vaticinaban un aumento en la intensidad de las tormentas

debido al calentamiento global, lo cierto es que no habíamos sufrido una catástrofe natural desde que el huracán Ike golpeó Galveston en 2008. Ike solo alcanzó la categoría 2, pero fue uno de los más destructivos de la historia del estado. Levantó una marejada ciclónica con olas de ocho metros y causó ochenta y cuatro muertes. Muchos de nuestros complacientes líderes políticos dudan una y otra vez de que el clima esté cambiando, reconociendo, como mucho, que, de estar dándose algún cambio, la actividad humana no tiene nada que ver con ello. A la luz del amplio consenso científico en torno a este asunto, es difícil no interpretar la resistencia de la clase política como una sumisión total al sector del gas y el petróleo, cuyo cuartel general está situado justo en la costa asolada por el huracán.

La tormenta Harvey, agotada, pasó lentamente sobre la península del Yucatán y entró a continuación en el golfo de México, donde recuperó cierta fuerza, tanta como para pasar a ser clasificada como depresión tropical, lo que implicaba vientos de hasta sesenta kilómetros por hora. De repente, en un lapso de cincuenta y seis horas, Harvey explotó para convertirse en un huracán de categoría cuatro, debido a la temperatura anormalmente elevada de las aguas del golfo de México.

Harvey tocó tierra a las diez de la noche del 25 de agosto a la altura de Rockport, un pequeño pueblo pesquero que alberga además una colonia de artistas, al norte de Corpus Christi. Soplaron vientos de doscientos diez kilómetros por hora que tumbaron edificios enteros en Rockport y arrasaron otros pueblos más pequeños de la zona. Sin embargo, no fue el viento lo que más daño hizo, sino la lluvia.

Cuando la tormenta viró hacia el noroeste y enfiló rumbo a Beaumont y Houston, los meteorólogos entraron en pánico. «El impacto que pueda causar es desconocido y no existen precedentes», tuiteó el Servicio Meteorológico Nacional el 27 de agosto. William Long, director de la Agencia Federal de

Gestión de Emergencias, predijo que la tormenta sería la peor que Texas hubiera conocido jamás.

El gobernador Abbott urgió a los habitantes de la zona comprendida entre Corpus Christi y Houston a que evacuaran, pero el alcalde Turner y el juez Emmett no tardaron en revocar su mandato. «No se puede sacar a la carretera a seis millones y medio de personas», declaró el alcalde en una rueda de prensa. Recordó también el huracán Rita de 2005, con motivo del cual se dio una orden de evacuación similar; dos millones y medio de personas huyeron hacia el interior, con lo que se produjeron los más graves embotellamientos de la historia de la ciudad. Steve Harrigan consiguió llevarse a su madre, de ochenta y cinco años, pero tardó nueve horas en llegar a Austin, el triple de lo normal. Su cuñado salió de la ciudad dos horas después que él y el viaje le llevó treinta y dos. Había gente atascada en la carretera que sufrió ataques cardíacos. Tuvieron lugar accidentes de tráfico y peleas. Más de cien personas murieron en aquel éxodo frustrado. La incómoda verdad acerca de Houston es que no hay vías de escape en caso de huracán.

Harvey se mostraba implacable. Se había acomodado exactamente sobre Houston y las comarcas adyacentes, arrojando las mayores medidas pluviométricas de la historia de Estados Unidos, como los 1.317 litros por metro cuadrado que cayeron en Cedar Bayou, al este de Houston, todo un récord. Se estima que cayeron unos 128 billones de litros de agua entre el este de Texas y Luisiana. Casi cien mil casas se inundaron y quedaron inutilizados un millón de vehículos. Joel N. Myers, director y presidente de AccuWeather: «El impacto económico final se acercará a los ciento sesenta mil millones de dólares, el equivalente al daño producido por los huracanes Katrina y Sandy juntos».

Resulta que yo debía estar en Houston para los ensayos de una nueva obra de teatro que había escrito. Había planeado viajar en coche el domingo 27 de agosto, pero Harvey se me adelantó. Todas las carreteras estaban cortadas. Los actores habían llegado unos días antes para las pruebas de vestuario y se habían quedado aislados en el hotel. Hice una videoconferencia con ellos el lunes, y no paraban de mirar hacia la ventana mientras charlaban conmigo. Fuera, el huracán arreciaba. Se les notaba el miedo en los ojos.

Esa obra de teatro se titula *Cleo*. Trata sobre el rodaje de la película *Cleopatra*. Los personajes principales son Elizabeth Taylor y Richard Burton. Su idilio ilícito nació en 1962 en el plató de rodaje en Roma, y se convirtió en el mayor escándalo sexual del siglo XX. Yo quedé obnubilado con aquella historia romántica, que, además, coincidió temporalmente con mi pubertad. He estado trabajando en el guion intermitentemente a lo largo de veinte años. El actor Bob Balaban era además director de la obra. En enero de 2016 habíamos hecho una lectura en el teatro Alley, sobre el pequeño escenario de la sala Neuhaus, en la planta baja. Acudió un público excelente y, tras la lectura, Gregory Boyd, el director artístico del teatro, nos ofreció montar la obra.

Cuando cogí el coche, el día 30, habían empezado a reabrirse las carreteras hacia Houston. El río Colorado se había desbordado y los campos, empapados, refulgían de un verde esplendoroso e irreal bajo el cielo plomizo, como en un paisaje irlandés. Algunas carreteras secundarias seguían cortadas. Vi un tráiler atrapado bajo un puente; solo asomaba por encima del agua el techo de la cabeza tractora. Me pregunté qué habría sido del camionero. Pocos coches recorrían la interestatal, entre ellos los de algunos rescatadores voluntarios, con los hidrodreslizadores a remolque. Nathan Rott, periodista de la NPR, se topó en Columbus, a unos ciento diez kilómetros de Houston, con un grupo de camionetas cuatro por cuatro de las de neumáticos gigantes, alineadas en formación. Uno de los conductores declaró: «En momentos como

este, y solo en momentos como este, los estadounidenses valoran a los *rednecks*».

Cuando una catástrofe golpea a Texas, una de las primeras entidades en reaccionar, y una de las más eficaces, es H-E-B, una cadena de tiendas de alimentación texana, que suele enviar un convoy de quince vehículos, entre los que hay cocinas móviles que pueden preparar dos mil quinientas comidas por hora, generadores portátiles, cisternas de combustible y Unidades para el Auxilio en Catástrofes con botiquines, cajeros automáticos y material de oficina. Para cuando Harvey tocó tierra, el convoy se dirigía ya hacia Victoria y Rockport, en el sur del estado. Otras unidades se dirigieron a Houston durante los días siguientes. El jueves 31 de agosto, el coordinador de gestión de emergencias de Beaumont llamó a H-E-B para anunciar que la ciudad había quedado aislada. No había presión de agua y no llegaban suministros. La ayuda del estado no llegaría a tiempo. El convoy de H-E-B se dirigió presto al rescate. Esa es mi idea del capitalismo ilustrado de Texas.

En cuanto llegué a Houston, me dirigí al teatro. Este se encuentra en Texas Avenue, en el corazón del barrio de los Teatros, a solo tres manzanas del pantano Buffalo, que cierra el centro de la ciudad por el norte. Había visto fotografías y vídeos que los actores habían hecho durante el paso del huracán; en resumidas cuentas, Texas Avenue formaba ahora parte del pantano. Frente al teatro, el agua había alcanzado metro y medio. Cuando llegué, las calles estaban casi secas; solo quedaban a lo largo de los bordillos charcos que podían saltarse fácilmente. La tempestad se había desplazado hacia Beaumont, aunque el viento seguía encañonándose con fuerza entre los rascacielos. Creí estar preparado para lo peor.

El teatro Alley se había inaugurado en 1947. Era entonces una escuela de danza sin calefacción (y sin aire acondicionado) con aforo para 87 espectadores, que se encontraba entonces en Main Street. Había un sicomoro

que atravesaba el techo. La escuela había sido fundada por una profesora de teatro de secundaria llamada Nina Vance. Ese mismo año, la directora de escena Margo Jones crearía el primer teatro sin ánimo de lucro de Estados Unidos, en Dallas. Hasta entonces, fuera de Nueva York se veían sobre todo las producciones de Broadway que salían de gira, pero gracias a visionarias como Vance y Jones ese flujo se invirtió. La mayoría de obras originales — como *Cleo*— nacen en teatros regionales, donde se hacen famosas y encuentran su público.

El teatro Alley se trasladó a su sede actual en 1968. Se trata de un edificio de estilo brutalista que a mí siempre me hace pensar en una fortaleza veneciana del siglo XV, aunque también lo han comparado con un refugio antiaéreo. No es el tipo de edificio por el que haya que preocuparse si hace mucho viento. En la calle, frente al teatro, había un camión cisterna de los que se utilizan en los yacimientos petrolíferos para succionar lodos de los pozos de fracturación. El conductor me contó que llevaba funcionando ininterrumpidamente veinticuatro horas, y que el nivel de agua que inundaba el teatro solo había descendido setenta centímetros.

Seguí la manguera de succión hacia el interior. Allí me saludó el ingeniero jefe, Daniel Naranjo. Su linterna se había quedado sin pilas, así que le ofrecí mi iPhone. Subimos a la recién rehabilitada sala Hubbard, con 774 butacas, donde supuestamente se representaría *Cleo*. Por suerte, estaba intacta. Habríamos podido representar esa misma tarde, de no ser porque el resto del edificio estaba inundado.

Empezamos a bajar por la escalera de caracol hacia la pequeña sala que hay justo debajo, pero a los pocos escalones dimos por fin con el agua. El Alley se había inundado en otras ocasiones. Se distinguían las huellas de la inundación provocada en 2001 por la tormenta tropical Allison, que en su momento había sido la más grave en afectar a una gran ciudad estadounidense

en tiempos modernos. Harvey superó esa marca en casi setenta centímetros. Bajo el escenario sumergido había un sótano donde se encontraban los vestuarios, los baños, el guardarropa, la lavandería y unos cien mil trajes, vestidos y demás artículos de vestuario acumulados durante los setenta años de historia del Alley. Todo ello enterrado en millones de litros de agua, como un barco naufragado.

Drenar el teatro llevaría diez días completos y solo entonces pudieron dar comienzo las tareas de demolición. Según me explicó Daniel, el principal problema era la instalación eléctrica, que era casi artesanal. Para sustituirla, haría falta, como mínimo, un mes y medio. *Cleo*, supuestamente, debía estrenarse en tres semanas.

La gente se preguntaba si realmente hacía falta reconstruir el edificio. En un principio se pensó que el agua había llegado hasta la red de túneles que horada el subsuelo de Houston, como había ocurrido con Allison. Tras esta se habían instalado esclusas submarinas, que por suerte habían cumplido su función con Harvey. En esta ocasión, sin embargo, el agua empezó a entrar por un tubo de ventilación del ancho de una alcantarilla y terminó reventando la pared de hormigón reforzado de la sala del cuadro eléctrico. Además, se rompió una de los rociadores antiincendios, lo que añadió otros tres millones de litros a toda el agua que venía de la calle.

Por supuesto, más allá de si habría ensayo o no, pendía sobre mí la pregunta evidente de si la producción seguiría adelante. El resto de salas de la ciudad estaban reservadas o habían sufrido daños. Bob Balaban no podía llegar desde Nueva York, porque los aeropuertos de Houston seguían cerrados. Quedaba esperar a que cayera sobre nosotros la espada de Damocles.

A la mañana siguiente, fui a pie hasta el Centro de Convenciones George R.

Brown, donde se habían refugiado ocho mil personas.

El caos inicial de los primeros días de Harvey había dado paso a un ambiente de orden y amabilidad. Las enormes salas del centro de convenciones se dividieron en dormitorios, cada uno de los cuales estaba destinado a un grupo particular; familias con animales, hombres solteros, mujeres solteras, etcétera. En cada pasillo había un carrito con cosas para comer y beber. Hablé con Scott Toncray, empleado de la Cruz Roja: «Yo estuve en el Katrina con la Agencia. Esto es mucho más tranquilo».

Las muertes provocadas por el huracán Katrina, que asoló Nueva Orleans en 2005, se estimaron en más de mil ochocientas, pero no hay una cifra oficial definitiva, pues hoy en día siguen desaparecidas ciento treinta y cinco personas. Los saqueadores se adueñaron de las calles. La policía de la ciudad cayó en desgracia por sus violaciones de los derechos civiles. Los médicos de uno de los hospitales estaban tan desesperados por la tardanza del rescate que aceleraron de manera deliberada la muerte de muchos pacientes. La Agencia no supo calibrar la urgencia y escala de la catástrofe. El gobernador de Texas, Rick Perry, en una de sus decisiones más celebradas, abrió las puertas del estado a los afectados. Se acogió a un cuarto de millón en Houston. De ellos, cuarenta mil se quedaron a vivir en la ciudad para siempre, gracias a un programa de ayuda multimillonario puesto en marcha por el ayuntamiento.

Pasé junto a un montón de gente que hacía cola para informar oficialmente sobre sus pérdidas ante decenas de funcionarios de la Agencia. Los voluntarios clasificaban montañas de ropa donada. Actores con disfraces de Disney (de *El rey león*, *Frozen*...) daban vueltas de un lado para otro, a la búsqueda de niños. Había regletas para cargar los móviles, varios cónsules de países centro y sudamericanos, masajistas, pintacaras e instructores de yoga. Era casi como una feria.

Rhona Wilson, una agente de policía de Houston, afirma que cuando llegó al

centro —aún coleaba la tormenta— se topó con «un mar de víctimas abrumadas, desesperadas». Perdió los nervios. Habían muerto setenta y siete personas; muchas menos, no obstante, de las que se llevó por delante Katrina y menos también de las que mató Rita. «Se sigue evacuando gente y el nivel de los ríos no deja de crecer. Estoy haciendo turnos de doce horas», me contó Wilson. La noche anterior le había dado tiempo por fin a encender la televisión y comprobar la magnitud del desastre. Como otros agentes de policía, llevaba un crespón sobre la placa policial en recuerdo de su compañero, el sargento Steve Pérez, que se había ahogado en cumplimiento del deber.

«El municipio de Houston tiene una extensión de más de mil seiscientos kilómetros cuadrados. En ese espacio caben Chicago, Filadelfia, Baltimore y Detroit juntas —escribió Manny Fernández, corresponsal jefe de *The New York Times* en Houston, el domingo, 3 de septiembre, cuando la ciudad continuaba parcialmente sumergida—. Los nueve condados que integran la región metropolitana de Houston ocupan una extensión de casi veintiséis mil kilómetros cuadrados, casi tanto como el estado de Massachusetts.» Un 85 por ciento de los propietarios de inmuebles no tenía seguro contra inundaciones.

El huracán Harvey pone en cuestión el futuro de Houston. Ha sufrido más inundaciones en los últimos cuarenta años que ninguna otra gran urbe estadounidense y, aun así, su población crece en cuatrocientas personas diarias, para las que se construyen cuarenta mil viviendas al año, muchas de ellas en las planicies inundables, lo que significa asfaltar kilómetros y kilómetros de la pradera herbosa que antaño absorbía las crecidas. Harvey hizo patente, de una forma muy dolorosa, las consecuencias de menospreciar la planificación urbana.

«Todo el mundo sufrió —aseveró el juez Ed Emmett cuando volví a visitarlo, en esta ocasión en su despacho del centro de Houston—. Geográfica y demográficamente. Sufrieron los ricos y los pobres. Si queremos que esta gran área urbana siga creciendo a orillas del golfo de México, tendremos que solucionar el problema de las inundaciones.»

Houston empezó a convertirse en lo que es hoy después de que la Gran Tormenta de 1900 arrasara Galveston, en esa época el mayor puerto marítimo del estado. La llamada Isla Ellis del Oeste era el punto de entrada de decenas de miles de inmigrantes, especialmente europeos y judíos rusos. La rica y complaciente Galveston se negó a encarar los riesgos de su ubicación (construyendo escolleras, por ejemplo). La ciudad se levantaba apenas tres metros por encima del nivel del mar en su punto más alto. Además, las autoridades desoyeron las alertas provenientes desde Cuba, que avisaban de la llegada de un gran huracán a la costa continental.

Aquella tempestad trajo consigo olas de cinco metros que inundaron la isla y arrasaron Galveston casi completamente. Se estima que murieron entre seis mil y ocho mil personas. Sigue siendo, hoy en día, la catástrofe natural más mortífera de la historia de Estados Unidos. Los supervivientes reconstruyeron la ciudad con gran determinación, seis metros más arriba, pero los escarmentados inversores querían un puerto más seguro.

Así que dirigieron la mirada a Houston.

Las semillas de una gran ciudad, en cualquier caso, ya estaban plantadas. Houston contaba con tranvía y tenía conexión ferroviaria con Nueva Orleans. Un filántropo llamado George Hermann donó una parcela de tierra para un hospital de beneficencia, que con el paso de las décadas se convertiría en el actual Texas Medical Center. El pantano ya había sido drenado para facilitar el trasiego de maderas, y el área drenada se expandió rápidamente cuando el Spindletop dio la campanada al año siguiente a la Gran Tormenta. El

presidente Woodrow Wilson inauguró oficialmente el canal de Houston en noviembre de 1914, pulsando un botón en la Casa Blanca que supuestamente estaba conectado con un cañón en Houston.

Sin embargo, Houston hubo de enfrentarse a su propio destino en 1935, cuando se inundó por primera vez el centro de la ciudad. «Eso es lo que espabiló a todo el mundo», me comentó el juez Emmett. Se creó entonces todo un distrito que contendría las crecidas y se construyeron dos grandes embalses, los cuales distaban en aquella época más de treinta kilómetros del centro. «Estaban allá, en mitad de la nada», me explicó Emmett. Desde entonces, se han construido unas catorce mil viviendas dentro del área de captación de aguas, muchas veces sin conocimiento de los propietarios. Con Harvey, esos embalses se habían llenado hasta los topes y se habían tragado muchas casas construidas demasiado cerca de las orillas. El Cuerpo de Ingenieros del Ejército tuvo que colaborar en la evacuación de aguas para evitar que las presas se rompieran, lo que habría supuesto la inundación de cientos de viviendas más que se habían construido en las inmediaciones.

«No soy hidrólogo ni ingeniero, pero algo no funcionaba», dijo Emmett.

Le pregunté, en su condición de republicano, si se mostraba escéptico con respecto al cambio climático. «El nivel del mar está subiendo, tenemos que lidiar con eso —dijo—. Me preocupa que esto vaya a ser lo habitual. Hemos sufrido, en un periodo de solo dos años, tres inundaciones de las que se dan una vez cada cinco siglos. Así que quizá debemos redefinir el concepto de “inundaciones de las que se dan una vez cada cinco siglos”. A lo mejor es así, o a lo mejor no va a haber ninguna otra como estas en mil quinientos años.»

Emmett culpaba en parte a su propio partido por haber mantenido una postura antiintelectual y por no haberse tomado en serio el cambio climático. «En nuestro partido hay demasiadas personas que creen que la Tierra tiene menos de diez mil años. Algunos de nuestros líderes políticos temen a estos

elementos extremos. Cada tanto, por puro placer, vuelvo a ver la película *La herencia del viento* —sobre el «juicio del mono», que enfrentó a Clarence Darrow y William Jennings Bryan a cuenta de la oposición entre el relato bíblico de la creación y la teoría de la evolución—. No puedo creer que no hayamos avanzado nada desde entonces.»

Greg Boyd, el director del teatro, quiso por fin hablar conmigo y con el elenco sobre el destino de *Cleo*. El rictus del que hacía gala presagiaba malas noticias. En ese momento se estaba echando abajo una parte de su teatro. En el exterior del edificio se alineaban varios contenedores, hasta arriba de cascotes de yeso, moqueta mohosa, piezas de atrezzo rotas y filas enteras de butacas. Varios vertederos municipales también se habían inundado, así que no había dónde tirar los escombros, que se amontonan en cada esquina de la ciudad; la gente había sacado muebles, arrancado suelos y derribado muros hasta dejar las casas en sus cimientos. Me conmovió su determinación de reconstruirlo todo lo antes posible, pero también me llamó la atención la cantidad de carteles de «Se vende. No agencias» que comenzaron a brotar en barrios como Meyerland, predominantemente judío, que ya se había visto muy golpeado otras veces. Muchos trabajadores del teatro Alley, Greg entre ellos, se habían quedado sin casa o tendrían que reconstruirlas prácticamente enteras. (Greg dimitiría a principios del año siguiente, acusado de abusos. Ha sido una temporada bastante correosa para el venerable y viejo teatro.)

No extrañó a nadie, pues, que la producción se cancelara.

Reconozco que mi implicación en el mundo del teatro es tangencial. Yo soy un periodista y ensayista con una profunda curiosidad por el mundo que me rodea, pero no me afectan tanto los paisajes interiores. Los actores siempre me han resultado personas un tanto misteriosas. Su emocionalidad, su

expresividad, su genio intuitivo... Todo eso me queda tan lejos como los ingenieros nucleares o los trapevistas circenses. Cuando me rodeo de ellos, me siento en otro país; un lugar agradable, pero con formas y modos que no me son en nada familiares. Una vez cometí el error de pronunciar el nombre de Macbeth durante un ensayo teatral en Nueva York, y los actores me invitaron a salir del teatro —era invierno y hacía un día de perros—, me obligaron a dar tres vueltas sobre mí mismo en una acera abarrotada de peatones y, luego, me pidieron que les suplicara volver a entrar. Se suponía que tenía que haber dicho «la obra escocesa».

Cuando Greg dio la noticia, los actores asintieron en silencio. Uno de ellos tomó la palabra: «De acuerdo. Lo único que queremos es seguir ensayando». Todos estuvieron de acuerdo. Aquello no era en absoluto realista. No había ningún escenario disponible para nosotros. El Alley se enfrentaba a una inversión de millones de dólares en reparaciones. Incluso cuando el teatro volviera por sus fueros, no había fechas disponibles en lo que quedaba de temporada. Greg comenzó a llorar. Aun así, al día siguiente, los miembros del Alley reencontraron un hueco para *Cleo* la primavera siguiente.

Poco después de regresar a Austin se publicó un anuncio en *The Houston Chronicle*. Comenzaba diciendo «A nuestros amigos de Texas»:

Hace doce años, nos acogisteis a cientos de miles. Nos abristeis vuestras casas, vuestros armarios y vuestras cocinas. Abristeis escuelas para nuestros hijos y ofrecisteis una marea de puestos de trabajo. Algunos seguimos viviendo allí. Cuando el resto del mundo dijo que no reconstruyéramos nada, vosotros nos dijisteis que no hiciéramos caso. Que mantuviéramos viva nuestra ciudad y nuestras tradiciones [...].

Vosotros seguiréis adelante, viviendo según el estilo de vida que más amáis. Así nos lo enseñasteis. Vuestro coraje y vuestra atención nos siguen inspirando. Estamos muy orgullosos de teneros por vecinos, por amigos y por familia. Texas para siempre.

Estamos con vosotros.

La carta venía firmada por Nueva Orleans.



Cultura de Texas para principiantes

Texas tiene un don que no le puede faltar a ninguna cultura con carácter; la conciencia del propio hecho diferencial. Vive en el sonido de nuestra voz, en el sabor de nuestra comida, en los ritmos de nuestra música. Ya sea en las artes plásticas, en la literatura, en el teatro, en la arquitectura, en el baile o en la cocina, la cultura es el espejo de un millón de facetas que son reflejo de la sociedad. Las culturas primitivas no eran más que eso. Las culturas poco auténticas, impostadas, por lo general son el reflejo de una sociedad que no les corresponde. Una gran cultura es consciente del mundo que hay más allá, pero se mira una y otra vez a sí misma, buscando sus raíces, examinando su trayectoria, criticándose, hablándose a sí misma. En resumidas cuentas, tomándose en serio.

Durante los estudios de campo que he realizado a lo largo de mi vida en Texas, he formulado una hipótesis de desarrollo cultural. Pese a las legendarias grosería, jactancia, codicia y mal gusto generalizado que se asocian a mi estado, hay muchos elementos tradicionales de nuestra cultura dignos de admiración. Si Texas llega a acercarse algún día a la grandeza cultural será gracias a la riqueza de todas esas cosas sencillas que reconocemos como texanas. A esto podríamos llamarlo el «nivel uno» de la cultura texana, los cimientos que sostienen todo lo demás.

Este nivel uno se caracteriza por actitudes beligerantes, innovadoras, seguras de sí. Emerge del instinto con que el ser humano reacciona a las circunstancias. El *paisano* prepara la *tortilla*,^[13] el esclavo amasa su pan de maíz, el ganadero frota con salvia de la pradera la carne del asado y de esa convergencia de tradiciones y sabores nace irremediamente una cocina particular. Los sacerdotes españoles hacen mortero a base de mezclar roca caliza con el lodo del lecho del río, y los granjeros arruinados llegados desde Georgia, recordando sus mansiones de plantación y achicharrados por el sol implacable, construyen casas de techos altos con amplios porches sombreados; nace así una arquitectura nativa. En decenas de capitales condales fundadas en la década de 1880, la idea virginiana del tribunal central se une a la tradición española de la plaza mayor y a la victoriana de la albañilería historiada y pomposa, dando lugar así al idioma propio que tiene nuestra democracia cívica. En el imaginario bullen los recuerdos de la trashumancia de ganado, de la guerra contra los indios y de los poderosos surtidores que escupen fortunas incontables en forma de petróleo, y de dichos recuerdos nacen las historias que impulsan nuestra mitología y dan forma a nuestra literatura. El quejido del viento sobre las llanuras encuentra su eco en el deje *twang* del habla y en el vibrato de las cuerdas de nuestras guitarras, de manera que aún hoy nuestras canciones resuenan en los espacios antaño vacíos por los que se extienden ahora los barrios residenciales de las ciudades. Nuestra cultura se levanta sobre esta plantilla primitiva, del mismo modo que las autopistas actuales siguen la traza dejada por las caravanas tiradas por bueyes que se dirigían desde todos los rincones del estado al mercado de la antigua Houston.

Es la persistencia de ese nivel uno lo que hace única a la cultura texana. Encontramos en las cartas de los restaurantes el habitual almuerzo *tex-mex*, y hay asadores de carne que no han cambiado en nada desde que se inventaron

las patatas al horno y el beicon frito. Las camionetas son tan habituales en las calles de las ciudades como los taxis amarillos en Manhattan (una cuarta parte de los vehículos vendidos en Texas son camionetas; compramos más que cualquier otro estado, más que California, Florida y Oklahoma juntas, y casi todos los fabricantes tienen algún modelo edición especial Texas). Cuando la gente piensa en Texas, vienen a la cabeza inevitablemente estas cosas.

Durante todo el tiempo que he pasado en Texas, el estado ha vivido, desde el punto de vista de la cultura, a horcajadas entre el nivel uno y el nivel dos, al que se accede cuando una cultura primitiva pone el ojo en otras sociedades para ver qué tienen estas que ofrecer. Esta fase suele coincidir con la llegada del dinero. En el nivel uno, la cultura de una sociedad se muestra beligerante y se ancla en la seguridad en sí misma, mientras que en el nivel dos empiezan a consumirla los anhelos. Se abren paso la expansividad y la neurosis, la inseguridad sobre los propios objetivos y un pudor profundo por la candidez de los propios orígenes. En el nivel dos, en efecto, la cultura entra en una etapa de sofisticadas importaciones. Se enamora del *au courant*, de las modas pasajeras de culturas más maduras. Es una etapa de desarrollo, voluptuosa y bastante espuria.

Es fácil desdeñar el nivel dos, pero se trata de una fase necesaria por la que cualquier gran cultura debe pasar. Es el momento para viajar, formarse y aprender, ese proceso interminable por el que ensanchamos horizontes. El nivel dos limpia la mugre de debajo de las uñas de la cultura y nos manda devolver la mirada a la humilde labor civilizadora. La música clásica, el arte renacentista, el teatro isabelino, la filosofía foránea y la cocina exótica; las aguas del mundo se abren paso así y hacen zozobrar la barquita del nivel uno. El universitario bohemio que lee a Chéjov se solaza en los placeres del nivel dos con tanta diligencia como opina el crítico, ante un plato de *sashimi*, sobre la exposición de Matisse en la cafetería del Museo de Arte Contemporáneo.

Todo lo cual es maravilloso, pero resulta también destructivo a su modo, pues es fácil reparar en que la cultura homogeneizada del nivel dos se ha convertido en una franquicia extendida por todo el país, y borra en gran medida la huella cultural original que hacía diferentes a unos lugares de otros.

El ejemplo más explícito y prolongado en el tiempo de la influencia del nivel dos se da en la arquitectura de las ciudades texanas. Estas han perdido prácticamente todo su encanto original para convertirse en escaparates de ideas provenientes de otros lugares. Con el ansia por alcanzar las nubes ladrillo a ladrillo, las ciudades han enterrado su historia a los pies de los rascacielos y han convertido sus centros en lugares yermos, desprovistos de vida. Cuando me mudé a Austin en 1980, a lo largo de la Congress Avenue había tiendas, cafeterías e incluso grandes almacenes. El majestuoso Capitolio señoreaba el paisaje, pues tal era su finalidad arquitectónica. Hoy en día, la Congress Avenue discurre a la sombra de anodinas torres de oficinas, que, casi groseramente, permiten un hueco de tanto en tanto para alguno de los pocos edificios históricos de tres plantas que quedan en pie. Parece la boca de un niño, salteada de dientes de leche y dientes nuevos, con antiestéticos huecos entre medias. El refulgente nuevo perfil de la ciudad es grandioso a la vista, pero Austin está aniquilando la escala humana mientras se convierte en una gran ciudad más.

Philip Johnson e I. M. Pei trajeron a Houston y Dallas el prestigio arquitectónico. Los vecinos de esas dos grandes ciudades pueden estar aún más orgullosos ahora que *The New York Times* y la revista *Progressive Architecture* han dado su beneplácito. Los edificios que han terminado definiendo los centros de las metrópolis texanas —la torre Williams (antes torre Transco), el Pennzoil Place o el Centro Sinfónico Morton H. Meyerson, por nombrar algunos de los más elegantes y exitosos— han aportado energía y ese aire digno que caracteriza a cualquier gran ciudad. Son «de primera

línea», por utilizar una frase característica del pensamiento cultural de nivel dos. Sin embargo, esos edificios no tienen de texano ni la sombra, y nada en ellos alude a la historia o responde al entorno en que se han construido. Podríamos encontrarlos en Boston o en Sídney, por ejemplo. En cualquier caso, ese es el objetivo de la cultura en el nivel dos: alcanzar un elevado nivel de uniformidad.

Es fácil olvidar que nos encontramos aún inmersos en ese nivel. Nos hemos alejado mucho de la casa familiar y nos hemos perdido en el bosque de la cultura. Lo que nos parecía tan seguro en el nivel uno —nuestras raíces y la conciencia de lo que representamos— se nos ha arrebatado y se ha convertido en algo hortera e insustancial. En muchos sentidos, sin embargo, el nivel dos es una etapa noble y llena de aventuras y deliciosos descubrimientos nacidos de la hibridación. Para mí, la primera y muy gratificante realidad que dio carta de naturaleza al nivel dos fue la llegada a Abilene, en Texas, de Kentucky Fried Chicken. Fue un cambio trascendental, novedoso y ansiado, que permitía aparcar de vez en cuando al pastel de carne del club de oficiales de la Base Dyess de la Fuerza Aérea los domingos después del servicio. En ese tiempo no se vendía alcohol en Abilene, así que siempre que mis padres viajaban a San Angelo, a unos ciento cuarenta y cinco kilómetros, para comprar bebidas alcohólicas, parábamos en un asador, el Lowake Steak House, que se ubicaba en mitad de una dehesa vaquera frente a la que se extendía una pista de aterrizaje de tierra. Éramos una familia de cinco, pero pedíamos filetes para tres y sobraba comida, que siempre nos llevábamos a casa en bolsas de papel. A mi madre le gustaba tomarse una cerveza, que le traían en una jarra que apenas era capaz de levantar. Aquello era Texas nivel uno en toda su pureza.

Cuando nos trasladamos a Dallas, en 1960 recuerdo que tomé mi primera pizza. Fue en el restaurante egipcio Campisi, que era, pese a lo de «egipcio», la primera pizzería de todo el estado. El único restaurante étnico que recuerdo

en Dallas entonces era La Tunisia, famoso principalmente por el portero de dos metros con fez rojo y por las camareras, que servían cócteles disfrazadas de huríes. En Texas no se comió una fajita mexicana hasta que Ninfa Laurenzo presentó el plato en su aclamado restaurante homónimo de Houston, en 1973. (Soy consciente de que existe otra teoría en torno a este asunto, según la cual las fajitas habrían nacido en la Texas mexicana a mediados del siglo XIX, habrían migrado al sur y se habrían ganado el favor de las cocinas coahuiltecas, para después regresar al norte en toda su gloria, marinadas en cerveza, hechas en planchas siseantes y servidas con mucha crema agria.)

El nivel dos de la cultura queda marcado por el auge de varias instituciones culturales, como las óperas, las compañías de ballet, las sinfónicas, las salas de conciertos, los museos, las galerías, las bibliotecas, los teatros y las escuelas, que han proliferado en las últimas décadas. Estas instituciones inicialmente importan la cultura de otros pueblos y, esperemos, acaban por auspiciar la propia. Para entender la inquietud que se respira entre las bambalinas del nivel dos, basta con visitar esa especie de gigantesco sepulcro de hormigón que es el Museo de Arte de Dallas. Diseñado por Edward Larrabee Barnes, se inauguró solemnemente en 1984 como «la mejor colección de arte estadounidense de posguerra» de todo el suroeste. Además, el museo exhibía, según sus administradores, «la más rica muestra de platería estadounidense influida por el arte japonés», «la más extensa colección de porcelana china exportada», «el mayor cuadro de Robert Rauschenberg», «el mayor cuadro del artista mexicano Rufino Tamayo» y, por último, «la mayor escultura de interiores de Claes Oldenburg». Solo en Texas puede ser el «arte grande» un género por derecho propio.

El Museo de Arte de Dallas también alberga la Colección Wendy y Emery Reves. Wendy Russell Reves era una rubia de larguísimas piernas nacida en Marshall, Texas, que trabajó como modelo en Nueva York, amante durante

muchos años del rico editor húngaro Emery Reves, con quien finalmente se casaría en 1964. Ella fue la Jerry Hall de su época (Hall, por cierto, es de Gonzales, Texas). Wendy hacía las veces de ama y señora de una mansión en la Costa Azul, previamente propiedad de Coco Chanel, en la que recibía, por ejemplo, a Winston Churchill, quien pasaba allí largas temporadas para pintar y solazarse en los encantos de Wendy. La esposa del mandatario británico se negó repetidas veces a acompañarlo. El actor y dramaturgo Noël Coward cuenta en su diario que Churchill «estaba totalmente obsesionado con Wendy Russell [...]. No creo que Churchill haya sido infiel a su esposa, físicamente hablando, pero, en fin, qué cosas habrán pasado por esa mente portentosa».

Tras la muerte de Emery, en 1981, Wendy donó su colección de impresionistas y posimpresionistas, valorada en treinta millones de dólares, al nuevo museo de Dallas, que estaba aún en construcción. Muchos museos franceses y de otros países hacían insistentemente la corte a la viuda, pero no estaban dispuestos a aceptar sus exigencias, como, por ejemplo, que construyeran una reproducción fiel de su vivienda en la que exhibir las obras de arte.

En el Museo de Arte de Dallas, el visitante puede asomarse, sin pisar la línea marcada en el suelo, a varias salas de una villa mediterránea para contemplar cómo fue la vida del *playboy* húngaro junto con su vivaracha amante texana. En el salón, junto a los bodegones de Courbet y Cézanne, se exponen la porcelana y la plata de los Reves, dispuesta sobre la inmensa mesa de banquetes. (En esta exposición, el protagonismo es del menaje; el arte es mera decoración.) Luego está el dormitorio principal, con el desnudo al pastel de Degas colgado sobre las sillas de tocador tapizadas con piel de tigre, y la cama, montada sobre una especie tarima expositora. Al pie de la cama, vemos un par de zapatitos de una talla que no es precisamente la de Cenicienta.

Stanley Marcus fue el gran proselitista del nivel dos en Dallas. Era el único progresista y prácticamente el único demócrata que había en la ciudad en mi adolescencia, al menos que yo conociera. Dallas era tan históricamente anticomunista que la sinfónica de la ciudad tuvo que cancelar un concierto de Shostákovich solo por ser este ruso, y la concejalía de zonas verdes arrancó un macizo de amapolas de un parque por su color rojo. Marcus luchó contra el absolutismo y la paranoia que dominaban la política en Dallas, y abrió espacios para que las ideas respirasen. A través de Neiman Marcus, los maravillosos grandes almacenes que supervisaba, ejerció de mentor de toda una ciudad de nuevos ricos, a los que orientaba no solo sobre cómo vestir y en qué comprar, sino también sobre cómo comportarse. Elevó el estándar gastronómico de la ciudad al contratar a la chef Helen Corbitt para que gestionara el restaurante Zodiac Room. Fue capaz, casi por cuenta propia, de poner fin a la segregación en espacios públicos, al abrir las puertas de su comercio a los ciudadanos negros y al dar de cenar, en 1961, a dos parejas negras en el Zodiac Room. Corrió por Dallas el rumor de que había llegado el fin de la segregación. Marcus contrató entonces a Eddie Bernice Johnson, que era enfermera, como asistente ejecutiva, con la única condición de que se presentara a algún cargo. En 1972, fue elegida al Parlamento de Texas, la primera mujer negra de Dallas elegida para ocupar un cargo público. En 1993 fue elegida para la Cámara de Representantes estadounidense, donde ha ocupado un escaño desde entonces. Stanley Marcus cambió Dallas en muchos sentidos. Pocas personas han tenido desde entonces un efecto tan profundo y beneficioso sobre la ciudad en la que viven.

Por otro lado, Houston tuvo su gran modernizadora cultural en Dominique de Menil, la heredera francesa de Schlumberger, empresa de servicios para explotaciones petrolíferas. Ella y su esposo, Jean de Menil, emigraron a

Houston en 1941, tras la ocupación nazi de París, trayendo consigo un tipo de sensibilidad prácticamente desconocida en Texas. La pareja se propuso plantar una bandera de cosmopolitanismo lejos de las entonces inestables capitales europeas, y reunió más de diecisiete mil cuadros y otras obras de arte, pertenecientes principalmente al cubismo, al surrealismo o al arte pop, estéticas totalmente alienígenas en aquel tiempo y lugar. «Me siento compelida a poseer lo que admiro», reconoció en una ocasión Dominique. Los De Menil llevaron a Houston a artistas y cineastas como Marcel Duchamp, Max Ernst, Roberto Rossellini, Michelangelo Antonioni o Bernardo Bertolucci, para dar charlas o impartir clases. A René Magritte le colocaron un sombrero de vaquero y lo invitaron a ver un rodeo.

Dominique encargó al arquitecto Renzo Piano que diseñara un museo de arquitectura de líneas serenas para albergar su vasta colección de arte, el que sería su primer edificio estadounidense. El museo es gris, frío y de líneas perfectas. En las cercanías se levanta la más memorable contribución de los De Menil, la capilla Rothko, espacio para la meditación que ofrece un contrapunto inquietante a la porfiada ciudad. Delante, puede admirarse una escultura de Barnett Newman llamada *Obelisco roto*; esta obra estaba pensada inicialmente para el ayuntamiento de Houston, pero cuando los De Menil pusieron como condición que se dedicase a la memoria de Martin Luther King Jr., el ayuntamiento rechazó el regalo.

«Houston es un gran centro filantrópico, y fueron ellos quienes dieron inicio a todo eso», nos explica a Roberta y a mí Tommy Napier, director de comunicación adjunto de la Colección De Menil, durante una visita guiada a la mansión de los De Menil, utilizada hoy para eventos del museo. Diseñada en 1950 por Philip Johnson, tiene un solo piso y una azotea plana, y está construida de ladrillo de color claro, sin apenas ventanas en la fachada. Algunos houstonianos creían al principio que era la consulta de un dentista.

«Fue la primera casa moderna de Houston», dice Napier. Sin duda, marca un contraste evidente con las mansiones de antes de la guerra de Secesión que pueden verse en River Oaks. En la fachada posterior de la casa se abre una larga fila de ventanas, que, debido al clima de Houston, están en el momento de la visita empañadas como una mampara de ducha. El mobiliario, firmado por el diseñador de moda Charles James, es de un lujo insultante y no casa en absoluto con el austero estilo arquitectónico de Johnson. El suelo del umbrío salón está decorado con azulejos mexicanos, y domina la estancia un Rothko de un amarillo tan vívido que parece saltar desde la pared gris antracita. El bar es una especie de caja de las que creaba el artista Joseph Cornell, pero a lo grande; lo decoran vasos de cóctel y aves disecadas, y tras él cuelgan sendos cuadros de Matisse y Max Ernst. Hay una cabina telefónica y dentro de ella un pupitre diminuto con un sacapuntas de maestro de escuela, junto con un misal y varios poemarios de Anna Ajmátova. La puerta del dormitorio de Dominique está forrada de terciopelo rojo y, aun así, la estancia recuerda a una celda conventual. La estética de los De Menil se caracteriza por una devoción monacal a la sencillez y un gusto voraz por la belleza.

Los mejores museos de Texas se encuentran en Fort Worth. El Kimbell es un grácil edificio diseñado por Louis Kahn —su última obra y acaso la mejor—, cuyas bóvedas de medio cañón paralelas reflejan ingeniosamente la luz natural. Se trata de uno de los edificios más aplaudidos de la era moderna, pues ha fijado un estándar de futuro, al que aspira también el exquisito Museo de Arte Moderno, diseñado por el arquitecto japonés Tadao Ando. El Museo Amon Carter de Arte Estadounidense, obra de Philip Johnson, alberga una distinguida colección de arte occidental. Estos edificios son representativos del nivel dos y del poder de este para elevar la cultura. Sin embargo, en sus muros apenas pueden verse obras de grandes artistas texanos.

Distingo en mi análisis un tercer nivel, que correspondería al momento en

que una cultura, tras absorber la sofisticación propia del nivel dos, madura y regresa a sus orígenes, siempre con la renovación en el horizonte. Hace poco, cené con unos amigos en el One Fifth de Houston, el nuevo restaurante abierto por el cocinero Chris Shepherd. Shepherd se crio en Tulsa, en Oklahoma, y llegó a Houston para estudiar cocina. Cautivado por la diversidad de influencias culturales, se dedicó a pasear por los mercados y cafés de la ciudad, en los que descubrió la mezcla de las distintas gastronomías que se daban. Se sintió atraído por lo que él llama «el vientre de la gran urbe». Conducir hacia el oeste por el bulevar Bellaire era como dar la vuelta al mundo: América Central, Tailandia, Corea, Filipinas. De repente, los carteles de las calles están en caracteres chinos. En 2011, Shepherd abrió un restaurante en una antigua discoteca de lesbianas y lo llamó así, Underbelly, [\[14\]](#) con el epígrafe «The Story of Houston Food». La carta cambia a diario, dependiendo de lo que ofrezcan las granjas de la comarca y las panaderías vietnamitas, de la captura del día en el golfo y de los animales que llegan a su matadero particular. En la carta de vinos se incluyen comentarios del rapero houstoniano Bun B. Shepherd hace converger todas esas influencias en una cocina que es reflejo del Houston de hoy. «Quería viajar desde una cocina regional a otra hiperregional», me aclara.

Shepherd tiene el tamaño de un oso, un encrespado pelo castaño y un gesto de intensa concentración. En su nuevo restaurante, One Fifth, se hacen evidentes la curiosidad y la imaginación que aplica para recrear la cocina nativa. «Quería cubrir los cuatro puntos cardinales del estado —me explica—. El este de Texas es criollo, con sus campos verdes y su quingombó. En el oeste encontramos la influencia hispánica y los chiles. En el norte, el ganado trashumante. En el sur y a lo largo de todo el litoral del golfo, el auténtico pescado sureño. Y en el centro del estado, las influencias alemana y checa.» Para reunir todo eso, decidió que había que reinventar el restaurante con cada

nuevo año.

Su avatar entonces era el de una parrilla. Habíamos pedido la tabla del chef, que debían traer entre dos camareros y ocupaba toda la mesa: codillo crujiente, cordero Wellington, costillas de ternera, panceta con acelgas, boniatos gratinados. He de decir que el plato que más me gustó fue el postre, una tarta de manzana hecha en horno de leña, de manera que la masa queda bien crujiente, sin que las manzanas del interior pierdan ninguna firmeza.

La trascendencia siempre es infrecuente, y los mejores ejemplos del nivel tres suelen ser historias fundacionales. *Lemonade*, el álbum de Beyoncé, absorbió la jerga de la calle, así como el country y la música del coro de la iglesia metodista de St. John, ampliando la paleta de la música popular. El Centro Nacional de Investigación sobre Flores, en Austin, recurre a arcos de piedra caliza y graneros con tejado de chapa como elementos arquitectónicos, para crear un ambiente a la vez familiar y nuevo. Podemos echar un vistazo a la jubilosa *Revelations*, la obra maestra del coreógrafo Alvin Ailey, por ejemplo, una historiada y suntuosa recreación de sus experiencias en una iglesia baptista negra en Rogers, pueblo diminuto del centro de Texas. En ella, el artista parece fisionar el átomo de la conciencia y lanzar su energía al cosmos. El pintor Robert Rauschenberg, que estudió farmacia en la Universidad de Texas antes descubrir al artista que lleva dentro, utilizó imágenes de su Port Arthur nativo —molinos de viento, bombas de petróleo e incluso una burbujeante charca de lodo en un yacimiento petrolífero— para dotar al arte contemporáneo de un nuevo lenguaje. Aludió a la recesión económica sufrida en Texas en los años ochenta, causada por la caída de los precios del petróleo, con la creación de lo que él llamaba *gluts*: huellas de frenada, carteles oxidados de gasolineras, señales de carretera con agujeros de bala, los residuos de la cultura del automóvil que rige Estados Unidos y lo desangra. «Para mí, los *gluts* son recuerdos sin nostalgia», comentó en su día

Rauschenberg. En esto consiste el nivel tres, en regresar a las propias raíces con fundamento, seguridad en uno mismo y, ocasionalmente, espíritu indulgente.

De vez en cuando, el novelista Larry McMurtry estalla en invectivas contra el estado de la literatura en Texas, a la que tacha de «infelizmente insular e ignorante» y califica de «estanque de ranas pagadas de sí mismas». Suele apuntar particularmente al mito del vaquero extenuado, aunque, cuatro años después de pronunciarse por primera vez en este sentido, escribió el mejor título de la historia de este subgénero, *Paloma solitaria*. En su artículo ensayístico «Ever a Bridegroom», aparecido en *The Texas Observer* en 1981, ponía el foco en la única literata de todo el estado digna de una admiración inequívoca por su parte, Vassar Miller, una poco conocida poeta de Houston.

McMurtry es uno de mis escritores favoritos y, después de que se publicase su artículo, se me ocurrió una idea divertida. Todos los años, el Parlamento de Texas elige a un autor para ser el poeta laureado del estado; en ese tiempo, lo habitual era que nombrasen a algún viejo profesor de Port Arthur o Burkburnett. Decidí poner en marcha una asociación para presionar a los legisladores y que eligieran a un poeta de verdad. La llamé POPAC. Steve presentó como candidato a Glenn Hardin, talentoso pero malhablado y con fama de cascarrabias; en absoluto el tipo de poeta al que conceder un galardón de este cariz. Steve le había publicado varios poemas en una revista literaria que había fundado con el nombre de *Lucille*. Mi objetivo era comprobar cuánto dinero necesitaría para que a mi candidato le concedieran la más elevada distinción literaria del estado. La única, en realidad.

Justo entonces, en mi opinión de manera bastante sospechosa, el Senado de Texas decidió formalizar el proceso de selección, saboteando así mi plan de

sobornar a los parlamentarios. Jack Ogg, un apuesto senador de Houston, convocó un comité de expertos cuyo objetivo sería, supuestamente, elegir un *poet lariat*.^[15] Desde ese momento, todos los miembros del comité se cuidaron de hablar de *lariats* en lugar de *laureates*. Unos días después de aquel comité, que no llevó a ningún lado, los senadores anunciaron que habían tomado una decisión; habría *poet lariat* y sería Vassar Miller. Ha sido la única vez en la historia de Texas que la crítica literaria ha tenido alguna influencia en los asuntos de estado.

Un libro a menudo nominado como candidato a la gran novela texana es *The Gay Place*, de Billy Lee Brammer. Se trata en realidad de tres *nouvelles*, en las que sobresale una figura, la del gobernador Arthur Fenstemaker, alias Maldita Sea, inspirado en Lyndon Johnson, mentor de Brammer en la vida real. Billy Lee había trabajado para Johnson en Washington D. C., cuando este era líder de la mayoría en el Senado.

Brammer había muerto por una sobredosis de anfetaminas cuando yo me mudé a Austin, así que no llegué a conocerlo. En la novela, la única que publicó, captura un breve lapso de la historia texana, los últimos años de la década de 1950, cuando los progresistas tenían un bastión en el Capitolio y Austin era una ciudad de lo más provocativa, puesto de avanzadilla *beatnik* (eso no ha cambiado del todo). Fue la primera novela en reivindicar una Texas moderna y urbana. Billy Lee, por desgracia, era un creador caótico y no iba a escribir sin más un libro que acaso le hubiese ganado una reputación como artista de nivel tres. Una vez tuve la oportunidad de almorzar con una de sus exmujeres, Nadine Brammer, quien me contó que una vez trató de llevar a Billy Lee a un hipnotizador para quitarle el vicio del tabaco. Cuando entraron en el ascensor, ella propuso a Billy Lee que el hipnotizador intentase curarle también la cleptomanía. «No, no, la cleptomanía me la quiero quedar», dijo.

Billy Lee escribió para *The Texas Observer*, la querida y controvertida

revista progresista publicada en Austin, donde trabajaban Willie Morris, J. Frank Dobie y otros periodistas que admiraba. En 1971, viajé a Austin desde Dallas para una entrevista de trabajo. Roberta y yo acabábamos de regresar a Estados Unidos desde Egipto, donde había pasado dos años impartiendo clase en la Universidad Americana de El Cairo. Estuvimos viviendo con mis padres mientras yo buscaba trabajo.

The Observer era un faro para jóvenes listillos y ambiciosos como yo. Lo coeditaban Molly Ivins y Kaye Northcott. Molly medía más de metro ochenta, y tenía huesos grandes y el pelo rojo. La acompañaba siempre un perro negro al que había bautizado Mierda. Molly era una fábrica de ocurrencias y sarcasmos al respecto de la realidad texana, que se convertían en clásicos en el momento en que le salían de la boca (Jim Mattox, el fiscal general del estado, era «tan miserable que, si tuvieras el cerebro en llamas, se negaría a escupirte en la oreja»). Kaye era el opuesto físico de Molly: diminuta, de rasgos finos y grandes gafas de intelectual. Eran los Astérix y Obélix de los progresistas, y se ganaron el respeto incluso de los políticos con que se metían, porque *The Observer* hacía de la política texana un género característico, reconocible, algo que paladear. Quizá gracias a la educación europea de Molly, *The Observer* empezó a parecerse a las publicaciones francesas de izquierdas, lleno de sátira y de exclusivas escandalosas. Todos nos hicimos un poco parisinos y nos empezamos a reír de nosotros mismos, desdeñando a los foráneos que no eran capaces de entender nuestro código. Yo quería desesperadamente formar parte de esa escena, pero mi entrevista con Molly no sirvió de mucho. Yo no tenía experiencia ni nada que mostrar, así que regresé por donde había venido, perdida la esperanza de convertirme algún día en periodista.

Molly refinó los estereotipos texanos hasta convertirlos en un género artístico, como haría un cómico judío en plenas montañas de Catskill. El libro

en el que se recogían las columnas que había escrito a lo largo de 1991 permaneció veintisiete semanas en la lista de superventas de *The New York Times*, lo que le dio fama nacional, coincidiendo en el tiempo con la elección como gobernadora del estado de la demócrata Ann Richards. Molly y Richards iban siempre de la mano en el imaginario público, pues ambas definían un tipo especial de mujer texana, con los pies en la tierra, progresista, de lengua afilada y sin miedo a los hombres, por muy grandes que fuesen sus hebillas.

McMurtry no ha vuelto a soltar exabruptos al respecto del estado de las letras texanas, así que le pregunté a Steve qué opinaba él. «El estado de la literatura de Texas queda definido por el estado de los escritores que se preocupan por el estado de la literatura de Texas —rezongó—. ¿Por qué preocupa a todo el mundo en Texas la definición de una literatura regional, cuando nadie más ve la necesidad? Cualquier cosa que uno diga refuerza el provincianismo. Dejemos que las cosas sean como hayan de ser.»

Tras varios años escribiendo en Texas, me nombraron candidato a miembro del Instituto Texano de las Letras. Siempre me habían dicho que allí estaban los mejores, así que de forma natural quise formar parte de él. Sin embargo, el amigo que había presentado mi candidatura me informó de que no me aceptaban. Al menos en esa ocasión. Cuando apareció mi nombre en la lista de candidatos, uno de los miembros del consejo dijo: «Vamos a dejarlo colgado en la cruz un añito más».

Yo había formado parte de una escena literaria muy minoritaria e informal cuando vivía en Atlanta, nada que ver con el Instituto Texano de las Letras. Todos éramos escritores de provincias, y cualquiera que asomara la nariz sobre la superficie de las aguas totalmente opacas de nuestro anónimo pantano

literario era blanco tanto de reverencias como de feas envidias.

Cuando salió mi primer libro, *City Children, Country Summer*, en 1979, me organizaron una presentación en la librería Old New York de Atlanta, situada en Piedmont Road, el cuartel general oficioso de los literatos atlanteños. El libro hablaba sobre los niños de minorías étnicas de Nueva York — principalmente negros e hispanos de Harlem y Bedford Stuyvesant— que pasaban parte del verano con granjeros amish y menonitas del centro de Pennsylvania, gracias a un programa patrocinado por una venerable organización de beneficencia, el Fresh Air Fund. El libro pasó sin pena ni gloria y apenas se vendieron ejemplares. Vino al pelo que la presentación tuviera lugar en una librería de viejo, porque mi libro se convirtió en incunabable en el momento en que salió de la imprenta. Un amigo mío describió muy hábilmente esta experiencia editorial como «la calma antes de la calma».

En cualquier caso, aquello me convertía en un autor publicado. Un escritor muy reconocido en Atlanta, Marshall Frady, quien acababa de publicar una biografía superventas del famoso pastor evangelista Billy Graham, pasó a ejercer como mi mentor. Como la mayoría de los escritores sureños que yo conocía, Marshall era un adicto al *bon mot*. Cuando llegamos a la fiesta, le dijo a Roberta: «Es usted un puro centelleo», un cariñoso piropo que ella no ha olvidado nunca.

Fue una fiesta para no olvidar, principalmente porque la policía se presentó en la casa por un supuesto intento de homicidio. La víctima había sido un borracho, probablemente uno de los poetas, que se había dedicado a echarle champán barato por encima a unas señoras. Marshall lo sacó a la calle y se tomó la justicia por su mano. «No ha sido más que una pelea de patio de colegio, agentes», explicó cuando llegó el coche patrulla, aunque Marshall se había roto la mano por su inexperta pegada. A saber qué pensarían los policías cuando se enteraron de que aquello era la fiesta de presentación de un libro

sobre amish.

Cuando por fin me fueron abiertas las puertas doradas del Instituto Texano de las Letras, puede constatar de lo que se quejaba McMurtry, si bien él no podía comparar con Georgia. El propio McMurtry había dado una charla en una de las primeras reuniones del Instituto a las que asistí. En ella se quejó del peso de la fama, sin despertar demasiadas simpatías. En ese mismo evento conocí a Cormac McCarthy, el lacónico novelista de Tennessee, que en ese tiempo residía en El Paso y, por tanto, podía ser considerado texano. McCarthy ya había publicado *Suttree* y *Meridiano de sangre*, aunque yo no los había leído. Ninguno de sus libros había vendido entonces más de cinco mil ejemplares, pese a las fantásticas reseñas. Ni siquiera tenía agente. Cuando estábamos sentados sobre la moqueta de la sala de reuniones, con una botella de bourbon entre nosotros, le pregunté cómo se ganaba la vida. «Siempre he tenido mucha suerte. La gente me da mucho dinero», contestó. La primera vez que fue consciente de esa buena fortuna tenía por casa un granero, donde sobrevivía a base de pan de maíz y no tenía dinero ni para pasta de dientes. Un día, fue a mirar el buzón y se encontró con un tubito promocional de pasta Pepsodent. «Unos días más tarde, apareció por el granero un tipo que me dio un cheque por veinte mil dólares. Representaba a una fundación de la que yo no había oído hablar en la vida», contó. Hacía poco había recibido la beca MacArthur. Era realmente un tipo con mucha suerte.

Sentado en una cómoda silla en aquella atestada sala de convenciones de hotel se encontraba la gran vaca sagrada de las letras texanas, John Graves, quien había escrito un libro extraordinario en 1960: *Goodbye to a River*. El río a que alude el título, el Brazos, que los españoles habían llamado «río de los Brazos de Dios», corre desde el altiplano al golfo de México, marcando el límite no oficial entre el este y el oeste de Texas. Cuando supo que había planes de erigir cinco presas y otros tantos embalses a lo largo del curso, John

decidió recorrer en canoa uno de los tramos más sinuosos del río, en lo que pensó que sería un acto estéril de protesta:

En una región como el sudoeste, abrasada por el sol, en la que se alternan inundaciones y sequías, con ciudades que absorben gente hasta cuadruplicar el censo cada pocos años, la energía eléctrica, el control de las crecidas y la conservación de la humedad son proyectos muy de alabar. Diría más: son imprescindibles. Los que nos preocupamos por el río no podemos argumentar gran cosa contra ellos, y tampoco deberíamos. En cualquier caso, no lo hacemos [...].

Pero si se es como yo, ni la inevitabilidad del cambio ni la necesidad de este, así como ninguna visión cínica de la vida, evitará que cause enojo el oír que un río que uno conoce, que toda la gente del lugar conoce desde el albor de los tiempos dejará de existir. Un tramo del río, al menos. El que me corresponde.

McMurtry había caracterizado a Graves no como periodista ni como novelista, sino como «cavilador». John era un exmarine con un ojo de cristal, recuerdo de una granada japonesa en Saipán. Había crecido en Fort Worth y también en el rancho de su abuelo, en el sur de Texas, si bien, como la mayoría de los que tenemos pretensiones literarias, había huido adonde estaban los escritores y los lectores; primero a Nueva York, donde obtuvo un máster en lengua y literatura inglesa, y a continuación a Europa, donde se dedicó a viajar, emulando a Hemingway. «Es muy alentador pensar que quizá en algún momento se sintió tan inseguro sobre las cosas como cualquier otro, que esa majestuosa postura era algo que tuvo que ganarse y que creció poco a poco en él», afirmó Steve en el panegírico que leyó durante el funeral de John, en 2013. John regresó a Texas en 1957 para cuidar de su padre moribundo. «Fue en Texas donde por fin encontró su voz», observa su última editora, Ann Close, quien también ha editado el libro que el lector tiene entre sus manos ahora.

John nos tenía a todos encandilados. Su prosa era como un hechizo y su

compromiso con el lugar en el que vivíamos, mucho más entusiasta que el nuestro. Sus palabras arrojaban luz sobre muchas cosas. Usó los ingresos que obtuvo a través de *Goodbye to a River* para comprar en Glen Ros, a unos noventa kilómetros de Fort Worth, una finca de seis hectáreas y media con una fina capa de tierra, que llamó, con mucho tino, Hard Scrabble.^[16] Poco después, pareció desvanecerse de la faz de la tierra. Escribía ocasionalmente artículos de tipo ensayístico que su editora recopilaba para admiración de sus lectores. A menudo aparecía en las veladas literarias, donde hacía gala de su genio sin ponerse por encima de nadie, pese a la reverencia que siempre se le procuraba. Llevaba unas gruesas gafas de carey apoyadas en la punta de la nariz para poder mirar por encima de la montura con el ojo bueno (el otro tendía a desviarse), como cuando Cormac y yo charlábamos a sus pies, ante su mirada dividida. Yo siempre tenía que pensar cuál era el ojo al que tenía que mirar. Se comportaba en todo momento más como un fan o como una pareja satisfecha y feliz, y jamás invocaba la autoridad que tenía sobre nosotros. Prefería escuchar. «Siempre tenías la impresión de que, de algún modo silencioso, estaba calibrándote y registrando tu valor», observó Steve. Quizá su fracaso como novelista le impidió aventurarse y profundizar en el oficio. Acaso pensó que jamás podría superar aquel primer libro y que no merecía la pena intentarlo. Quizá no daba tanta importancia a su talento, aunque quienes lo admirábamos a menudo nos zambullíamos en su libro en busca de inspiración. Cuando nuestras propias palabras se negaban a salir a flote, las suyas parecían fluir sin esfuerzo alguno.

Steve terminó su panegírico citando el relato que John había hecho sobre su encuentro con Hemingway en Pamplona, durante los sanfermines, rodeado de acólitos, «celebrando audiencia en la terraza de un café de la plaza del Castillo de Pamplona, usando su zamarra como capote mientras un universitario estadounidense embestía, haciendo las veces de toro». John

había escrito que se contuvo de hablar con él. «Todavía no había demostrado ser escritor y pensaba que, hasta que no lo consiguiera, no me sentiría con derecho de abordar a un novelista consagrado, por mucho que admirase su obra.»

«Han tardado mucho en presentarlos, pero ha llegado la hora —concluyó Steve—. Señor Hemingway, este es el señor Graves.»

Según la leyenda que nos contamos a nosotros mismos, los texanos salen adelante gracias a su coraje, su instinto y su buena fortuna. Son grandes virtudes que quizá basten en una cultura de buscadores de petróleo y jugadores de póquer, pero no bastan a ingenieros, urbanistas y educadores, el tipo de profesionales que construyen las civilizaciones urbanas. La urbe no encaja cómodamente en el mito texano.

En el epicentro de este mito radica la grandeza. No hablo solo de los muchos kilómetros que separan El Paso, en el extremo oeste del estado, de Beaumont, en el extremo opuesto. Los texanos supuestamente son gente grande. Recuerdo la Boy Scout Jamboree de 1960. Yo acudí con una delegación de *scouts* de Dallas. Llevábamos a Big Tex, la estatua de fibra de vidrio de casi diecisiete metros de altura que normalmente está ubicada a la entrada de la Feria Estatal de Dallas, o, mejor dicho, la Gran D. Big Tex se cernía sobre nuestro campamento y creo que todos nos sentíamos orgullosos, porque aquel gigante nos diferenciaba de los niños exploradores de otros estados y países. De alguna manera, todos participábamos de su enormidad.

Texas es un estado machista. Nos encantan los deportes. Llamamos a nuestros equipos Cowboys, Rangers, Mavericks, Rockets, Oilers y Spurs. En Texas no hay ni Dolphins, ni Blue Jays.[\[17\]](#) El machismo nos empuja a dar la espalda al lado femenino de nuestra naturaleza, lo que se hace patente en la

indiferencia ante la belleza y en una suerte de repugnancia por la compasión, tal y como se manifiesta en nuestras escuelas, cárceles y centros de salud mental, así como en nuestra despreocupación por el medio ambiente. Recuerdo el pánico que se desató en el Parlamento en la década de 1980, cuando se propuso decorar las matrículas texanas con la flor oficial del estado. ¿Qué podría representar mejor Texas que nuestras flores de altramuz y nuestras primulas? Sin embargo, la propuesta se rechazó rápidamente, pues un asunto más importante necesitaba de la atención de los parlamentarios, conseguir que la ternera fuese declarada carne oficial de los Juegos Olímpicos.

Hollywood adoraba el mito texano. En la gran pantalla, Texas no era un lugar real, sino un símbolo del Oeste indómito, el escenario de la leyenda fronteriza, reinventada una y otra vez en los *western* épicos de John Ford, William Wyler o Howard Hawks. Era el campo de juegos del alma, donde el hombre se enfrenta cara a cara al destino y a la muerte. Ocupa el mismo territorio emocional que la Judea más asilvestrada, solo que sin Dios. El espectador viaja a Texas, pero la película quizá haya sido rodada en Monument Valley, en Utah (*La diligencia*, *Centauros del desierto*) o en los ondulados trigales de Canadá (*Días del cielo*). Hay incluso un *thriller* que no llega siquiera a lo pasable, titulado *El enjambre*, en el que un tren atraviesa una cadena montañosa justo antes de llegar a Houston. Incluso *El Álamo*, la película arquetípica sobre Texas, se rodó en San Antonio, a orillas del río Grande, aunque este río discurre a más de trescientos kilómetros al norte de la ciudad.

Al ver estas películas me siento especial por ser texano, aunque de un modo que podría decirse fraudulento. Imagino que todos los hombres texanos de mi edad han experimentado este tipo de disonancia, la de no estar a la altura de la leyenda que la gente tiene en la cabeza. Una vez, mientras trabajaba como profesor universitario en Egipto, fui a montar a caballo por el desierto, cerca

de las pirámides. Cuando el dueño del establo se enteró de dónde era, exclamó: «¡Oh, Texas! ¡Tenemos el caballo perfecto para usted!». Tres mozos me trajeron un potro que cabeceaba, abría y cerraba las narinas sin cesar y coceaba en el aire con las patas delanteras, como tratando de agarrarse a algún sitio. Nadie lo había montado en dos años. Yo no soy ningún John Wayne, pero por salvar la cara me decidí a montar aquella bestia, que pasó a toda velocidad por delante de la Esfinge y me llevó casi hasta Libia antes de que pudiera meterla en cintura y dar media vuelta.

El asesinato de Kennedy, acaecido en Dallas, puso fin a la era de las películas heroicas sobre Texas. El estado empezó a representar, desde aquel suceso, todo lo que Hollywood veía de vil y erróneo en Estados Unidos. La idea de Texas empezó a remitir al actor Slim Pickens, en el papel del mayor «King» Kong, a lomos de la bomba de hidrógeno, camino del apocalipsis en *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú* (cuyo guion escribió, con bastante mala sombra, el texano Terry Southern). Texas se había convertido en un manicomio de paletos, *rednecks*, balas perdidas y psicópatas con sierra mecánica.

El Texas en que yo viví llegó por fin al cine en películas como *Hud, el más salvaje entre mil*, basada en la primera novela de McMurtry, *Horseman, Pass By*. El libro trataba sobre el final de la frontera del oeste y los hombres que la habían hecho realidad. La película, con Paul Newman como taimado protagonista, convirtió una historia muy alejada del mito en una leyenda por derecho propio. Unos años más tarde, se estrenó la magnífica *Cowboy de medianoche*, cuya primera escena transcurre en el autocine Big Tex, en Big Spring, Texas. El protagonista, Joe Buck, interpretado por Jon Voight, trabaja como lavaplatos en Nueva York y tiene un cartel de *Hud, el más salvaje entre mil* en la pared de su dormitorio. Joe Buck trata de revivir el mito disfrazándose como un vaquero de película y paseándose por la ciudad para

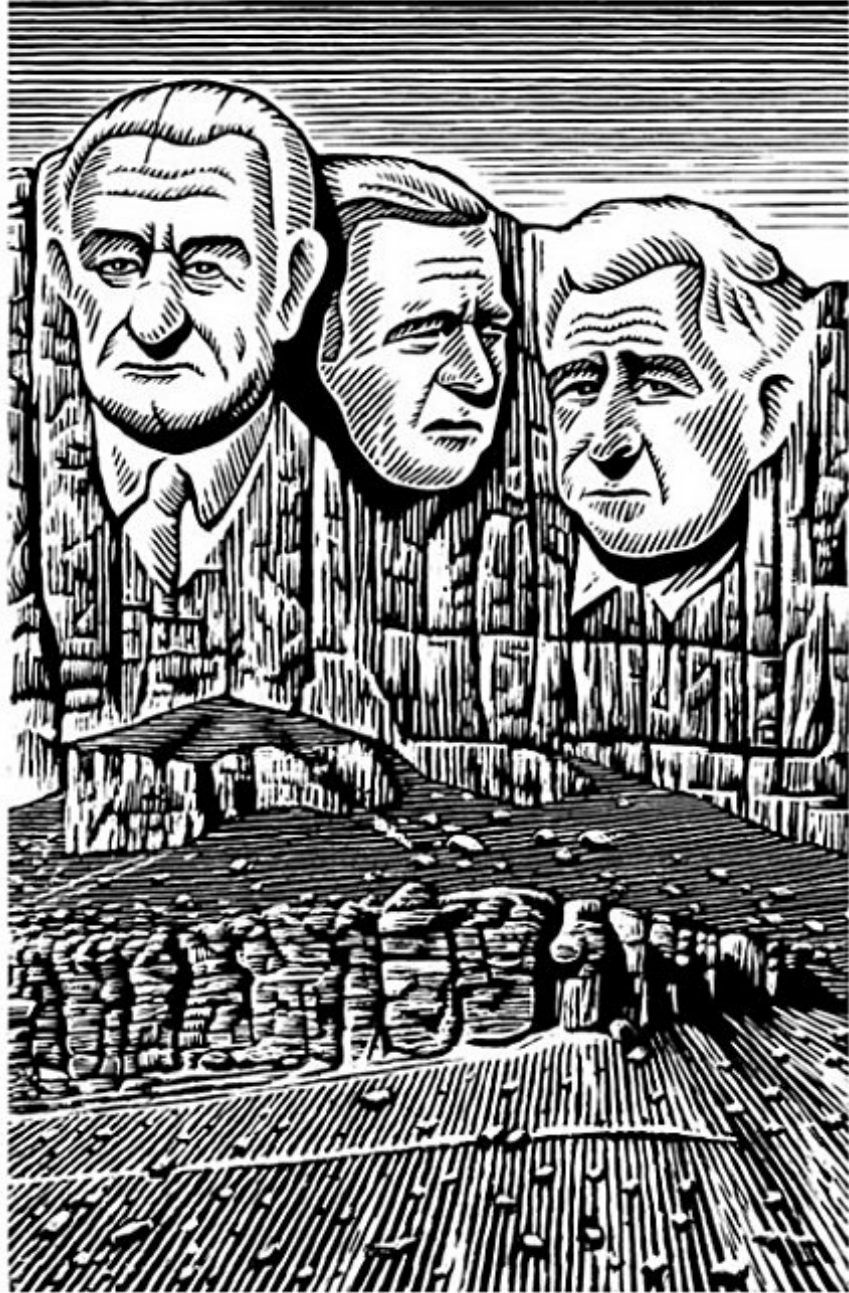
que alguien lo descubra y lo haga una estrella, aunque termina convirtiéndose en un gigoló fracasado. Cuando se estrenó la película, yo impartía clase en la Universidad Americana de El Cairo. Una noche de Ramadán llevé a toda mi clase a verla, tras la comida de la noche. Para mí, *Cowboy de medianoche* trata sobre la neurosis que provoca el querer vivir un mito en el mundo real. Salí del cine emocionado; mis alumnos, impactados. Por primera vez, me di cuenta de qué modo valora el resto del mundo la idea de Texas, el rico legado que trae consigo y el atractivo universal de la épica texana. Posiblemente, Texas, como territorio, existe más plenamente en el cine que en la vida real.

El miedo que cerca a los texanos, escritores y cineastas incluidos, es que, al dejar atrás el mito, Texas caiga en la mayor de las vulgaridades. Aun así, es justamente esa cotidianidad de los pueblos, las ciudades pequeñas y los barrios anodinos lo que cobra luminosidad y nos rompe el corazón en las obras de teatro y las películas del guionista Horton Foote, por ejemplo, como *Gracias y favores* o *Regreso a Bountiful*; esa cotidianidad otorga además su vis cómica a *El rey de la colina*, la serie animada de Mike Judge, y a *Trabajo basura*, su película de culto sobre el mundo de las empresas de software de Austin. El director Richard Linklater se convirtió en un controvertido cronista de las calles de Austin en su primera película comercial, *Slacker* (1991), y, a continuación, en *Movida del 76* y *Waking Life*, amén de muchos otros filmes independientes. Su obra maestra, *Boyhood*, cuenta la vida de un niño que crecía realmente en Texas, a lo largo de los doce años que Rick tardó en filmar la película, que sigue la evolución mental del personaje a medida que va llegando a la madurez.

El mito ocupa hoy un espacio más modesto en la psique texana. No desaparecerá nunca por completo y, personalmente, no deseo que eso ocurra.

El mito ha atravesado momentos bajos anteriormente y ha resucitado, aunque cada vez con menos verosimilitud. El peligro de agarrarse a un mito es que puede convertirse en una religión en la que hemos dejado de creer. Ya no es edificante, sino que nos envilece. Y, además, ¿para qué queremos un mito que nos convierte en un tipo de gente que no queremos ser?

El nivel tres exige desembarazarse de todas esas ilusiones acerca del mito y contar nuevas historias acerca de quiénes somos en realidad. La nobleza del nivel tres requiere regresar a lo conocido y familiar. Las canciones que oímos de pequeños, el sonido de nuestro trabajo, los aromas primigenios de nuestras cocinas, las leyendas contadas por nuestros abuelos, nuestras expresiones y el soniquete de nuestra forma de hablar, los colores de nuestra tierra, la forma de las nubes de nuestros cielos; todo ello cabe en el arte que propugna el nivel tres. Algo que nos haga sentir como en casa. ¿No es ese el objetivo de la cultura, regresar a casa con una mirada educada y aguda?



Cuna de presidentes

El rancho Lyndon B. Johnson es hoy un parque nacional. Un día de principios de verano, durante un viaje hacia el oeste, decidí parar. Las flores de altramus y las jarapas indias habían ido dejando paso a la flor morada del cardo y los sombreros mexicanos. Lyndon Johnson acostumbraba a recorrer a toda velocidad las estrechas carreteras de la zona en su Lincoln descapotable, con un whisky con soda en una mano, aterrorizando en cada curva a los jefes de Estado que lo visitaban. El Lincoln estaba equipado con un claxon especial que hacía al coche mugir como un toro en celo para llamar la atención de las novillas que pastaban al borde de la carretera. Johnson llevaba tras de sí una ranchera cargada de agentes del Servicio Secreto. Cada tanto, aminoraba la marcha, sacaba el vaso de poliestireno por la ventana y hacía repiquetear los cubitos de hielo, hasta que uno de los agentes se adelantaba corriendo para rellenarle la bebida.

Johnson fue el único presidente, que yo recuerde, que amaba de verdad los coches, sobre todo los descapotables. Hay un pequeño museo al final de la pista de aterrizaje del rancho en el que pueden admirarse un Ford Phaeton de 1934, que Johnson tuneó con un minibar y un soporte para armas; el Corvette que regaló a su hija Luci por su decimoctavo cumpleaños; un antiguo camión de bomberos; y un pequeño Amphicar azul, cruce quimérico entre coche y

barco, que Lyndon compró porque le hizo gracia. El expresidente solía llevar a sus invitados por las orillas del río Pedernales y fingía que el coche se quedaba sin frenos mientras se iba sumergiendo en el río.

Puede visitarse también en el rancho la escuela, de una sola aula, en la que Lyndon firmó la Ley de Educación Elemental y Secundaria, uno de los pilares de la serie de programas sociales conocidos como Great Society. Más allá, puede verse el cementerio tapiado y sombreado por enormes encinas, donde descansan Lyndon y su esposa, la llamada Lady Bird. Por último, encontramos la vivienda en sí, hecha de piedra caliza, con un amplio porche que da a la ladera que baja hasta el río. Se trata de un lugar hermoso, aunque no majestuoso, el hogar de un caballero texano, en mitad de un rancho que sigue funcionando hoy en día, con boñigas decorando el césped. Lo último que a Lyndon le gustaba hacer cada día era mirar las estrellas desde su porche mientras meaba.

De la pared, tras el escritorio de Lyndon, cuelgan sendos retratos de sus dos beagles, Him y Her, encargados por Barbra Streisand. En la cómoda silla descansa un cojín en el que aparecen bordadas las siguientes palabras: «Este es mi rancho y aquí hago lo que me sale de las narices». En el salón hay un mueble con tres televisores, uno para cada una de las cadenas que existían en el tiempo en que era presidente, así como una mesa de dominó en la que le gustaba jugar al 42. El suelo de la cocina es de linóleo amarillo y, sobre un estante, descansa un ejemplar de *The Joy of Cooking*, el libro de cocina más vendido de la historia de Estados Unidos. En el porche trasero hay un enorme congelador y un grifo de cerveza. En la pequeña estancia que hay bajo la escalera, el 22 de noviembre de 1963, el Servicio Secreto reunió al servicio de la casa y anunció: «Están ustedes trabajando ahora en la casa del presidente de Estados Unidos de América». Estaban preparando la recepción de Kennedy de esa misma noche.

Lyndon Johnson era lo opuesto a Kennedy en muchos sentidos. Kennedy hacía gala de una educación exquisita donde Johnson se mostraba vulgar, hasta puntos inverosímiles y sin parecer darse cuenta de ello; se metía el dedo en la nariz, se rascaba el culo y comía de los platos de los otros comensales. Una vez celebró una reunión con sus asesores en su dormitorio, mientras le ponían un enema. Kennedy había estudiado en Harvard, tenía un premio Pulitzer y era amigo de las estrellas de Hollywood. Johnson lo había hecho en un colegio universitario para profesores de San Marcos, en Texas. Kennedy era apuesto y Johnson era desgarrado y de rasgos agigantados, se tratase de la nariz, de las orejas o del pene, al que apodaba Jumbo. Kennedy se diría progresista por su trayectoria y su discurso, pero en realidad era un conservador preocupado por la empresa y volcado en la Guerra Fría. Aumentó el gasto en defensa en un 20 por ciento. Entre sus logros figuran la creación del Cuerpo de Paz, la bajada de impuestos y un tratado para prohibir las pruebas nucleares, pero su legado más perdurable fue la guerra de Vietnam. En efecto, Kennedy hizo cosas que el electorado habría esperado de un presidente texano. Johnson, pese a su pasado político retrógrado, se convirtió en el presidente más progresista desde Franklin Delano Roosevelt y, aun así, los acólitos de Kennedy lo miraban por encima del hombro desde la Costa Este. «Los peores fanáticos del mundo son los demócratas del este de Nueva York», lamentaba Johnson.

La tradición progresista que Johnson encarnó se ha extinguido prácticamente en Texas, pero, en gran parte, el país en el que hoy vivimos se lo debemos a su gobierno: Medicaid, Medicare, la Ley de Derechos Civiles, la televisión y la radio públicas, las ayudas federales a la educación y las artes, las leyes contra la pobreza (enmarcadas en la llamada «guerra contra la pobreza»), la Ley de Inmigración y Nacionalidad, la Ley de Derechos del Votante e incluso la Ley de Control de Armas. Kennedy no tuvo ni el poder ni la habilidad de poner en marcha medidas tan transformadoras. Pese a estos logros, sin embargo, la

presidencia de Johnson quedó sepultada bajo el peso de la guerra. Los hombres de Kennedy que pasaron a formar parte del gabinete de Johnson le dijeron que la única salida era seguir adelante; Johnson se sintió subyugado por la autoridad intelectual de sus asesores y decidió mantener el rumbo. Su rencor hacia los alumnos de Harvard y las élites de la Costa Este a veces emergían con una acritud chocante. Tras el asesinato de Martin Luther King Jr., un asesor le advirtió de que los manifestantes negros que habían llegado a Washington amenazaban con marchar sobre Georgetown y quemarlo. «Llevo esperando treinta y cinco años este momento», replicó el presidente.

Los texanos se angustiaron durante la presidencia de Johnson, haciendo suyas las humillaciones a que lo sometían, pero también soportando sus modales de paleta y su cerrado acento. El odio que se le tenía nos salpicó a todos. LBJ era el prisma a través del que todo el país nos miraba. Siendo justos, es necesario decir que el resentimiento de las élites de la Costa Este hacia los texanos era mutuo. Se trata de una brecha cultural que divide a este país y que sigue sin cerrarse. A LBJ lo acosaron y lo terminaron echando de la presidencia los jóvenes que, yo incluido, protestaban contra la guerra, pero que también odiaban quién era y de dónde procedía. No cambió jamás mi postura ante la guerra, pero ojalá nos hubiésemos mostrado menos agrios con él.

Cuando se publicó *Las puertas de El Álamo*, la novela de Steve, se organizó una cena en su honor en la Biblioteca Lyndon B. Johnson. Nos sentaron a él y a mí a sendos flancos de Lady Bird, la viuda de LBJ. George Christian, que había sido secretario de prensa de Johnson, recordó un viaje del presidente a Corea. Este les dijo a los soldados estadounidenses allí destacados que su bisabuelo había muerto en El Álamo. Christian estaba medio dormido, en la

parte trasera de la sala, pero cuando oyó a LBJ decir eso, dio un respingo. Que un texano diga algo así es como que un musulmán se declare descendiente de Mahoma. «Solo había tres periodistas en la sala, y parecía que ninguno había prestado atención al dato», contó Christian. El presidente les había colado una mentira como un templo. El secretario de prensa suspiró aliviado. Sin embargo, uno de los periodistas, Sid Davis, había grabado el discurso y lo reprodujo posteriormente ante el resto de periodistas, entre los cuales había varios texanos; todos ellos sabían la verdad.

Christian acudió a Lyndon para decirle que había metido la pata al decir que un ancestro suyo había muerto en El Álamo.

—Yo no he dicho tal cosa —repuso Johnson.

—Bueno, señor, yo lo he oído.

—Me da igual lo que tú hayas oído. Yo no he dicho eso.

—Pero Sid Davis lo ha grabado.

—Me da igual lo que haya grabado. Mi bisabuelo no murió en El Álamo — insistió el presidente.

La historia sobre la mentira acerca de El Álamo llegó a la prensa y puso en evidencia a Johnson, especialmente en su propio estado. En otro evento, unos meses más tarde, con la controversia aún viva, Johnson lamentó que no le hubieran dejado finalizar la historia, ya que su bisabuelo no murió en El Álamo, sino en el hotel El Álamo, en Eagle Pass, en Texas.

Lady Bird no dejó de reír entre dientes mientras Christian relataba la anécdota. Estaba viuda hacía casi treinta años.

Como Lyndon, Lady Bird también sufrió las comparaciones con su glamurosa predecesora. Jackie fue la mujer más famosa del mundo: chic, guapa e icónica viuda doliente. Lady Bird, por su lado, era «un gorrioncillo», como la describió en una ocasión su hija Lynda. Como primera dama, se la conocía principalmente por promover la ley de Embellecimiento de las

Carreteras, la apodada Ley Lady Bird, en tono de mofa, si bien puso su sello en doscientas piezas legislativas relativas a la preservación del medio ambiente. Gracias a ella, se contuvo notablemente la plaga de vallas publicitarias que infestaba nuestras carreteras, y las chatarrerías y cementerios de coches se eliminaron o disimularon. Su noble objetivo era que la naturaleza brillase en todos los rincones.

En Austin, Lady Bird impulsó la creación de un sendero para caminantes y ciclistas en torno a lo que hoy se conoce como lago Lady Bird, una masa de agua creada por Lyndon, cuando era un joven congresista, tras conseguir que el Gobierno federal represara el río Colorado para aportar energía hidroeléctrica al Hill Country. El sendero se ha convertido en una especie de ágora de entusiastas del deporte. Lady Bird encontró la inspiración durante un viaje a Londres, donde quedó admirada por el paseo que recorre las riberas del Támesis. Durante las décadas de 1980 y 1990, se la veía a menudo recorriendo el sendero, tocada de sombrero y seguida discretamente por un guardaespaldas del Servicio Secreto.

Coincidiendo con su septuagésimo cumpleaños, Lady Bird fundó el Centro Nacional de Investigación sobre Flores Silvestres de Austin en 1982 (que fue más adelante rebautizado en su honor), y se debe en gran parte a ella que las cunetas de nuestras carreteras estén alfombradas de flores multicolor. Mi padre dirigió el Consejo de Embellecimiento de Texas durante la década de 1980 y trabajó con Lady Bird repartiendo semillas por todo el estado. Cuando él ya había fallecido, encontré una carta de Lady Bird en la que esta le agradecía las semillas que había aportado para el sendero en torno al lago de Austin. Había recorrido ese sendero miles de veces y no tenía ni idea de esa conexión.

Cuando abrió el Centro Nacional de Investigación sobre Flores Silvestres, estas eran muy difíciles de propagar, precisamente por su carácter salvaje.

Lady Bird recorría en persona el estado en busca de especímenes de particular vigor. Una primavera especialmente seca, caminaba por la ladera de una colina del centro de Texas que estaba llena de onagras rosas, que describe en su libro *Wildflowers Across America*, escrito con Carlton B. Lees, como «la más exquisita y femenina de nuestras flores silvestres». Resulta que un joven estaba arando la ladera en su tractor. Imaginen cómo debió de quedarse al ver a una antigua primera dama lanzarse ante el vehículo y gritar: «¡Deténgase!». Lady Bird le alquiló al agricultor el campo hasta que las plantas dieran frutos con semillas aprovechables.

Lady Bird era el personaje público más autocrítico que he conocido. Recuerdo una fiesta que, con motivo del aniversario del nacimiento de Shakespeare, celebró el erudito escritor Philip Bobbitt, su sobrino, quien imparte clase en la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas. Lady Bird y yo nos habíamos sentado juntos en la cena, y me pidió que le pasara la sal, aunque tenía el salero justo delante. Ella tenía entonces casi noventa años y sufría de degeneración macular. La única manera de seguir disfrutando de sus amadas flores silvestres era examinándolas con lupa. Pero estaba animada y se diría que algo desconcertada, a causa de su enfermedad. «Hace un momento, mientras tomábamos el cóctel en el salón de música, estaba intentando mantener una conversación con un caballero —me contó—. No se mostraba muy hablador, si bien yo estaba siendo de lo más encantadora. Por fin, me di cuenta de que estaba hablándole a un busto de Shakespeare.»

Al dejar atrás Johnson City, el viajero se interna en la parte alemana del estado, en la que abundan las sólidas casas de campo hechas en piedra y rodeadas de viñedos y melocotonares. Los franciscanos españoles empezaron a elaborar vino en Texas sobre la década de 1650. A finales del siglo XIX, la

filoxera acabó con una gran parte de los viñedos franceses, y fueron los rizomas de las vides texanas los que salvaron el sector. Los texanos interesados en la historia podrán empezar a ver los vinos franceses como vinos texanos con la etiqueta del Viejo Mundo.

En las afueras de la localidad de Ozona, la carretera interestatal estaba flanqueada por unas coloridas flores que nacen de unos arbustos bajos y que se conocen como rosadas de montaña, otro de los especímenes preferidos de Lady Bird, no solo por su color, sino porque crece en las condiciones más duras, hasta en la gravilla de las cunetas. Daba la sensación de estar en una de esas primeras películas supersaturadas en tinte. Giré hacia el norte, dirección a Iraan, pueblo llamado así en honor a Ira y Ann Yates, en cuyo rancho se realizó uno de los grandes hallazgos petrolíferos de la historia de Texas. Al otro lado del río Pecos, las bombas de varillas y los molinos de viento se extienden hasta el horizonte.

En 2004, alguien empezó inadvertidamente a comprar ranchos en las cercanías de Van Horn, en el oeste de Texas, usando empresas fantasma para ocultar su identidad. El hecho de que nadie más quisiera comprar tierra en esa zona era desconcertante, especialmente con los precios de compra. Son tierras secas, descarnadas y remotas, muy lejos de lo que se entiende por una joya inmobiliaria. Además, la región atravesaba una dura sequía. El comprador misterioso no tardó en convertirse en uno de los mayores terratenientes del estado. Pero la cuestión no era cuánta tierra, sino para qué.

Por fin, en 2005, Jeff Bezos, fundador de Amazon y uno de los hombres más ricos del mundo, confesó ser el comprador. Quería la tierra —hasta entonces se había hecho con más de ciento veinte mil hectáreas— para construir una plataforma de lanzamiento de cohetes. Bezos empezó a enamorarse de la astronáutica cuando su familia se instaló en Houston, en la década de 1960, durante la era dorada de la NASA, cuando la ciudad se llamaba a sí misma la

Space City USA. «Llevaba obsesionado con el espacio desde que tenía cinco años —contaba Bezos a *The Washington Post*, cuando acababa de comprar el periódico, en 2013—. Recuerdo ver a Neil Armstrong dar el primer paso sobre la superficie de la Luna. Me marcó.»

La empresa aeroespacial de Bezos, Blue Origin, lanzó su primer cohete desde el oeste de Texas en 2011. Ese cohete se estrelló, pero, en septiembre de 2015, la empresa no solo consiguió enviar otro cohete al espacio, sino recuperarlo tras un histórico aterrizaje vertical en sus instalaciones de Van Horn. Bezos espera poder enviar pronto «pasajeros de prueba» al espacio. «La visión de Blue Origin es muy sencilla. Queremos a ver a millones de personas viviendo y trabajando en el espacio —declaró tras el primer lanzamiento exitoso—. ¿Queremos ir a Marte? Desde luego, queremos ir a todos lados.» Paralelamente, Elon Musk, cofundador de PayPal y creador de los automóviles eléctricos Tesla, posee unas instalaciones para realizar pruebas con cohetes en las cercanías de Waco, y está construyendo en Brownsville, cerca de la costa del golfo de México, una plataforma de lanzamiento para su propio proyecto aeroespacial, SpaceX. Pronto habrá embotellamientos de cohetes en los cielos de Texas.

En la mayor parte del oeste de Texas apenas hay nada que ver, salvo que se mire hacia arriba. En las colinas cercanas a Fort Davis se encuentra el observatorio McDonald, donde fui una vez con Roberta para observar los anillos de Saturno y, en algún lugar perdido del pasado extrasolar, una enana blanca. Los astrónomos aficionados se establecen en ranchitos y levantan observatorios artesanales, que incluso tienen techo retráctil. En el oeste de Texas no hay mar, pero a veces parece que sí. El cielo hace las veces de paisaje en el que contemplar la eternidad.

A un lado de la interestatal 40 se encuentra el rancho Cadillac; desde la carretera se ven diez antiguos coches de esta marca, pintados de grafitis y

clavados en el suelo, con los capós traseros apuntando al cielo. Sin duda, se trata de la instalación artística más famosa de todo el estado. Stanley Marsh 3, mecenas y bromista confeso, encargó la obra en 1974. También le gustaba colocar señales de tráfico falsas, que decían cosas como «Esta carretera no tiene fin» o «No volverás a ser el mismo». Como muchos otros excéntricos adinerados de Texas, tiene mascotas exóticas, como un león, una cebra, un camello, etcétera. Hace un tiempo, un promotor amenazó con construir una urbanización junto a las tierras de Marsh, y este levantó en el lugar una valla publicitaria que decía:

PRÓXIMA CONSTRUCCIÓN DEL MAYOR CRIADERO
DE SERPIENTES VENENOSAS DEL MUNDO

Justo al sur de Amarillo se encuentra el cañón de Palo Duro, una brecha roja en el paisaje de unos trescientos metros de profundidad y casi doscientos kilómetros de longitud, con una anchura que varía entre los ochocientos metros y los treinta kilómetros. Solo el Gran Cañón es mayor. Palo Duro era el corazón de la Comanchería. Se trata de la zona donde se agruparon los últimos indios de las llanuras del sur que se negaban a someterse a los colonos blancos, por la creencia de que se trataba de un espacio bajo protección divina. En 1874, un grupo de soldados del IV de Caballería se infiltraron en el santuario y cogieron a los indios por sorpresa. En la batalla que siguió, los indios —comanches, kiowas y cheyenes— huyeron a pie. No se los persiguió; en su lugar, los soldados reunieron a todos los caballos de los indios y los sacrificaron. Ese fue el momento que marcó el final definitivo de la frontera texana. Al año siguiente, el líder comanche, Quanah Parker, se rindió y rindió al resto de su exhausta y hambrienta hueste en Fort Sill.

En 1878, Parker fue autorizado para conducir a un pequeño grupo de indios instalados en la reserva de Oklahoma a la que sería su última cacería de bisontes en el cañón de Palo Duro. La tierra había pasado a manos de Charles Goodnight, el rancharo más famoso de la historia de Texas, que permitió al grupo de nativos acampar en su rancho. La idea de que aquel descomunal cañón pudiera pertenecer a un solo hombre era difícil de asimilar para los aborígenes. Durante el viaje hacia el sur, de más de trescientos kilómetros, los indios no vieron un solo bisonte. Solo entonces se dieron cuenta de que su modo de vida estaba a punto de extinguirse.

Las penurias que atravesaban los indios causaron impresión en Goodnight. El rancharo encontró unos cuantos bisontes errantes y decidió criar su propia manada. Eran prácticamente los únicos ejemplares restantes de los millones que habían vagado por las llanuras antaño. En diciembre de 1916, el rancharo invitó a otro grupo de indios a volver al cañón para lo que él llamaba la «última cacería de bisontes». Aprovechó la ocasión para poner en marcha su propia productora de cine. Quería hacer una crónica del Viejo Oeste tal y como él lo recordaba, dedicada a la primera generación que conocería ese tiempo salvaje solo a través del cine.

El resultado fue una película muda en la que aparece la manada de Goodnight, a la velocidad del rayo, por un estrecho desfiladero y, tras ella, un grupo de valientes kiowas con tocado de plumas. Algunos son mayores, engordados debido al encierro ocioso al que se habían visto relegados en la reserva. Se separa a un bisonte del resto de la manada y unos cazadores lo rodean y trotan a su alrededor disparando sus arcos. Al animal se le doblan las patas mientras da sus últimos pasos. En ese momento se corta la secuencia y, en la siguiente escena, aparecen los indios danzando en torno al cadáver del animal y bebiendo cuencos de su sangre aún caliente mientras lo despellejan. Aquel sería el último bisonte que cazarían jamás.

La película de Goodnight es también testimonio del fin otra era, la suya propia. Como otros muchos ganaderos independientes, Goodnight había reunido su primer rebaño con el pastoreo de *longhorns*, la raza feral de largos cuernos que descendía de las vacas y toros traídos por los españoles. Durante la depresión económica posterior a la guerra de Secesión, este ganado se vendía en Texas a dos dólares por cabeza, aunque en los mercados ganaderos de Chicago alcanzaban los cuarenta. La edad de oro de los vaqueros comenzó en 1867, cuando se condujo una manada de dos mil cuatrocientas cabezas desde San Antonio al término de la línea ferroviaria en Abilene, en Kansas, siguiendo la que se acabó conociendo como cañada Chisholm. Goodfriend y su amigo Oliver Loving fueron pioneros al abrir otra cañada que conectaba Texas con Denver. La relación entre ambos, por cierto, inspiró el clásico *bromance* de Larry McMurtry, *Paloma solitaria*. Esta misma edad dorada terminó en 1885, cuando el alambre de espino cercaba ya la mayoría de los ranchos. En ese lapso de apenas dieciocho años, llegaron a los mercados cinco millones de cabezas de ganado y un millón de caballos mustang, junto con un sinnúmero de cerdos y otros animales de granja. Nacieron así grandes fortunas en un estado que, hasta entonces, había dependido fundamentalmente de la agricultura de subsistencia. Nació también entonces el mito que más perdura y que continúa siendo definitorio de Texas en el imaginario de todo el mundo, pero especialmente en el propio estado.

El estilo es el legado más obvio de la leyenda del vaquero, con las botas, que evitaban las rozaduras; los pantalones de mezclilla de algodón teñida de azul (los vaqueros, tejanos o *jeans*), que protegían eficazmente del duro monte bajo y el espinoso mezquite; y el sombrero de ala ancha para protegerse del sol. Unas modestas ropas de trabajo que tenían todo el sentido para cualquier hombre que faenase en el campo en 1875, pero que siguen conformando el estilo de muchos texanos que viven la mayor parte del tiempo bajo techo.

Planchemos los vaqueros y añadamos una impoluta camisa amarilla con corchetes nacarados, y obtendremos el clásico atuendo de cualquier agente inmobiliario de Austin.

El estilo *cowboy* es un tácito juramento de lealtad a la mentalidad que representa el mito, que podría resumirse, quizá, en el más áspero individualismo. El mundo está lleno de peligros y el vaquero debe estar listo para defenderse a sí mismo y a su familia. En lugar de recurrir al imperio de la ley, vive según un código de ecuanimidad y bronca justicia. No impone su voluntad a los demás, pero se eriza ante la mera sugerencia de que alguien — especialmente el Gobierno— pueda creerse con derecho de decirle a él lo que tiene que hacer. Dios y la naturaleza son una presencia poderosa en la vida del vaquero, aunque sus circunstancias duras e implacables, combinadas con las largas y aburridas jornadas de trabajo, dan pie a arranques de estoicismo y desesperación existencial. Willie Nelson y Waylon Jennings cantaron un dueto memorable titulado «Mammas Don't Let Your Babies Grow Up to Be Cowboys»,[\[18\]](#) que habla de la solitaria vaciedad de la vida en las llanuras:

*Cowboys ain't easy to love and they're harder to hold.
They'd rather give you a song than diamonds or gold.
Lonestar belt buckles and old faded Levi's and each night begins a
new day.
If you don't understand him and he don't die young.
He'll probably just ride away.*[\[19\]](#)

En 1948, George H. W. Bush —condecorado durante la Segunda Guerra Mundial como piloto de la Marina, graduado por Yale, hijo de un futuro

senador por Connecticut y joven petrolero en ciernes— se trasladó con su familia a un pequeño apartamento de dos plantas junto a un camino de tierra en Odessa, en Texas. Aquel lugar era plano, seco y caluroso, como una gigantesca tortilla de maíz. El aeropuerto más cercano, el de Dallas, distaba casi seiscientos kilómetros. La familia Bush compartía baño con dos prostitutas, madre e hija; muy a menudo los desconsiderados clientes lo ocupaban durante largo rato. En 1950, el matrimonio Bush y los dos hijos que tenían entonces, George W. y Robin, se mudaron a Midland, un pueblo algo mayor, a unos treinta kilómetros, donde se encontraban los despachos de la mayoría de los petroleros independientes. El nombre del pueblo se debía a su ubicación a medio camino entre Fort Worth y El Paso. Los Bush compraron una casa de madera de tres dormitorios en la Ohio West Avenue. «Nos gusta decir que es la única casa presidencial que ha dado cobijo a dos presidentes, dos gobernadores y una primera dama», explica la guía, Melissa Hagins, durante la visita a la vivienda.

En la década de 1950, Midland era una ciudad que vivía un crecimiento económico repentino, aún por pulir y regada con alcohol. Los Bush llegaron como un poderoso vector de civilización. Recaudaron dinero para construir un teatro y un centro YMCA, y pusieron en marcha una orquesta. Barbara Bush fue madrina de los Boy Scouts y George enseñaba en la escuela dominical, además de entrenar a equipos infantiles. Había otros graduados de las universidades de prestigio de la Costa Este que también probaban fortuna en el oeste de Texas, así que Bush fundó una sucursal del Yale Club. En 1953, junto con los hermanos Hugh y Bill Liedtke, creó una empresa dedicada a la prospección petrolífera que llamó Zapata, por la película *¡Viva Zapata!*, protagonizada por Marlon Brando, que acababa de estrenarse. Abrieron 127 pozos a lo largo y ancho de Texas occidental y, en todos y cada uno de ellos, encontraron petróleo.

Los listones de pino llenos de nudos de la casa Bush dan a esta un aire de cabaña de bosque. En el pequeño salón se abre un ventanal con un banco corrido al pie y una tele vieja, con sus antenas como de insecto. En el comedor hay una chimenea, y en el dormitorio de George W. hay una réplica del pupitre abatible y la librería originales. Pueden verse un tren de juguete, un uniforme de lobato *scout* extendido sobre la cama y una fotografía de George Bush hijo de pequeño, a horcajadas de un gran muñeco que representa a un *jackalope*. [20] En una de las paredes cuelga un cartel de Roy Rogers, el rey de los vaqueros, montado en Trigger, su precioso caballo palomino. La guía, Melissa, me cuenta que George y sus amigos siempre llevaban en la cartera un ejemplar de las *Reglas del Club de los Jinetes de Roy Rogers*. «Sé limpio y ordenado —advierte Roy—. Protege y ayuda a los débiles. Cómete toda la comida; no desperdicies nada.» Son diez en total. Roy era un tipo puritano y modesto, con suave voz de tenor; de esos ejemplos que los padres adoran. Sin embargo, el mundo temblaba en ese mismo tiempo bajo otra fuerza, más oscura y sexual, en absoluto ejemplar, la de Elvis Presley. Para los que éramos niños en esa época, Roy Rogers era el anti-Elvis. Yo soy un año más joven que George W., y Roy Rogers fue también un tipo importante en mi vida. De hecho, tenía una pistola de pistones de Roy Rogers. Hace poco vi a la venta una igual en eBay, ¡por mil dólares!

La casa tiene un único baño, con bañera pero sin ducha. El dormitorio principal ocupa una de las esquinas y da al gran jardín trasero, rodeado por una valla y con la preceptiva caseta de perro. La cocina cuenta con una única ventana, situada sobre el fregadero, una cocina de gas y un set de lavadora y secadora, toda una extravagancia para la época. El pequeño patio interior sería más tarde techado y se convertiría en el cuarto del bebé Jeb, nacido en 1953.

El tercer dormitorio no tiene puerta. Los Bush la retiraron cuando a su hija

Robin le diagnosticaron leucemia, en 1954. Murió siete dolorosos meses después. «Fue entonces cuando a la señora Bush se le encaneció el cabello — cuenta Melissa—. Durante muchos años se estuvo tiñendo, pero después dejó de hacerlo.» Barbara Bush tenía veintiocho años cuando murió su hija Robin. Más tarde contaría que empezó a salir de la larguísima depresión cuando oyó a su hijo George W. decir a un amigo que no podía jugar porque tenía que cuidar de su madre.

Como muchos texanos, siento por la familia Bush un cariño que no tiene nada que ver con la política. Son innumerables los paisanos y paisanas que pueden dar testimonio de la gentileza y decencia de esa familia. Laura Bush fue bibliotecaria en una escuela pública de Austin; como esposa del gobernador George H. W. Bush, puso en marcha la Feria del Libro de Texas, que ha dado impulso a todas las bibliotecas estatales. Más adelante, pondría en marcha también la Feria del Libro Nacional en Washington D. C. Mi hija Caroline fue compañera de instituto de Jenna y Barbara Bush, las hijas gemelas de George W. y Laura, en Austin, cuando él era gobernador. Solían invitarnos a la fiesta navideña que celebraban todos los años y George siempre sacaba a bailar a Caroline. Le gustaba mucho el baile, y sudaba tanto que se le veía el vello corporal a través de la camisa empapada. «No bebo ni tomo drogas —me contó en una ocasión—, así que tengo que hacer algo para sacar la energía del cuerpo.»

Texas atravesaba un periodo de transición, entre haber sido abrumadoramente demócrata y llegar a ser un estado monolíticamente republicano, dos eras marcadas por LBJ y George W. En cada uno de los dos casos, la metamorfosis de la política texana tendría profundas consecuencias que cambiarían el país entero.

Cuando Bush hijo llegó a gobernador de Texas, cargo que ejerció entre 1995 y 2000, hubo entre ambos partidos una cordial *détente*. El

vicegobernador, Bob Bullock, y Pete Laney, presidente de la Cámara de Representantes estatal, eran ambos demócratas, y Bush se refería comúnmente a ellos para argumentar que su presidencia tenía un carácter bipartidista. Bullock era una figura titánica, cuya ruinoso vida personal —alcoholismo, cáncer, depresión crónica, cinco matrimonios— no hacía sino acrecentar la leyenda. A mí me recordaba a Lyndon Johnson, con el mismo rostro enorme y endurecido, y ese amor sin medida por Texas que le permitía ver más allá de los límites impuestos por las lealtades partidistas. Durante la fiesta por el quincuagésimo cumpleaños de Bush, celebrada en la residencia oficial del gobernador en julio de 1996, el vicegobernador Bullock quiso ofrecer un brindis por el gobernador, en el que se refirió a él como «próximo presidente de Estados Unidos». Hasta donde sé, fue la primera vez que alguien aventuraba la futura presidencia de George W. Bush en público. Y no fue cualquiera, sino el más alto cargo demócrata del estado.

Ese mismo año, Bush puso en marcha una iniciativa de promoción de la lectura en la escuela elemental Travis Heights, donde precisamente daba clase mi esposa, Roberta. Esta era tutora de un grupo mixto, en el que había niños de infantil, de primero y de segundo de primaria, y aceptó la visita a regañadientes, pues la habían programado a la hora de la siesta de los niños. Eligió a algunos de los que mejor leían para que se sentaran en el regazo del gobernador. Sin embargo, ante periodistas y camarógrafos, un niño tan revoltoso como encantador, Ricky Hernández, se coló entre la muchedumbre y cruzó la mirada con Bush. «Eh, colega, ven, siéntate aquí conmigo», dijo este. Ricky, que aún no sabía leer, se encaramó al regazo del gobernador y este leyó un cuento titulado *Hay un fantasma en el baño de chicos*, mientras Ricky sonreía de oreja a oreja. Claro está, aquella foto apareció en todas las primeras planas la mañana siguiente. Lo que no contaron los periodistas fue que esa tarde Roberta tuvo que mandar a Ricky a casa porque le encontró

piojos.

En 1998, se me invitó a leer en una velada para recaudar dinero contra el analfabetismo que Barbara Bush, entonces primera dama, organizaba en Houston todos los años. Un conocido escritor, Stephen Ambrose, estaba indispuesto, y necesitaban un sustituto ¡para el día siguiente! Me preguntaron si me importaba volar en el avión del gobernador. Les dije que no, que no me importaba. Fui a su mansión la tarde siguiente y encontré a Bush hijo dándose un atracón de bizcocho en la cocina. Se mostró alegre y cercano. Siempre me pareció George W. un político mucho más natural que su padre. Se sentía cómodo en todas las situaciones. Era como uno de esos atletas a los que no les hace falta entrenar. «¿Papá ha salido ya? —preguntó el gobernador a su madre por teléfono antes de que nos fuéramos—. Necesito un sombrero. Dile que lleve unos cuantos.»

Volamos en el avión oficial del gobernador, un King Air turbohélice que Laura describía como el «perfecto para Texas». En ese momento, todo el mundo lo tenía en cuenta ya como candidato a la presidencia. No parecía amedrentarlo el reto que tenía ante sí. Eligió de entre la pila de periódicos que había en el asiento de delante un ejemplar de *The Dallas Morning News*. Le echó un vistazo y lo dejó a un lado. Charlamos un poco sobre Oriente Próximo. Yo acababa de llegar de Jerusalén y le hablé sobre el cisma entre los judíos estadounidenses y el rabinato ortodoxo de Israel, el cual acababa de declarar que las ramas reformista y conservadora no podían considerarse realmente judías. Bush no estaba familiarizado con el asunto, pero observó: «Más les vale no quedarse sin financiadores». Me sorprendió lo poco que sabía sobre la región, o sobre cualquier otro lugar que no fuese Texas, en realidad. A menudo me pregunto cómo el hijo de un presidente del Gobierno —que había sido embajador ante las Naciones Unidas y enviado especial a China, así como director de la CIA— podía ignorar hasta tal punto la realidad

del resto del planeta. Me interesé por la reciente visita de Aleksandr Lébed, hombre fuerte de Rusia. A Bush le había divertido la actitud fiera del ruso, que, según contaba, no tardó en desvanecerse. «Siempre pregunto por la familia»; ese parecía ser el truco. La complacencia de George W. y su nula curiosidad, rasgos definitorios que terminarían condenándolo, eran ya patentes en aquel vuelo compartido.

Mi nombre se añadió a última hora al programa del evento benéfico, en el que participarían varias celebridades. Como no tenía ningún libro reciente que promocionar, leí un artículo que había escrito sobre un muñeco de mi hija Caroline, a la que esta había bautizado Sobrino. Era un muñequito peludo, uno de esos llamados Monchhichis, que recordaba a algo así como un primate diabólico. Sobrino llegó a manos de Caroline cuando tenía cuatro años. Ella siempre me contaba historias sobre los viajes de Sobrino a China o a Dallas, y sobre las muchas esposas que tenía. A mí me fascinaban; me sentía como el sultán Shariar escuchando los cuentos de Sherezade. Un día, Caroline tiró a Sobrino por un balcón, imitando sus chillidos animales durante su caída hasta la calle. Cuando cumplió cinco años, entró en su vida Barbie, y Sobrino quedó apartado. Al final me lo regaló a mí: «Tú eres el único que lo quiere ya», justificó.

Unos días después de aquella lectura, recibí una carta del expresidente, Bush padre, que sospeché similar a las miles que escribe cada año. Sin embargo, esta la había mecanografiado él mismo y había añadido varias correcciones en los márgenes. «Anoche, Barbara y yo [...] estuvimos charlando sobre Sobrino. Se nota que era un tipo realmente interesante.

»¿Sabías que Barbara, mi nieta, la hija de George y Laura, tiene un muñeco parecido a Sobrino que se llama Pelopincho? Una vez Pelopincho se perdió en la casa del vicepresidente. Fue toda una crisis, como la de los tanques en Budapest, que superamos por los pelos cuando Pelopincho apareció bajo uno

de los cojines del sofá del salón.

»El caso es que hace diez días, Pelopincho, que aún va con ella a todas partes, fue a Italia con las gemelas y Barbara. Es una pena que Sobrino no pudiera viajar con él.»

Un año después, cuando estaban por dar comienzo las primarias presidenciales, me encontré con Laura Bush en Antone's, el famoso club de blues de Austin. Tocaba la pianista Marcia Ball. Laura iba acompañada de unas amigas y estaba bebiendo y fumando, algo que no se veía habitualmente. Era un momento dulce, pero de inmediato pensé que esa pequeña intimidad comunitaria de la que todos disfrutábamos estaba a punto de terminarse. Enseguida llegarían los cámaras a la ciudad, los periodistas empezarán a husmear hasta en las lápidas y nuestra cultura sería escudriñada y diseccionada. Yo había formado muchas veces parte de ese proceso. Nos gustase o no, estaríamos en la palestra, hablarían de nosotros, algunos nos haríamos famosos más allá de nuestro círculo y otros terminarían siendo imputados por delitos de un tipo u otro.

Bush padre y Bush hijo son un fascinante caso de estudio para cualquier interesado en dramas edípicos. George W. parecía dispuesto a competir con su padre en todo. Estudió en las mismas universidades, primero en Andover College y luego en Yale, donde el padre había formado parte de la fraternidad Phi Beta Kappa y el hijo se convertiría en presidente de su fraternidad. George W., además, completó sus estudios en la Escuela de Negocios de Harvard. Como su padre, fue piloto de la Marina, pero mientras que este había ganado una condecoración por sus servicios en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, aquel serviría en la Guardia Nacional de Texas, en la que solían refugiarse los hijos de hombres prominentes y jugadores de los Dallas

Cowboys para evitar ir a Vietnam. Los dos Bush se dedicaron profesionalmente al sector del petróleo en Midland, donde el padre se había convertido en leyenda y el hijo mantuvo el nivel. George H. W. era un gran deportista e incluso las Grandes Ligas le habían echado el ojo cuando jugó como primera base en el equipo de béisbol de Yale. En Midland, le gustaba dejar con la boca abierta a los chicos que entrenaba, cogiendo bolas al vuelo por detrás de la espalda. George W. era una rata de gimnasio que, de hecho, se jactaba de haber ganado masa muscular aun durante su primera presidencia. Tras convertirse en copropietario de un equipo de las Grandes Ligas, los Texas Rangers, el hijo eclipsó la carrera beisbolística del padre, como lo hizo como presidente al ser reelegido para un segundo mandato. Ambos invadieron Irak, la primera vez por razones legítimas y la segunda por una mentira que el pueblo estadounidense aceptó creer, causando un daño perdurable a nuestro país y que prendería en llamas Oriente Próximo.

Ninguno de los dos hombres era demasiado reflexivo, un rasgo que ambos parecían considerar un absurdo síntoma de debilidad. «Yo no le doy vueltas a las cosas», solía decir George W. con desdén. Pese a su formación en universidades de prestigio de la Costa Este, ambos tendían a perderse en laberintos lingüísticos que han dado mucho que hablar en la literatura psiquiátrica. Durante su primera campaña presidencial, George H. W. presumía de su cercanía a Ronald Reagan, con quien había sido vicepresidente. «He trabajado con él y estoy orgulloso de haber sido su colaborador. Hemos compartido triunfos. Hemos cometido errores. Hemos tenido sexo». Casi se puede oír al público tragar saliva, mientras Bush rápidamente se corrige: «Hemos sufrido reveses».[\[21\]](#) Cuando se presentó a la reelección, señaló: «Alguien dijo [...] “Rezamos por vosotros allí”. No fue solo porque vomitase encima del primer ministro japonés. ¿Dónde estuvo cuando lo necesité? Pero le dije: “Voy a decirle una cosa”. Y digo esto, y no sé

si hay algún pastor aquí hoy de la Iglesia episcopal. Espero que sí. El caso es que le dije: “Tienes algo importante entre manos. No puedes ser presidente de Estados Unidos si no tienes fe. Recuerda a Lincoln, poniéndose de rodillas durante las penalidades de la guerra de Secesión y todo eso. No, no puedes serlo. Y es una bendición. Así que no lo sientes. No llores por mí, Argentina». *Newsweek* empezó a llamarlo «el Misterio Oriental».

El idiolecto de Bush llegó a otro nivel en boca de su hijo, quien a veces parecía hablar sin saber siquiera lo que le salía de entre los labios. «Nuestras importaciones vienen cada vez más de otros países», observó en una ocasión. Al respecto de la educación, se preguntaba: *Is our children learning?*[\[22\]](#) La víspera de las elecciones declaró: *They misunderestimated me.*[\[23\]](#)

George W., de hecho, se reía de esa manía suya de decir cosas sin sentido. «Ahora la mayor parte de la gente dice, hablando de economía, que el pastel tiene que ser más grande —confesó en la cena de la Asociación de Corresponsales de Radio y Televisión, celebrada en Washington poco después de que él ocupase el cargo—. Sin embargo, a mí me grabaron diciendo que lo que tenemos que hacer es un pastel más alto. Sin duda, estaba tratando de hablar de economía compleja.» Lo cierto es que, en sus primeros tiempos, era difícil que Bush hijo no cayese bien.

Bush hijo había sido un buen gobernador. No cedió a la corrupción y, para los estándares de Texas, fue bastante centrista. Propuso incluso subir los impuestos a las empresas, dadas las crecientes necesidades sociales del estado. Aquello era una herejía dentro del Partido Republicano y, obviamente, cayó en saco roto, pero al menos demostró reconocer las desigualdades que hacían de Texas un lugar muy difícil para los ciudadanos con menos recursos. Quizá debió haber esperado otra legislatura antes de presentarse a presidente, a fin de obtener más experiencia, pero, como les dijo a sus amigos, se sentía como un corcho que flotaba en el río, así que simplemente se dejaría llevar

por la corriente. Al parecer, lo espoleaba en parte una profunda animadversión hacia quien se convertiría en candidato demócrata, Al Gore. «El tipo de chico al que siempre querías pegar en el instituto —me dijo Bush en una reunión navideña en 1998, justo antes de despedirse para ir a la iglesia—. Rezaré por ti —me dijo, mientras me cogía jovialmente por el cuello—. Y rezaré por mí mismo también.»

Las cosas estuvieron a punto de terminar de manera bastante deshonrosa para Bush en noviembre de 1999, cuando se encontraba en plena campaña presidencial. El gobernador había salido a correr alrededor del lago Lady Bird, seguido de su guardaespaldas, Roscoe Hughey, agente de la policía estatal, que montaba tras él en bicicleta. Pasó junto a ellos un camión que transportaba un contenedor lleno de escombros y, de repente, perdió el control. Bush vio el camión justo cuando empezaba a volcar e instintivamente se refugió en el conducto de alcantarillado en la parte inferior de un puente. Sufrió algunas magulladuras y arañazos, pero el guardaespaldas salió peor parado, pues le cayeron encima los escombros del camión.

Más adelante me interesé por ese incidente y le pregunté a Bush en broma si había hecho algo que enfadase a los trabajadores del camión. Bush rio, pero lo cierto es que se salvó por los pelos. «Roscoe tenía los ojos idos —me contó—. Le pregunté: “Roscoe, ¿cómo me llamo? ¿Cómo me llamo?”. Por suerte, acertó a la primera.»

En las primarias el año 2000, George W. perdió contra John McCain en New Hampshire por 17 puntos, lo que casi dio al traste con su campaña. Doce años antes, en las mismas primarias republicanas, George padre se había metido en el bolsillo la Costa Este al completo. «Eso es porque mi padre no es texano», justificó el gobernador. Justo después de New Hampshire charló con su estratega jefe, Karl Rove, sobre cómo recuperarse de aquel golpe. Cuando Rove se marchó, Laura le dijo a su esposo que tenía que tener dos cosas

claras: «Una, los texanos no ganan en la Costa Este»; la otra estaba relacionada con McCain: «Dejas que te trate con superioridad». A Bush le sorprendió su agudeza. «¡Esto me lo estaba diciendo una bibliotecaria de Midland!»

El día de las elecciones, quedé con unos amigos de Dallas para ver los resultados. Mientras tomábamos el cóctel, se anunció que Al Gore había ganado Florida, así que nos fuimos a cenar, convencidos de que todo había terminado. Cuando llegué a la habitación del hotel, Florida había pasado a manos de Bush. Me desperté a las cinco de la mañana y puse la televisión. Gore había ganado tanto el voto popular como el de los compromisarios electorales, con Florida y Oregón aún por recontar. Solo habían pasado dos horas desde que las televisiones habían otorgado Florida definitivamente a Bush. Gore lo había llamado para admitir su derrota, pero veinte minutos después volvió a llamar para retirar esta concesión.

La mañana siguiente se inauguró con 246 votos de compromisarios para Bush y 259 para Gore. Los 25 votos de compromisarios de Florida decidirían las elecciones. Bush tenía 1.784 votos populares más en el estado, de los 5,8 millones que se habían recogido en las urnas. Rich Oppel, editor del *Austin American-Statesman*, me contó más adelante que había mandado detener las rotativas en dos ocasiones a lo largo de la noche, para finalmente optar por el siguiente titular: «La historia en suspenso».

La víspera de la jornada electoral, ejercí de maestro de ceremonias en la gala de la Feria del Libro de Texas, y se celebró una recepción en la mansión del gobernador. Laura nos recibió en la puerta. Parecía aliviada de poder charlar sobre nuestros hijos y nada más. Estaba allí Condoleezza Rice, futura asesora en materia de seguridad nacional y secretaria de Estado, y aproveché la oportunidad para preguntarle si en su opinión el empate electoral podía suponer un problema de seguridad. «En este momento no —me respondió—.

Ahora mismo, creo que la mayoría de los países del planeta lo están pasando en grande con esta historia.» Dick Cheney, que valoraba entonces posibles candidatos a la vicepresidencia (aparte de él mismo), se había quedado a solas en el recibidor, sujetando una copa con gesto perplejo. Rick Perry, recién nombrado vicegobernador, estaba de pie junto a la chimenea, preguntándose sin duda qué cargo tendrían reservado para él.

El gobernador llegó por fin, agitado y exhausto. Llevaba una tirita en la sien derecha, pues le habían abierto un forúnculo aquella misma tarde. Se le notaba nervioso, una faceta desconocida en él para mí. Le pregunté cómo iba a gobernar con un mandato tan dividido, si finalmente resultaba ganador. Respondió que tendría que tener unos cuantos demócratas en su gabinete (aunque, finalmente, solo hubo uno, Norman Mineta, secretario de Transportes). Con respecto al recuento de Florida, que estaba llevándose a cabo en esos momentos, dijo: «Esos cabrones están intentando robar las elecciones. Si lo intentan, habrá otros estados en los que podríamos impugnar el recuento. —Y añadió—: Podríamos hacer estallar todo el proceso electoral si quisiéramos. Pero no vamos a permitir que eso ocurra en este país». Al respecto de una posible reconciliación con Al Gore: «No quiero hablar con ese tío. No es en absoluto un caballero. Retiró su palabra. Me llamó a las tantas de la noche reconociendo que había perdido y me volvió a llamar a los diez o veinte minutos para retractarse», contó con la mirada clavada en el suelo y los ojos como platos de la incredulidad.

Al día siguiente, yo formaba parte de una mesa redonda en el festival y, después, cuando me dirigía a una de las carpas para firmar libros, situada a las puertas del Capitolio, me topé con varios cientos de partidarios de Gore que se encaraban con otros tantos afines a Bush. Los separaban apenas unos metros y dos líneas de agentes de la policía del estado. Ambos grupos portaban pancartas y gritaban eslóganes. Todo parecía muy ritualizado. «¡Bush ha

ganado! ¡El pueblo ha hablado!», cantaba un bando, y el otro respondía: «¡Queremos un recuento! ¡Queremos un recuento!». Aquella manifestación me hizo pensar en el *kabuki*, el teatro tradicional japonés; era todo impostado y la seguridad estaba más que garantizada. Me pareció, no obstante, una gran representación de la profunda división del país y también de su moderación democrática. De algún modo, aquello me hizo sentir tremendamente patriótico. «¿No es estupendo esto?», comenté a uno de los agentes. «Es maravilloso», contestó el policía sonriendo.

Gore exigió un recuento en los distritos electorales en que había obtenido buenos resultados. El recuento automático de las papeletas depositadas a través de sistemas mecánicos redujo los votos para Bush a 327, a falta de los votos por correo y una serie de papeletas difíciles de descifrar. Durante 36 días, el país estuvo hipnotizado por el intenso debate en torno a las papeletas de Florida, de formato llamado «mariposa», en las que las máquinas perforadoras habían funcionado mal, dejando a veces la opción elegida sin perforar del todo. Casi el 3 por ciento de las papeletas depositadas en Florida —174.000 en total— presentaba algún tipo de problema. En un momento dado, la ventaja de Bush cayó a los 286 votos. Cheney sufrió un ataque cardíaco.

En virtud de la Constitución, el asunto debía resolverse antes del 12 de diciembre, día de la reunión de los compromisarios, o la elección quedaría en manos de la Cámara de Representantes. El 11 de diciembre, el Tribunal Supremo se reunió para escuchar los argumentos de ambas partes y, sobre las diez de la noche, tras una votación que terminó en un resultado de cinco a cuatro, decidió poner fin al recuento. Bush sería el cuadragésimo tercer presidente de Estados Unidos.

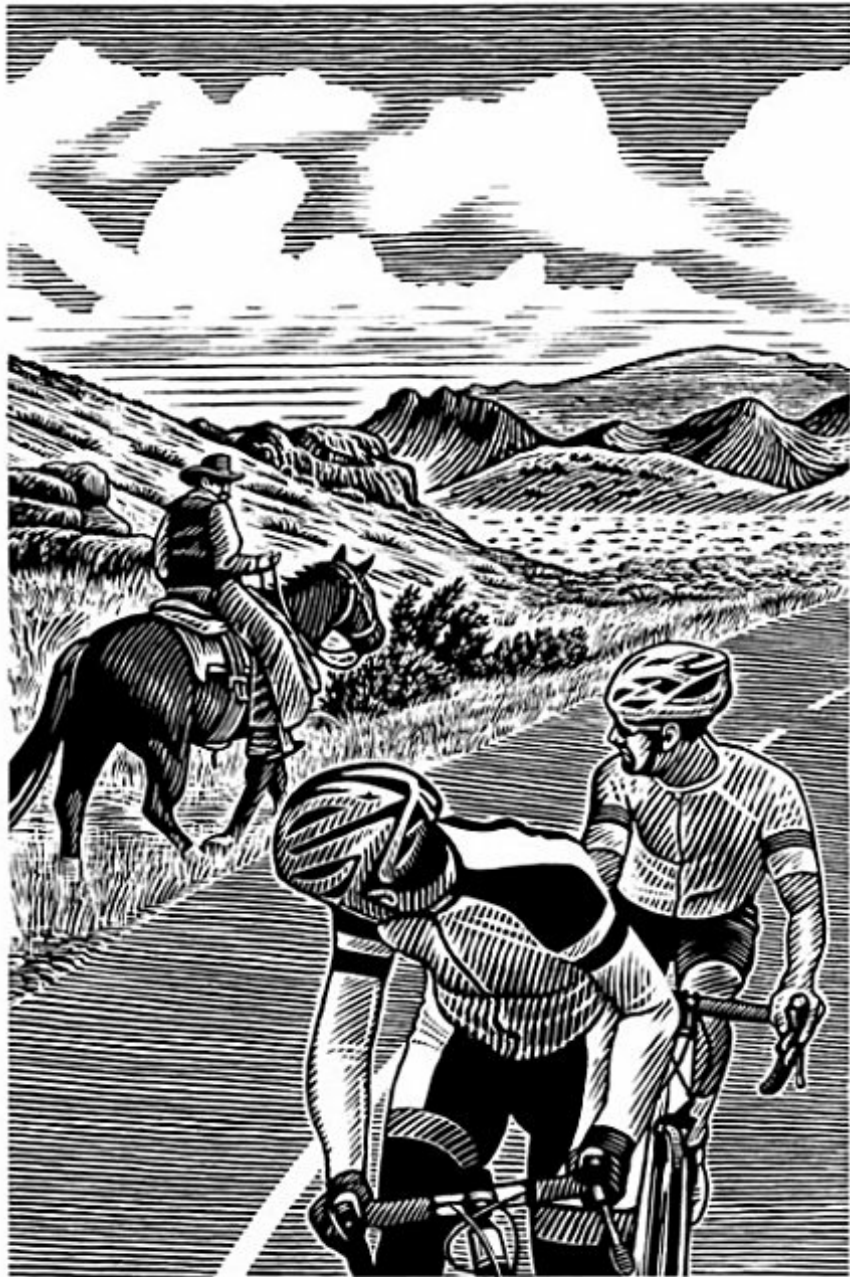
Muchos demócratas siguen creyendo que el Tribunal Supremo dio un vuelco al mandato ciudadano y argumentan que Gore ganó el voto popular a nivel

nacional y que se habría hecho con los compromisarios de Florida si se hubiera repetido el recuento en su totalidad. Más tarde, algunos periódicos se propusieron realizar por su cuenta el recuento íntegro de los votos. Paradójicamente, con las condiciones que Gore había pedido, Bush habría ganado por un margen aún mayor, y si el recuento se hubiera realizado según las directrices demandadas por el equipo de Bush, habría ganado Gore. Si se hubieran contado todos los votos de Florida, Gore habría ganado en caso de haberse aceptado los votos en que la opción votada hubiese quedado abombada, pero no perforada limpiamente, y también todos aquellos en los que el trocito de papel no se hubiera desprendido del todo. Bush habría ganado si se hubieran contado solo los votos limpiamente perforados y aquellos en que el trocito de papel se hubiera desprendido en al menos dos esquinas. La vaguedad del asunto era para enloquecer a cualquiera. Unos amigos de Massachusetts vinieron a visitarnos y no se explicaban cómo seguíamos dirigiendo la palabra a la familia Bush después de lo que habían hecho. «Deberíais escupirle a Bush a los zapatos y gritarle: “¡Señor! ¿Cómo se atreve?”», me dijo el marido con la cara enrojecida. Reconocí que, de hecho, era una familia que nos caían bien. «Pero ¡seguro que la madre no!», exclamó.

El ambiente que se vivió en la fiesta navideña anual en la mansión fue muy distinto al de la fiesta del mes anterior, la que se había celebrado con ocasión de la Feria del Libro. Intercambié unas palabras con Bush, quien ese mismo día se había reunido con el presidente Clinton y el vicepresidente Al Gore. Me contó que le había dicho a Clinton que Gore se había equivocado al no permitir que el presidente participase más en la campaña. «Sí, todavía no entendemos muy bien a Al», fue la respuesta de Clinton. Bush pensó que no había demasiado afecto o lealtad entre ambos hombres. A Clinton «no parecía importarle que yo fuera el nuevo presidente». Con respecto a Gore, admitió

que la entrevista fue breve: «Sí, unos dieciséis minutos. ¿Qué quieres que te diga? Ese tipo no es un gran conversador».

Bush se mostró alegre y relajado, feliz como un niño. Cuando llegó Grant Thomas, amigo mutuo que había coincidido con Bush en Harvard, este lo agarró del pescuezo y le gritó: «¡Grant! ¿Te lo puedes creer? ¡Soy el presidente de todos los putos Estados Unidos!».



Enciendan la radio

Conducir por Texas es vivir en dos estados diferentes al mismo tiempo; el Texas de la onda media y el Texas de la frecuencia modulada. El Texas de la FM es la voz sedosa y urbanita, y en ella reina la NPR.[\[24\]](#) Es progresista, azul demócrata, razonable, laica y petulante, casi tanto como California. La AM se dirige a los barrios periféricos y a las áreas rurales: Trumplandia. Una ristra de bravatas entreverada de anuncios interminables. Los principales ingredientes de la receta son la conspiranoia y la fe.

Alex Jones es la principal aportación de Texas a este indignado debate en las ondas. Además de su programa de radio, *The Alex Jones Show*, dirige un influyente sitio web, *InfoWars.com*, uno de los progenitores del fenómeno de las *fake news*. *Rolling Stone* dio a Jones el título de «hombre más paranoico de Estados Unidos». En su hiperbólica imaginación, el Gobierno del país es responsable de casi cualquier desastre imaginable, entre ellos el 11-S («un trabajo de los nuestros»), el atentado de Oklahoma City («una operación encubierta») y la masacre de Sandy Hook («un espectacular montaje»). De Hillary Clinton, Jones afirma que es «una de las más poderosas criminales de la historia» y que «ha asesinado y descuartizado a niños con sus propias manos».

Conocí a Jones en 2009, cuando el cineasta Richard Linklater me invitó al

pase de prensa de *American Prince*, un documental dirigido por Tommy Pallotta. A Linklater siempre le han atraído las formas alternativas de pensamiento, como a los antropólogos que estudian los ritos de los nativos de las llanuras. El caso es que, hacía tiempo, había dado a Alex Jones el papel de un profeta iluminado que predica en las esquinas con un cuerno en *Una mirada en la oscuridad*, una visión rotoscopiada de la novela distópica homónima de Philip K. Dick. Jones había interpretado ya un papel similar en una película anterior de Linklater, *Despertando a la vida*. En aquel entonces yo tenía apenas una vaga idea de quién era él. Se había criado en un barrio del extrarradio de Dallas para luego pasar a instalarse en Austin. Lo dejó marcado para siempre el asedio del Gobierno a los davidianos de Waco, en 1993. Después de aquello se convirtió en uno de los apóstoles del movimiento libertario antigubernamental radical.

Rick nos presentó desenfadadamente y luego dio un paso atrás y se cruzó de brazos, con una expresión de puro placer en el rostro. Jones es un tipo grandote, de voz carrasposa y ojos saltones. Conocía mi libro sobre Al Qaeda, *La torre elevada*, aunque no me dio la impresión de que lo hubiera leído, y tampoco de que conociera demasiado en profundidad el tema. Aventuró que el ejército estadounidense estaba enviando «escuadrones de la muerte» a los países de Oriente Próximo «para acabar con los cabecillas» de Al Qaeda. Le respondí que una fuente fidedigna, Yamal Jalifa, cuñado de Bin Laden, había sido asesinada en Madagascar, al parecer por las fuerzas especiales. Supongo que en aquel momento estuvimos en sintonía. Lo encontré agradable, curioso y, en cierto modo, jovial.

Aun así, las estrambóticas afirmaciones de Jones sobre el 11-S ya se estaban abriendo paso entonces en la cultura popular. Él afirma haber fundado el movimiento 9-11 Truth, que en su versión más radical defiende la siguiente hipótesis de que el Gobierno de Estados Unidos, en comandita con Israel,

habría descubierto que Al Qaeda iba a cometer un atentado contra el país, si bien el grupo terrorista no podía llevar a cabo un plan tan ambicioso por sus propios medios. Para garantizar el éxito del atentado, unos operativos estadounidenses colocaron explosivos en las torres, que detonaron después del choque de los aviones. Es decir, se produjo una demolición controlada de los rascacielos. Además, el Pentágono no recibió el impacto del vuelo 77 de American Airlines, sino que fue alcanzado por un proyectil estadounidense. Con respecto a las heroicas acciones de los pasajeros en el último de los aviones secuestrados, el vuelo 93 de United, que frustraron el ataque contra la Casa Blanca, los conspiranoicos defienden que el avión fue derribado por un caza estadounidense o que aterrizó sano y salvo en un lugar secreto. Todo para tener una excusa con la que invadir Irak y robar el petróleo.

Hay algo hipnótico en la habilidad de Jones para despotricar. Me recuerda a telepredicadores como Jimmy Swaggart, a quien entrevisté en una ocasión. Al igual que aquel, Jones vive en el mundo de las revelaciones y está convencido de la veracidad de cualquier cosa que salga de su propia boca. También se lo puede considerar un «artista performativo», como afirmó hace poco su abogado durante la disputa contra su exmujer por la custodia de sus hijos. Esto último daría a entender que no cree realmente lo que dice, sino que solamente busca crear un efecto determinado. Linklater me dijo, más o menos una semana después del 11-S, que había ido al preestreno de su película *Waking Life* y, mientras se dirigían al cine dando un paseo, Jones le reconoció que el Gobierno no tenía nada que ver con el 11-S. «Pero van a servirse de ello para hacer todo tipo de cosas terribles», añadió. «Sobre eso tenía razón, aunque ese tipo de observación no da dinero», razonó Linklater.

Jones afirma contar con un largo currículum texano, y asegura que su tataratataratataratatarabuelo estuvo en Gonzales, el pueblo del famoso cañón que inspiró la bandera del «Come and Take It». Jones pronunció un

discurso frente a El Álamo en 2013, con la famosa bandera flameando a su espalda y un arma semiautomática colgada del hombro. Según Jones, el principal mensaje que su ancestro quiso transmitir al ejército mexicano fue «No vamos a entregar las armas, no vamos a salir corriendo y no vamos a rendirnos. Si las queréis, venid a por ellas».

Tras el discurso, él y unos cuantos cámaras se acercaron a un pequeño grupo de gente que estaba manifestándose a favor del control de armas. Hay un vídeo en el que aparece una señora mayor enfrentándose a Jones y conminándole a marcharse. Dice que no pretende quitarle las armas. «¡Santa Anna sí lo pretendía!», afirma Jones mientras la mujer se marcha. Entonces, el marido de la señora, un hombre calvo y entrado en años vestido con chaleco, se planta frente a Jones: «En este país nadie quiere apropiarse de las armas de nadie», dice.

—Señor, lo único que puedo decir es que usted se está metiendo en mi espacio personal —responde Jones. Y es cierto, en el vídeo aparecen muy cerca el uno del otro.

—¿Por qué no da usted un paso atrás? —pregunta el hombre.

—No, no voy a hacer eso —dice Jones, acercándose aún más a él. Estaban casi pecho con pecho—. Escuche, no quiero darle una paliza a un viejo, así que no me toque.

—Mi marido te puede noquear en un abrir y cerrar de ojos, querido —advierte la señora a Jones.

Jones, inteligentemente, da un paso atrás.

El marido sigue encarándose con Jones, y la esposa, exasperada, le dice: «Cariño, les estás dando lo que ellos quieren».

Es evidente que entre la pareja se remueve algo más profundo. El señor tiene agarrada a su mujer por la muñeca, pero parece no ser capaz de separarse de Jones.

—¿Sabe usted que los fusiles de asalto se usan solo en el 2 por ciento de los delitos? —pregunta Jones.

—Lo que sé es que a mi hija la mataron con un fusil de asalto en Aurora.

Jones da un paso atrás y le dice:

—Yo no soy responsable de lo que le ocurrió a su hija.

En 2012, doce personas fueron asesinadas y setenta heridas durante la proyección de una película de la saga *Batman* en un cine de Aurora, una ciudad dormitorio del extrarradio de Denver. Jones afirmó entonces que se había tratado de «una operación encubierta de control mental» y que la película en sí era «un arma propagandística» con mensajes subliminales diseñados para que la gente tuviera miedo al terrorismo, para que «Bloomberg, Chuckie Schumer, Nancy Pelosi, y el resto de los sospechosos habituales» pudieran seguir adelante con sus planes para controlar las armas. Exabruptos similares de Jones sobre otras trágicas matanzas —según él, siempre orquestadas por el Gobierno— le han valido amenazas de muerte, por ejemplo, por parte de los padres y madres de los niños asesinados en la escuela infantil de Sandy Hook, en New Jersey. En diciembre de 2016, otro acólito de Jones entró en un Comet Ping Pong, una pizzería de ambiente informal, y disparó un arma semiautomática. Anunció acto seguido que quería investigar si era cierto que, como había dicho Jones, aquel restaurante era el cuartel general de una red de pornografía infantil encabezada por John Podesta, director de campaña de Hillary Clinton. Jones, en última instancia, pidió perdón por el incidente, al parecer debido a presiones legales, pero rara vez acepta responsabilidad alguna por el daño hecho a la vida y la reputación de las personas a las que calumnia.

En el verano de 2015, el ejército estadounidense anunció la próxima realización de unas maniobras de ocho semanas de duración con el nombre de Jade Helm, que tendrían lugar a lo largo y ancho de siete estados y en las que

participaría un enorme efectivo. Jones dejó caer la «noticia» de que, en realidad, el Gobierno federal estaba planeando ocupar Texas e imponer la ley marcial. Los Wal-Mart serían convertidos en campos de concentración y los camiones de helado Blue Bell harían las veces de morgues móviles. «Esto es una invasión —afirmó—. Se avecina un colapso financiero e incluso es posible que Obama no deje el cargo.» En lugar de cambiar de emisora sin más, el gobernador Greg Abbott se apresuró a poner a la Guardia Estatal de Texas en alerta sobre las maniobras. (Sí, en Texas tenemos nuestra propia milicia estatal. Por si acaso.)

Las fantasías de Jones llegaron a oídos incluso de Donald Trump, cuando empezó a decir que Hillary Clinton tenía que estar en la cárcel. Esta afirmación se convirtió en un mantra durante la campaña presidencial del actual presidente, como también la revelación de que el Estado Islámico fue fundado por el presidente Obama y Hillary Clinton, y que esta vivía solo gracias al consumo de medicamentos. «Es surrealista hablar de ciertos asuntos en la radio para luego oír cómo Trump repite nuestras palabras literalmente, dos días después», se maravillaba Jones. En otra ocasión dijo: «Estamos como sincronizados. Pero no, no hay cables que conecten nuestras mentes». Trump en persona dijo a Jones en su propio programa: «Tienes una reputación impresionante. No te dejaré de lado. Te vas a quedar muy muy impresionado, espero. Y creo que hablaremos bastante».

La radio AM remató la toma de la política texana en 2014, cuando Dan Patrick, locutor de un programa de radio matutino de Houston, fue elegido vicegobernador. A Patrick se le daba muy bien el autobombo descarado. Retransmitió, por ejemplo, su vasectomía en directo. Mi amiga Mimi Swartz, una periodista de Houston, escribió en *Texas Monthly* sobre un encuentro que

tuvo con él en 2003, en una mesa redonda en la que se entrevistó a varios candidatos a la alcaldía de Houston. Patrick era uno de los periodistas presentes. «No podía ser más solícito y educado —escribió sobre él—. En cuanto comenzó el programa, se volvió hacia mí y, como quien no quiere la cosa, me pidió que le dejara ver mis preguntas. Supuestamente para que no nos pisáramos. Y, sin comerlo ni beberlo, las hizo él todas. A mí me quedaron las migajas. Me quedé alucinada, exprimiéndome los sesos en busca de nuevas preguntas relevantes, a la vez que intentaba calibrar qué tipo de compañero de oficio tenía sentado al lado.»

Dan Patrick obtuvo un escaño en el Senado de Texas en 2006, como independiente. «Era como si se hubiera presentado Rush Limbaugh», opinó en una ocasión Bill Miller, un destacado lobista de Austin. Patrick había superado a tres conocidos candidatos en las primarias republicanas y ganó las elecciones generales con un 70 por ciento de los votos.

Talentoso e implacable, Patrick llevó consigo al Senado la esperada plataforma de la AM para el absolutismo antiabortista, la aversión al matrimonio entre personas del mismo sexo o la hostilidad contra los inmigrantes. «En su primera legislatura, el resto de senadores lo trataba como a un paria —contaba Miller—. Todo el mundo lo tenía por el típico chalado.» Sin embargo, se ganó el respeto de los demás gracias a los servicios prestados en la comisión sobre educación, la cual terminó presidiendo. «Se le reconocía cierto arte en la forma de hacer las cosas», continúa Miller. En 2014, derrotó en las primarias al vicegobernador de turno, David Dewhurst, y llegó al cargo encumbrado en otro maremoto republicano. Evan Smith, cofundador de *The Texas Tribune*, diario digital sobre política texana, dijo de Patrick: «Es la persona más conservadora jamás elegida para un cargo estatal en la historia de Texas».

El Texas de la FM y el de la AM rara vez cruzan palabras. Sin embargo, en

septiembre de 2015, después de que un agente de policía de Houston fuese tiroteado por un hombre con problemas psiquiátricos, Patrick apareció en un programa de la NPR en Houston. Previamente, había instado a los texanos a respetar en todo momento a los agentes del orden y a invitarlos cuando se los encontraran en cafés y restaurantes. David Brown, el sofisticado presentador del programa *Texas Standard*, señaló cordialmente que las redes habían protestado contra esa recomendación de Patrick. Los vídeos de violencia policial y el tiroteo de ciudadanos desarmados habían generado una gran preocupación a nivel nacional al respecto de los agentes y su conducta. «Incluso personas que no suelen pronunciarse han dicho cosas del tipo “el respeto hay que ganárselo” —afirmó Brown—. Hay mucho escepticismo. ¿Qué diría para convencer a la gente?»

«¿Sabe qué? Esta entrevista tiene que terminar —replicó abruptamente Patrick—. Cuando me pidieron hacer una entrevista en la NPR, me pregunté si era buena idea venir, porque ustedes no están precisamente en el bando de las fuerzas de seguridad. Lo acaban de demostrar con esta entrevista.»

Patrick ha declinado en varias ocasiones hablar con quien escribe estas líneas.

Su principal logro ha sido la aprobación de leyes que permiten a quienes cuentan con licencia de armas llevarlas a la vista o portar armas en campus universitarios, si van ocultas. Patrick afirmó al periodista Chuck Todd, en el programa *Meet the Press* de la NBC, que el miedo a las armas en lugares públicos crearía una alarma innecesaria, pues no era más que «propaganda de quienes tienen miedo a las armas o simplemente no les gustan».

La afirmación del vicegobernador me hizo recordar un incidente en el que me vi envuelto el 11 de mayo de 2013. Steve Harrigan y yo habíamos ido a Dallas para asistir a un evento literario, junto con nuestras esposas y la hija de Steve, Charlotte. Decidimos visitar la biblioteca George W. Bush, en el

campus de la Universidad Metodista del Sur. No había pasado un mes desde el atentado contra la maratón de Boston y justo al día siguiente se produciría el tiroteo durante el desfile por el día de la Madre en Nueva Orleans. Estábamos haciendo cola para las exposiciones en el vasto atrio de mármol conocido como Freedom Hall, que estaba lleno de gente, cuando de repente se oyó un grito: «¡Tiene una pistola!».

Todo el mundo hizo justo lo que no hay que hacer, tirarse al suelo. Un señor mayor que había a mi lado se cayó; vi su cabeza rebotar contra el suelo de mármol. Estábamos atrapados en el interior de una gran una caja de paredes de piedra, totalmente expuestos. La puerta de la biblioteca estaba cerrada. De la nada aparecieron dos agentes de policía del campus con armas automáticas. Un vigilante de seguridad apareció detrás de la taquilla con el arma desenfundada. La gente gimoteaba sin disimulo. Roberta estaba acurrucada entre dos mujeres, evangélicas al parecer, que se habían puesto a rezar como locas. «Ya sabía que esto iba a pasar», oí decir a la hija de Steve, dando voz a la falta de sorpresa que sentimos al vernos envueltos en otro suceso de este tipo, de los que tanto habíamos leído o visto en televisión.

Al final, el incidente de Dallas quedó en nada. Un niño negro estaba jugando en la puerta de entrada con una pistola de juguete que sus padres le habían comprado en el museo de los Rangers de Texas. Como todas las pistolas de juguete que se fabrican en la actualidad, tenía la boca del cañón pintada de naranja para que fuese claramente distinguible de un arma real. El niño, al parecer, quería entrar al baño, así que le dio la pistola a su padre, que estaba fumando un cigarro en un banco del parque, frente al edificio. De repente, había un hombre negro con una pistola. Los policías lo redujeron y lo esposaron, y a continuación lo interrogaron durante dos horas. El pánico que vivimos todos ese día fue injustificado, pero puso de manifiesto un hecho: llevar armas a la vista pone nervioso a todo el mundo. Incluso en Texas.

Especialmente, quizá, en un campus universitario.

La era de las matanzas indiscriminadas en espacios públicos comenzó, no en vano, en una universidad texana. El 1 de agosto de 1966, Charles Whitman, estudiante de ingeniería de veinticinco años de edad, Águila de los Boy Scouts y exmarine, asesinó a su madre y a su esposa, y luego se parapetó en la torre que se levanta en el corazón del campus de la Universidad de Texas en Austin. Llevaba consigo un macuto lleno de armas. Desde allí arriba dominaba toda la ciudad, pues no había aún edificios muy altos. Veía incluso el estrecho lago que divide Austin en sus mitades norte y sur. Hacia el oeste se divisa la falla Balcones, donde comienza el Hill Country, y hacia el este, la llanura litoral. Cuando Whitman apretó el gatillo, Estados Unidos cambió para siempre. El reloj gigante que tenía sobre su cabeza marcaba las 11.48.

Durante los siguiente noventa y seis minutos, Whitman abrió fuego sobre el campus y las tiendas adyacentes de Guadalupe Street. La primera persona a la que disparó fue Claire Wilson James, que había sido compañera de clase mía en el instituto de secundaria Woodrow Wilson, en Dallas. Claire estaba haciendo un curso de verano. Estaba embarazada de ocho meses. Whitman, al parecer, apuntó a la barriga, y el niño nonato fue el primero en morir. Claire quedó tendida en la acera ardiente, con el vientre abierto en canal. Se hizo la muerta. Su novio, Thomas Eckman, cayó junto a ella con el cuello atravesado por una bala. Whitman disparó a otras cuarenta y tres personas esa mañana, de las que mató a catorce (quince, en última instancia, pues en 2001 murió una de las víctimas por complicaciones en el riñón derivadas de la herida recibida entonces).

La plaza que se abre a los pies de la torre, donde Claire quedó tendida junto al cadáver de su novio, tenía el tamaño de medio campo de fútbol. No había donde esconderse. No se puede ni imaginar lo caliente que se pone el pavimento en pleno agosto. Allí tumbada, convencida de que su vida

terminaría en ese instante, vio, de repente, a una estudiante pelirroja llamada Rita Jones (quien más tarde pasaría a llamarse, en calidad de artista visual, Rita Starpattern) correr hacia ella. Claire le dijo que se marchara de allí o le pegarían un tiro, pero Rita se tumbó a su lado sobre el hormigón ardiente, haciéndose también la muerta, y se dedicó a preguntarle cosas para mantener a Claire despierta: de dónde era, de qué iba el curso de verano que estaba haciendo. Por fin, después de una hora, dos valientes chavales de diecisiete años se acercaron a la carrera y arrastraron a Claire a un lugar seguro, tras la estatua que inmortaliza a Jefferson Davis.

Pocos minutos después del ataque del francotirador, los alumnos y ciudadanos empezaron a contraatacar. Aparecieron fusiles de caza en las ventanas de las residencias universitarias y salieron las pistolas de los bolsos y las guanteras de los coches. Justicieros armados esperaban acuclillados tras las estatuas de diversos héroes de la Confederación o apuntaban tras el estrecho parapeto de un poste de teléfono. «En el aire se respiraba la locura, algo salvaje», recordaría más tarde uno de los estudiantes.

En esa época no existían los SWAT, aunque la improvisada respuesta de la policía dejó claro que un cuerpo de élite era muy necesario. La universidad tampoco contaba con un cuerpo policial, como ahora. Un agente de Austin llamado Houston McCoy, uno de los primeros en acudir al lugar de los hechos, tenía una escopeta recortada, inútil a larga distancia. Un estudiante le dijo que tenía un fusil en su apartamento, lo acompañó, se hizo con el arma y luego pasó por una tienda de armas para comprar munición. Desde la comisaría no le dieron apenas instrucciones. Ese tipo de incidente era algo inédito. Un innovador tirador de la policía trató de disparar a Whitman desde una avioneta privada. Mientras tanto, subieron a la torre tres agentes de policía y un civil que se había sumado por iniciativa propia a la operación, saltando por encima de los cadáveres que Whitman había ido dejando a su paso.

Las Texas de la AM y la de la FM extrajeron lecciones opuestas sobre aquel suceso. Claire James testificó ante el Capitolio estatal que el fuego de respuesta había dificultado el rescate e impedido a la policía actuar con eficacia. Los valientes agentes de Austin que subieron hasta el último piso de la torre tuvieron que esquivar fuego amigo cuando salieron a la azotea donde se encontraba el asesino, y se vieron varias veces envueltos en polvo y cascotes. Del otro lado, los defensores del derecho a portar armas argumentaron que, gracias a los disparos de los ciudadanos, el asesino tuvo que permanecer agachado y solo pudo disparar por los desagües para la lluvia, lo que redujo el número de víctimas. «Antes de que empezaran a dispararle, dominaba toda la plaza. Podía disparar por encima del murete y buscar objetivos —recuerda Ray Martínez, uno de los agentes que finalmente derribó a Whitman—. Pero, desde luego, me preocupaba recibir fuego amigo cuando estuviera ahí arriba.»

La ley no cambió después de aquella matanza. Siguió siendo ilegal en Texas sacar las armas del hogar o del vehículo propio. Hasta que, en 1991, George Hennard, un desempleado de treinta y cinco años, empotró su camioneta Ford de color azul en el escaparate de la cafetería Luby's, en Killeen. Dentro almorzaban unas ciento cincuenta personas. Al principio, la gente pensó que se había tratado de un extraño accidente. Uno de los clientes de la cafetería, un veterinario, se apresuró a asistir a Hennard, quien le respondió con un tiro y luego gritó: «¡Ha llegado la hora de la venganza, condado de Bell! ¡Espero que os guste!».

Suzanna Hupp, fisioterapeuta, estaba comiendo con sus padres. «Mi padre y yo nos tiramos al suelo y volcamos la mesa —testificaría más adelante ante el Congreso de Estados Unidos—. Me llevó unos larguísimos cuarenta y cinco segundos darme cuenta de que el tipo no quería robar, sino matar. Quería disparar a todas las personas que pudiera.» Suzanna trató de alcanzar su bolso,

en el que siempre llevaba una pistola, pero cayó en la cuenta de que la había dejado en el coche, temerosa de perder su licencia como fisioterapeuta en caso de ser sorprendida portando un arma oculta.

Su padre, armándose de valor, se abalanzó contra el tirador, pero este lo derribó. Hupp dijo a su madre que debían escapar. Salió corriendo hacia la parte de atrás y saltó por una ventana. Se dio la vuelta y se dio cuenta de que su madre no la había seguido. Buscó con la mirada y la vio tratando de confortar a su padre agonizante. Hennard le disparó en la cabeza. «¡Las mujeres de Killeen y de Belton son todas unas víboras!», gritó el asesino. Disparó a cincuenta personas, de las que murieron veintitrés, la mayoría mujeres. Después se suicidó.

«En realidad, no odio al tipo que hizo esto —aseguró Hupp a los legisladores en Washington—. Eso sería como odiar a un perro rabioso. Mi enojo es contra los legisladores que me han negado el derecho a protegerme y de proteger a mi familia.» En 1996, Hupp resultó elegida para la Cámara de Representantes de Texas y presentó un proyecto de ley que permitía portar armas ocultas. El entonces gobernador, George W. Bush, firmó la ley.

Sin embargo, aquello no les bastó a los grupos de presión proarmas. Estos querían que los texanos tuvieran el derecho a portar armas a la vista, lo cual es legal en otros cuarenta y cuatro estados. Planteado de esta manera, se hacía realmente extraño que las leyes sobre armas en Texas fueran más restrictivas que en la mayoría de los demás estados, aunque ¿queríamos realmente pistoleros en restaurantes y cines? Los defensores de las armas del estado pusieron a la gente al límite, paseándose por la Congress Avenue, frente al Capitolio estatal, portando sus armas largas, lo cual era legal, y entrando con ellas en tiendas de la cadena Target, por el obvio simbolismo.^[25] Las encuestas demostraban que dos tercios de los texanos se oponían a la medida —la gran mayoría de los jefes de policía del estado, entre ellos—, pero sus

quejas cayeron en saco roto. Desde el 1 de enero de 2016, la gente puede portar armas a la vista, aunque es raro ver por la calle a gente con un arma colgada del cinturón, y en los edificios públicos hay por doquier carteles en inglés y en español que prohíben las armas, ya se porten abierta o disimuladamente. Los legisladores más punitivos obligaron a que la fuente tipográfica de esos grandes carteles tuviese unos dos centímetros y medio de altura. Se tomaron mediciones que demostraron que, colocados uno encima del otro, los dos carteles llegan a la altura de un poni.

Las estadísticas sobre delitos y armas muchas veces resultan confusas. A nivel nacional, se emplean armas en el 60 por ciento de los homicidios y, aun así, los actos violentos con armas han ido decreciendo a lo largo de la última década. La tasa de asesinatos en Texas ha caído desde el 16,9 por cada cien mil habitantes en 1980 a 4,8 en 2015, un descenso más que sorprendente. En California, el estado más restrictivo del país en lo que se refiere a posesión de armas, la tasa de asesinatos es exactamente la misma que en Texas. Entre los estados con menor tasa de homicidios, figuran Dakota del Norte y Wyoming, que tienen leyes sobre armas muy permisivas. La menor tasa de homicidios, sin embargo, se da, con el 1,6 por cada cien mil habitantes, en Vermont, un estado en el que, invocando a la Constitución, se permite a cualquier persona mayor de dieciséis años portar un arma. (Se trata de uno de los trece estados en los que no es necesario un permiso para llevar un arma oculta.) Chicago tiene una de las leyes sobre armas más restrictivas del país y también una de las tasas de homicidios con arma de fuego más alta, pero no se compara con el distrito de Columbia, que encabeza la lista en lo referido tanto a leyes restrictivas como a homicidios con arma de fuego. Cuando el presidente Obama afirmaba que «en los estados con leyes restrictivas sobre armas suelen producirse menos muertes por armas de fuego» estaba incluyendo los suicidios, que dan cuenta de casi dos tercios de las muertes por arma de fuego

en toda la nación.

En cualquier caso, la tasa de asesinatos con arma de fuego en Estados Unidos es mucho más elevada que en ningún otro país occidental desarrollado, y viene creciendo desde 2015. Es seis veces mayor que en Canadá, y más de veinte veces mayor que en Australia. Valoro los esfuerzos de los grupos de presión antiarmas, pero dudo de que den para algo más que reformas modestas. La Asociación Nacional del Rifle ha cambiado Estados Unidos de forma definitiva. Hoy hay más de trescientos millones de armas en el país, el 42 por ciento del total de armas de fuego civiles en todo el mundo. Otros países con una alta tasa de posesión de armas de fuego (aunque no tan alta como Estados Unidos), como Suiza, Suecia o Francia, tienen tasas más bajas de muertes por armas de fuego, en gran medida debido a las estrictos requisitos de concesión de licencias y a un énfasis en la seguridad. La universalización del control de los antecedentes penales, que impiden que las armas caigan en manos de delincuentes violentos, de personas incluidas en listas de terroristas y de enfermos mentales, es uno de los pasos más importantes que deberíamos dar para limitar el daño que las armas causan a nuestra sociedad.

En noviembre de 2017, veintiséis personas fueron asesinadas a tiros en la Primera Iglesia Bautista en Sutherland Springs, Texas. Otras veinte resultaron heridas. Ocho de los muertos eran menores. Ha sido (al momento de escribir estas líneas) el asesinato con arma de fuego más mortífero de la historia de Texas. Hoy en día, parece que los asesinos no buscan otra cosa que batir récords. En este caso, el homicida había escapado ya en una ocasión de un hospital psiquiátrico. Lo había juzgado un tribunal militar por acoso sexual en la Fuerza Aérea, pero su nombre no fue incluido en la base de datos del FBI, lo que le habría imposibilitado adquirir un arma. Fue señalado una y otra vez por acoso y amenazas de muerte. Es difícil imaginar un ejemplo más flagrante

del fracaso de nuestras leyes nacionales para evitar que alguien peligroso destruya la vida de tantas personas inocentes por tener acceso a armas de fuego. Hoy en día, en cualquier caso, vivimos inmersos en la lógica construida por la NRA: en un mundo donde tanta gente mala tiene armas, la gente buena debe armarse. Cuando el asesino salió de la iglesia, dejando tras de sí un reguero de sangre, un vecino, Stephen Willeford, exinstructor de armas de fuego de la NRA, salió corriendo de su casa. Ni siquiera se calzó. Llevaba un arma de asalto similar a la del asesino. Le disparó dos veces; tras una persecución a gran velocidad, el criminal se suicidó.

Al presidente Trump, que se encontraba en Corea del Sur en ese momento, se le preguntó si la «exhaustiva investigación» que exigía a los solicitantes de visado debía aplicarse también a los compradores de armas. Respondió que una investigación más exhaustiva no habría cambiado «en modo alguno» la matanza de Sutherland Springs, salvo por una cosa: una ley más estricta podría haber impedido que Willeford contase con medios para reducir al asesino. «En lugar de veintiséis muertos, habría cientos», aseguró el presidente. Poco después de los asesinatos, el fiscal general de Texas, Ken Paxton, declaró en Fox News que la mejor solución para evitar futuros crímenes en los templos era armar a los feligreses.

Aunque se ha demostrado que una legislación sobre armas más estricta haría de Texas un estado más seguro, los políticos del estado están tan encaprichados con sus pistolas y fusiles que no hay visos de que vaya a ocurrir algo así próximamente. Hay un amor rijoso y adolescente por el arma de fuego que no casa con las nobles proclamas sobre la defensa propia y la Segunda Enmienda. En 2010, el gobernador Rick Perry se jactaba de haber matado a un coyote que estaba amenazando al labrador de su hija. Perry había salido a correr, cómo no, con la «pipa» encima, una Ruger 380. Despachó al coyote de un tiro. El fabricante no tardó en sacar al mercado una Edición Especial

Coyote, que viene en una caja que reza: «A la venta solo para texanos».

Lo de salir a correr con pistola puede resultar desagradable y un poco raro, pero en esta categoría Perry no está ni la mitad de loco que Ted Cruz. En mitad de su campaña presidencial, Cruz publicó un vídeo en YouTube bastante bobo, titulado *Cómo hacer beicon con una ametralladora, con Ted Cruz*. «Pocas cosas hay que me guste más hacer el fin de semana que preparar el desayuno junto a mi familia —dice Cruz a cámara en una galería de tiro—. Por supuesto, en Texas, nos gusta hacer el beicon a nuestra manera.» Entonces, enrolla las tiras de beicon en el cañón de un fusil semiautomático AR-15 (que no es realmente una ametralladora) y las envuelve con un trozo de papel de aluminio. Y luego se pone a disparar. Uno de los planos muestra la grasa goteando sobre el suelo, entre los casquillos. «¡Mmm! ¡Beicon hecho en la ametralladora!», dice el senador, mientras cata el resultado. El objeto del vídeo era —eso dicen— mostrar la faceta más humana y alegre del candidato.

Hay más de un millón de texanos y texanas con licencia para llevar armas. Lidera la tabla Florida con 1,7 millones de licencias. «Me da VERGÜENZA —tuiteó el gobernador Greg Abbott en 2015—. Texas es la 2.^a nación en compra de armas, por detrás de CALIFORNIA. Texanos, ¡vamos a ponernos las pilas! @NRA.»

El 13 de junio de 2015, un pistolero asaltó una comisaría en Dallas, en una furgoneta blindada que había comprado por eBay. El anuncio decía «Vehículo de asalto para apocalipsis zombi» y venía equipado con lunas a prueba de balas y troneras desde las que disparar. Al final, los agentes lograron detener el vehículo y un tirador de la policía abatió al criminal con un fusil del calibre 50, que también puede comprarse por internet. El gobernador Greg Abbott quitó importancia al suceso, calificándolo de «incidente aislado perpetrado por una persona con graves desequilibrios mentales y, posiblemente, antecedentes penales», pasando por alto el hecho de que dichos desequilibrios

mentales no habían impedido al pistolero adquirir un arma de fuego de gran potencia. Ese mismo día, el gobernador Abbott visitó una galería de tiro en Pflugerville, a las afueras de Austin, y firmó la ley que exige a las universidades públicas permitir armas cortas en los campus y residencias, pese a la vehemente oposición del máximo responsable del sistema de universidades públicas de Texas, William McRaven, antiguo almirante de la Marina y oficial al mando del comando de operaciones especiales que acabó con Osama bin Laden. La ley entró en vigor el 1 de agosto de 2016, exactamente medio siglo después de la matanza perpetrada por Whitman.

Cuando los alumnos de la Universidad de Texas regresaron a clase con el nuevo curso, un grupo autodenominado Cocks Not Glocks repartió gratuitamente más de cuatro mil quinientos consoladores. Algunos de ellos eran gigantescos, posiblemente letales. Hubo un concurso de malabarismo con consoladores y camisetas con el lema «Take It and Come».[\[26\]](#) Aunque el reglamento universitario prohíbe exhibir públicamente imágenes obscenas, las autoridades del campus decidieron sabiamente dejar que rigiera la libertad de expresión. Los partidarios de la protesta se colgaban los juguetes sexuales en las mochilas o los plantaban bajo las encinas del campus, un verdadero bosque de setas tras un fuerte chaparrón.

Una de las consecuencias más paradójicas de la nueva legislación sobre armas es que quienes tienen permiso para portarlas pueden saltarse la cola de seguridad del Capitolio estatal. Solo tienen que mostrárselo a los guardas. En otras palabras, quienes con mayor probabilidad pueden portar armas no pasan el escáner. Muchas de las personas que acceden de este modo son, en efecto, legisladores o personal que suelen llevar armas encima estando en el edificio e incluso las llevan al escaño. Pero también hay muchos periodistas y

miembros de grupos de presión que se han hecho con licencias de armas solo para saltarse las colas.

Yo, por ejemplo.

En la primavera de 2016, me apunté a un curso impartido en Central Texas Gun Works, que me daría la posibilidad de obtener una licencia de armas. En clase éramos unas treinta personas, de las cuales seis eran mujeres. La mayor parte del tiempo la dedicamos a estudiar la legislación estatal sobre armas de fuego, más confusa y detallada de lo que había esperado. No se pueden portar armas en parques de atracciones, hospitales, encuentros deportivos, autobuses escolares, bares, colegios electorales, juzgados, cárceles o «a menos de trescientos metros de cualquier institución penitenciaria designada como lugar de ejecución durante el día de una ejecución, siempre que se publique un aviso al respecto». Las empresas privadas, como un supermercado, pueden prohibir las armas de fuego en sus instalaciones. Whole Foods, por ejemplo, las prohíbe, pero Kroger no.

La ley guarda algunas sorpresas. Una de ellas es que, si se tiene un arma corta en el coche y se está bebido, no importa que no se tenga licencia; sin embargo, si se tiene licencia, es posible imputar un delito menor de clase A, lo que puede implicar un año de cárcel y una multa de cuatro mil dólares. «Muchos alumnos míos deciden no sacarse la licencia precisamente por eso», nos explicó nuestro instructor, Michael Cargill, tras lo cual nos mostró algunos vídeos reales a modo de advertencia. En uno de ellos, grabado por una cámara de seguridad, un cliente entra a un comercio y se topa con un atraco. El tipo saca nervioso un arma que llevaba oculta, pero dispara al dependiente en lugar de al ladrón. Otro vídeo muestra a un hombre disparando con un fusil a unas latas que ha colocado sobre un tronco; en una de las ocasiones, el arma parece encasquillarse y al tipo no se le ocurre otra cosa que mirar por el cañón. Lo siguiente que vemos es su gorra volando por los aires. La gente hace muchas

estupideces con las armas, razón por la cual siempre he recelado la idea de poseer una.

Gran parte de la legislación que estudiamos en clase se refería a las consecuencias de disparar a otra persona, que es para lo que están pensadas las armas cortas, con coyotes o sin ellos. Es legal apretar el gatillo si alguien entra en tu casa, tu empresa o tu vehículo sin tu permiso, o para impedir la comisión de un delito grave. Como en muchos otros estados, la normativa texana incluye la disposición *stand your ground*, según la cual, todo individuo que se encuentre en un lugar en el que tenga derecho a estar, tiene también derecho a usar una fuerza letal si existen razones para protegerse a sí mismo o a otras personas. Este fue el argumento por el que logró la absolución George Zimmerman, quien en 2012 mató en Florida al estudiante de secundaria negro Trayvon Martin, que iba desarmado.

«Tu vida cambiará desde el instante en que aprietes el gatillo», advirtió Cargill. Por ejemplo, estarás detenido hasta que la policía decida si presenta o no cargos contra ti, lo que puede demorarse días. Además, puede haber consecuencias personales difíciles de calcular. Uno de los exalumnos de Cargill disparó a un intruso que entró en su casa, un chico de diecisiete años cuyas últimas palabras fueron: «¿Puede llamar a mi madre?».

Después de hacer el examen escrito, vino al curso un expolicía para ofrecernos un seguro legal por si en alguna ocasión disparábamos a alguien. Algunos contrataron la póliza (yo no). A continuación, fuimos a un club de tiro, un lugar cercano al aeropuerto, rodeado de mezquites y robles palustres. Había otro grupo haciendo algún tipo de ejercicio táctico, que consistía en recorrer a grandes zancadas un circuito disparando con una pistola a objetivos metálicos —¡bang, bang, bang!— y luego tirarse por el suelo, agarrar una recortada y volar por los aires un cartel de propaganda de Bernie Sanders, de los que se colocan en los jardines, lo cual me pareció muy fuera de lugar.

Sanders, de hecho, era bastante más liberal al respecto de las leyes sobre armas que cualquiera de los oponentes demócratas con los que contendió en las primarias presidenciales. Todos mis compañeros de curso llegaron con su propia arma, salvo yo, que tuve que alquilar una. Hasta una señora de mediana edad que había en mi clase trajo una Colt, una Beretta y una Smith & Wesson. Cuando me tocó disparar, Cargill me entregó una Glock de 9 milímetros.

Yo no había disparado un arma corta en cincuenta años, desde que estudiaba secundaria. Durante una temporada hubo en casa de mis padres una respingona pistola del calibre 38. Mi tío se había suicidado con esa arma. No sé por qué mi padre la trajo a casa. A veces la llevaba al campo, en excursiones con amigos, y practicábamos con botellas que colocábamos sobre los postes de una valla, aunque no estaba hecha para practicar el tiro al blanco. Después de un tiempo, no volvimos a ver la pistola por casa. Jamás supe qué fue de ella.

Ese día, en la galería, charlé con algunos de mis compañeros sobre las razones que los habían llevado a hacer el curso. Eran un grupo heterogéneo entre los que se contaban un viejo hippy barbudo, un expolicía o un fisioterapeuta, por ejemplo. Una de las mujeres, que tenía una SIG Sauer P226, el tipo de arma que usan los Navy SEAL, me dijo que «quería salir de mi zona de confort, sin más». Había un hombre oriental encamisado que mientras esperaba su turno para disparar no hacía otra cosa que mirar el móvil. Me dijo que se había comprado una pistola semiautomática hacía varios años pero que nunca la había usado. «Entonces ¿por qué la compraste?», le pregunté. «Era cuando Obama iba a quitarnos las armas —respondió, levantando por un momento la mirada de la pantalla de su teléfono—. Pensé que sería buena idea adelantarme y hacerme con una mientras pudiera.» El propio Obama tildó de «teoría de la conspiración» el rumor de que planeaba quitar las armas a todo el mundo.

Había un hombre por el que sentía una especial curiosidad. Era fornido y

tenía barba y el brazo derecho tatuado de arriba abajo. Llevaba una camiseta negra que decía: «Acaba con el terrorismo. Devuelve el disparo». El miedo a los actos de terrorismo en territorio nacional se ha exagerado hasta lo inverosímil y, definitivamente, ha multiplicado el número de defensores de las armas. «Las personas inocentes como nosotros seguiremos muriendo en salas de conciertos, estadios deportivos, restaurantes y aviones —afirmó Wayne LaPierre, dirigente de la Asociación Nacional del Rifle, poco después de los atentados terroristas de París de 2015—. Sin embargo, si el mal viene a tocar a nuestra puerta, los estadounidenses haremos uso de un poder que ningún otro pueblo tiene en nuestro planeta», a saber, la Segunda Enmienda. Ese alarmismo se ha demostrado extremadamente efectivo. Cada vez que en el Estados Unidos de Whitman se produce una matanza a manos de un pistolero, la venta de armas crece invariablemente. En la década que va de 2005 a 2015, más de trescientos mil estadounidenses murieron por armas de fuego, mientras que en atentados terroristas fueron 94.

El tipo de la camiseta con el eslogan iba acompañado de una pareja joven; resulta que eran amigos y tanto él como la pareja se habían mudado hacía poco tiempo desde Chicago. Les pregunté por qué habían elegido Texas. «Por el clima», contestaron al unísono. Al parecer, habían sido compañeros de clase en la Universidad del Norte de Illinois en 2008, el mismo año en que un estudiante llamado Steven Kazmierczak entró en uno de los edificios, dispuesto a matar a cualquiera que se cruzara en su camino. En el auditorio se impartía una clase de oceanografía. Como Whitman, Kazmierczak cargaba con una bolsa llena de armas. La policía recuperó más adelante cincuenta y cuatro casquillos de pistola y de escopeta recortada. Recibieron disparos veintiuna personas, de las que murieron seis, entre ellas el propio asesino, que se pegó un tiro antes de que llegase la policía. El tipo llevaba una camiseta negra que decía «Terrorista».

Les pregunté a los tres si las leyes sobre armas de Texas habían influido en su decisión de haber escogido mi estado. «No es la razón principal, pero tuvo que ver, sí», reconoció uno de ellos.

Aunque fueron pocas las veces que fui a cazar de niño con mi padre, pronto me di cuenta de que no se me daba mal disparar. Me gustaba cómo se sentía el arma en las manos y el pequeño impacto del retroceso, como cuando los caballos levantan la cabeza al espolearlos. En la galería de tiro de mi escuela, teníamos que disparar a una silueta de color azul con una diana pintada a la altura del esternón. Yo obtuve 246 puntos de un total posible de 250. Empecé a preguntarme cómo sería tener mi propia pistola.

Según un estudio divulgado por la publicación especializada *Injury Prevention*, alrededor del 35 por ciento de los texanos posee armas, un porcentaje que ronda la media nacional. Yo sigo guardando en un altillo mi viejo fusil Remington del calibre 22, de cuando era boy scout, así que me supongo incluido en esa cifra. Pese a la controversia que este tema despierta hoy, el porcentaje de hogares en los que hay un arma de fuego en Estados Unidos ha decrecido desde más de la mitad en 1982 a poco más de un tercio actualmente, el mínimo en casi cuarenta años. Aun así, Estados Unidos es el país en el que más armas de fuego hay por cada cien habitantes —88,8, exactamente—, y la venta de armas alcanza también máximos históricos. Las aparentemente contradictorias estadísticas se explican, por tanto, por el hecho de que los propietarios de armas tienden a reunir pequeños arsenales. El tipo de la camiseta me dijo que tenía nueve armas; una más que el propietario medio, según *The Washington Post*. Cargill, el instructor, nos dijo que él, en clase, llevaba siempre tres armas ocultas. En ningún momento supe dónde llevaba ninguna de ellas.

Hace poco, estaba en un club de lectura en Austin, y una de los participantes contó que en una ocasión, mientras comía en un restaurante en Houston,

entraron el expresidente George H. W. Bush y la ex primera dama. El Servicio Secreto instaló un detector de metales portátil por el que debían pasar todos los comensales. «Llevaban una especie de barreño donde la gente dejaba las armas —recordó la mujer—. Había una fila de señoras con el pelo cardado, típico de Houston, sacando pistolas de los bolsos.» Yo jamás he visto una cosa así en Texas, pero la reputación de que nuestro grado de posesión de armas es alto afecta a nuestra conducta; en mi experiencia, los texanos se muestran mucho más corteses al volante que los neoyorquinos o que, Dios nos libre, los bostonianos. En esas dos ciudades, ser un imbécil conduciendo quizá no tenga consecuencias fatales; en Houston, puede. Una parte de mí anhela vivir en un lugar donde la gente no lleve armas encima, como el Reino Unido, donde hay muy pocas armas (y también muy pocas serpientes). Los británicos no tienen siquiera hiedras venenosas. En Texas, a veces uno tiene la impresión de que cualquier ser vivo puede morderle, picarle o dispararle. Siempre hay que estar un poco en guardia.

Y hablando de serpientes, me encontraba en el Capitolio un día invernal, cuando me encontré con un grupo de la JCI[27] que venía de Sweetwater, una localidad del oeste de Texas, famosa por el rodeo anual de serpientes de cascabel. Para promocionar el evento, los miembros de JCI habían soltado una docena de ejemplares en el gélido patio exterior y se paseaban entre ellos con botas altas de Kevlar. Las serpientes estaban como aletargadas, pero los tipos se ocupaban de espabilarlas con un palo para que sisearan y agitaran los cascabeles. No tardaban en regresar al sopor. «A veces son un poco perezosas», dijo uno con desprecio. Unos pocos turistas y el personal de seguridad se aventuraron al patio subterráneo de la rotonda, pero casi todo el mundo se quedó asomado a la galería superior, mirando con la boca abierta.

El portavoz de la JCI es Rob McCann. «Llevamos cincuenta y ocho años organizando el rodeo de serpientes», me contó. Se cazan al año en torno a dos

toneladas de serpientes; un año, se cogieron casi siete. Aun así, el número de serpientes no parece disminuir en Sweetwater. «Volvemos a los mismos nidos año tras año y ahí siguen —afirmaba el tipo del palo—. ¿Quiere coger una?»

«No me hace especial ilusión, la verdad», repuse yo.

Esa noche, llamé por teléfono a mi hija, Caroline, que estaba en Chicago terminando un máster en bellas artes en el Art Institute. Le pregunté cómo le iba. Vivía cerca de un bar de country y eso la ayudaba a no sentirse tan lejos de casa. Aunque no era lo mismo, claro: «Aquí la gente no sabe bailar», se quejaba.

Mencioné que acababa de estar en el Capitolio y había visto a los tipos de las serpientes. «Ay, ¡cómo me gusta Texas!», exclamó ella, con un candor que resulta difícil de trasladar.

Tengo un buen amigo, John Burnett, que trabaja como periodista en la NPR. Él y Hawk Mendenhall, director de la KUT, emisora local afiliada a la NPR, personifican literalmente el Texas de la FM. En 2015, dieron la vuelta al estado en bici para recaudar dinero con fines benéficos. Pedalearon desde Brownsville, en el extremo sur, lindando con México, hasta el río Rojo, el límite con el estado de Oklahoma, un total de 1.181 kilómetros. Eso es más distancia que desde Charlotte, en Carolina del Norte, a Nueva York. Un año después, fueron desde Sunland Park, en Nuevo México, justo al oeste de El Paso, hasta Merryville, en Luisiana, al otro lado del río Sabinas; 1.791 kilómetros en diecisiete días, la mayor parte por carreteras secundarias y aldeas. La parte del oeste de Texas fue un largo trecho con vientos de cara y liebres aplastadas sobre el asfalto, a través de condados que son más extensos que algunos estados de Nueva Inglaterra. El sur comenzó pasado Navasota. «De repente, las camareras comenzaron a llamarnos “cariño” o “tesoro”, y

empezaron a aparecer las banderas confederadas —contaba John—. El estado no ha cambiado mucho, salvo por hacerse más presente cada vez el estereotipo texano. Hay muchas más parrillas y asadores, más galerías de tiro y más armerías. Sin embargo, lo que no cambia es la pertinaz y sincera amigabilidad.»

John y Hawk pararon a comer en el J & P Bar & Grill, en Comstock, cerca de la frontera mexicana. «Entraron un par de vaqueros —recordaba John, que se enderezó un poco al verlos—. Noté inmediatamente la distancia cultural.» Los vaqueros no se habían quitado siquiera las espuelas antes de entrar. El pelo se les había apelmazado bajo los sombreros y tenían el bronceado propio de quien trabaja al sol. Pidieron dos Coors Light y se dispusieron a echar una partida de billar. Por supuesto, se habían fijado en John y Hawk, dos hombres de pelo gris vestidos de licra, como un par de imitadores de Spider-man ya entrados en años. Uno de ellos quiso saber por fin qué se traían entre manos los forasteros.

—Estamos recorriendo Texas en bici —respondió John.

—¿Por qué diablos estáis haciendo eso? —preguntó el vaquero.

John explicó que estaban recaudando dinero para comprar libros y bicicletas que enviarían a una escuela infantil en Kenia.

Los vaqueros regresaron a la mesa de billar, pero cuando John y Hawk se marchaban, uno de ellos le metió a John un billete de veinte dólares en el bolsillo. «Dales esto a los niños esos de África», le dijo.

En este estado es casi obligatorio mostrarse amistoso, su lema es «Amistad», precisamente. «Sea amistoso al volante», nos conminan los carteles de las autopistas. En efecto, cuando los texanos viajan por una carretera de doble sentido y se cruzan con otro coche, el protocolo oficial es levantar el dedo índice del volante a modo de lacónico saludo. El cuñado de Steve dice que decidió mudarse a Texas cuando comprobó que la gente se

despedía del conductor al bajar del autobús.

Texas se publicita en las revistas de viajes como «un país diferente», eslogan que se hace eco de la década durante la cual fue república independiente. A los texanos les encanta seguir considerando su estado una especie de entidad autónoma. Desde luego, le sobran dimensiones para bastarse sola. «Texas es cinco veces más grande que el estado de Nueva York —se maravillaba John Bainbridge en 1961—, y es más grande que cualquier país europeo, salvo Rusia.» Aún recuerdo el bajón que se vivió en Texas en enero de 1959, cuando Alaska entró a formar parte de la Unión. Hubo que cambiar la letra de nuestro cursi himno estatal, cuya versión original dice:

Texas, Our Texas! All hail the mighty State!

Texas, Our Texas! So wonderful so great!

Largest and grandest, withstanding ev'ry test

O Empire wide and glorious, you stand supremely blest![\[28\]](#)

De repente ya no éramos «la mayor», así que esa parte se cambió a «la más audaz».

La República de Texas era, de hecho, aún más grande que el estado actual, pues incluía la mitad de Nuevo México, partes de Oklahoma, Kansas, Colorado y el sur de Wyoming. Hace tiempo que dejamos de llorar la pérdida de todas esas montañas y ríos trucheros, pero el canto de sirena de ese distante Camelot texano no parece sino acrecentarse con el tiempo. «En 1845, cuando nos convertimos en un estado de Estados Unidos, éramos una república —informaba Rick Perry a un grupo de visitantes cuando aún era gobernador—. Una de las condiciones que pusimos fue tener la libertad de marcharnos cuando quisiéramos. Y nos lo estamos planteando.» Todos los niños texanos aprenden en la asignatura obligatoria de Historia de Texas, en séptimo curso,

que cuando Texas se convirtió en estado de Estados Unidos se firmó una especie de pacto matrimonial; la posibilidad de dividirse a sí misma en cinco estados —¡con diez senadores!— en cualquier momento. Pero no es cierto que se le reconociera el derecho de secesión.

Texas, de hecho, no es el único estado que anhela zafarse de la garra federal. En 2014, Reuters llevó a cabo una encuesta según la cual casi un cuarto de todos los estadounidenses querría que su estado se independizase de Estados Unidos, proporción que se repite en Texas. Tras la victoria de Trump, la fiebre de la secesión subió varios grados en California. Hace poco, sin embargo, se ha sabido que gran parte de la fiebre secesionista estaba siendo alimentada por troles rusos en Facebook. La página secesionista de Facebook más importante de nuestro estado, llamada *Heart of Texas*, estaba entre las webs propagandísticas rusas que Facebook cerró. Tenía más seguidores que las páginas de los demócratas y los republicanos de Texas sumadas.

En cualquier caso, el matrimonio entre Texas y Estados Unidos es extraño, disfuncional. Texas es uno de los estados más propiamente estadounidenses y, a la vez, el más indigerible. En 2011, una encuesta realizada por el sitio web *MyLife.com* dio a entender que cinco de las diez ciudades más patrióticas de Estados Unidos —los criterios fueron el porcentaje de la población militar, el gasto en veteranos del ejército, el número de trabajadores en servicios sociales y comunitarios y la popularidad de los fuegos artificiales del Cuatro de Julio— están en Texas. Al mismo tiempo, el texano hace gala, desafiante, de su autonomía, y enseña los dientes cuando alguien de fuera se pone mandón. Cuando nuestro gobernador actual, Greg Abbott, ejercía como fiscal general de Texas, describió su trabajo de la siguiente manera: «Voy por la mañana al despacho, presento una demanda contra Barack Obama y me vuelvo a casa». Bajo la presidencia de Trump, Abbott tiene todavía menos trabajo, y se ha dedicado a promover una convención constitucional para plantear diversas

enmiendas con el fin de transferir poder federal a los estados, a los que su predecesor Rick Perry calificó en una ocasión de «retretes de la democracia». Una ley aprobada recientemente dará pie a la creación del Depósito de Lingotes de Oro de Texas, «la primera instalación estatal de este tipo de todo el país», tuiteó el gobernador Abbott cuando firmó la ley, a lo que añadió: «California quizá sea el “estado de oro”. ¡Los texanos preferimos tener el oro en el estado!».

Lo del depósito se entendió como un paso hacia el patrón oro, en caso de que Texas se divorciase de Estados Unidos. En realidad, la mayor parte de los mil millones de dólares en oro que el estado de Texas considera suyos pertenecen a la University of Texas Investment Management Company (¡861 millones, en concreto!), que no tiene ningún interés en sacarlos del depósito de la sede central del HSBC, sita en la ciudad de Nueva York.

Sanford Levinson, prestigioso profesor de Derecho de la Universidad de Texas, compara el estado con Escocia, otra nación que fue independiente en tiempos y jamás ha aceptado del todo su pérdida de autonomía. La diferencia radica en que Escocia sí puede independizarse si los votantes así lo eligen; para Texas, se trata de una batalla perdida hace tiempo. La única manera de que el *texit* saliera adelante sería a través de una enmienda constitucional que permitiera a los votantes estadounidenses decir: «Marchaos ya».



La gran D

La calurosa noche del 7 de julio de 2016, cientos de manifestantes recorrieron Dallas para protestar por los asesinatos de negros a manos de agentes de policía en Minnesota y Luisiana. Dos días antes, los medios habían publicado un vídeo en el que dos policías blancos disparaban a Alton Sterling, vecino de Baton Rouge de treinta y siete años, que ya estaba inmovilizado contra el suelo cuando uno de los agentes gritó: «¡Tiene un arma!». Le dispararon seis veces. Sterling tenía, en efecto, un arma corta cargada del calibre 38 en el bolsillo. Al día siguiente, se retransmitía en Facebook Live un vídeo en tiempo real en el que aparecía el cadáver de Philando Castile, de treinta y dos años. La policía de tráfico lo había parado en un suburbio de Saint Paul, en Minnesota, porque llevaba un piloto trasero roto. Cuando avisó de que tenía licencia para llevar armas, tal y como pide la ley, y fue a sacarse la cartera del bolsillo, uno de los agentes le disparó cuatro veces.

La novia de Castile, Diamond Reynolds, habla durante el vídeo. Castile, gimiendo y cubierto de sangre, se desploma sobre ella. «¡Le acaba de disparar en el brazo!», grita. El agente no deja de apuntar al joven moribundo.

—¡Le he dicho que no se sacara la cartera! —exclama este en el vídeo, agitado—. ¡Le he dicho que abriera la mano!

—¡Le ha dicho que le dé su identificación, señor, su carnet de conducir! —

dice ella. Castile no hablaba—. Por favor, no me diga que mi novio se acaba de morir así sin más.

La hija de cuatro años de Castile estaba detrás, sentada en la sillita.

—¡Deje las manos donde están! —grita bruscamente el policía.

—Sí, señor, sí, dejo las manos quietas. Por favor, Señor, por favor, no, Jesús, no puede morirse.

En ese momento, varios agentes se acercan corriendo al lugar. Todos apuntan con sus armas a Reynolds. Le ordenan salir del coche, caminar de espaldas hacia ellos y arrodillarse. Le quitan el teléfono y lo tiran al suelo, pero este sigue transmitiendo. En pantalla se ven el cielo y los cables eléctricos que cuelgan de los postes cercanos. Esposan a la joven. «¡Gente de Facebook, me han quitado el teléfono!», se la oye decir, con una sirena de ambulancia de fondo. Un agente de policía grita repetidas veces «¡Joder!». El agente que disparó a Castile, Jerónimo Yáñez, fue absuelto más adelante de todos los cargos.

Estos dos asesinatos convulsionaron al país entero. En 2013 había nacido un movimiento llamado Black Lives Matter,[\[29\]](#) después de la absolución de George Zimmerman, que realizaba una patrulla de vigilancia en una urbanización privada del centro de Florida y mató a tiros a un adolescente negro desarmado, Trayvon Martin. Otros tiroteos policiales habían propagado el movimiento y exaltado las pasiones.

Hubo manifestaciones contra estos homicidios a lo largo y ancho del país, pero Dallas no era el escenario más apropiado para este tipo de protestas. En efecto, desde hace unos años, bajo el liderazgo del jefe de policía David O. Brown, de raza negra, la tasa de homicidios es la menor desde la década de 1930 y los tiroteos policiales han caído abruptamente, junto con las quejas por uso indebido de la fuerza. Aunque las fuerzas de seguridad contaban con pocos recursos humanos y financieros, el departamento de policía de Dallas se había

labrado una reputación a nivel nacional por sus acciones justas y no violentas. En efecto, durante la marcha, algunos agentes tuitearon fotos junto al resto de los manifestantes.

Si hay una manera de cerrar la brecha abierta entre la policía y la minoría afroestadounidense, parecería lógico buscarla en Dallas. Más que nadie en la ciudad —y quizá en el país entero—, el jefe de policía Brown entendió que el dolor atravesaba a ambas. El día del Padre de 2010, unas semanas después de haber accedido a la jefatura de policía, su propio hijo, David Brown Jr., mató a tiros a dos hombres, uno de ellos policía.

Dallas quizá está destinada a aguantar la carga de determinadas tragedias que han marcado el devenir del país. Durante aquella marcha organizada por Black Lives Matter, un hombre llamado Micah Johnson abrió fuego sobre la gente, a solo dos manzanas de Dealey Plaza, donde fue asesinado Kennedy. Los ecos del pasado resultaban inquietantes. Se llevó a muertos y heridos al hospital Parkland, donde se había declarado muerto al presidente muchas décadas antes. Lee Harvey Oswald y Micah Johnson eran veteranos condecorados del ejército. Frustrado por su insustancial vida y enojado con Estados Unidos, Oswald se hizo marxista, mientras que Johnson se alistó a un movimiento separatista negro llamado Nuevo Partido Pantera Negra, que tiene su sede principal en Dallas. Ambos fueron unos oportunistas que intentaban hacerse un hueco en la historia matando. Antes de asesinar a Kennedy, Oswald lo había intentado con el general Edwin Walker, un tipo de derechas y racista. Johnson tenía la casa llena de materiales para fabricar bombas y probablemente había planeado un sangriento espectáculo, pero no tenía un objetivo concreto. Un mes antes de matar a los oficiales de policía, había pedido autorización a los convocantes de una manifestación contra Donald Trump para llevar armas a esta.

La última vez que estuve en Dallas fue en 2013, para dar un discurso sobre el quincuagésimo aniversario del asesinato de Kennedy. Los vecinos de la ciudad siempre se han mostrado divididos a la hora de valorar la tragedia. Durante muchos años se argumentó si sería conveniente demoler el Depósito de Libros de Texto de Texas, donde trabajaba Oswald y desde donde hizo el disparo fatal, para convertirlo en el museo que es hoy. No se habían extinguido aún la humillación y vergüenza sufridas por quienes habitaban en Dallas en aquella época, cuando se la conocía como la Ciudad del Odio; incluso medio siglo después la gente se muestra reacia a revivir la tragedia. En efecto, aquella iba a ser la primera conmemoración oficial. El alcalde de la ciudad, Mike Rawlings, consideró el quincuagésimo aniversario como una oportunidad para restañar por fin una herida que aún supuraba.

Extrañamente, el acto se celebró en un club nocturno de country situado en un viejo barrio industrial. Tras el gran escenario habían colgado una fotografía del presidente y de la primera dama en el descapotable, aquel día ominoso. Nuestro apuesto gobernador de entonces, John Connally, y su esposa Nellie iban en los asientos delanteros, saludando a la entregada muchedumbre. Kennedy visitaba Texas para zanjar la división entre la facción conservadora del Partido Demócrata en ese estado, representada por Connally, y la más progresista, liderada por el senador Ralph Yarborough.

En mi discurso afirmaba que, a mis ojos, Dallas es una ciudad de paradojas. Cuando dos cláusulas contradictorias parecen igualmente veraces, pueden contener una verdad secreta, un misterio que permite confrontar realidades opuestas en una dinámica a la vez insólita y poderosa. Por ejemplo, en 1963, cuando yo estaba en segundo de secundaria, pensaba que mis designios estaban gobernados por dos convicciones irreconciliables, la de que jamás ocurriría nada en Dallas y la de que el mundo tal y como lo conocíamos

llegaba a su fin. Vivíamos bajo la permanente amenaza de la aniquilación nuclear, lo que incidía en el ya de por sí caldeado ambiente religioso de la ciudad con la desasosegante presunción de un apocalipsis cierto. Dallas atravesaba las turbulencias habituales de las *boom town*, como el ascenso de las tasas de suicidio, asesinato y divorcio, a lo que se sumaba una cultura política de derechas que iba sin frenos. Aun así, para un chico virgen de dieciséis años, Dallas parecía helada, inmutable, aburrida. Todo el mundo vestía igual, votaba igual y pensaba igual, lo que redundaba en la sensación de parálisis cultural. La única persona negra que conocía era la chica que limpiaba en casa de mis padres una vez a la semana. En una sociedad tan segregada racialmente, la principal línea divisoria en la comunidad blanca era la trazada entre los metodistas (en los que se incluía mi familia) y los baptistas. Apenas conocía episcopalianos. El primer hombre con barba que conocí en mi vida, excepción hecha de Papá Noel, fue Stanley Marcus, un importante comerciante de la ciudad, cuya decisión de dejarse crecer el vello facial causó un auténtico revuelo.

La violencia política era ya habitual en la ciudad antes de que Kennedy pusiera pie en ella. En noviembre de 1960, durante su campaña presidencial, Lyndon Johnson tenía programado dar un discurso en el hotel Adolphus, en el centro de Dallas. Johnson y su esposa, Lady Bird, fueron recibidos por un grupo de mujeres blancas acomodadas, a las que luego apodaron la Mafia del Visón. En aquel tiempo, seguían imperando en la vida pública y política estadounidenses las buenas formas y la urbanidad, así que el ataque verbal de aquellas iracundas mujeres, que maldecían y hasta escupían, produjo un gran impacto. Bill Moyers, entonces secretario de prensa de Johnson, me contó en una ocasión que por un momento temió que aquellas damas de sociedad lo molieran a palos en pleno recibidor del hotel. La polarización que en última instancia se adueñaría de la política estadounidense hizo su puesta de largo

aquí, en mi propia ciudad.

Entonces, en octubre de 1963, Adlai Stevenson, en ese momento embajador de Estados Unidos ante la ONU, se presentó en Dallas para hablar en público el día de las Naciones Unidas. En Texas la gente creía que la ONU era simple y llanamente una organización comunista. Había vallas publicitarias y pegatinas por todos lados que decían «Saquemos a EE. UU. de la ONU». Ese mismo año, se aprobó una ley estatal que criminalizaba la exhibición pública de la bandera de la ONU.

Stevenson había causado una profunda división en el Partido Demócrata de Texas cuando se presentó a las presidenciales contra Dwight Eisenhower, en 1952. El asunto más candente en Texas en ese momento era la ampliación de los límites del estado en nueve millas náuticas desde la orilla con marea baja. Desde hacía cien años Texas había reclamado para sí esas aguas del golfo de México y también el lecho y el subsuelo marinos. Cuando se descubrió petróleo en el golfo, el Gobierno federal declaró que esa tierra le pertenecía.

Había otros estados que reclamaban también el dominio de esas aguas costeras, pero Texas tenía un argumento más poderoso: había entrado en la Unión como país independiente, con unos límites marítimos claramente aceptados. Este contencioso terminó dando pie al conflicto más grave entre un estado y el Gobierno federal desde la guerra de Secesión. Stevenson se oponía a ceder esas aguas a Texas, pero Eisenhower, que había nacido en el estado, apoyaba las reclamaciones tanto de Texas como de otros estados costeros. Firmó a ese efecto una ley, pero la disputa no se resolvió hasta 1960, cuando el Tribunal Supremo estadounidense dio la razón al estado y dictaminó que los casi diez mil kilómetros cuadrados de subsuelo submarino pertenecían indiscutiblemente a Texas. Llegó tal cantidad de riqueza a Texas que nuestras escuelas públicas se construyeron gracias a las licencias de explotación del subsuelo submarino..

En Texas, Stevenson personificaba a los intelectuales sabiondos y elitistas de la costa este. La esposa del gobernador Allan Shivers, Marialice, observó muy acertadamente sobre el candidato demócrata: «Ningún hombre que calce zapatos blancos será elegido presidente de Estados Unidos». El gobernador Shiver lideraba entonces una cuerda de demócratas que apoyaba a Eisenhower, los llamados *shivércratas*. Esta anomalía auguraba el gran pivotaje político que convertiría Texas en republicana.

Stanley Marcus ya había instado a Stevenson a que no fuera a Dallas, pero este no quería parecer demasiado ansioso ante los atrevidos nuevos pioneros del gobierno de Kennedy. Obligado a abandonar el escenario, Stevenson dejó el auditorio, protegido por un cordón policial que le abrió paso a través de un centenar de manifestantes. Por la razón que fuese, Stevenson decidió salir del cordón y trató de razonar con una mujer, esposa de un importante ejecutivo de seguros. Esta empuñaba una pancarta que decía «Si buscas paz, pregunta a Jesús», con la que atizó al embajador en la cabeza, ejemplo elocuente del paradójico carácter de los habitantes de Dallas.

Un mes más tarde, el 22 de noviembre, mi padre y otros prohombres de la ciudad esperaban a Kennedy en el Trade Mart, donde se le iba a ofrecer un almuerzo al presidente. Mientras tanto, la comitiva pasaba por delante del templo de nuestra congregación, la Primera Iglesia Metodista Unida, en la esquina de la Ross Avenue con North Harwood Street, donde lo esperaban nuestro pastor y el resto de los trabajadores de la iglesia. El desfile giró en Main Street, donde miles de vecinos de Dallas lo esperaban entre vítores. Hacía un estupendo día otoñal. Al entrar en Dealey Plaza, Nellie Connally se giró y le dijo a Kennedy: «¡No puede usted decir que Dallas no le ama, presidente!»». Fueron las últimas palabras que este escuchó. La paradoja Dallas.

En mi discurso dije que, si el hado de Kennedy era ser asesinado en algún

lugar, yo me alegraba de que ese lugar hubiese sido Dallas. Sí, la ciudad fue injustamente responsabilizada de la muerte del presidente. Prácticamente todo el país y, desde luego, todos los vecinos de la ciudad dieron por hecho que el asesino de Kennedy era un fanático de derechas. La noticia de que Oswald era marxista resultó muy desconcertante, en una ciudad en la que los demócratas se contaban con los dedos de la mano. Aun así, la ciudad fue vituperada y humillada como ninguna otra de nuestro país lo ha sido nunca. Cargaría siempre con la tragedia provocada por alguien que encarnaba todo lo contrario a lo que significa Dallas: el anti-Dallas.

Sin embargo, una humillación era precisamente lo que Dallas necesitaba. El acérrimo partidismo de la ciudad, su militarismo, su aislacionismo y su chovinismo nos estaban empujando a un lugar muy oscuro. Dallas estaba convirtiéndose en el cuartel general de un nuevo tipo de fascismo corporativo que suprimía los pesos y contrapesos propios de la democracia estadounidense, a la vez que amedrentaba a quienes se atrevían a levantar la voz. *The Dallas Morning News*, el periódico más importante de la ciudad y uno de los principales del país, dio voz al extremismo y lo justificó. Parecía no existir fuerza que se resistiese a esta peligrosa tendencia, pero el terrible suceso terminó cambiándolo todo. Dallas se hizo más abierta y tolerante, más progresista, más «vigorosa», por usar un término muy querido por Kennedy. Dallas es hoy una ciudad mejor en parte porque en ella murió Kennedy.

Ahora miro alrededor y me pregunto si Estados Unidos no estará convirtiéndose en algo parecido a esa Dallas de 1963. Esa sería la mayor paradoja de todas.

La manifestación del movimiento Black Lives Matter se organizó de un día para otro. Aunque fue una marcha pacífica, uno de los organizadores, el pastor

baptista de raza blanca Jeff Hood, había dado voz a un sentir similar al expresado por Micah Johnson, tildando a la policía de «enemigo». «¡Dios maldiga a la América blanca!», exclamaba Hood al megáfono. «¡La América blanca es una puta mentira! —diría más tarde—. Nos interesaba crear un espacio en el que poder expresar nuestra ira.» Poco después de la alocución de Hood, Micah Johnson empezó a disparar. «En cuanto oí los disparos, levanté la cabeza y creí ver caer a dos agentes de policía —afirmó Hood—. Pensé que podrían haberme dado a mí también, así que me palpé el cuerpo. El sargento que se encontraba junto a mí salió corriendo hacia el lugar del tiroteo. Yo corrí en dirección contraria. Me preocupaban las setecientas u ochocientas personas que había a mis espaldas. Empecé a gritar: “¡Corred! ¡Corred! ¡Hay alguien disparando!”.»

El jefe de policía Brown indicó más tarde que en la manifestación de Black Lives Matter había unas veinte o treinta personas armadas con fusiles y munición. Algunos llevaban hasta chaleco antibalas y máscara antigás. No se sabe cuántas personas portaban armas ocultas. El caso es que todo el mundo se dispersó cuando sonaron los disparos, también las personas que iban armadas. El vicegobernador, Dan Patrick, las tachó de «hipócritas». Imaginemos, no obstante, qué habría ocurrido si hubieran intentado contestar a los disparos. Muchos de los manifestantes creyeron que eran los agentes de policía quienes tiroteaban; ellos eran, a fin de cuentas, el objeto de la protesta. Hay metraje sin editar de una cadena de televisión en el que algunos manifestantes se encaran con los agentes y les gritan durante el asedio. Sin duda, en esa confusión, los manifestantes armados habrían disparado a los agentes de policía. Los policías se vieron obligados a localizar a todos los que llevaban armas para dar con el criminal. Cuesta creer que solo muriesen cinco personas, todas ellas agentes de policía, y que solo resultaran heridos nueve policías más y dos civiles.

Volvían a adueñarse de la ciudad el duelo, la rabia y la inquietud. ¿Cómo miraría el mundo a Dallas, una vez más? En una marcha a la luz de las velas unos días después de las muertes, un detective a mi lado recalcó: «Un único loco no representa a toda nuestra comunidad», aunque, por supuesto, la lección que se extrajo de Dallas en 1963 fue que un único asesino armado puede poner en jaque la reputación de una ciudad durante décadas.

«Podemos dejar que la furia se apodere de nosotros —dijo Marie St. John, cabo mayor y compañera de Michael Smith, uno de los asesinados— o podemos encauzar el sufrimiento y la angustia para hacer el bien, emplearlos en sembrar esperanza a nuestro alrededor.» El agente Patrick Zamarripa era un veterano de la Marina que había entrado en la policía después de estar tres veces destinado en Irak. Otro agente, Josh Rodríguez, recordó que, el mismo día de su muerte, le había comprado el almuerzo a un sintecho que se quejaba de que le habían robado unas patatas fritas. Zamarripa se sentó con él mientras comía, para que se sintiera seguro. «Quería ser un héroe para todo el mundo», aseveró su amigo.

El área metropolitana de Dallas-Fort Worth, apodada Metroplex, es sede de varias de las grandes empresas estadounidenses que cotizan en bolsa, como ExxonMobil, una de las más rentables del planeta. Otros gigantes —Toyota, Liberty Mutual, JP Morgan Chase— también tienen su cuartel general en Metroplex. Dallas es el mercado más activo del país en lo referente a construcción comercial. Incluso en pleno crac del petróleo de 2015, la ciudad creó casi cien mil empleos en el sector. A Dallas, además, le gusta gastar dinero. Es la ciudad con más centros comerciales per cápita del país.

Dallas es el espejo en el que se mira la economía trumpiana, pero esto tiene también un lado oscuro. Aunque la desigualdad económica es inferior en

Dallas que en otras ciudades como Los Ángeles, Nueva York o Chicago, si incluimos los suburbios, la cosa cambia; Metroplex es el área metropolitana más desigual de Estados Unidos. En ella se pueden encontrar bolsas de extrema pobreza y barrios superricos. Es imposible pasar por alto la brecha racial que late en el corazón de esta disparidad. Según la media nacional, el 40 por ciento de la población sintecho es negra, pero en Dallas, según un censo realizado en enero de 2017, ese porcentaje es del 63 por ciento.

La mañana posterior a la vigilia del funeral celebrada en el ayuntamiento de Dallas, Cindy Crain, directora de la Metro Dallas Homeless Alliance, una ONG que trabaja con los sintecho de la ciudad, me llevó a visitar un par de campamentos levantados bajo los puentes de una autopista. «Hay mucha presión para sacar a los sintecho de la ciudad», me dijo Crain mientras aparcábamos en Coombs Street, bajo uno de los viaductos de la interestatal 45. Unos pocos meses antes, había allí trescientas tiendas, pero el ayuntamiento había ordenado desalojar el campamento. Cuando estuvimos nosotros, quedaban unas ciento veinte personas. Las iglesias de la zona les daban comida y tiendas de campaña, pero las congregaciones concluyeron que estaban agravando el problema al permitir que los sintecho siguieran viviendo como siempre habían vivido. Crain quería averiguar si las personas que quedaban allí podrían encontrar algún otro lugar donde vivir. No podía quedar nadie en cuestión de una semana, y todos los albergues de la ciudad estaban desbordados. «Yo solo puedo ofrecer alojamiento a cuatro personas —dijo—. No sé qué va a hacer el resto.»

«En este lugar, el 90 por ciento de la gente es negra», me informó Crain mientras sorteaba escombros renqueando. Se acababa de operar la cadera y tenía que caminar con un bastón, con el que principalmente señalaba aquí y allá. «Ahí están los drogodependientes y allí la gente de más edad —indicó—. El residente típico es varón y afroestadounidense, de unos cincuenta años.

Casi todos tienen cuentas con la justicia. Muchos tienen discapacidades.» Vi unas cuantas sillas de ruedas entre las bicicletas desvencijadas y los carritos de la compra. Había montones de basura y botellas vacías de cerveza barata. El tráfico rugía por encima de nuestras cabezas. Junto a la vía del tren, una mujer calentaba café, acucillada ante un pequeño fuego de leña.

Toda la gente que conocí allí era de Texas; la mayoría, del área de Dallas. Un hombre se presentó como el Vaquero, fue el único blanco que encontré en el campamento. Me contó que era quien más tiempo llevaba viviendo allí: cuatro años. Tenía tatuado en el brazo el conejito de *Playboy* y vivía en una especie de fuerte hecho de cartón y tableros de contrachapado. Conocí también a una mujer que se llamaba Tammy, que vestía pantalones de chándal negros y un top deportivo. Había crecido en Plano, un barrio adinerado del norte de Dallas, y al parecer sufría del hígado. Le pregunté cómo había terminado en un lugar como aquel. «Estuve ingresada en el hospital estatal Terrell», me contó, en la unidad de psiquiatría. También había pasado por la cárcel. «Al final, recalé en Dallas», dijo. Harold Dixon, por su lado, fue atleta durante los años de secundaria. Lleva «mucho tiempo» viviendo en la calle. Tiene sesenta años y un problema en una rodilla. «Antes trabajaba para Toyota, lavando los coches.» Ese había sido su último trabajo. Muchos de los sintecho de más edad jamás han cumplido los requisitos para beneficiarse de prestaciones de la Seguridad Social, por haber estado en la cárcel o en hospitales psiquiátricos. «Casi todas estas personas han dependido a lo largo de su vida de una u otra institución, ya sea penitenciaria o de salud mental», afirma Crain. Salvo que tengan una familia dispuesta a darles cobijo o encuentren un albergue con plaza, su única alternativa es vivir en la calle.

Crain me dejó en CitySquare, un consorcio de organizaciones sociales situado en unas limpias y funcionales oficinas del bulevar Malcolm X, en el sur de la ciudad. Unos niños jugaban a la pelota en el jardín. Las personas sin

recursos disponen de un banco de alimentos, atención médica, formación para el empleo, asesoría económica y legal, y clases de lectoescritura. Larry M. James, su director, lo define como un «centro de impacto colectivo». «Nuestra misión es ayudar a las familias trabajadoras a sobrevivir y mostrarles el camino a la prosperidad.» El año pasado la organización ayudó a cincuenta y cinco mil personas. A lo lejos se levantaba el sorprendente perfil de la ciudad, un faro de oportunidades que desde aquí parece fuera del alcance de mucha gente.

«Yo crecí en una Texas muy distinta —me dijo James mientras nos dirigimos hacia el Centro Sinfónico Morton H. Meyerson, donde el presidente Obama iba a dar un discurso—. Las cosas que empujan a la gente hasta aquí son las mismas que la hunden en la pobreza.» La escasa carga fiscal espolea la industria, pero asfixia los servicios sociales. La negativa del estado a expandir Medicaid es un ejemplo especialmente mortificante, según James. «Es un recurso muy fácil de poner en práctica y que podría aliviar mucha miseria.»

Más tarde, charlé con la congresista Eddie Bernice Johnson, de Dallas, quien me expresó su frustración. El ayuntamiento ha aprobado financiar lo que ella llama «un programa modelo» para dar vivienda a los sintecho. La iniciativa, sin embargo, «no cubre a quienes no quieren vivir en albergues —afirmaba—. Todo ello, a fin de cuentas, hace patente lo mal que funciona la atención psiquiátrica en Texas. A veces, da la impresión de que vamos hacia atrás. Somos el estado más avanzado tecnológica y comercialmente hablando. Dallas es la gran ciudad con menor tasa de desempleo de todo el país. Pero nos falta educación pública y atención sanitaria en el campo de la salud mental».

Mientras hacía la cola de seguridad para presenciar el discurso del presidente, me encontré con Andy Stoker, pastor de mi antigua iglesia, la Primera Metodista Unida. La última vez que estuve en el templo, subió al púlpito para decir unas palabras en honor a mi padre fallecido. La Primera Metodista había sido su hogar espiritual y le había legado una cantidad de dinero para crear un comedor social para los sintecho. Sin embargo, yo de aquella iglesia solo había obtenido desilusión e ira. Fue en ese mismo templo donde se produjo otra tragedia que también sacudiría la vida pública de Dallas y que, además, afectó directamente a la vida de mi familia.

Walker Railey era una de las grandes estrellas de la Iglesia metodista cuando se hizo con el púlpito de la Primera Metodista Unida, en 1980. Yo vivía entonces en Austin, pero a veces iba a escuchar sus sermones cuando iba a Dallas. Railey era calvo y tenía una frente bulbosa y unos ojos de un azul intenso que scrutaban a la congregación como focos. Yo experimentaba con él algo que oí también comentar más adelante a muchas otras personas; Railey tenía el don de hacerte pensar que se dirigía directamente a ti.

En aquella época, Dallas tenía más iglesias por habitante que ninguna otra gran ciudad del país. Los predicadores estaban tan bien pagados como los ejecutivos de las grandes corporaciones, lo que les franqueaba el acceso a los círculos sociales más elevados. La religiosidad de que hacía gala la ciudad escondía, sin embargo, otra Dallas, la de la tasa de criminalidad y de divorcio más elevada de todo el país. Railey no tardó en granjearse una reputación de líder progresista, campeón de causas que no solían gozar de popularidad en un entorno tan conservador, como los derechos de los homosexuales, la justicia racial, la oposición a la pena de muerte, la igualdad de derechos para la mujer... Eran cuestiones que atraían a mucha gente joven a la congregación. Dallas necesitaba el activismo social de un hombre como él. En su primera prédica, sopló ruidosamente en el micrófono del púlpito para explicar a

continuación que lo que estaba haciendo era insuflar de vida a la congregación.

El Domingo de Resurrección de 1987, Railey anunció que aquel sería su último sermón en la Primera Metodista. Llevaba varias semanas recibiendo amenazas por carta. La última le había llegado esa misma mañana. «Cristo ascendió este día, pero tú vas a caer», decía el mensaje.

Railey subió al púlpito con un chaleco antibalas bajo la estola pastoral que su esposa Peggy había tejido para él. Ella tocaba el órgano en la iglesia. Tenían dos hijos. Unos agentes de policía vigilaban de uniforme las entradas al templo. Railey había elegido hablar ese día de un asunto bastante inaudito, extraído de un libro titulado *El complot de Pascua*, según el cual Jesucristo habría fingido su crucifixión.

Tres días más tarde, Railey volvió a su casa y encontró a Peggy tirada en el suelo de la cochera. Estaba viva, pero sufría convulsiones y tenía la cara azul. La habían estrangulado. La policía afirmó que alguien había intentado estrangular también a uno de sus hijos, de tres años. «Atacada la esposa de un pastor antirracista», rezó el titular de *The New York Times*. Railey pasó a ser considerado un mártir de la justicia social; era como si las amenazas contra él y el intento de asesinato de su mujer fuesen ataques contra la propia ciudad de Dallas. Su amigo, el rabí Sheldon Zimmerman, de la sinagoga de Emanu-El, que había almorzado con Railey ese mismo día, declaró que este estaba «señalado por su postura casi profética al respecto de cualquier tipo de injusticia». Peggy terminó entrando en coma.

Nueve días después del ataque contra su esposa, fue el propio Railey el que quedó en coma tras ingerir tres frascos de antidepresivos y ansiolíticos. Había dejado una nota de suicidio en la que confesaba ser «el más ruin de entre los ruines» y aseguraba estar siendo acosado por demonios. Para aquel entonces, la policía ya había detectado diversas incoherencias en sus declaraciones. Al

final, descubrieron que las cartas amenazantes las escribía él mismo y que había tenido una aventura con una psicoterapeuta que se hacía llamar Lucy Papillon, cuyo apellido real era Goodrich. Su padre había sido también pastor de la iglesia cuando yo era niño. El doctor Robert E. Goodrich Jr. y su esposa, Thelma, eran amigos íntimos de mis padres, de hecho; Lucy tocaba el piano los domingos en la escuela de adultos en que mi padre había impartido clase durante años. Su hermano Bob fue elegido el mejor ala cerrada de Estados Unidos durante sus años en el equipo de fútbol americano del instituto.

Railey se recuperó. Era el único sospechoso del caso, pero las pruebas que lo incriminaban eran puramente circunstanciales, pese a su semiconfesión. Lo entrevisté en 1987 y mencioné todas las mentiras que había dicho, pero él trató de escabullirse, tratando de llevar la conversación al plano teológico, recriminándome mis enfrentamientos con la iglesia, de los que había oído por boca de otros. Yo estaba convencido de su culpabilidad y se lo hice saber.

Poco después de aquella entrevista, Railey se mudó a California para estar con Lucy. Al final fue contratado como predicador en una iglesia de la zona. En 1993, fue juzgado y absuelto por el intento de asesinato de su esposa, Peggy. Sin embargo, no recurrió la demanda presentada por sus exsuegros, por la que fue declarado culpable y obligado a pagar una indemnización de dieciocho millones de dólares. Railey se declaró insolvente, pero acordó pagar una pensión compensatoria de 337 dólares mensuales a cambio del divorcio de Peggy. Railey se casó con una rica viuda dos meses después, la cual murió, supuestamente por un fallo hepático, en 2005. Lo último que supe de Railey es que había sido despedido de una iglesia de Los Ángeles en la que se atendía principalmente a personas sin hogar, donde coordinaba la beneficencia y las relaciones con la comunidad, después de que los funcionarios supiesen a través de un periodista que Lucy trabajaba como voluntaria en la misma misión. En el sitio web del ministerio, Railey se

describía como «pacificador global» y afirmaba, sin aportar prueba alguna, haber sido observador electoral en diversos países del tercer mundo, haber colaborado en la liberación de rehenes en Bolivia y haber luchado contra la pobreza en Haití. Peggy Railey murió finalmente en 2011, veinticuatro años después del ataque, sin haber llegado a recobrar la consciencia.

En la cola para acceder al discurso del presidente, pregunté al pastor Stoker cómo iban las cosas en la iglesia. «Continuamos en la fase de cerrar heridas —aseguró—. La próxima Semana Santa será el trigésimo aniversario.»

«¿Te pones nervioso cada vez que un presidente viene a Dallas?», pregunté a Robert Wilonsky, columnista de *The Dallas Morning News*. Estábamos sentados en la sala de prensa del auditorio. Robert me lanzó una mirada de hastío. «Mi madre era técnica de rayos X en Parkland cuando mataron a Kennedy», dijo.

Wilonsky es dalasita de tercera generación. Se remonta a una estirpe de periodistas de otra era, esos que se consideraban tipos duros pero cargaban con todo el peso emocional de la ciudad en sus corazoncitos. Se habría sentido en su salsa junto a otros periodistas de esa pasta como Studs Terkel o Jimmy Breslin. Cuando se produjo el tiroteo de la marcha de Black Lives Matter, Wilonsky estaba en el centro de la ciudad, tan cerca del robot con explosivos que la policía usó para acabar con el asesino que pudo notar la onda expansiva. Seguía con los nervios de punta.

A nuestros pies se extendía el patio de butacas, repleto de uniformes azules. Los agentes heridos que habían recibido el permiso hospitalario se sentaron juntos, con sus vendajes y sus cabestrillos. Sobre el escenario, un coro ecuménico y otro de agentes de policía. Estos se mostraban visiblemente agotados, y algunos de ellos daban una cabezada tras otra, pese a estar

presentes los dos senadores por Texas, John Cornyn y Ted Cruz; el expresidente George W. Bush y su esposa, Laura; el presidente Obama y su esposa, Michelle; el vicepresidente Joe Biden y su esposa, Jill; el alcalde, Mike Rawlins; el jefe de policía, David Brown, y el jefe de la policía de tráfico, James Spiller, que también lamentaba la pérdida de un agente.

«Estos últimos días se cuentan entre los más oscuros de los vividos por nuestra ciudad —declaró el alcalde—. He hecho una profunda introspección y he descubierto los errores que he cometido. Me he preguntado: “¿Por qué nosotros?” —Y añadió con contundencia—: Hay una razón por la que esto ha ocurrido aquí, en este lugar, en este momento de la historia estadounidense. Esta es nuestra oportunidad para liderar y construir un nuevo modelo de sociedad, de ciudad y de país.»

Tras siete años de virtual reclusión, George W. recibió una ovación cerrada por parte de sus conciudadanos al acercarse el estrado. Parecía avejentado, con profundas entradas y marcadas arrugas. Seguía bizqueando cuando trataba de dar argumentos. «En ocasiones, parece como si las fuerzas que nos separan fueran más poderosas que las que nos unen —declaró—. Demasiado a menudo juzgamos a otros grupos de personas por sus peores ejemplos, mientras que juzgamos los propios a partir de sus mejores intenciones.» Mientras hablaba, deseé por millonésima vez que no hubiese invadido Irak.

«Otra comunidad abierta en canal —dijo Obama—. Más corazones rotos. Más preguntas sobre las razones de la tragedia y lo que se debe hacer para prevenir que vuelva a darse [...]. Las fallas más profundas de nuestra democracia han quedado al descubierto, ensanchándose quizá. —El presidente peroraba con su cadencia familiar, asegurándose de que cada frase calaba—. Enfrentados a esta violencia, nos preguntamos si la brecha racial en Estados Unidos podrá salvarse alguna vez. Nos preguntamos si la comunidad afroestadounidense, que se siente injustamente tratada por la policía, y la

policía, que se siente injustamente demonizada por hacer su trabajo, podrán entender las vivencias del otro. —Remató—: No estamos tan divididos como creemos.» Los que practican un discurso violento contra la policía «no solo hacen más peligroso el trabajo de los agentes, sino que perjudican la causa de la justicia que dicen promover».

Bajé la mirada para contemplar al público que estaba sentado por debajo de nosotros. El vicegobernador, Dan Patrick, escuchaba con atención al presidente. Patrick aplaudió cuando elogió a la policía, pero por lo demás no hizo sino estudiarlo como adversario político suyo que era.

La división que separa a estos dos hombres y a lo que representan parece realmente insalvable. Los Estados Unidos evocados por Obama en su discurso conformaban una comunidad unida en torno a ideales comunes que, no obstante, reconocía la lacra de la segregación y el odio racial. La Texas que Patrick quiere crear es excluyente. En su primera jornada en el Senado de Texas, salió de la sala cuando, durante las tradicionales oraciones leídas por diferentes líderes religiosos, fue el turno del imán. Se opuso al matrimonio entre personas del mismo sexo, consiguió fortalecer las leyes contra el aborto y diseñó la ley que permite a los texanos llevar armas en público. Hay dos visiones del futuro que compiten entre sí y, de las dos, la de Dan Patrick quizá sea la más perdurable.

«¿Lo conseguiremos? —preguntó Obama, hacia el final de su alocución—. No lo sé. Confieso que también yo dudo en ocasiones. He acudido a demasiados actos de este tipo. He visto a demasiadas familias pasar por duelos parecidos. Sin embargo, en estos momentos, recuerdo lo que el Señor dijo a Ezequiel: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne”.»

Tras el discurso, fui a cenar con Robert Wilonsky. Lo acompañaba una

colega, la doctora Seema Yasmin, a quien me presentó como «la nueva Dallas». Seema, una musulmana británica de ascendencia india, impartía clases de salud pública en la Universidad de Texas y también escribe para la prensa. Esa mañana publicaba en el diario la semblanza de un cirujano del hospital Parkland, el doctor Brian Williams, que había tratado a los heridos la noche del atentado. «Quiero que la policía de Dallas me mire a mí, que soy negro, y entienda que yo los voy a apoyar, que los voy a defender, que me voy a preocupar por ellos —había declarado Williams—. Pero eso no quiere decir que no les tenga miedo.» Cuando empezó el ataque, el marido de Seema, también de raza negra, se ofreció a llevarla al centro en coche, pero ella se negó de inmediato, temerosa de que la policía pudiera confundirlo con el presunto atacante.

Por todas partes se veían lazos azules en los árboles y había gente abrazando a agentes de policía. Vi dos coches patrulla aparcados frente a la jefatura, enterrados prácticamente en flores, globos y dibujos. Fue enormemente emotivo, pero efímero. «Dentro de tres semanas, cuando hayan terminado todos los funerales, nos olvidaremos de todo y estaremos jodidos otra vez», dijo Robert. Al ser yo dalasita de adopción y autor de un libro muy crítico con la Dallas de la época en que Kennedy fue asesinado, quiso saber qué opinaba sobre la ciudad hoy.

—Creo que es una ciudad noble —respondí yo.

—¿Noble? —repitió él, con un matiz de incredulidad en la voz.

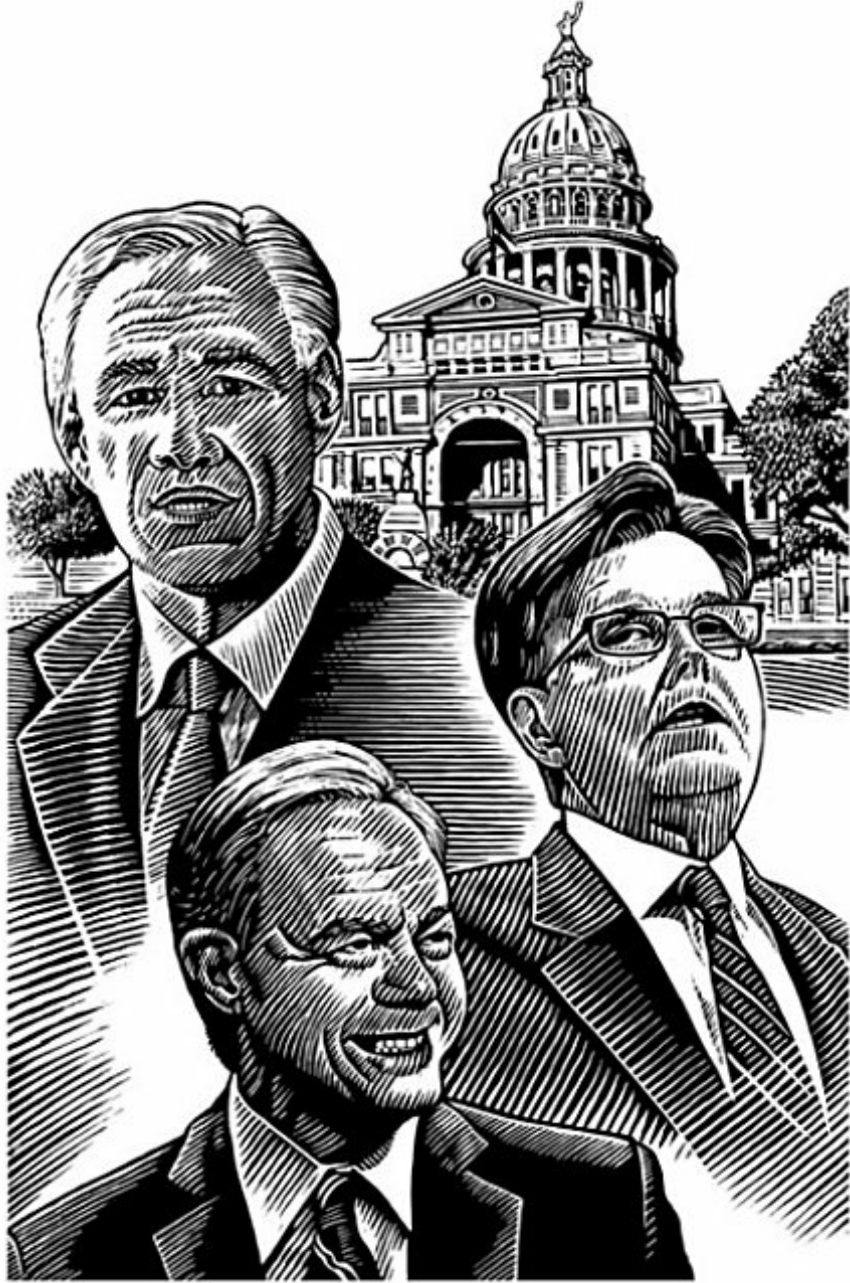
Dije que Dallas era una ciudad mucho más tolerante ahora que cuando yo era niño. Sigue siendo una comunidad beata, neurótica y materialista, pero debido en parte a aquel asesinato y a la humillación que hubo de soportar, se ha hecho más abierta y diversa, más interesante e introspectiva que nunca en la historia. «Dallas ha demostrado tener la capacidad de transformar el sufrimiento en cambio social», afirmé.

Robert se quedó en silencio. Lo vi enjugar una lágrima. Había sido una semana llena de emociones.

Cuando muere un agente de policía, la despedida siempre es algo inquietante. Una vez retirada la bandera del féretro y plegada en forma de triángulo, se le hace una última llamada de radio. «Foxtrot 415, ¿me recibe?», preguntó uno de los compañeros de Patrick Zamarripa mientras este era sepultado en el Cementerio Nacional de Dallas-Fort Worth.

—Cinco treinta y uno, por favor, ponga a Foxtrot 415 en un doble seis — responde la radio.

—Recibido, Foxtrot 415 es doble seis. A todas las unidades, a todas las unidades, Foxtrot 415, agente de policía Patrick Zamarripa, placa 10112, está fuera de servicio. Fin del servicio: 7 de julio de 2016. Ve con Dios, Patrick.



Fabricantes de salchichas

Cuando Frederick Law Olmsted pasó por Texas en 1853, se quedó obnubilado por la majestuosidad del edificio del Parlamento estatal. «He visto edificios similares en el norte, el Congreso federal o el Parlamento de Reino Unido, también en las grandes ocasiones; pero ninguno de ellos suscitó en mí un respeto imposible de obviar como lo hizo la Asamblea General de Texas, a cuenta de su sencilla y muy humana dignidad y la fiabilidad en los deberes que se le encomiendan», escribió. Este fragmento es único quizá en las crónicas políticas del estado. Si lo pensamos fríamente, el Parlamento de Texas es más funcional que el Congreso de Estados Unidos, pero más cortés que la Cámara de los Comunes británica. Sin embargo, la recurrente marea de ideólogos y chalados no hace sino acrecentar una reputación estatal de conservadurismo orgulloso y agresiva xenofobia.

La política texana siempre ha tenido un lado burlesco. La periodista Molly Ivins ganó fama nacional como cómica riéndose de los cargos electos texanos. Uno de mis favoritos en esta categoría era Mike Martin, representante del estado oriundo de Longview. En 1981, alguien disparó con una escopeta recortada contra la caravana en que vivió durante unos meses en Austin. Martin estaba dentro y resultó herido de levedad. Declaró que le habían disparado como represalia por una investigación que había puesto en marcha

acerca de una secta satánica. Más tarde, un primo suyo reconoció que había sido él quien había disparado el arma, a petición de Martin, para ganarse simpatías, de cara a la reelección. Martin huyó de Austin, pero, como señaló Molly, «la policía le siguió la pista hasta casa de su madre, donde lo encontraron escondido en el mueble del equipo de música. Está claro que siempre había querido llevar la voz cantante».

A Molly, que murió en 2007, le habría encantado escribir sobre Mary Lou Bruner, una maestra de escuela jubilada de setenta años, procedente de Mineola, quien en 2016 se presentó por el Partido Republicano como candidata para ocupar una vacante del Consejo de Educación del Estado de Texas. Dado que el 10 por ciento de los alumnos de escuelas públicas del país vive en Texas, el estado ejerce una gran influencia sobre las editoriales de libros de texto. Durante su campaña, Bruner publicó en Facebook que Obama había sido chaperero cuando rondaba los veinte años. «Así es como se pagaba las drogas», razonaba. Bruner afirmó también que el cambio climático es un «bulo ridículo», que las matanzas en las escuelas eran provocadas por estudiantes a los que se enseñaba la evolución de las especies y que los dinosaurios se habían extinguido porque los que iban en el arca de Noé eran demasiado jóvenes para reproducirse. Por alguna razón inexplicable, perdió en la segunda vuelta.

Desde hacía varios años, como muchos otros periodistas, yo venía recibiendo correos electrónicos de un tipo llamado Robert Morrow, quien afirmaba que George H. W. Bush era un «pedófilo homosexual con un grave problema de adicción al sexo» y que estaba involucrado, junto a los Clinton, en el entramado de tráfico de drogas de la CIA. En 2011, Morrow publicó un anuncio a toda plana en un periódico local:

¿HAS PRACTICADO SEXO ALGUNA VEZ CON RICK PERRY?

¿Eres bailarina de estriptis, señorita de compañía o simplemente una chavalita mona a

quien haya dejado impresionada el arrogante gobernador de Texas, que se cree con derecho a todo?

No tengo noticia de que hubiera respuesta a ese anuncio, el cual, según Morrow, tenía como objetivo desenmascarar a «un fraude, un hipócrita de los “valores familiares” que no hace más que soltar tópicos cristianos».

Morrow, nacido en 1964, se graduó en Princeton, estudió un máster en la Universidad de Texas y se describe como inversor independiente. En 2015 escribió un libro a medias con Roger Stone, provocador político y asesor de Donald Trump, titulado *The Clintons' War on Women*. El *Austin American-Statesman* señaló que «parece la partitura que Trump sigue para atacar a los Clinton». Cuando se publicó, Trump tuiteó: «El último libro sobre Hillary. Uau, ¡bastante duro!».

En marzo de 2016, Morrow fue elegido presidente del Partido Republicano en el condado de Travis, del que es capital Austin. Tuiteó: «La prioridad máxima del Partido Republicano en Travis: ¡las mujeres guapas y tetonas!». Morrow empezó a aparecer por todos lados, siempre con el gorro multicolor de bufón que había comenzado a lucir tras la victoria en las elecciones. Los cargos del partido adscritos a la corriente mayoritaria estaban desesperados. Prometieron «estudiar todas las opciones existentes» para apartar a Morrow del poder. Este respondió: «Que les jodan».

Mi amigo Steve Harrigan estaba participando en una mesa redonda sobre temas históricos, en la que se debatía sobre su última novela, *A Friend of Mr. Lincoln*, cuando apareció Morrow, recién elegido presidente del Partido Republicano local. En mitad de una serena charla sobre la administración Lincoln, el tipo preguntó: «¿Cuántos de los presentes están de acuerdo conmigo en que Lyndon Johnson fue el responsable del asesinato de John F. Kennedy?». Uno de los sorprendidos historiadores preguntó a Morrow si tenía alguna prueba. Contestó que no, pero no dudó en afirmar que los Bush y los

Clinton eran también responsables de varios asesinatos encubiertos.

Los republicanos de Texas ya venían pasándolo mal en 2016. El exgobernador Perry había sido noqueado en el primer asalto de las primarias presidenciales, y el senador Cruz —Ted el Mentiroso, como lo apodaban— fue en última instancia superado por Donald Trump. Redundando en la humillación, Robert Morrow anunció que iba a presentarse a la presidencia, lo que, no obstante, no estaba permitido a un presidente del partido a nivel condal. En agosto, se destituyó a Morrow.

Ese mes, Trump estuvo en Austin, haciendo campaña. Morrow protestó contra el candidato de su partido con una gigantesca pancarta roja que decía:

TRUMP
ES UN
VIOLADOR DE NIÑOS

Roger Stone estaba presente durante el evento de campaña de Trump, e hizo que la policía escoltara a su coautor lejos del acto. Para ensañarse, tuiteó que Morrow era un «colaboracionista de los Clinton».

Escribí hace tiempo una obra de teatro cuya acción transcurría en la Cámara de Representantes de Texas, mi órgano político preferido. El protagonista era un rancharo del oeste del estado que representaba al distrito 74, el cual se extiende en el mundo real a lo largo y ancho de casi noventa y seis mil kilómetros cuadrados, una extensión mayor que la del estado de Indiana. Durante mis investigaciones, me entrevisté en Austin con Pete Laney, un demócrata y agricultor del algodón del condado de Hale, que en ese momento era presidente de la Cámara. Laney tenía fama de ser escrupulosamente

imparcial y un líder honesto que alentaba el espíritu bipartidista entre los representantes. Los agradecidos legisladores lo apodaban Dicknose.[\[30\]](#)

Me senté con Laney en el despacho del presidente de la Cámara y le expliqué que tenía un problema con la trama; mi protagonista, Sonny Lamb, se embarcaba en una guerra con el mayor lobista del estado a cuenta de un proyecto de reforma ética. ¿Cómo podría vengarse el representante lobista? Laney se frotó las manos y dijo: «Bueno, podrías colocar un vertedero de residuos tóxicos en el distrito de Sonny. Eso le fastidiaría por la derecha y por la izquierda».

Laney aludía a una ley real, aprobada en 1991, por la que parte de lo que se vertía a las alcantarillas de la ciudad de Nueva York sería enviado por tren hasta Sierra Blanca, un pequeño pueblo en mitad del desierto, en el distrito 74, a menos de ciento cincuenta kilómetros de El Paso. A ese tren se lo llamó el *Poo-Poo Choo-Choo*.

—Otra cosa. Me gustaría que mi lobista llevase a algunos legisladores de cacería. ¿Qué es lo que irían a cazar, cree usted?

—Cerdos —respondió Laney.

—¿Cerdos?

—Cerdos asilvestrados. Y jabalíes. ¡Están tomando todo el estado! —aseguró Laney—. ¿No los ha visto nunca? Son enormes. Tienen unos colmillos así de grandes.

—¿Cómo se cazan?

—Bueno, yo no he ido a cazar nunca, pero tengo un amigo que sí. —Laney pulsó un botón del interfono—. Cariño, ponme con Sharp.

Al instante, sonó por el altavoz la voz de John Sharp, interventor de las cuentas públicas del estado (hoy, rector de la Universidad de Texas A&M).

—Sharp, tengo aquí a un joven que quiere saber cómo cazáis los jabalíes —preguntó Laney.

—¡Oh! —exclamó él—. Los cazamos por la noche, con pistolas. Todo el mundo tiene que llevar vaqueros cortados y zapatillas deportivas. Soltamos a los perros y, cuando empiezan a ladrar, corremos tras ellos. Los perros le buscan los cojones al jabalí, y este trata de protegerse contra los troncos de los árboles. Ese es el momento de apuntar y dispararle entre los ojos.

Y estos son los demócratas progresistas. Más o menos.

En enero de 2003, los republicanos se hacían con las dos cámaras del Parlamento de Texas por primera vez en ciento treinta años. Laney perdió la presidencia, que pasó a Tom Craddick, un republicano del condado de Midland. Craddick fue el mayor responsable de que los republicanos ganaran la mayoría en la Cámara de Representantes. «Cuando yo fui elegido, en 1969, había ocho republicanos en la Cámara de Representantes y uno en el Senado —me contó—. La primera vez que presenté un proyecto de ley, me dijeron que no podía porque era republicano.»

También era, con veinticinco años, el benjamín de la Cámara. «Entonces, la mayoría de los parlamentarios eran jubilados que se metían en política por cumplir con un deber ciudadano», decía. Ahora, a sus setenta y tres años, Craddick es el legislador más veterano de la historia de Texas.

Yo una vez traté de presionar a Craddick, cuando este era presidente de la Cámara, para que se planteara convertir Camp Mabry —unas instalaciones de la Guardia Estatal de Texas situadas en el corazón de Austin, más de trescientas hectáreas de terrenos de entrenamiento superfluos e infrautilizados — en nuestro propio Central Park. Craddick iba a presentarlo como proposición de ley del presidente de la Cámara, pero fue entonces cuando perdió la presidencia ante Joe Straus, quien no mostró interés alguno en esta idea. Sigue siendo uno de mis proyectos personales de futuro.

Craddick es un tipo de escaso pelo cano, amistoso y mordaz, que camina arrastrando un poco los pies, así como hace con la lengua al hablar. Es fácil pasarlo por alto entre los muchos legisladores jóvenes y vigorosos, pocos de los cuales estaban en el cargo cuando Craddick hizo de la Cámara territorio republicano. Su cruzada comenzó a finales de la década de 1980. El partido apenas tenía infraestructura entonces, y Craddick ayudó a organizar las campañas para los candidatos, a los que exigía que le detallaran a cuántas puertas habían tocado y cuántas cartas habían enviado. En 2002, los republicanos se hicieron por fin con el control, completándose así el plan. Craddick se convertía en el primer presidente republicano de la Cámara desde la guerra de Secesión. «No se trataba únicamente de ganar elecciones —me dijo—. Teníamos un plan de reestructuración de los distritos.»

En esas mismas elecciones de 2002, el 56 por ciento de los texanos que votaron a un representante optó por candidatos republicanos, pero los demócratas se hicieron con más escaños —diecisiete frente a quince— en la Cámara de Representantes federal. Craddick colaboró con Tom DeLay, de Sugar Land, localidad cercana a Houston, que por aquel entonces era responsable de la política disciplinaria del partido, para poner en marcha un plan infalible que crease una mayoría republicana duradera en la Cámara nacional.

Con el liderazgo de Craddick, el Parlamento de Texas comenzó a convertir los distritos históricos del congreso en feudos. Procurando no quebrantar las premisas del Tribunal Supremo sobre representación de las minorías, los legisladores convirtieron Texas en un puzzle cuyas piezas quedarían de manera inapelable en manos de la derecha.

En mayo de 2003, la reforma de los distritos se sometió a votación en la Cámara de Representantes de Texas. Incapaces de bloquear la iniciativa, más de cincuenta miembros demócratas de la Cámara de Representantes huyeron a

Oklahoma. A la mañana siguiente, cuando Craddick comenzó el orden del día mediante el golpe usual del mazo, se dio cuenta de que no tenía cuórum. Mandó clausurar el Capitolio para evitar más deserciones (el reglamento exige que estén presentes al menos dos tercios de los legisladores) y ordenó a la policía estatal que fuese en busca de los miembros huidos, a los que se empezó a conocer como los Killer Ds.[\[31\]](#)

En mitad de esa batahola, Pete Laney, el presidente de la Cámara depuesto, voló en su avioneta Piper desde el Mango hasta Ardmore, en Oklahoma, donde se reunió con sus colegas en el Holiday Inn. Un asesor del republicano Tom DeLay había obtenido de manos del Departamento de Seguridad Nacional el plan de vuelo de Laney, alegando que su avioneta se retrasaba y podría haberse estrellado o haber sido secuestrada por terroristas. La policía estatal de Texas y los periodistas de todo el país se apresuraron a llegar a Ardmore, pero los desafiantes demócratas mantuvieron sus posiciones hasta que la sesión se levantó, sin que pudiera votarse la reforma de los distritos electorales. El gobernador Perry convocó una sesión extraordinaria para finales de junio, con ocasión de la cual once senadores estatales huyeron a México. Fueron necesarias dos sesiones extraordinarias más para imponer el voto.

Las consecuencias de la revolución republicana emprendida por Craddick y DeLay en Texas se plasman en la actual delegación enviada por el estado a la Cámara de Representantes nacional; veinticinco republicanos y once demócratas, un perfil muy conservador que no se ajusta realmente a la demografía política actual del estado. El área metropolitana de Austin, corazón del Texas progresista, se dividió en seis distritos electorales, y solo en uno de ellos fue elegido un demócrata. El representante de mi distrito es, en la actualidad, Roger Williams, dueño de un concesionario de coches oriundo de Weatherford, a más de trescientos kilómetros al norte de Austin. El

congresista Lamar Smith, por ejemplo, vive en San Antonio, pero su nuevo distrito se extiende hasta englobar la Universidad de Texas en Austin. Smith, miembro del Tea Party y negacionista del calentamiento global, encabeza la comisión de la Cámara de Representantes sobre ciencia, astronáutica y tecnología, encargada de supervisar la NASA, el departamento de Energía y la Agencia de Protección Medioambiental. (En noviembre de 2017, Smith anunció que no volvería a presentarse a las elecciones.) El único demócrata elegido por Austin es Lloyd Doggett, cuyo distrito se extiende en paralelo al trazado de la interestatal 35, entre el este de Austin y el este de San Antonio. Una forma de meter la mayor cantidad posible de demócratas en un solo distrito.

El proceso de redistribución que tuvo lugar en Texas se ha imitado en parlamentos estatales de todo el país, creándose distritos que son inexpugnables y dando a los republicanos una ventaja imposible de superar. «Texas se ha convertido en el manual de instrucciones de cómo hacerse con el poder», me contó Craddick.

En 2005, DeLay fue procesado por los delitos de conspiración y blanqueo de capitales, en conexión con la financiación ilegal de varios candidatos republicanos en Texas mediante aportaciones de empresas. Craddick también fue puesto en cuestión, pero jamás se lo imputó. La condena a DeLay fue revocada tras un recurso en 2013, aunque para entonces ya había renunciado a su escaño en el Congreso e incluso había hecho una inopinada aparición en *Dancing with the Stars*, programa televisivo de baile que se ha convertido en el purgatorio particular de los politicuchos texanos caídos en desgracia. También se imputó a Rick Perry en 2014, por abuso de poder cuando era gobernador, pero también salió de rositas. Y, cómo no, fue a celebrar su regreso a la política en *Dancing with the Stars*. Ahora dirige el departamento de Energía. Me pregunto si Ted Cruz sabrá bailar.

El majestuoso Capitolio texano, en Austin, fue construido en 1888 con piedra de granito rosa, que el estado, por entonces sin blanca, pagó con 12.140 kilómetros cuadrados de tierra de propiedad pública, una extensión equiparable a la de Connecticut, situados en el extremo norte del estado. Se decía que era el séptimo mayor edificio del mundo y, como cabría esperar, excedía en altura por poco a su tío, el Capitolio de Washington D. C. En verano, los chotacabras vuelan en círculos en torno a la estatua que corona la cúpula, la diosa Libertad, que sostiene sobre su cabeza una estrella dorada.

Los legisladores del Parlamento texano se reúnen los años alternos durante ciento cuarenta jornadas, lo que refleja la natural aversión del estado por el gobierno. Las sesiones parlamentarias comienzan el segundo martes de enero y terminan el último lunes de mayo, Día de los Caídos. El único mandato de las cámaras alta y baja es aprobar un presupuesto equilibrado para dos ejercicios. El de 2015 alcanzó los doscientos mil millones de dólares. Dos años después, la caída del precio del petróleo y el aumento demográfico auguraron recortes sustanciales y la necesidad de un esfuerzo especial para cumplir con las necesidades crecientes de salud, educación y seguridad de los texanos.

Cuando visité el Capitolio en enero de 2017, me topé con un grupo de chicas de secundaria que observaban el mosaico de terrazo que hay en el centro de la rotonda. En el centro del mosaico aparece el escudo de la República de Texas, una estrella solitaria enmarcada en ramas de olivo y encina. «Desde esta estrella a la de allí arriba hay sesenta y seis metros — explica una de las guías, señalando a la estatua que se eleva sobre la cúpula —. Entre una y otra cabría la estatua de la Libertad.» En torno al escudo texano aparecen las banderas de las cinco naciones a las que Texas ha pertenecido antes: España, Francia, México, Estados Unidos y la

Confederación.

De los muros que abrazan la rotonda, cuelgan retratos de nuestros antiguos gobernadores. Cuando Greg Abbott, el actual, deje el cargo, su retrato figurará donde está hoy el de Rick Perry, y los de todos los demás gobernadores se moverán un espacio a la izquierda. Cuando un retrato llega al final de la galería inferior, pasa a la posterior, y así hasta zambullirse en el mar del olvido.

El siguiente retrato que ascenderá desde la galería inferior a la intermedia será el del demócrata W. Lee O'Daniel, alias Pappy. En algunos aspectos, O'Daniel se adelantó a Donald Trump. Fue un ingenuo político que jamás había votado cuando se presentó a gobernador en 1938. Ni siquiera podía votarse a sí mismo, porque no había pagado el impuesto de capitación. Se las daba de patán, pero en realidad sabía gestionar. Había hecho una fortuna en Fort Worth vendiendo harina y casas, pero encontró su auténtica devoción presentando un programa de radio junto con su grupo musical, los Light Crust Doughboys, el cual fue en su tiempo el espacio radiofónico más popular del estado. La radio fue su Twitter. A los mítines de sus adversarios acudían a veces cientos de personas, pero a O'Daniel lo escuchaban decenas de miles. En Texas jamás había ocurrido algo así. La primera vez que se presentó, derrotó a once adversarios sin segunda vuelta.

Como gobernador, renegó de las promesas que había hecho sobre la abolición de la pena de muerte, la congelación del impuesto sobre las ventas o la subida de las pensiones. Su única propuesta política real era agitar las cosas. Era un asustaviejas que despotricaba sin descanso contra «los estafadores sindicalistas y comunistas» y los periódicos controlados por los políticos. Como funcionario no era eficaz, pero daba tal espectáculo que, en 1941, los votantes lo eligieron para el Senado de Estados Unidos antes que al joven Lyndon Johnson. En el retrato de O'Daniel que puede contemplarse en la

rotonda, aparece un hombre joven y de rostro amplio con pelo peinado hacia atrás y cara de no haber roto un plato en su vida.

Junto a él, posa Coe Stevenson, cuya serena actitud fue mucho mejor valorada. Tanto, que fue el gobernador que más tiempo estuvo en el cargo, hasta llegar Rick Perry. Lo sucedió Beauford Jester, a quien describí en una ocasión como «el último hombre feliz en gobernar Texas», y que murió en brazos de su amante en un coche cama camino de Houston.

De todos los homenajeados en la rotonda del Capitolio, Ann Richards, gobernadora entre 1991 y 1995, es quizá la más memorable, al menos de cuantos yo he conocido. Era una persona increíblemente vivaz, de pelo blanquísimo y tupé espectacular —Molly Ivins lo llamaba «pelo duro»—, y un acerado sentido del humor que se nutría de la atávica actitud de macho alrededor de la que había crecido. Richards saltó a la fama nacional cuando dio el discurso inaugural de la convención demócrata de 1988. «Pobre George —dijo refiriéndose al candidato republicano, George H. W. Bush—. No puede evitarlo. Nació con un pie de plata en la boca.»[\[32\]](#) No era amable, pero tenía una sonrisa maravillosa y, cuando soltaba una puñalada, parecía golpear con esos heladores ojos azules.

Su ascenso a gobernadora —había sido alcohólica y crio ella sola a cuatro hijos— fue casi un milagro. Desempeñó exitosamente su labor como tesorera del Estado, pero su potentado adversario, el ranchero y petrolero Clayton Williams Jr., proveniente del oeste de Texas, ganó las primarias republicanas por goleada y se adelantó en treinta puntos cuando se convocaron elecciones. Sin embargo, Williams perdió su ventaja debido a una serie de meteduras de pata que revelaron su verdadero carácter. «Una violación es como una tormenta. Si no puedes escapar a ella, relájate y disfrútala», dijo ante los micrófonos de los periodistas. Tuvo que ahuyentar persistentes rumores de que había invitado a su rancho a clientes y empleados para participar en

«búsquedas de miel», como las llamaban: Clayton, al parecer, contrataba a prostitutas y ordenaba que se escondieran por todo el rancho, como si fueran huevos de Pascua. Williams seguía llevando cierta ventaja a Richards cuando se encontraron inesperadamente en un acto en Dallas. Ella alargó el brazo y lo saludó jovialmente: «Hola, Claytie». Él no le dirigió la palabra, violando el código del vaquero que todo texano lleva grabado a fuego. En ese instante, Williams perdió las elecciones.

Richards vestía ropa de diseño, pero se hurgaba los dientes con las uñas y, luego, se las limpiaba con una navaja suiza. Da la sensación de que toda la vida la acompañó la sorpresa de haber logrado conquistar el castillo, pero siempre valoró positivamente lo cómico de la situación. Molly me contó que una Navidad la ONG American Civil Liberties Union pidió que se retirara el portal de Belén del Capitolio. Ella llamó a la gobernadora y le preguntó:

—Annie, ¿de verdad es necesario quitar el belén?

—Me temo que sí —respondió Richards—. Y es una pena, porque no habíamos tenido jamás tres hombres sabios en el Capitolio.[\[33\]](#)

Richards tenía un acento muy cerrado, arma que podía resultar hilarante, pero que daba a su discurso un tono muy directo y sin tapujos. Era coqueta y le encantaban los chistes verdes. Una vez celebró un acto de beneficencia para un amigo común en el salón de baile del hotel Four Seasons, y el escritor Kinky Friedman, que es además vocalista del grupo Kinky Friedman and The Texas Jewboys, aprovechó la oportunidad para contar la anécdota de cuando una vez había ido a la playa con su familia y un amigo de sus padres, y este llevaba el bañador tan apretado que se le salía un testículo. Cuando lo cuento yo, no tiene mucha gracia, pero a Richards le entró tal ataque de risa que a punto estuvo de caerse de la silla.

En Texas, pese a su reputación hiperreligiosa, siempre ha habido tolerancia hacia las conductas sexuales inapropiadas de los cargos electos. Charlie

Wilson, miembro de la Cámara de Representantes del distrito 2, en el este de Texas, una de las zonas más conservadoras del estado, sufría de alcoholismo, tomaba drogas y era uno de los tipos más ligeros del Capitolio. Le encantaba relajarse en el jacuzzi, rodeado de cocaína y bailarinas de estriptis, y fue elegido doce veces a lo largo de veinticuatro años.

Esa tolerancia no se hizo extensible a Richards, sin embargo. Ella se había rodeado de una pandilla de mujeres muy poderosas, lo que provocó incontables insinuaciones y calumnias sobre su orientación sexual. Un lobista al que conozco me contó que una vez dijo: «Podría follarme a Charlie Wilson en la cama de Sam Houston, y me seguirían tomando por lesbiana».

Richards perdió en 1994, después de un solo mandato, ante George W. Bush, tras lo cual el Partido Demócrata no volvió jamás a tener relevancia política en el estado.

Aquel día de invierno de 2017 en que yo hacía la cola de seguridad para acceder al Capitolio con mi nueva licencia de armas para eludir el cacheo, pasó por mi lado el gobernador actual en su silla de ruedas. Greg Abbott había sido una gran estrella del atletismo durante sus años de secundaria. No perdía nunca una carrera, pero en 1984 le cayó encima un árbol mientras corría por el puente barrio de River Oaks, en Houston, dejándolo paralizado de cintura para abajo. Por suerte, ganó el juicio, de manera que el dueño de la casa en cuyo jardín crecía el árbol y la empresa de mantenimiento, que no había avisado de su mal estado, tuvieron que pagarle nueve millones de dólares. Más tarde, sin embargo, siendo miembro del Tribunal Superior de Texas y luego fiscal general del Estado, Abbott apoyó medidas que recortaban las indemnizaciones en casos de mala praxis médica a un máximo de doscientos cincuenta mil dólares.

La principal motivación de Abbott era mantener a raya a California y guardar a Texas de su nefasto influjo. «Texas se está californizando y quizá no estén ustedes dándose cuenta —declaraba en 2015—. Los ayuntamientos están empezando a prohibir las bolsas de plástico, la tala de árboles, la fracturación hidráulica... Se está creando un mosaico de prohibiciones y reglamentos que erosiona nuestro modelo. El milagro texano puede convertirse en la pesadilla californiana.»

Lo cierto es que esa obsesión con California me desconcierta. Yo toco el teclado en un grupo de blues que se llama WhoDo, y nuestro batería tiene una pegatina en el bombo que dice «Stop Californication of Texas Music».^[34] El alcalde de Austin, el demócrata Steve Adler, advirtió de que, si la ciudad continúa por el camino que va, «acabará como San Francisco» y la vivienda será impagable. Los periódicos a menudo hacen alarde de la cantidad de californianos que emigran a Texas, ocho al día solo a Austin, lo que demostraría la superioridad del estilo de vida texano. Si Texas pudiera llevarse también Hollywood, San Francisco, Silicon Valley, el sistema universitario californiano, el clima, las montañas y los famosos, creo que no nos parecería tan mal que se prohibieran las bolsas de plástico.

Me encanta California, por muchas razones. Como texano, no obstante, a veces me echa para atrás el desdén elitista y el desprecio sin ambages que los californianos expresan hacia mi estado. No hace sino reafirmar el sentir de algunos texanos, como si Greg Abbott le hablara a un espejo. Históricamente, los dos estados se comportan como un balancín político. Texas fue demócrata como la que más durante toda la primera mitad del siglo xx, cuando California era republicana convencida. Las figuras políticas definitorias de nuestro tiempo —Lyndon Johnson y Ronald Reagan— surgieron en aquellos ambientes políticos, opuestos como hoy, pero con los polos cambiados, dando forma al país y cambiando el mundo. Por otro lado, el hecho de que Estados Unidos

cobije dos fuerzas tan convencidas y contrarias como Texas y California da prueba del dinamismo político del país, pero tengo la sensación de que América está siendo empujada a elegir entre los modelos que encarnan uno y otro estado. Con el gobierno de Trump, Texas es claramente el arquetipo ganador. La oleada de conservadurismo que se ha hecho con tantos parlamentos estatales y con las tres ramas del poder federal hace que el país se parezca cada día un poco más a Texas.

No solo es muy distinta la política; también lo son la mentalidad y los estilos de vida de ambos estados. Se parecen, no obstante, en su conformismo. Tengo una amiga progresista que se mudó desde Texas a California. Unos años después le pregunté cómo era vivir allí. «Es desconcertante —me respondió—. Nunca he vivido en un sitio en el que todo el mundo esté de acuerdo conmigo.»

En 2013 se representó en el Berkeley Repertory Theatre, en California, una obra mía titulada *Fallaci*. A Berkeley y Austin se las considera a menudo primas hermanas políticas. A Austin la llaman la Berkeley de Texas, aunque creo que es exagerar. Estando en Berkeley, mientras me dirigía a pie a los ensayos, pasé junto a una mujer que paseaba a un nervioso chihuahua. El perrito trataba de lanzarse a la carrera y sus uñas repiqueteaban enérgicamente sobre la acera. Cuando pasé por el lado, oí que la mujer le decía al perro: «Moderación... Moderación...».

En Austin nadie espera tanto de un chihuahua.

A sus sesenta años, el gobernador Greg Abbott sigue siendo un hombre vigoroso. Sus asistentes, de hecho, tenían que acelerar el paso al cruzar la rotonda para no quedarse atrás. Le siguen haciendo sombra sus predecesores, Rick Perry y George W. Bush, pero sospecho que tiene ambiciones similares.

Defendió con uñas y dientes la propuesta, adoptada por otros diez estados, de convocar una convención constituyente, dirigida a embridar el poder del Gobierno federal. Abbott lo apodó el «plan Texas». Se exigiría al Gobierno federal que equilibrase su presupuesto, como hace el estado, y que prohibiera que los reglamentos de las agencias gubernamentales —como la Agencia de Protección Medioambiental o el Departamento de Trabajo— invaliden las leyes estatales. Como fiscal general, Abbott había perdido muchas de las demandas presentadas en nombre del estado de Texas contra el Gobierno federal de Estados Unidos, como la ley de Atención Sanitaria Asequible y varios controles medioambientales federales. En virtud del plan Texas, el Tribunal Superior necesitaría una mayoría de al menos siete magistrados para tumbar una ley estatal. Abbott gestionó el plan Texas por la vía de urgencia, así que fue rápidamente aprobado y sancionado, lo que preocupó a los legisladores republicanos de la corriente mayoritaria en Washington, quienes temen que, dado el actual clima político, una iniciativa tal pudiera desembocar en un asalto incontrolado a la autoridad federal.

El gobernador también ha propuesto para su aprobación por la vía de urgencia en la sesión de 2017 una reforma ética que, sin embargo, no acomete las necesidades éticas más básicas de los ciudadanos. «En el gobierno estatal se producen algunos de los incumplimientos más escandalosos —me cuenta Lyle Larson, miembro de la Cámara de Representantes estatal por San Antonio—. Es bien conocido desde hace años el evidente toma y daca. Por ejemplo, para formar parte del Consejo de Parques, Fauna y Flora o de un claustro universitario, hay que hacer aportaciones significativas a la campaña de Abbott, de hasta cien mil dólares. Ese dinero, obviamente, no aparece en las cuentas del gobernador.» (La secretaria de prensa de Abbott me aseguró que «el gobernador Abbott selecciona y designa a las personas que, en su opinión, están mejor dotadas para llevar la excelencia a las organizaciones en que se

desempeñan». En cualquier caso, poca reforma ética hay en eso.)

Pese a todas las iniciativas presentadas por Abbott, aquella sesión parlamentaria estuvo dominada por las prioridades del vicegobernador Patrick, entre las que se incluía bloquear el aumento del impuesto sobre la propiedad inmobiliaria, así como abordar cuestiones como la reforma de las demandas judiciales derivadas del granizo; según la patronal de las aseguradoras texanas, los propietarios de viviendas habían sufrido, solo en 2016, pérdidas valoradas en cinco mil millones de dólares debido al granizo, la cantidad más elevada de todo el país, lo que resultó en medio millón de reclamaciones al seguro. La agenda política de Patrick estaba muy influenciada por la plataforma antiabortista y por la hostilidad hacia el matrimonio homosexual y los trabajadores sin documentos de la Texas AM. Patrick propuso, además, un subsidio público —en forma de cupones— para promover la educación privada y en el hogar. Un tribunal de apelaciones federal dictaminó en 2016 que la vigente ley texana que regula la identificación de los votantes discrimina a las minorías y a las personas sin recursos, pero Patrick quiso endurecer aún más dicha ley. Tales proyectos legislativos escorarían a Texas aún más del lado de las familias adineradas y reforzarían políticamente a los evangélicos blancos que se sienten amenazados por las minorías crecientes y por los cambios en las convenciones sociales.

Los políticos rara vez pagan un precio por el daño que pueden hacer en nombre de causas populistas, como declarar una guerra o reducir impuestos a expensas de programas sociales de vital importancia. La rigidez política se confunde, a menudo, con el vigor moral, como ocurrió cuando, en 2011, el gobernador Rick Perry vetó un proyecto de ley que habría prohibido usar el móvil al volante, con el argumento de que aquello era «un intento

gubernamental de microgestionar el comportamiento de las personas adultas». Texas supera invariablemente la media nacional de muertos en accidente de tráfico. Según el Departamento de Transportes estatal, más de cuatrocientos texanos mueren anualmente en accidentes ocasionados por distracciones a menudo relacionadas con el uso del teléfono móvil.

El patrocinador del proyecto de ley vetado por Perry no fue otro que el ultraconservador Tom Craddick, expresidente de la Cámara. Este volvió a presentar el proyecto en la sesión de 2017, por cuarta vez. Craddick compara el proyecto de ley para prohibir el móvil al volante con el que impuso el cinturón de seguridad, el cual, reconoce, «es muy impopular» en su distrito. «Aunque digan que el 95 por ciento de los conductores obedece la ley.»

El 29 de marzo de 2017, mediada la sesión parlamentaria, un soldador de nombre Jody Kuchler llamó a la oficina del sheriff de los condados de Uvalde y Real para avisar de que una camioneta blanca iba haciendo eses por una carretera de doble sentido. «Va a chocarse con alguien o va a salirse de la carretera», dijo Kuchler a los policías. Acto seguido, vio impotente como la camioneta se empotraba contra un autobús que transportaba a un grupo de fieles de la Primera Iglesia Bautista de New Braunfels. Murieron trece pasajeros. El conductor de la camioneta se llamaba Jack Dillon Young, tenía veinte años y se había metido un buen cóctel de drogas. Salió prácticamente ileso. «Lo siento. Lo siento. Estaba enviando un mensaje», declaró a la prensa. Yo le pregunté: «Hijo, ¿eres consciente de lo que acabas de hacer?».

Este es solo uno de los accidentes que podrían haberse evitado si Rick Perry hubiese firmado el proyecto de ley de 2011.

Durante esa misma sesión, el Gobierno estatal republicano sí dedicó tiempo y esfuerzo a retirar fondos a los programas de salud dirigidos a mujeres. «Es la guerra contra el control de natalidad y el aborto —reconocía Wayne Christian, representante en la Cámara estatal, adalid del Tea Party y cantante

de góspel—. Lo que nosotros proponemos sí es planificación familiar.»

En Texas, el asunto del aborto trae cola desde hace mucho. En 1970, Norma McCorvey demandó —usando el nombre de Jane Roe— al legendario fiscal del distrito de Dallas, Henry Wade. McCorvey había huido del reformatorio y con veintiún años se había quedado embarazada de su tercer hijo. En esa época, el aborto estaba prohibido en Texas, salvo cuando la vida de la madre corriese peligro. El aborto solo era legal en seis estados del país. Se ocuparon del caso Roe contra Wade dos jóvenes abogadas de Austin, Sarah Weddington y Linda Coffee, y, en 1973, el Tribunal Supremo dictaminó que la cláusula de proceso debido contenida en la Decimocuarta Enmienda cubría también la decisión de una mujer de acceder al aborto. No obstante, el tribunal especificó que el estado tenía la obligación de equilibrar el derecho de una mujer a tomar decisiones contra la protección de su propia salud con la viabilidad potencial del feto.

La decisión llegó un poco tarde para McCorvey, que tuvo el bebé y lo dio en adopción. McCorvey estaba trabajando en una clínica abortista en Dallas cuando, de repente, tuvo una epifanía y se convenció de que el aborto era algo malo. Se unió entonces al grupo antiabortista Operation Rescue. El director, Flip Benham, la bautizó en 1995 en la piscina de su casa.

Los objetivos a largo plazo de los conservadores de Texas son imposibilitar el acceso al aborto y poner fin a las subvenciones estatales al control de natalidad y a los programas de planificación familiar, los cuales, hasta 2011, cubrieron el 60 por ciento de las necesidades sanitarias de las mujeres sin recursos del estado. Los legisladores recortaron el presupuesto de planificación familiar de 111,5 millones de dólares a 37,9. El resultado fue que cerraron ochenta y dos clínicas. Al dejar los programas de planificación familiar carentes de fondos, el Gobierno impidió que muchas mujeres pudieran someterse a las pruebas necesarias para diagnosticar y tratar cáncer y otras

enfermedades graves.

En marzo de 2012, Rick Perry, quien acababa de abandonar su primera carrera presidencial, firmó un proyecto de ley que obligaba a todas las mujeres que quisieran abortar a hacerse una ecografía veinticuatro horas antes de la intervención. Carol Alvarado, representante demócrata por Houston, señaló ante la Cámara que a una mujer embarazada de entre ocho y diez semanas solo podría hacerse una ecografía transvaginal. La representante mostró el instrumental que se usa en esas ecografías a la Cámara. Los legisladores contemplaron, incómodos, aquella vara de plástico blanco, con el aspecto de una pistola alargada, que se introduce en la vagina de la mujer. «Una intrusión gubernamental en toda regla», observó Alvarado. No obstante, el proyecto de ley se aprobó por 107 votos frente a 42. «Este es un gran día para Texas—declaró Dan Patrick, miembro del Senado de Texas—. Este es un gran día para la salud de la mujer.»

Texas tiene el mayor porcentaje de personas sin ningún tipo de seguro médico de todo el país y aproximadamente un 17 por ciento de las mujeres y niñas del estado vive por debajo del umbral de la pobreza. Después de que se recortaran los fondos destinados a planificación familiar, se produjo un abrupto aumento en los partos atendidos por el seguro médico público Medicaid.

Los embarazos de adolescentes han disminuido en todo el país, aunque en Texas la disminución ha sido más lenta, en parte porque el estado fomenta la abstinencia como principal medio de control de la natalidad y dificulta el acceso a los anticonceptivos. Texas tiene el índice más alto de embarazos adolescentes reincidentes de todo el país. Según la Campaña Nacional de Prevención de Embarazos Adolescentes, los embarazos de las adolescentes texanas cuestan al estado más de mil millones de dólares al año en salarios desaprovechados y servicios sociales. Un estudio realizado en 2017 por la

Universidad de Texas A&M estimó que dos mil doscientos adolescentes no habrían dado a luz si el Parlamento no hubiera recortado en planificación familiar. Los contribuyentes texanos pagan un promedio de veintisiete mil dólares por embarazo, lo que asciende a un total de ochenta millones de dólares al año en concepto de embarazos no deseados. No se incluyen aquí el coste social de la pobreza, el elevado fracaso escolar y la dependencia que las madres adolescentes suelen tener de los servicios sociales.

El estudio de la Universidad de Texas A&M también demostró un repunte en los abortos entre adolescentes, contrariamente a lo que en teoría lograría el cierre de las clínicas abortistas. Del estudio se colige que es la política estatal, y no el aumento de la actividad sexual entre las adolescentes, lo que ha provocado el exceso de embarazos y abortos entre adolescentes. Si Texas realmente quisiera poner coto a esta realidad social, deberá dar acceso a anticonceptivos a los adolescentes que los soliciten.

Harta de la insensibilidad con que se trataba a las mujeres, Jessica Farrar, representante por Houston en la Cámara texana, presentó el proyecto de ley 4260 o Ley del Derecho de los Hombres a Saber, en el que usaba el mismo tono de superioridad, esa actitud de «es por tu propio bien» que caracteriza a tantos proyectos de ley relativos al aborto y otros aspectos de la salud femenina. Por ejemplo, se proponía la obligatoriedad de hacerse una ecografía y un tacto rectal antes de poder tomar Viagra. Además, se prescribían multas como la que sigue:

SECCIÓN 173.010:

MULTAS RELATIVAS A EYACULACIONES MASTURBATORIAS

Las eyaculaciones masturbatorias acaecidas en un centro médico adecuado serán almacenadas a efectos de la concepción por parte de una esposa actual o futura.

- (a) Las eyaculaciones acaecidas en el exterior de la vagina de una mujer o las

eyaculaciones masturbatorias acaecidas en el exterior de un centro médico adecuado supondrán una multa de cien dólares por eyaculación. Asimismo, estas eyaculaciones serán consideradas actos contra el niño no nacido y contra la santidad de la vida.

Este proyecto de ley nunca se votó.

Los niños también han recibido un trato implacable en Texas. En 2015, una jueza federal, Janis Graham Jack, dictaminó que los niños que entran en centros de acogida del estado «salen de ellos peor de lo que entran». La jueza declaró que el estado violaba los derechos constitucionales de los niños al exponerlos a riesgos injustificados. Añadió que las agencias estatales habían adoptado una política de «indiferencia deliberada» hacia los graves problemas de los niños, incluso en caso de abusos repetidos y, en ocasiones, homicidio. «La norma son la inestabilidad, la medicación con fármacos psiquiátricos, el acoso y las violaciones», zanjó.

El gobernador Abbott prometió reformar el programa de acogida infantil estatal, pero las cosas no han hecho sino empeorar desde su llegada. Solo en el ejercicio de 2016, murieron en todo el estado al menos doscientos niños y niñas por acoso, maltratos o negligencia, en comparación con los 173 del año anterior, y eso sin contar otros cien casos de muertes aún en investigación. Los Servicios de Protección del Niño, agencia estatal encargada de investigar los casos de acoso, está sumida en el caos. Y, aun así, el fiscal general de Texas, Ken Paxton, ha recurrido la decisión de la jueza de designar a un observador especial que supervise el programa de acogida, porque supondría una «injerencia del Gobierno federal».

Casi un año después del dictamen de la jueza, una investigación de *The Dallas Morning News* dio a conocer que, con fecha de septiembre de 2016, las agencias gubernamentales del estado no se habían puesto aún en contacto con más de cuatro mil setecientos niños que vivían en situaciones de alto riesgo por acoso o negligencia. Entretanto, cientos de niños y niñas dormían en

colchones inflables de playa en hoteles, albergues e incluso en dependencias gubernamentales, porque el estado no tiene otro lugar. Cientos de trabajadores sociales han dimitido, alegando sobrecarga de trabajo y sueldos míseros. Se sienten desmoralizados y denuncian además que en ocasiones viven situaciones de peligro.

Los responsables sindicales afirman que si se subieran los salarios, con cifras iniciales de treinta y siete mil dólares al año, se atraería a más candidatos para estos puestos, pero las autoridades estatales contraatacaron con un plan para reducir los requisitos formativos de los trabajadores sociales. Durante la sesión legislativa de 2017, mientras se valoraba una serie de proyectos de ley encaminados a solucionar la crisis de la atención infantil, una adolescente recluida en una dependencia estatal inadecuada se escapó de madrugada. Murió atropellada por una furgoneta.

Pese a este lamentable historial, Texas está en los puestos intermedios de la lista en lo que se refiere a las diversas medidas relativas a programas de atención infantil, según la Fundación para la Responsabilidad Gubernamental, por delante de Nueva York, California y Massachusetts, estado que cierra dicha lista por abajo.

Los lobistas reciben ese nombre en inglés porque solían esperar a los legisladores en el *lobby*.^[35] Cuando regresé a la asamblea texana, en febrero de 2017, había unos cincuenta de estos individuos, casi todos hombres de traje oscuro, que se abalanzaban sobre cualquier senador que apareciese por allí. Aunque parezcan mendigar, los lobistas mueven muchos votos y son en realidad responsables de una gran parte de la legislación que se aprueba en el Parlamento de Texas.

Bill Miller, amigo y vecino mío, lleva tres décadas en el *lobby*. En sus

inicios, reparó en que todos los líderes políticos tenían cabezas de animales colgadas de la pared del despacho, así que se mandó hacer una cabeza de león marino de papel maché para el suyo.

—Uau, ¿cazó usted un león marino? —preguntó en una ocasión un impresionado legislador.

—Sí —respondió Bill—. Con una tabla de surf.

En el interior de la Cámara Alta, estaba teniendo lugar un debate crucial en torno al proyecto de ley 4 del Senado, el de las «ciudades santuario», como se lo conocía. Dicho proyecto era uno de los prioritarios para el gobernador. Esencialmente, esa ley requería que Texas se uniera a la guerra del Gobierno de Trump contra los inmigrantes sin papeles. En Houston y Dallas hay más o menos un millón.

Unos días antes, cuatrocientas cincuenta personas habían hecho cola para dar testimonio ante la comisión de Asuntos de Estado del Senado y protestar contra el proyecto de ley 4, que en su opinión era una medida discriminatoria que legalizaría la segregación racial. La cola daba la vuelta a la rotonda y ascendía hacia la segunda galería. La audiencia se extendió a lo largo de más de dieciséis horas y terminó bien entrada la madrugada. Los jefes de policía de Austin y San Antonio afirmaron que una ley así dificultaría su trabajo con la comunidad inmigrante. Una joven contó que había intentado suicidarse tras la deportación de su padre. Al final, la comisión dio su visto bueno al proyecto, con 7 votos republicanos a favor y 2 votos demócratas en contra. Era evidente que ningún miembro pensaba cambiar de opinión.

Las autoridades federales responsables de gestionar la inmigración suelen pedir a las fuerzas de seguridad locales que retengan a las personas bajo su custodia hasta que se verifique su estatus. Sally Hernández, la sheriff del condado de Travis, que llevaba en el cargo apenas un mes cuando los legisladores llegaron a un acuerdo, había promocionado Austin como ciudad

santuario durante su campaña, declarando que solo retendría a los detenidos cuando fuesen sospechosos de crímenes violentos. En todos los demás casos, se dejaría ir a quienes pagasen la fianza correspondiente.

Fue como si la sheriff Hernández hubiese abierto la puerta a una caterva de zombis hambrientos. Quizá no supo apreciar enteramente lo que el condado de Travis y su capital, Austin, ambos feudos progresistas, significaban para la élite republicana, mayormente afiliada al Tea Party. El gobernador Abbott recortó de un día para otro en un millón y medio de dólares las subvenciones estatales para el condado de Travis, y acudió al programa de televisión de Bill O'Reilly en la Fox, donde se pronunció sobre el proyecto de ley 4 con las siguientes palabras: «Hoy hemos presentado un proyecto de ley que meterá en cintura al condado de Travis y terminará con la política de ciudades santuario en todo el estado de Texas».

—¿Tiene la sheriff Hernández una motivación política? —preguntó O'Reilly—. No entiendo cuáles pueden ser sus razones.

—La señorita Hernández quiere complacer a los ideólogos de izquierda, como ocurre en California —contestó Abbott.

El proyecto de ley 4 se trufó de enmiendas punitivas, todas ellas apoyadas por la mayoría republicana, enteramente blanca. (De los treinta y un miembros del Senado de Texas, solo once son demócratas; siete de ellos son hispanos.) En virtud de una de estas enmiendas, la sheriff Hernández o Sally Santuarios, como empezó a llamarla el gobernador, podía ser condenada hasta a un año de cárcel si se negaba a retener a los detenidos preventivamente hasta la verificación de su estatus.

El proyecto de ley 4 era también una de las prioridades del vicegobernador, Dan Patrick. Mientras se debatía en el Senado, él observaba desde el estrado, departiendo ocasionalmente con algún otro parlamentario o con algún ujier. A sus sesenta y siete años, Patrick tiene un abundante pelo castaño que empieza a

encanecer por las sienes. Es un hombre alto y sereno, de sonrisa fácil. Era difícil creer que este funcionario público, popular y seguro de sí mismo, hubiese llegado al lugar en que se encontraba tras una vida tan turbulenta.

El nombre de nacimiento de Dan Patrick es Dannie Scott Goeb. Llegó al mundo en un barrio obrero del este de Baltimore. Su padre era el encargado de la distribución del periódico *The Baltimore Sun* y su madre era contable. Dannie fue el primero de su familia en cursar estudios universitarios. En 1972 se graduó en Filología Inglesa en la Universidad de Maryland, en el campus del condado de Baltimore. Se casó joven con su novia de secundaria, pero ese matrimonio terminó pronto, en 1973. En aquellos tiempos, Dannie Goeb vendía anillos de graduación, birretes y togas para Carnation Company. Era un comercial talentoso, pero no era lo que soñaba. Él quería presentar *The Tonight Show*.

Obtuvo su primer empleo en televisión como presentador de los deportes y del tiempo de los fines de semana en la cadena WNEP, de Scranton, en Pennsylvania, la misma que vio nacer a Bill O'Reilly. Dannie adoptó un nuevo nombre, Dan Patrick, con el que desarrolló también una nueva personalidad; siete meses después de su primera emisión, Patrick dirigía los deportes de una cadena de Washington D. C. En octubre de 1979, se trasladó a Houston, donde se convirtió en el presentador de deportes de la KHOU, afiliada a la CBS. Se le daba bien llamar la atención; consiguió que dos animadoras de los Houston Oilers le pintaran el cuerpo de azul, por ejemplo, y, en otra ocasión, recitó los resultados de la semana con un puma echado en el regazo. Sin embargo, ni eso ni los divertidos sombreros o barbas postizas que se ponía en antena sirvieron para sacar a la cadena del hoyo. La KHOU se vendió en 1984, y sus propietarios decidieron poner al frente de los deportes a alguien más sobrio. «No me dejan ser yo mismo, así que he dimitido», explicó en un anuncio de periódico en el que invitaba a los houstonianos a conocer su nuevo proyecto,

un bar deportivo cercano a la Universidad Rice. Se dejó barba y se puso un objetivo, hacerse millonario en seis años. Cuando lo consiguiera, quizá entraría en política. «No veo razón por la que no pueda convertirme en presidente de este país», declaró al *Texas Monthly* entonces.

Como muchos texanos de principios de la década de 1980, Patrick pensaba que el boom no acabaría nunca. «En cuestión de dos años me embarqué en cinco proyectos empresariales diferentes», escribiría en sus espirituales memorias, tituladas *The Second Most Important Book You Will Ever Read*, publicado en 2002. «Tenía cientos de empleados, me sobrepasaba. Era una pesadilla.» En 1986, cuando llegó la crisis, se declaró en bancarrota.

El libro no menciona en ningún momento el coste psicológico de la tragedia. En 1989, Patrick hizo una declaración jurada, durante el proceso por una demanda judicial contra el periódico *The Houston Post* y contra el redactor de la sección de sociedad, Paul Harasim. Patrick acusaba a Harasim de haberlo calumniado con la publicación de una falsa noticia sobre una pelea en su discoteca. Harasim escribió que Patrick había provocado una pelea con Alvin Jackson, alias Boom, antiguo lanzador de martillo y jugador de fútbol americano de la Universidad Estatal de Pennsylvania, de metro noventa y tres y ciento trece kilos de peso. Patrick negó que aquello fuese una pelea o siquiera un forcejeo, aunque él había terminado en el cubo de la basura del callejón trasero. Patrick negaba lo que contaba el artículo, aunque reconoció que había perdido los nervios y había insultado a Jackson, y los clientes de la discoteca los habían oído. Harasim citó a Boom Boom Jackson: «Esa noche no habría batido ningún récord de lanzamiento de martillo. Pero quizá sí de administrador de discoteca».

La demanda de Patrick se desestimó en 1993, sin posibilidad de recurso.

Durante el interrogatorio, los abogados de Harasim y de *The Houston Post* describieron a un hombre que había llegado a las manos varias veces por

conflictos tanto profesionales como personales. Además, Patrick les facilitó su historial médico, que daba cuenta de su larga lucha contra la depresión. Había estado hospitalizado por ansiedad y agotamiento en 1982 y, de nuevo, en 1986. «Anoche cometí una estupidez —dijo a sus médicos en esta última ocasión—. Intenté suicidarme. Me metí una sobredosis de fármacos y me corté las venas de la muñeca. Estaba solo y me di cuenta entonces de que no quería morir. Pedí un taxi y fui a urgencias.» Era la segunda vez que intentaba matarse. Les dijo a los médicos que no sabía lo que era la felicidad.

Texas se encontraba en el nadir del boom petrolífero. Las víctimas más visibles de la crisis eran los bares y restaurantes. El sábado anterior a su intento de suicidio, Patrick había tenido que cerrar su discoteca. Tres de sus cuatro restaurantes también fueron a la quiebra. El informe del médico que lo atendió habla de «una sensación de desamparo y desesperanza, de no valer nada, y una acusada pérdida de autoestima». Muchos otros texanos se sentían así tras ver sus sueños hacerse añicos.

Más adelante, durante la primera campaña de Patrick para el puesto de vicegobernador, uno de sus adversarios esgrimió contra él el citado historial médico, pero le salió el tiro por la culata. Patrick había corrido grandes riesgos, y eso forma parte de la manera de ser texana, pero también había salido adelante, lo cual había dado forma en parte a su leyenda. En 1988, alquiló un espacio en una pequeña emisora de AM de Tomball, una ciudad dormitorio cercana a Houston. Cuando los accionistas de la emisora demandaron al propietario, Patrick se las arregló para comprarla. Seis meses después, recibió una llamada de un entonces aún desconocido locutor de radio de tendencia conservadora que pronto se haría famoso, Rush Limbaugh, a quien habían cerrado las puertas en otras emisoras houstonianas. A los pocos meses del fichaje de Limbaugh, la emisora ya se escuchaba en todo el estado. Patrick compró otra emisora más y, en 1994, vendió su participación

mayoritaria en ambas por casi 27 millones de dólares. Toda una parábola texana.

Así que mientras observaba a Patrick en el estrado, en la cúspide del poder político texano, pensé que Dannie Goeb había logrado reinventarse una vez más, esta vez como hombre feliz.

«¿Cuál es su propósito, senador Birdwell?», preguntó Patrick cuando Brian Birdwell, republicano por Granbury, al suroeste de Forth Worth, se levantó para hablar en favor del proyecto de ley sobre las ciudades santuario. Birdwell, un coronel retirado del ejército que resultó gravemente herido en el ataque al Pentágono del 11-S, había tenido que someterse a treinta y nueve operaciones y numerosos injertos de piel. A la pregunta de Patrick, respondió que le preocupaba la «cultura de la insubordinación» que estaba floreciendo en Texas, añadiendo que el siguiente paso sería la insurrección pura y dura. Esto parece ser que fue una alusión contra la sheriff Hernández. «Lo que hoy toleran ustedes, mañana lo apoyarán, y pasado mañana lo subvencionarán.»

El senador Juan Hinojosa, alias Chuy, demócrata procedente del fértil valle del río Grande, se pronunció contra el proyecto de ley. «Estoy de acuerdo al cien por cien en que, como nación, tenemos derecho a definir nuestras fronteras», afirmó. Sin embargo, Hinojosa temía que el proyecto de ley diera pretextos para la expulsión a granel de inmigrantes sin documentación que no hubieran cometido delitos. «A mí me deportaron cuando tenía cinco años», declaró. Tanto él como su padre eran ciudadanos estadounidenses, pero su madre no tenía papeles. Estaba trabajando en la recogida del tomate en el condado de Hidalgo, que limita con México, cuando se presentó en la explotación la Patrulla Fronteriza. «Nos metieron en un furgón y no tuvimos tiempo ni siquiera de avisar a mi padre —me contó más tarde—. Tuvimos que

vivir en México un año entero, durante el cual mi padre no dejó de buscarnos.»

El senador Hinojosa me contó que pensaba que la sheriff era ingenua y poco experimentada. «Hablaban de retener a las personas sin documentación solo en caso de que hubieran cometido crímenes violentos, pero ¿y si coges a alguien que ha pasado por la frontera cien kilos de cocaína? O si te pillan robando en una casa. En esos casos, desde luego que hay que retener al individuo hasta comprobar su situación.»

La sheriff Hernández se defendió en una columna de periódico: «Responsabilizar a las fuerzas policiales locales del trabajo que deben realizar los agentes de inmigración federales crea tensiones, y esta es la razón por la que la política de retención en caso de delitos no violentos debe ser opcional».

El debate arreciaba y el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas echó las redes de arrastre a nivel nacional para atrapar a delincuentes indocumentados y criminales violentos, pero llevándose por delante también a personas honradas aunque sin papeles. En Austin se detuvo a cincuenta y una personas, menos de la mitad de las cuales habían cometido delitos, una proporción inferior a la de cualquier otra ciudad del país. Esa operación llevó a los residentes a creer que la ciudad estaba marcada.

Muchos de los estadounidenses de origen mexicano que residen en Texas apoyan un endurecimiento de las leyes de inmigración. «Mientras no haya un sesgo específico contra los hispanos, podemos entender las razones —me contaba el senador Hinojosa—. Desde el 11-S, toda la cultura ha cambiado.» Según la normativa actual, no obstante, los migrantes sin documentación —sobre todo aquellos de América Central que cruzan desde México— se limitan a entregarse a la policía de fronteras. Se les deja en libertad y se les cita en un juzgado un año o dos después. Hinojosa observa que no tiene sentido dejar

entrar a los indocumentados en el país y que vayan a donde les plazca, para luego hacer redadas con el fin de echarles el guante encima y deportarlos. «Es un sistema fallido», concluyó.

Legislatura tras legislatura, el Parlamento texano ha buscado imponer unas reglas más estrictas en lo referido a la identificación de los votantes, con el presunto objetivo de evitar fraudes electorales. Una ley de 2011 exige presentar pasaporte estadounidense, tarjeta de identificación militar, carnet de conducir estatal, licencia para llevar armas ocultas o certificado del censo electoral estatal para votar. Esa misma ley da por inválidas, al mismo fin, las identificaciones del Gobierno nacional o del estatal, así como los carnets estudiantiles. La jueza federal Nelva Gonzales Ramos, del distrito sur de Texas, echó por tierra esa ley, con el argumento de que se trataba de un «impuesto de capitación inconstitucional». El estado apeló, pero el recurso se rechazó, en parte porque no había pruebas reales de que se hubieran cometido fraudes en el voto; el Tribunal Supremo se negó a admitir el caso a trámite. El Tribunal de Apelaciones envió el caso de vuelta a la jueza Gonzales Ramos y le pidió que determinase si la ley tenía un espíritu discriminatorio. Si Ramos concluía que así era, podría activarse un proceso de revisión de las leyes electorales texanas por parte de las autoridades federales, en aplicación de la Ley de Derecho al Voto.

La cuestión del fraude en el voto alcanzó dimensiones nacionales tras la elección presidencial de 2016. Gregg Phillips, antiguo miembro de la Comisión de Servicios Humanos y Salud de Texas, dio a Donald Trump la falsa impresión de que habría ganado el voto popular de no haberse contado los votos ilegales. Phillips, fundador de una asociación llamada VoteStand, tuiteó que en las elecciones se habían recontado tres millones de votos no válidos. Rehusó aportar pruebas, aunque contó a la CNN que había desarrollado un algoritmo que le permitía determinar el estatus del inmigrante.

Trump exigió una investigación más detallada al respecto del supuesto fraude en el voto.

En mitad del revuelo, se descubrió que una tal Rosa María Ortega, madre de cuatro hijos, con treinta y siete años y estudios hasta sexto grado, se había registrado ilegalmente en el censo electoral en Fort Worth. Llevaba viviendo en Estados Unidos desde bebé y tenía la residencia, podía legalmente prestar servicio en el ejército y estaba obligada a pagar impuestos. Dio por hecho que podía votar, como ya lo había hecho en 2012 y en 2014. El fiscal del condado decidió ejemplarizar con su caso. Se la condenó a ocho años de cárcel. Cuando salga, podría ser deportada a México. Paradójicamente, es republicana y su voto fue, de hecho, para Ken Paxton, fiscal general de Texas y uno de los abanderados de la lucha contra el fraude en el voto.

En abril, la jueza Gonzales Ramos dictaminó que la ley texana relativa a la identificación de los votantes estaba diseñada deliberadamente para discriminar a minorías. Casi simultáneamente, un panel de jueces federales de San Antonio dirimió que tres de los treinta y seis distritos congresuales se habían definido ilegalmente para arrebatar el poder a esas mismas minorías.

Evan Smith, cofundador de *The Texas Tribune*, ha seguido muy de cerca del desarrollo de trece sesiones parlamentarias. En todo este tiempo, ha tomado nota sobre los ataques contra las ciudades santuario, así como sobre la persistente renuencia a financiar adecuadamente la educación pública o el programa Medicaid, en el estado con mayor número de ciudadanos sin seguro del país, mientras que se han dedicado ochocientos millones de dólares a garantizar la seguridad fronteriza. «La población blanca teme al cambio y cree que lo que tienen les va a ser arrebatado por unas personas que no se lo han ganado —me comenta—. Sin embargo, lo único que hacen es azuzar el avispero. En 2004, la población anglosajona se convirtió en minoría en Texas. Lo cierto es que el tiempo de los anglosajones se ha acabado.»

El punto más controvertido de la lista de prioridades de Dan Patrick para la sesión parlamentaria de 2017 es el proyecto de ley 6, la apodada Ley de los Baños, que prohibiría a las personas transgénero usar los aseos y vestuarios de las escuelas y otras dependencias públicas que no se correspondan con el sexo de sus partidas de nacimiento. Además, el proyecto revoca todas las ordenanzas locales que permiten a los ciudadanos transgénero decidir qué baños usar.

En 2016 se aprobó una ley similar en Carolina del Norte. Como respuesta, artistas como los Pearl Jam o Bruce Springsteen cancelaron conciertos, y la NBA y la NCAA consideraron no celebrar encuentros deportivos en ese estado. El gobernador, Pat McCrory, defensor de la ley, perdió la reelección debido en parte a las protestas a nivel nacional. Patrick, por su lado, argumentó que el proyecto de ley no tendría ningún perjuicio económico para Texas y que los únicos que se oponían a él eran los medios y «la izquierda laica». «No quieren que se rece en las escuelas, no son provida, les parece bien que niños y niñas se duchen juntos en décimo curso y que los hombres entren en los baños de las mujeres», afirmó el vicegobernador en una oración pública celebrada en la escalinata del Capitolio. El fiscal general, Ken Paxton, imputado entonces en un caso de fraude bursátil, añadió: «Esta es una guerra espiritual».

El proyecto de la Ley de los Baños surgió cuando el superintendente del sistema escolar público de Fort Worth anunció, en 2016, que, siguiendo la normativa federal de aquel momento, los estudiantes transgénero podrían utilizar los baños y vestuarios que se correspondieran con su identidad de género. Además, solicitó que educadores y personal administrativo se refiriesen a los estudiantes con términos inclusivos, en lugar de utilizar

«niños» y «niñas». En la oración pública, Patrick pidió la dimisión del superintendente y aseguró que este tipo de políticas supondrían «el fin de la educación pública» y provocaría una rebelión en masa de las familias. «Creo que este es el principal problema al que se enfrentan las escuelas estadounidenses y las familias de los alumnos desde la supresión de la oración en la escuela pública», zanjó Patrick.

La patronal de Texas ha perdido un poco los estribos con respecto al proyecto de ley 6, llegando a presentar un informe según el cual la adaptación a la nueva ley podría costar al estado hasta ocho mil quinientos millones de euros, una cifra a la que PolitiFact no da crédito. La Super Bowl se celebró en Houston un mes después de la inauguración de la sesión parlamentaria y, en respuesta al proyecto de la Ley de los Baños, la Liga Nacional de Fútbol Americano (NFL) dio a entender que, de aprobarse definitivamente, la Super Bowl quizá no volviera a celebrarse en Texas. El gobernador Abbott, que no había dicho esta boca es mía, pidió a la NFL que se metiera en sus propios asuntos.

No es la primera vez que los baños levantan controversia en el estado. Recuerdo que en el primer concierto de Willie Nelson al que asistí en mi vida, en la década de 1980, estaba en el baño de hombres durante el descanso cuando una docena de mujeres desesperadas por hacer pis entraron atropelladamente y asediaron los váteres. Fue de lo más animado. Este tipo de episodio se ha dado en otras ocasiones, hasta que, en 1993, cuando era gobernadora Ann Richards, se presentó un proyecto de ley para la paridad de los urinarios, que obligaba a que en las instalaciones deportivas y de ocio de nueva construcción hubiera el doble de inodoros en los baños de mujeres que en los de hombres.

El proyecto de la Ley de los Baños no ha sido algo exclusivo de Texas, pues otra docena de estados están pendientes de aprobar proyectos similares. Sin

embargo, es el tipo de iniciativa que ejemplifica la maldad e intolerancia con que la gente tiende a asociar Texas. El proyecto de ley se vendió como una medida para proteger a las mujeres de depredadores sexuales que puedan hacerse pasar por personas transgénero, un problema que prácticamente no existe. Las leyes vigentes ya protegen a las mujeres de ser espiadas o abordadas en situaciones de ese tipo. Los promotores de esta iniciativa legislativa afirmaban no querer discriminar a los texanos y texanas transgénero, aunque el efecto de la ley sería precisamente ese. La única solución para las personas trans sería enmendar el certificado de nacimiento, un procedimiento administrativo largo y costoso. El proyecto de ley proponía multar a las escuelas y agencias gubernamentales con hasta diez mil quinientos dólares al día en caso de incumplimiento. «¿Cómo piensan hacer que se cumpla? —me preguntaba Chuy Hinojosa—. ¿Van a obligar a todas las mujeres que entren a un baño público a levantarse la falda?» Se rumoreó la necesidad de contratar a un inspector especializado.

Un día, charlamos sobre el proyecto de la Ley de los Baños en mi habitual desayuno de los lunes, para el que nos solemos reunir Steve Harrigan, el historiador H. W. Brands, Gregory Curtis, antiguo redactor de *Texas Monthly*, y yo. Parece inevitable que los baños del futuro, al menos en Texas, pasen a ser unisex, como ocurre ya en algunos restaurantes. Yo comenté que había visto un nuevo tipo de baño en el aeropuerto de Austin, cuya puerta decía: «Todos los géneros». Greg observó que eso significaría el final de los típicos urinarios de pie. Todos nos quedamos callados por un instante. Sin duda, una gran pérdida.

Steve nos contó más adelante que, en el baño de un restaurante de Austin, había leído lo siguiente:

LO QUE SEA,

PERO LÁVATE LAS MANOS.

El 2 de marzo de 2017, regresé al Capitolio texano para almorzar con el presidente de la Cámara de Representantes, Joe Straus, un lacónico republicano de San Antonio. Ese día se celebraba el 181.º aniversario del día en que Texas declaró su independencia de México y, también, de la escalada de los «días temibles», como suelen llamar los historiadores texanos al periodo que culmina el 6 de marzo con la caída de El Álamo. La rotonda del Capitolio estaba repleta de niños tocados con gorros de mapache y niñas con vestidos de cuadros y bonete, que se disponían a cantar «Ballad of the Alamo», de Marty Robbins. Los niños del Colegio para Sordos de Texas la interpretarían en la lengua de signos. Oficiarían un homenaje a la bandera cuatro jubilados que, además, hacían el papel de los Soldados Búfalo, el cuerpo de caballería formado solo por negros, que desempeñaron un importante rol en las guerras contra los nativos. Un tipo alto con chistera se paseaba de un lado para otro, preparándose para recitar la carta que William Barret Travis escribió desde El Álamo. Entretanto, en la Cámara de Representantes, se resolvía honrar el «sacrificio de los héroes de El Álamo» y condecorar a ciudadanos notables. Un representante propuso nombrar el taco como desayuno oficial del estado.

Me reuní con Straus en su despacho. Sobre el escritorio del presidente de la Cámara había un busto de Sam Houston. «¿Sabes que hoy es también el aniversario de su nacimiento?», me informó. Acto seguido, puso el circuito cerrado de televisión para ver un trozo de la rueda de prensa que estaba dando el Texas Freedom Caucus, un grupo político de nuevo cuño, integrado por una decena de conservadores interesados en la preservación de la identidad cultural y liderado por Matt Schaefer, representante en la Cámara estatal por

Tyler, en el este de Texas. Su formación de referencia es un grupo similar de republicanos de la Cámara de Representantes federal. El grupo nació, entre otras razones, porque el término Tea Party había perdido su sentido, al menos en Texas, ya que casi todos los republicanos del Parlamento se decían conservadores hasta la médula. La misión de ese grupo era, en sus propias palabras, «amplificar la voz de los texanos de base que, preocupados por la libertad, desean ver acciones contundentes para proteger la vida, fortalecer la familia, defender la Carta de Derechos, restringir la acción del Gobierno y revitalizar las libertades personales y económicas en Texas». Lo que distinguía a este grupo es que todos se oponían clamorosamente a Straus.

Straus me dirigió una mirada cansada.

«Lo que a mí me preocupa es la casi total pérdida de influencia de la comunidad empresarial, lo que ha permitido que pasen a primer plano ideas realmente malas, como el proyecto de la Ley de Baños», me dice cuando nos sentamos en el comedor privado del presidente, ante unos pastelitos de cangrejo. Adornan las paredes varias estampas de aves del naturalista John James Audubon. «Los empresarios han dejado de venir al Capitolio para tratar los problemas directamente. Ahora trabajan a través de lobistas y no es lo mismo, en absoluto.»

Straus viene de una familia de larga tradición republicana, oriunda de San Antonio. Un antepasado suyo fundó la L. Frank Saddlery Co., que fabricaba sillas de montar, arneses y látigos. El presidente Teddy Roosevelt y el Primer Regimiento de Caballería Voluntaria, los apodados Rough Riders,[\[36\]](#) hicieron una parada en la fábrica para abastecerse en su camino al frente de la guerra Hispano-Estadounidense. El lema de la compañía era «El caballo y la mujer, los mayores regalos de Dios al hombre».

Cuando Straus no está en Austin, ejerce como ejecutivo de una empresa dedicada a los seguros y la inversión. Cuando era joven, pasó unos años en

Washington, donde su esposa, Julie Brink, trabajó en la Casa Blanca de Reagan y en la campaña presidencial de George W. Bush de 1988. Joe, por su parte, trabajaba en el departamento de Comercio. La revista *Texas Monthly* lo consideraba «la última fuerza moderadora de la política texana».

Straus es un tipo delgado y apuesto. Parece un publicista de la serie *Mad Men*. Desde luego, es el político judío de mayor peso en la historia de Texas, hecho que se le ha reprochado reiteradamente, una campaña tras otra, sin apenas consecuencias. Es su quinto mandato como presidente de la Cámara, toda una plusmarca. Le ganó el puesto a Tom Craddick, uno de los que mayor dominio ha ejercido nunca en el estado. Aun así, a muchos comentaristas les sorprende que el moderado Straus haya resistido tanto. «Todo lo que dicen sobre él, que si hubiera un tiroteo se presentaría con un cuchillo de untar, que no sabe dar un puñetazo... es falso —me dice Evan Smith—. Joe Straus es mucho más duro de lo que parece.»

En su cargo de presidente de la Cámara se ha centrado en proveer la mano de obra y las infraestructuras que las empresas de Texas necesitan, proteger la educación pública, construir carreteras, poner a más universidades en primera línea y ampliar la formación laboral. Quizá su mayor victoria fue la aprobación del Plan Hidrológico Estatal en 2013; cuando el estado atravesaba una devastadora sequía, Straus sacó adelante un crédito renovable de dos mil millones de dólares para proyectos hidrológicos estatales.

Con cada sesión parlamentaria, Straus ha visto al Partido Republicano alejarse más del «conservadurismo caritativo» de la era del gobernador Bush para ejercer el dominio a través de ideólogos sociales y religiosos como Patrick, para quienes los asuntos económicos son secundarios. No obstante, tanto los demócratas como los republicanos menos extremistas consideran a Straus un freno para la controvertida agenda cultural propuesta por el vicegobernador. Preocupa a Straus que su moderación se utilice como

alimento para los radicales. «Lo único que puedo hacer es mantener el foco sobre los asuntos fiscales y alejarme de los temas que dividen —me dijo—. La confianza que la ciudadanía parece tener en la Cámara a la hora de poner freno a algunas cosas solo sirve para que en el Senado los ánimos estén más enardecidos que nunca.»

Straus creía que la mayoría de los republicanos de la Cámara de Representantes del estado no quería votar a favor del proyecto de la Ley de Baños, pero, como a sus colegas de Washington, les preocupaba que en las primarias alguien les retase desde la derecha. «Si el proyecto de ley llega por fin a votarse, el resultado será realmente ajustado —observó Straus—. No me imagino a nadie siguiendo el ejemplo de Carolina del Norte, pero tampoco garantizo que no vaya a ocurrir.» Entretanto, el presidente trataba de impulsar su propia agenda legislativa, que incluía una mayor financiación para la escuela pública y los servicios de protección a menores y de salud mental; todo ello en una sesión parlamentaria en que el presupuesto se había visto recortado drásticamente por la caída en el precio del gas y el petróleo.

Antes de que diera comienzo la sesión parlamentaria, Straus ya advirtió contra el proyecto de la Ley de los Baños. «Me he hecho más contundente que nunca», me dijo. El presidente de la Cámara a menudo urge a los líderes empresariales a que se alcen contra este tipo de normas. «Intento mostrarme diplomático, pero soy muy claro: si cedes ante un proyecto de ley como el de la Ley de Baños con tal de proteger una bajada de impuestos, al poco aparecerá otra propuesta igual de mala.»

La historia de Texas influye en el escenario nacional y, a la vez, lo refleja. En un momento en el que las voces demócratas han quedado de lado, la lucha clave se libra dentro del Partido Republicano —cada vez más escorado al conservadurismo— entre aquellos que se alinean con los intereses de las empresas y aquellos a los que preocupan el aborto, el matrimonio homosexual,

la inmigración, la religión y el derecho a llevar armas. La sesión parlamentaria de 2017 en Austin demostraría ser, en última instancia, un doloroso ejemplo de política pura y dura, espoleada por dos hombres llenos de talento, Straus y Patrick, que creen fervientemente en sus respectivas causas. Existe una diferencia crucial entre el estilo de gobierno de Patrick y el de Straus, debido a que el vicegobernador es elegido por los votantes del estado, mientras que el presidente de la Cámara es designado por los representantes con escaño. A diferencia de Patrick, que posee control total sobre qué proyectos de ley llegan a votarse y qué proyectos no, Straus ejerce su influencia nombrando con mano izquierda a los miembros de cada comisión de la Cámara, para que limen los colmillos a los instrumentos legislativos más fieros o los dejen languidecer hasta que ya no quede tiempo para debatirlos. «Dan Patrick gobierna a base de meter miedo —asegura Gene Wu, representante demócrata por Houston—. Joe Straus gobierna creando consensos.»

Unas semanas después de su investidura, el presidente Trump ordenó revocar las medidas de protección que Obama había instituido para los estudiantes transgénero en el sistema escolar público. El Tribunal Supremo federal echó leña al fuego al negarse a admitir a trámite el caso de un estudiante transgénero de Virginia, Gavin Grimm, quien había presentado una demanda para poder utilizar el baño masculino del colegio. El asunto quedaba así en manos de cada uno de los estados, al menos hasta hoy. Dan Patrick había afirmado que el proyecto de ley de Texas sería un modelo para el resto de la nación.

El día siguiente a la decisión del tribunal, dicho proyecto se debatió por primera vez en el Comité de Asuntos Estatales del Senado estatal. Varios

texanos y texanas transgénero, junto con sus familias, podrían declarar ante la comisión, como también sacerdotes, dirigentes empresariales y cruzados de la moral de ambos bandos. La lista de personas que deseaban expresarse incluía más de cuatrocientos nombres cuando por fin comenzaron las audiencias. La senadora Lois Kolkhorst, republicana de Brenham e impulsora de la medida, afirmó que el espíritu del proyecto de ley era «encontrar el equilibrio entre intimidad, decencia, respeto y dignidad, a fin de proteger a mujeres y niños, así como a la ciudadanía en general».

Dana Hodges, directora estatal de la organización cristiana de derecha Concerned Women for America, fue la primera en dirigirse a la comisión. Como otros defensores del proyecto de ley, utilizó como argumento el asunto de la seguridad de las mujeres. «Yo misma he sido víctima. En una ocasión, me grabó una cámara que había instalado un hombre en secreto en un baño de mujeres», contó con voz temblorosa, mostrando a la comisión un ganchito de los que se utilizan para colgar la ropa y que escondía una cámara en miniatura en el interior. Al ser interrogada, reconoció que la cámara la había colocado un hombre que no era transgénero, que ya había sido sancionado en virtud de una ley vigente. Kolkhorst también admitió que en los baños de Texas ningún hombre transgénero había cometido delito alguno hasta el momento. Su objetivo, dijo, era impedir que las personas malintencionadas pudieran aprovecharse de las políticas inclusivas relativas a los aseos. Pero lo cierto es que los delitos contra personas transgénero sí son habituales; según *Texas Monthly*, una cuarta parte de todos los texanos transgénero ha sufrido algún tipo de agresión física.

Dan Forest, vicegobernador de Carolina del Norte, uno de los más acérrimos adalides del proyecto de la Ley de Baños en ese estado, acudió a Austin para comparecer ante la comisión, donde afirmó que el perjuicio económico era mínimo, pues había «afectado a menos del 0,1 por ciento del

PIB del estado», a lo que añadió que ninguna empresa había abandonado Carolina del Norte por culpa del proyecto de ley. La agencia Associated Press, no obstante, investigó en los registros oficiales y entrevistó solo a los empresarios que habían dicho explícitamente haber cancelado proyectos empresariales por culpa del proyecto. A partir de esos escasos datos, AP estimó que, potencialmente, se podrían perder cuatro mil millones de dólares en inversiones a lo largo de los siguientes doce años. El 30 de marzo, los legisladores de Carolina del Norte, asediados por varios frentes, revocaron parcialmente el proyecto.

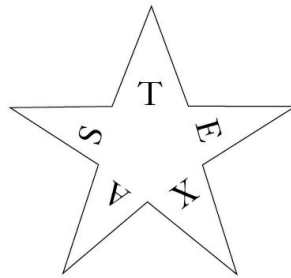
En Austin, la mayoría de los comparecientes se pronunciaron en contra del proyecto de la Ley de Baños. Entre ellos se encontraba el doctor Colt Keo-Meier, un psicólogo transgénero que en aquel momento recibía clase en la facultad de Medicina de la Universidad de Texas, en Galveston. Se presentó con bata de médico y estetoscopio al cuello. «Si este proyecto se convierte en ley, yo no podré continuar mis estudios de medicina, porque no podré ir al baño —dijo—. Y mírenme [Keo-Meier tiene barba]. ¿Creen ustedes que las mujeres me dejarían usar su baño como si nada?» La preocupación por los posibles mirones estaba totalmente injustificada: «He usado los baños de mujeres durante veintitrés años y llevo usando los de hombres una década, y jamás he visto los genitales de nadie».

Una de las comparecientes, que llevaba un vestido negro de manga corta, se identificó como Jess Herbst, alcaldesa de un pequeño pueblo llamado New Hope, al norte de Dallas, una zona de firmes convicciones republicanas. Unas semanas antes, la alcaldesa Herbst había escrito una carta a sus conciudadanos para contar que había iniciado una terapia hormonal e iba a comenzar la transición al sexo femenino. Recibió de sus vecinos y vecinas «un abrumador apoyo», en sus propias palabras. «No es nuestra responsabilidad impedir que la gente trate de hacerse pasar por nosotros o nosotras —declaró—. Lo único

que quiero es poder usar el aseo de mujeres sin tener que enseñar mi documentación.»

Los testimonios se sucedieron hasta casi las cinco de la mañana, cuando por fin votó la comisión. No sirvió de nada. El proyecto de ley recibió el apoyo de ocho de sus nueve integrantes.

El día 6 de abril, después de cenar, acudí al Capitolio para presenciar en persona el debate en torno al proyecto de ley sobre presupuestos. Dan paso a la Cámara Baja grandes puertas de vidrio con el sello estatal grabado: la Estrella Solitaria festoneada, motivo que se repite por todo el espacio, incluso en los tragaluces. Durante el día, la luz del sol pasa a través de las venecianas de ambos lados de la galería superior; por la noche, dos arañas de cristal con forma de estrella iluminan la vasta y espaciosa sala. Si nos detenemos bajo ellos y miramos hacia arriba, nos daremos cuenta de que las luces deletrean:



Los sencillos pupitres de roble, alineados en parejas, ante los que se sientan los ciento cincuenta miembros de la Cámara, dan a la sala el aspecto de una gran aula. Cada pupitre cuenta con un pequeño panel circular, con los botones para emitir los votos. Los escaños, de alto respaldo y tapizados en cuero marrón, también presentan el blasón de Texas. Al sentarse y ejercer presión sobre el mullido asiento, se escapa una exhalación de aire; uno de los miembros de la cámara me contó en una ocasión que un colega tapó con cinta

adhesiva toda la parte posterior del escaño que tenía enfrente, porque las ráfagas de aire le deshacían el peinado.

Atraviesa la estancia por su centro un amplio pasillo con atril y sendos micrófonos en cada extremo, desde donde los miembros presentan y debaten los proyectos de ley. La tribuna domina la parte posterior de la sala. Hay tres sillas ante ella; la del centro para el presidente de la Cámara; otra para el orador y otra para que quienes desean hacer ruegos y preguntas al presidente. Justamente tras la tribuna está el sanctasanctórum: dos columnas blancas que enmarcan, tras cortinajes de terciopelo, una bandera de seda que se ondeó durante la batalla de San Jacinto. En ella aparece la Libertad blandiendo un sable, del que cuelga una banderola que dice «Libertad o muerte». La bandera original de la batalla solo se exhibe cuando hay sesión; el resto del tiempo, se reemplaza por una reproducción. Resuenan en la sala la historia, la identidad y el orgullo de los texanos.

El aire acondicionado estaba a tope, uno de los representantes me mostró la camiseta interior de felpa que llevaba bajo la camisa y que le asomaba por los puños. Los miembros de la Cámara llevaban allí todo el día y, de nuevo, la sesión se prolongaría hasta altas horas de la madrugada. Sobre algunos escritorios había botellas vacías de bebidas energéticas.

La noche de los presupuestos, en el aire se respira una desesperación que empaña la belleza de la ornamentada cámara. Es la última oportunidad de sacar adelante aquellos proyectos de ley que no han recibido dinero. El truco para obtener los fondos necesarios para un proyecto de ley es buscarlo en otro lado. Los representantes estaban en guardia, no fuese que sus proyectos terminasen de repente eviscerados. Esperaban su turno más de cuatrocientas enmiendas a los presupuestos. Una especialmente sorprendente, presentada por Valoree Swanson, miembro del Freedom Caucus y proveniente de un barrio periférico de Houston, pedía que no se usaran los fondos del estado

para la renovación de baños y que «los hombres siguieran sin poder entrar en los aseos de mujeres», lisa y llanamente.

Abraza la estancia principal de la Cámara una galería con una baranda de latón, que solo pueden traspasar representantes electos, ujieres y funcionarios. Los periodistas deben sentarse en una mesa anexa a uno de los estrados, pero a mí me gusta pasearme por la galería a la caza de legisladores aburridos. En la Cámara hay gente maravillosa. Senfronia Thompson, por ejemplo, una antigua profesora de Houston, de setenta y ocho años de edad. Es demócrata y ha resultado elegida en veinte sesiones parlamentarias. A diferencia de otros parlamentos estatales, en el de Texas se sigue la tradición de otorgar puestos importantes a miembros del partido en minoría. Esto se cumple incluso en el Senado de Dan Patrick. Thompson, a la que apodan Miss T, preside la Comisión de Asuntos Locales o Menores, uno de los muchos umbrales que gran parte de los proyectos de ley deben superar para llegar a ser debatidos en la Cámara. Thompson me dijo en una ocasión que, cuando era niña, los afroestadounidenses no podían entrar en el Capitolio. Hoy se ha convertido en la mujer y también en la persona de raza negra que durante más tiempo ha ejercido como representante en la historia de Texas. Entre sus muchos logros figura la Ley de Delitos de Odio, aprobada en 2001, que prevé medidas de protección para minorías y personas homosexuales. Además, ha luchado contra el sesgo racial y ha empujado a la aprobación de medidas para ayudar a los texanos con menos recursos a pagar las facturas de los servicios básicos.

Armando Martínez, representante demócrata de cuarenta y dos años, oriundo del valle del río Grande, es bombero y técnico de urgencias. Se presentó la primera jornada de la sesión parlamentaria con la cabeza vendada; durante la celebración de Nochevieja le había impactado en la cabeza una bala perdida que alguien había disparado al aire. Martínez presentó un proyecto de ley que castigase «el uso temerario de armas de fuego».

El doctor John Zerwas, anestesista de Richmond, preside la comisión de Adjudicación de Fondos de la Cámara. Republicano conservador de orientación empresarial a la usanza de Straus, Zerwas es un hombre muy respetado entre los legisladores. Straus lo eligió para diseñar el presupuesto para la Cámara de Representantes. La principal diferencia entre este y el presupuesto de la Cámara Alta es que Zerwas propuso echar mano del llamado *rainy day fund*,^[37] diez mil millones de dólares procedentes de los impuestos al petróleo y al gas que el estado tiene reservados para emergencias. El fondo debería crecer, supuestamente, hasta los doce mil millones de dólares en la próxima sesión legislativa, cifra superior al presupuesto de una decena de estados del país. Patrick mantiene que el fondo no debería utilizarse para «gastos corrientes», pero Zerwas propuso sacar dos mil quinientos millones de la hucha, parte de los cuales se usarían para financiar la atención sanitaria y la educación pública. Ambas cosas son prioritarias para Joe Straus.

Esa tarde se produjo un incidente bastante revelador, que permitía vislumbrar cómo terminaría resolviéndose la batalla por el resto de partidas presupuestarias. Briscoe Cain, uno de los recién llegados a la Cámara, presentó una enmienda para disolver un comité asesor sobre cuidados paliativos en sanidad. Normalmente, los novatos no se pronuncian demasiado, pero Cain es un tipo muy vehemente, miembro asimismo del Freedom Caucus. Tiene treinta y dos años, pero parece mucho más joven, casi un niño. A mí me hacía pensar en el Matthew Broderick de la película *Todo en un día*. «Esta enmienda busca liberarse de lo que yo he apodado el Comité de la Muerte», anunció Cain, aludiendo a un término popularmente utilizado por la extrema derecha para referirse a la asesoría sobre la etapa final de la vida.

Poco después de haber escuchado esas palabras, John Zerwas se acercó al estrado y dedicó a Cain una mirada de desdén de la que se hicieron eco

jocosamente los periodistas.

Es fascinante presenciar las coreografías de los representantes cuando se tocan fibras políticas sensibles. Los miembros del Freedom Caucus se agrupaban en torno a Cain en las primeras filas; los republicanos tradicionales, junto con algunos demócratas, se mantenían cerca de Zerwas, al micrófono en la zona trasera. Parecía una versión texana de la disputa de los Montesco contra los Capuleto.

—¿Podría usted explicarnos en qué consistiría un Comité de la Muerte? —preguntó el imponente presidente de Adjudicaciones.

—En virtud de un Comité de la Muerte, un grupo de individuos sin relación con el paciente decide si ese paciente vivirá o no —respondió Cain.

—¿Entiende usted lo que son los cuidados paliativos? —preguntó de nuevo Zerwas.

—Señor Zerwas, teniendo en cuenta su profesión, estoy convencido de que usted podría responder a esa pregunta mejor que yo —replicó Cain, intentando escurrir el bulto.

La vieja guardia de la Cámara sabía, aunque, al parecer, Cain no, que la esposa de Zerwas había muerto por un tumor cerebral. En su recuerdo, llevaba un anillo en la mano derecha.

—Y usted podría también preguntar a cincuenta, sesenta, setenta o quizá cien miembros de esta cámara. Probablemente todos lo sepan. Al menos, todos a los que se les haya muerto un ser querido por una enfermedad grave.

Zerwas obligó a Cain a reconocer en varias ocasiones que había hecho afirmaciones falsas o desinformadas.

—Usted conoce este tema y yo no —admitió por fin Cain—. Le presento mis disculpas.

Y la enmienda fue retirada. Cain se redimió más adelante ante los suyos, al presentar otra enmienda que impedía que el departamento de Justicia Penal de

Texas financiase operaciones quirúrgicas de «reasignación de sexo o transición de género», algo que nunca había ocurrido. El grito de guerra de Cain era «¡Nada de californiar mi Texas!».

Crucé también unas palabras con Pat Fallon, miembro republicano de la Cámara proveniente de Frisco, ciudad dormitorio rica y muy conservadora del área metropolitana de Dallas-Fort Worth. Muchos de los legisladores más jóvenes, como Fallon, no son originarios de Texas. Le pregunté cómo había recalado en el estado y me contó que, después de jugar al fútbol americano con la Universidad de Notre Dame, en Indiana, entró en la Fuerza Aérea en Texas. «Cuando me preguntaron en qué estado vivía, respondí que en Massachusetts. El funcionario encargado de las nóminas me informó de que Massachusetts tiene un impuesto sobre la renta del 5,6 por ciento, pero que en Texas ese impuesto no existía. Yo repliqué enseguida: “¡Pero yo soy texano!”.»

Fallon iba por su tercera legislatura. Hasta hoy, ha destacado fundamentalmente por ser uno de los autores del proyecto de ley que en 2013 devolvía a los estudiantes y a los funcionarios de los colegios públicos la potestad de desear «feliz Navidad» en lugar de «felices vacaciones».

—¿Va a presentar usted alguna enmienda? —le pregunté.

—Sí, la número 152, para que no se financien los estudios que quiere realizar la Unidad de Integridad Pública del condado de Travis sobre fraudes en seguros y en impuestos de vehículos a motor.

Dicha unidad lleva años siendo objeto de ataques, porque también aborda delitos cometidos por funcionarios del estado. Desde luego, cualquier cosa que sirva para atacar a Austin y al condado de Travis tiene popularidad en el Parlamento. Austin es como una espora del hongo californiano que está destruyendo Estados Unidos.

—¿Quién se encargaría de esos estudios, entonces? —pregunté.

—Quedarían asignados al fiscal general —respondió Fallon.

—Pero el fiscal está imputado.

—Preferiríamos que no lo estuviera —reconoció Fallon—. Lo importante es que no ha sido condenado.

Fallon suele recibir notas altas por parte de los analistas y encuestadores, por las cuales viven y mueren representantes y senadores. El más temido de estos índices es el de Responsabilidad Fiscal, una poderosa arma contra cualquier republicano que sea algo menos que ultraderecha. Este índice está elaborado por Empower Texans, grupo liderado por Michael Quinn Sullivan, lobista conocido por sus iniciales, MQS, que algunos miembros de la Cámara pronuncian *mucus*.[\[38\]](#)

Sullivan es alto y amigable. Le gusta hablar de los Boy Scouts, con los que llegó a la categoría de Águila, y también sobre los equipos deportivos de la Universidad de Texas A&M, de cuyo cuerpo de cadetes formó parte, y de sus tres hijos. Es un radical de derechas al que a veces se describe como el cargo político no electo más poderoso de todo el estado de Texas. Hace varios años, almorcé con él y me dijo: «No he venido para que me den una silla en la mesa. He venido a quitar la mesa de en medio». En otras palabras, a destruir el Gobierno.

Empower Texans está financiada, en gran parte, por un esquivo industrial del petróleo de Midland llamado Tim Dunn, cristiano evangélico que tiene la esperanza de hacer de su estado un modelo de mínimo gobierno que repliquen en el futuro otros estados y países. Hasta quienes odian la política de Dunn lo consideran el potentado más eficaz del estado. Su misión ha sido siempre empujar a los legisladores republicanos al rincón de la extrema derecha, eliminando el tipo de figuras moderadas que apoyan a Joe Straus. Dunn se ha propuesto acabar con el presidente de la Cámara.

Mientras Fallon y yo charlábamos, Jonathan Stickland se acercó al micrófono del estrado principal. Stickland es miembro del Freedom Caucus,

viene de Bedford, cerca de Arlington, y hasta hace poco trabajaba como exterminador de plagas. Hoy se presenta como asesor en temas relacionados con el petróleo y el gas. Stickland es un tipo voluminoso, con barba a lo Falstaff y ojos castaños y estrechos, que, de cuando en cuando, esboza una gran sonrisa tras la que reluce una hermosa dentadura. Saltó a los noticieros durante la última sesión parlamentaria por colocar el siguiente anuncio en la puerta de su despacho:

REPRESENTANTE
JONATHAN STICKLAND
EXFETO
DISTRITO 92

La enmienda de Stickland buscaba arrebatar fondos al programa estatal para la batida de cerdos ferales, gracias al cual se cazan miles de estos animales salvajes todos los años. Para Stickland se trata de un despilfarro ridículo. «¡No ha funcionado y jamás funcionará!», gritó, enfureciendo a los legisladores que provenían del medio rural, para cuyos votantes jabalíes y cerdos asilvestrados son una amenaza casi existencial. Todos cerraron filas contra Stickland, desde un bando y otro, y todo terminó en punto muerto. Las caras estaban enrojecidas. Los puños, apretados.

En esto, el presidente de la Cámara se acercó a saludar. Sonreía con las manos en los bolsillos. Parecía en su salsa. Dijo: «Supongo que los cerdos van a emigrar todos a Arlington». Arlington forma parte del distrito de Stickland. El presidente Straus no mostró ninguna prisa por poner orden. Echó un vistazo a los vehementes legisladores que se agolpaban en torno a Stickland y me dijo: «Imagine. Esta gente es responsable de cómo van a gastarse doscientos dieciocho mil millones de dólares».

En el micrófono de la parte de atrás de la sala esperaba turno Drew Springer Jr., republicano del norte de Texas, cuyo distrito, de una extensión que dobla la del estado de Maryland, está infestado de cerdos asilvestrados. Springer propuso una enmienda a la enmienda de Stickland, un recorte de novecientos mil dólares, la misma cantidad destinada a las batidas, en los fondos destinados a autopistas, pero solo en el distrito de aquel. La medida se aprobó inmediatamente con indisimulado entusiasmo. Stickland retiró la enmienda, pero no dudó en cargar contra Springer. La cosa se caldeó y se encontraron cara a cara en medio de la sala. Se sabe que Stickland lleva siempre un arma, así que en un momento dado me preocupé un poco. Otros representantes separaron a los dos hombres y Straus, renuente, pidió orden en la sala a mazazos.

Me marché antes de que por fin se aprobase el presupuesto, mucho después de la hora a la que habitualmente me meto en la cama. Al amanecer, estaba claro que Dan Patrick y el Tea Party habían sufrido una derrota tras otra en aquella cámara presidida por Joe Straus. Hacía un tiempo, durante esa misma sesión parlamentaria, Patrick había pedido una votación a mano alzada sobre las subvenciones a la educación privada, y estas fueron dadas de lado de un plumazo. De la misma manera que lo habían sido los subsidios a la Comisión Estatal para las Artes. Se le retiraría la financiación al Fondo Empresarial Estatal del gobernador Abbott, del que este se había valido durante un tiempo para atraer a las empresas al estado; los 43 millones que se le destinaban se repartirían entre los Servicios de Protección al Menor y los programas terapéuticos para niños discapacitados. Ken Paxton, el fiscal general del estado, perdería más de veinte millones de su presupuesto para presentar demandas, dinero que se destinaría a programas de acogida. Ninguno de estos cambios se había convertido en ley aún, pues tenían que ratificarse en el Senado primero.

Cercano ya el amanecer, los exhaustos demócratas y republicanos alcanzaron un acuerdo; aquellos se opondrían solo nominalmente a la retirada de fondos para programas de planificación familiar, algo que iba a ocurrir de cualquier manera, y, a cambio, se retiraría la enmienda de los baños. Se hicieron, además, otras enmiendas al artículo 2 de los presupuestos, una lista de medidas que deberían debatirse en algún momento del futuro. A dicho artículo 2 lo apodan el Cementerio.

Sin embargo, se sabe que en el Parlamento de Texas ha habido muertos que se han levantado de sus tumbas.



La ciudad de la Corona Violeta

Cuando comento en otros estados que vivo en Texas, recibo muchas veces miradas de incomprensión. Es como confesar que defraudas al fisco. Sin embargo, al aclarar que vivo en Austin, la respuesta cuasi unánime es: «Ah, bueno, Austin mola». Muchas veces me lo dicen personas que no han estado jamás en esta ciudad. Para ellos, vivir en Austin tiene un pase, pero vivir en Texas no.

La relación entre el Capitolio y el resto de la ciudad de Austin es de antagonismo. Austin es, desde hace tiempo, el punto azul demócrata en un estado color rojo republicano. La ciudad se considera un caso aparte en la vulgar cultura política del resto de Texas, como Roma cuando la rodeaban los godos. Los políticos republicanos se regodean en el desdén. «Qué bien sienta salir de la República Popular de Austin —declaró en una ocasión el gobernador Abbott durante una cena republicana en el condado de Bell—. Es cruzar el límite del condado de Travis y ya huele distinto. ¿Sabes a qué huele? A libertad. En Austin, se echa de menos el olor a libertad.»

Esta invectiva, al parecer, vino motivada por una ordenanza del ayuntamiento en virtud de la cual pasó a ser necesario solicitar un permiso para talar árboles con un diámetro de más de 48 centímetros. Cuando Abbott era fiscal general y vivía en Austin, le cabreó mucho tener que compensar al

ayuntamiento antes de cortar una pacana que crecía en el lugar donde iba su futura piscina.

Austin es una bonita ciudad con muchos perros, bares y gastronomías, cuyos habitantes hacen gala de extravagantes pasiones. Al atardecer, suele darse un fenómeno atmosférico, debido a la refracción de la luz, conocido como «cinturón de Venus». William Sydney Porter, que fue cajero de un banco en Austin hasta que lo encarcelaron por desfalco y quien en prisión se dedicó a escribir con el seudónimo de O. Henry, llamaba a Austin «la ciudad de la Corona Violeta». Las colinas que hacen las veces de telón de fondo para la urbe están cubiertas de sabinas de Ashe, que florecen en enero y emiten grandes vaharadas de polen rojo, lo que produce a los locales la llamada fiebre del cedro. Hay quien ha llamado a los austinianos, muy acertadamente, «expertos del antihistamínico».

Cuando Roberta y yo nos mudamos a Austin, en 1980, una de las primeras cosas que hicimos fue unirnos a un grupo de observación de aves. Todo empezó gracias a un vecino que vino a casa a presentarse cuando estábamos recién instalados. Se llamaba Víctor Emmanuel, como el rey de Italia, era delgado, calvo y extrañamente flexible; tenía la costumbre de cruzar los brazos por detrás de la espalda. Estábamos conversando en la puerta de casa, sus hijos jugaban en el jardín delantero con nuestro hijo Gordon. De repente, Víctor se quedó callado en mitad de la charla: «¿Oís eso? Es un cuco de pico amarillo. Apuesto a que está en lo alto de ese sicomoro, y que acaba de pillar una oruga». Y sí, ahí arriba divisamos al cuco con la cena en el pico, sorprendido de que lo hubieran sorprendido. El pájaro echó a volar y Víctor corrió por la calle tras él, seguido por los niños. Roberta y yo nos miramos. Era nuestro primer encuentro con uno de esos austinianos verdaderamente particulares.

Víctor era conocido en el círculo ornitológico texano como Chipe

Encapuchado, su pájaro tótem. El chipe encapuchado es un pajarito amarillo que se mueve nerviosamente de un lado a otro, como Víctor. El apodo se lo puso Edgar Kincaid Jr., el padre de la ornitología texana, hombre tímido y autodidacta. Edgar era un tipo cordial y de modales floridos, pero se declaraba misántropo y se hacía cruces por el daño que el ser humano infligía a la naturaleza. El pájaro totémico que la comunidad le había asignado era el casuario, ave no volátil originaria de Australia y Nueva Guinea, que puede levantar dos metros del suelo, considerada por muchos el ave más peligrosa del mundo. Cuando se la provoca, salta como Jackie Chan para clavar su espolón de diez centímetros al adversario. Ha habido casos de seres humanos gravemente heridos por sus ataques.

Edgar vivía justo enfrente de la Universidad de Texas en Austin (en una casa que ahora hace las veces de oficina del Michener Center for Writers). Le aterrorizaban los ladrones, así que, en lugar de dormir en una cama, se construyó una especie de nido con sacos de dormir y trozos de muebles. Una noche de 1985, un ladrón entró realmente en su casa para robar a punta de pistola. Edgar enfermó y murió unos días después a causa de unas fiebres. Entre los amantes de las aves se dice que el Casuario murió de miedo.

Varios años antes de que muriera Edgar, lo acompañé en una ocasión a observar aves junto a algunos de los más notables aficionados a la ornitología del país (aunque Víctor no nos acompañaba en esta ocasión). Nos dirigimos al Eagle Lake, un Refugio Nacional de Vida Silvestre situado al oeste de Houston. En Texas hay más de seiscientas especies de pájaros, más que en ningún otro estado, gracias a la diversidad biológica y a su situación privilegiada en mitad de las rutas migratorias. El objetivo de la expedición era divisar gansos de Ross, pues se habían avistado algunos entre la masa de gansos nivales que hacen escala en los arrozales durante su migración invernal. Vimos bisbitas y alcaudones, grullas canadienses, muchos halcones y

varias águilas calvas. Entre los gansos, los vimos del Canadá y caretos, y, por supuesto, nivales, los más abundantes con diferencia. Eran millones y cubrían los campos como una alfombra invernal. Ni rastro, sin embargo, del ganso de Ross. «¿En qué se diferencian el nival y el de Ross?», pregunté yo, frustrado, tras un rato observando a través de mis prismáticos las bulliciosas bandadas de aves. «El de Ross es un poco más pequeño», respondió uno de los ornitólogos. «Tiene el pico color grosella, más que rosa», agregó Edgar. Sutiles distinciones.

Otro año, Roberta y yo acompañamos a Víctor a esa misma zona para ver el famoso baile de cortejo del gallo de las praderas grande. Llegamos a los puestos de observación de la pradera sobre las cuatro de la mañana. Hace un siglo, campaban por la costa de Texas y Luisiana unos cuatro millones de ejemplares, pero la sequía, la urbanización, la explotación agrícola y los depredadores han reducido la población en libertad a menos de cien individuos.

Cuando estaban a punto de dar las seis de la mañana, oí un ululato fantasmagórico, como si alguien estuviera soplando en una botella enorme. Es el canto de los machos. Despuntando el alba, logré discernir sus movimientos, con los que marcaban el territorio y se desafiaban ritualmente unos a otros. Apareció en el horizonte el resplandor del sol, dando color al plumaje de estas increíbles aves. Los cuerpos de los machos tienen el tono del azúcar moreno, con listas negras y algunas plumas color bermellón en el pescuezo, del que sobresalen una especie de sacos de color dorado. Con cada llamada, estos se hinchan de aire y las plumas de esa parte se le erizan hasta parecer una cornamenta. Es entonces cuando empiezan a bailar.

Uno de los machos pisoteó con fuerza el suelo y los otros —eran nueve en total— le siguieron el paso, como en una especie de giga. Entonces, dos ejemplares cargaron uno contra otro, con las rechonchas colas erectas,

revoloteando y casi chocando, para a continuación retirarse cada uno a su territorio imaginado, mirándose fijamente, pico con pico. Durante aquella conmoción, las hembras —bastante feúchas para ser objeto de tan espectaculares agresiones— se paseaban por los alrededores con estudiada indiferencia.

Después de las ocho de la mañana, con el sol ya elevándose en el cielo, los pájaros se dispersaron y nosotros salimos del puesto de observación, embriagados por la magia primitiva de aquella representación. Cada brizna de hierba y cada terrón se convertían en hitos vitales, infundidos de un significado casi bíblico, si bien a la luz del día era difícil siquiera ubicar esas señales.

Pasamos el resto de la mañana observando águilas, aves limícolas y caracarás, esa rapaz blanca y negra, de vuelo bajo, que a veces se avista en el sur de Texas. Mientras pasábamos junto a la gran bandada de gansos nivales, Victor señaló como quien no quiere la cosa:

—Eh, chicos, mirad, un Ross.

—¿Dónde?

Victor señaló hacia un grupo de unos quinientos ejemplares de gansos nivales que se había posado sobre el suelo a unos cien metros, bajo una línea de árboles.

—¿Cómo sabes que es un Ross?

—Es un poco más pequeño —explicó de nuevo Victor—. Y tiene el pico color grosella. Ahí hay otro.

Para mi sorpresa, Austin es hoy en día el segundo destino turístico más popular del país, después de Las Vegas. Se huele ya en el aire el artificio y la inautenticidad que transforma lugares antes encantadores en parques de

atracciones para gente conformista. Los mismos lugares que hicieron de Austin una ciudad moderna están siendo demolidos para dejar sitio a los hoteles y espacios de oficinas necesarios para acomodar a la riada de turistas y recién llegados que acuden para tratar de disfrutar de algo en vías de extinción. La revista *Forbes* acaba de nombrar a Austin mejor ciudad para vivir en todo el país, lo que no es sino un paso más para que deje de ser la ciudad manejable que es hoy y cumpla con su destino de convertirse en una megaciudad más. Otro indicio de la creciente reputación de Austin es que Kim Jong Un la incluyó en la lista de objetivos de sus misiles nucleares, justo después de Nueva York, Washington D. C. y Los Ángeles. Mi grupo musical toca periódicamente en un garito maravilloso del este de Austin llamado Skylark Lounge, que está escondido detrás de un taller de chapa y pintura y ni siquiera se ve desde la calle. Si alguien estornuda, todo el público se vuelve sobresaltado. Recientemente, Yelp lo consideraba el mejor local musical del país, lo que presagia una probable compra inminente por parte de algún promotor, si Kim Jong Un no lo destruye primero.

El río Colorado recorre Austin de oeste a este, dividiendo la ciudad en dos. Una represa en el río da lugar al lago Lady Bird, cuyas riberas están flanqueadas de altos cipreses que habitan cormoranes y garcetas en los meses invernales, la época en que más me gusta salir a correr. Salva el cauce un puente ferroviario cubierto de óxido y de extraños grafitis, como uno que dice *I've got ninja style kung fu grip*.[\[39\]](#) Para mí, es siempre una experiencia profundamente estética ver a los cargueros de la Southern Pacific atravesar el puente con su traqueteo, mientras, por debajo, los botes de remo surcan el río como ciempiés que nadasen a la carrera y los corredores trotan por el camino de la ribera; el conjunto es un placentero cruce de movimientos opuestos. Me hace pensar en los cuadros de Thomas Eakins de los remeros del río Schuylkill, en Filadelfia, con las nubes reflejadas en el agua rizada como un

papel arrugado.

El río Colorado desempeña el mismo papel divisor que el Sena en París. En la orilla norte están el centro, el Capitolio y la Universidad de Texas, instituciones centrales en una ciudad históricamente poblada por profesores y burócratas. En la orilla meridional se multiplican los locales de baile y los restaurantes tex-mex. Austin está en uno de los extremos del llamado Cinturón del Baile, que empieza en Luisiana, con el rhythm and blues de Nueva Orleans, continúa con el zydeco cajún, entra en el territorio de los famosos «conjuntos» del sur de Texas y luego se topa con los valeses checos y las polkas alemanas de Texas central. El medio a través del cual viaja la música de baile es el catolicismo. En el norte de Texas, los baptistas del sur y la Iglesia de Cristo no bailan ni aunque les paguen. Dice un viejo chiste que los baptistas no follan de pie por temor a que alguien piense que están bailando.

Cuando Roberta y yo llegamos a Austin, en 1980, South Congress Avenue estaba plagada de prostitutas y camellos. Las mujeres se ponían cerca de una pajarería en la que por Semana Santa aún vendían pollitos teñidos de colores. Todo eso ha desaparecido, pero sigue existiendo una cosa estafalaria, residual pero tenaz, que viene a ser todo lo que queda del eslogan no oficial de la ciudad, Keep Austin Weird.[\[40\]](#) Roberta y yo compramos un apartamento de dos pisos en el lado sur de la ciudad, en un vecindario llamado Travis Heights. Todas las casas de la calle eran modestos edificios de una planta, excepción hecha de una hermosa vivienda de ladrillo bastante grande, propiedad de William Broyles Jr., redactor jefe de *Texas Monthly* y mi jefe en aquella época, quien más adelante se convertiría en un notable guionista. La periodista Molly Ivins vivía a unas manzanas. Pese a la celebridad de algunos de nuestros vecinos, no se respiraba un ambiente de élite, algo característico del encanto del sur de Austin. El lema de nuestra parte de la ciudad, escribió una vez Molly, debería ser «¡Austin Sur! ¡Un gran lugar para comprar

repuestos!»). El vecino de al lado vendía electrodomésticos, y el de más allá era Terrence Malick, el director de cine, que de vez en cuando se ofrecía a llevar a nuestros hijos al colegio.

La interestatal 35 separa Austin Este de Austin Oeste. La gente la llama a veces la «interracial 35». La gentrificación ha expulsado a muchas familias negras e hispanas al este, y Austin se ha convertido en una de las ciudades más segregadas desde el punto de vista económico. La falta de vivienda asequible se ha cebado terriblemente con la diversidad que dio a esta ciudad su carácter demócrata en otro tiempo.

En Austin se fundan hoy en día más empresas emergentes que en casi ninguna otra área metropolitana del país. Viendo cómo se transformaba en la ciudad que es hoy, he desarrollado una teoría muy texana sobre cómo evolucionan las culturas. Mike Levy fundó *Texas Monthly* en 1973 y muy pronto esa revista se convirtió en un vivero literario. Bill Wittliff, el guionista de la gran serie televisiva *Paloma solitaria* y de varias películas de éxito, decidió no trasladarse a Hollywood, y el que él no diera su brazo a torcer hizo que los directores de cine de Austin vieran plausible quedarse en su ciudad. Hoy, directores como Richard Linklater, Robert Rodríguez y muchos otros han convertido la ciudad en una capital cinematográfica de orden mundial. En el otoño de 1980, John Mackey abrió la que se convertiría en la primera tienda de comestibles orgánicos certificados de Estados Unidos. Era poco más grande que un 7-Eleven. El Día de los Caídos de 1981, la ciudad sufrió la peor inundación en setenta años, y la tienda quedó prácticamente destruida. Mackey no tenía seguro, pero vecinos y clientes lo ayudaron a limpiar, y una serie de proveedores y prestamistas bienintencionados lo ayudaron a reponer las existencias. Llegado 2005, aquella tienda se había convertido en una empresa del Fortune 500, Whole Foods. En 1983, Michael Dell, estudiante de primero de Medicina de la Universidad de Texas, empezó a montar

ordenadores en la habitación de su residencia universitaria. Al año siguiente, fundaba la Dell Computer Corporation, con un capital social de mil dólares. Lo que empezó como «tres tipos con destornilladores», hoy da empleo a 138.000 personas. En Austin hay más de cinco mil empresas dedicadas a la alta tecnología, y todas ellas deben algo a aquel novato que montó su primer taller en la habitación 2713 de la residencia universitaria Dobie Center.

En cada uno de estos ejemplos, una sola persona con una idea única puso en marcha una empresa que se convirtió en nave nodriza para otros proyectos similares, transformando en el proceso la cultura local. Este es el tipo de historias que a los texanos les gusta contar sobre sí mismos, en las que se cuenta que son los emprendedores y visionarios, y no el Gobierno, quienes pueden levantar industrias enteras por sí mismos y crear oportunidades en forma de empleos de calidad, ilustrando además a la ciudadanía. Algo similar está ocurriendo ahora en la ciudad con la industria del videojuego y la inteligencia nacional. Se están mudando a Austin tantos espías retirados que parece más bien Abbottabad.

La evolución de la escena musical de Austin ha sido un fenómeno más orgánico y difícil de explicar. En el lado este de la ciudad se encontraba el Victory Grill, que formaba parte del llamado Circuito Chitlin' sureño, donde actuaban Billie Holiday o Big Mama Thornton, entre otros. A principios de la década de 1950, Bobby Bland, alias Blue, estaba haciendo el servicio militar en Fort Hood y, en sus noches de permiso, solía acudir a cantar las sesiones de micro abierto. Llegó el rock and roll y con él acudieron al Victory Grill artistas como Chuck Berry, James Brown e Ike y Tina Turner. En el sur de la ciudad se encuentra el cuartel general de la música country, un garito llamado Broken Spoke, donde han tocado estrellas del género como Roy Acuff, Ernest Tubb o Tex Ritter. Había en el lado norte de la ciudad una gasolinera propiedad de Kenneth Threadgill, un cantante de country especialista en

falsetas, que también fue el primer dueño de un local en conseguir una licencia para vender cerveza en el condado de Travis. En la década de 1960, empezó a invitar a hippies y cantantes folk a las veladas musicales de los miércoles. Janis Joplin solía cantar en dueto con él cuando estudiaba bellas artes en la Universidad de Texas. El famoso productor Clifford Antone, hijo de inmigrantes libaneses instalados en el este de Texas, empezó a estudiar en la Universidad de Texas en 1968, pero dejó los estudios tras su primer arresto por trapichear con marihuana. El club de blues que fundó, Antone's, se convirtió en toda una institución musical. Los artistas a los que representó, entre los que se cuentan Stevie Ray Vaughan o Gary Clark Jr., rejuvenecieron el blues y crearon un sonido Austin característico.

En 1970, Eddie Wilson, mánager de varios grupos de la ciudad, estaba buscando un local en el sur de Austin y se dio de bruces con un decrepito depósito de armas de la Guardia Nacional texana. Lo transformó en Armadillo World Headquarters, una extraña amalgama de psicodelia, country, rock and roll y música hippy. Austin tenía entonces doscientos cincuenta mil estudiantes, de los que cincuenta mil eran universitarios. Los músicos no tardaron en acudir en masa a la ciudad, como conjurados por algún artefacto mágico. Jerry Jeff Walker llegó desde Nueva York, Guy Clark desde Houston, Jimmie y Stevie Ray Vaughan desde Dallas. Marcia Ball pasaba por Austin en su viaje por carretera desde Baton Rouge a San Francisco, se le averió su Austin-Healey Sprite, y ya nunca se marchó. En resumidas cuentas, Austin ya contaba con una floreciente subcultura musical, antes incluso del famoso concierto de Willie Nelson en el Armadillo en agosto de 1972.

Todas estas corrientes culturales se cruzaban en la ciudad a toda prisa, como electrones que giraban en torno a un núcleo, y convergieron unas con otras cuando apareció Willie Nelson. Willie ocupa en Texas, y especialmente en Austin, un lugar que nadie podrá jamás disputarle. Comenzó a cantar

country con raíces en el góspel y mucha influencia del jazz, y es autor de canciones que se convirtieron en grandes éxitos. Cuando se quemó su casa de Nashville, decidió regresar a Texas, donde esperaba encontrar una mayor libertad creativa. Se dejó crecer la barba y se hizo dos trenzas en el pelo. En Texas no se veían hombres así, pero a Willie no le afectó en absoluto.

Debido a que es desconcertante desde el punto de vista cultural y, también, a que sus canciones están tan unidas a la tierra, todo el mundo lo reclama como suyo. Es izquierdista, seguidor de Bernie Sanders, pero lo admiran políticos hasta del Tea Party, como Ted Cruz y Rick Perry. Lleva décadas defendiendo la legalización de la marihuana en un estado donde las leyes castigan duramente su posesión, e incluso tiene su propia marca, Willie's Reserve. Cada tanto, algún policía de tráfico o la mano derecha de algún sheriff para el autobús de la gira de Willie y «descubre» un alijo. Él suele irse de rositas ofreciendo entradas gratis a algún concierto suyo y, si lo detienen, todo el mundo lo considera un golpe bajo.

En 2016, acudí al pícnic que con motivo del Cuatro de Julio celebra Willie todos los años. Mickey Raphael, su armonicista, me invitó a ir con ellos en el autobús (en realidad, hay tres autobuses para la banda y el resto de profesionales que la acompañan; en este, no había hierba). Willie ha ido cumpliendo años y cada vez está más débil, así que sus actuaciones adquieren un halo existencial. Casi todos sus coetáneos han muerto. En los conciertos, aparece de pie, en solitario, y Mickey se coloca un par de pasos por detrás y a la izquierda, como haciendo el apunte de armónica a la voz del artista. Se trata de una conversación entre dos que viene alargándose desde hace tiempo. «Este es mi pícnic número cuarenta y tres», me comentó Mickey.

Mickey me enseñó el autobús por dentro. Me mostró su taquilla, la abrió y me dijo: «Esto te va a gustar». Sacó entonces una funda gris de guitarra. Dentro estaba *Trigger*, la guitarra acústica a la que Willie Nelson llamó como

al famoso caballo de Roy Rogers. *Trigger* es quizá el instrumento más famoso de Estados Unidos, a la altura únicamente de *Lucilles*, la Gibson negra de B. B. King. No obstante, *Lucilles* ha habido varias y *Trigger* solo una. «Cógela», me dijo Mickey, ofreciéndomela.

Trigger es superligera, tiene un agujero cerca del puente a causa del desgaste de los anillos que Willie lleva en el meñique y el anular. Está totalmente rayada por la púa y los trastes casi han desaparecido. El instrumento tiene una apariencia fragilísima. La han firmado muchas veces — Leon Russell lo hizo con una navaja—, pero la mayoría de los autógrafos se han difuminado. Si un músico cualquiera viese esta guitarra en un mercadillo, pasaría por delante sin hacerle ni caso. *Trigger*, no obstante, ha logrado mantener su suave voz inconfundible, un sonido que a Willie originalmente le recordó al de la guitarra de Django Reinhardt, su ídolo. A mí me hace pensar en el propio Willie, ácido y carismático.

Pertenezco a un grupo ciudadano que promueve la instalación de estatuas en la ciudad de Austin. Nuestro último logro ha sido la efigie de bronce de Willie con *Trigger* apoyada en el muslo, que hoy embellece la entrada al estudio de grabación Austin City Limits. Yo tuve el honor de posar como modelo para la estatua, con una guitarra Martin del mismo tipo, una N-20. El escultor fue Clete Shields, de Filadelfia. En 2011, cuando por fin la estatua se fundió y envió a Austin, la tapamos con un paracaídas y la almacenamos en un estudio de cine hasta la fecha de la instalación. Una noche, Willie se acercó para ver la obra antes de la presentación en público. Se mostró agradecido pero un poco abrumado tras intercambiar una larguísima mirada consigo mismo. Bill Wittliff, que está en el comité, le explicó que lo que nos gustaba de esta pieza era que parecía interactuar con los viandantes. «La gente se te acercará — explicó—. Los niños te tocarán la rodilla y te pedirán consejo.»

«Haced lo que diga y no lo que haga», aconsejó él.

La estatua pasó meses en el estudio, pues costó mucho trabajo cerrar con Willie una fecha para la inauguración. O le podía la modestia, o le daba vergüenza, o nos quería dar largas; no lo sabíamos exactamente. Por fin, nos dijo que quizá estuviera disponible el 20 de abril de 2012. La fecha a mí no me decía nada, pero Marcia Ball, que también pertenecía al grupo, comenzó a carcajearse. «El 20 del 4 —dijo—. ¿No sabes lo que es? ¡Es el día de la marihuana!».

Así pues, descubrimos ante el público la estatua de Willie Nelson el día 20 de abril a las cuatro y veinte de la tarde. Willie se plantó ante su gigantesco doble y cantó «Roll Me Up and Smoke Me When I Die».

En la actualidad, Roberta y yo vivimos en un vecindario llamado Tarrytown. Mi amigo Steve vive a unas pocas calles. Rodea nuestra casa un bosquecillo de cedros olmo de Texas, así que disfrutamos de más sombra que ninguna otra zona de la ciudad, algo muy de agradecer en este estado. Cuando vimos por primera vez la casa, que tiene dos plantas y es de ladrillo amarillento, el invierno tocaba a su fin y los petirrojos revoloteaban como embriagados entre las zarzas del jardín trasero. Había mucho trabajo que hacer, pero era un edificio sólido y sabía que no tardaríamos en convertirla en nuestro hogar. Me consolé tratando de convencerme de que podría pagar la hipoteca. Acababa de vender una película que iba a dirigir Oliver Stone con Al Pacino como protagonista.

Una semana después de firmar los papeles, Oliver me llamó por teléfono: «Larry, anoche tuve una pesadilla», me confesó con su demoníaco hilo de voz.

No iba a haber película.

Jamás supe exactamente qué había ocurrido. El caso es que me había instalado en una casa que no podía permitirme. Si algo te enseña Hollywood

es que no hay que comprarse una casa hasta no haberse comido las palomitas. Aun así, yo estaba atravesando uno de esos episodios periódicos en los que ansiaba fama y riquezas.

La vecina de la casa de enfrente se mudó a Nueva York y su casa estuvo vacía tres meses, con un cartel de «Se alquila» en la fachada. Un día, Roberta pidió a un vecino que la ayudara a arrancar el coche, porque se había quedado sin batería. Reparó en que el cartel de la casa de enfrente ya no estaba, así que le preguntó si sabía a quién la habían alquilado.

—¡Sí! ¡A un actor famoso!

—¿En serio? ¿A quién?

—Creo que se llama Mark McDonald, o algo así. Dicen que es un tipo muy atractivo.

Roberta caviló unos instantes y aventuró:

—¿Matthew McConaughey?

—¡Ese!

Ella había visto un día llegar en una gran furgoneta blanca a un tipo que vestía una sudadera con las mangas cortadas. Casi le ofendió su descarada forma de mirar. Al poco, empezó a verlo otra vez en el jardín, recortando los setos, casi siempre sin camiseta, lo que atraía las miradas de todo el mundo. Unos años después la revista *People* lo nombraría el hombre más sexy del planeta.

La vivienda era pequeña y gris, y tenía un solo piso. Era ese tipo de casa que, si la demolieran, al día siguiente nadie recordaría cómo era. Matthew trabajó mucho en ella; plantó sagúes y les colocó luces debajo. Era el mejor inquilino del mundo, eso seguro. En cuestión de semanas, conocía a toda la manzana. Entendimos que su presencia entre nosotros era una especie de secreto.

Aquello parecía un desequilibrio sin sentido. Matthew era multimillonario y

su rostro estaba en todos los quioscos. Le sobraban la fama y el dinero que yo envidiaba. Y, sin embargo, ahí lo teníamos, cortando el césped de su modesta casa de alquiler en Tarrytown. Matthew McConaughey es de Uvalde, al oeste de San Antonio, más o menos a una hora en coche de la frontera mexicana. Estudió en la Universidad de Texas y era un gran seguidor de los Longhorns. Dio la campanada con su papel en *Movida del 76*, la película del director de Austin Richard Linklater, así que, desde luego, tenía muchos vínculos con el estado y con la ciudad. Sin embargo, lo cierto es que podía permitirse una residencia mucho más lujosa. Como, por ejemplo, la que yo no podía pagar.

En última instancia, deduje que lo que Matthew deseaba era lo que yo ya poseía: una vida tranquila en una calle bonita, con vecinos agradables y un grado de anonimato difícil de alcanzar para una cara tan reconocible como la suya. Quería, de algún modo, volver a la vida corriente. Yo quería escapar de ella.

Un sábado por la tarde, con ocasión de un partido de fútbol americano entre la Universidad de Texas y Baylor, Matthew invitó a los vecinos a una barbacoa. Nuestro nuevo vecino y Roberta charlaron sobre el equipo. Ella no es realmente aficionada al deporte, pero se había encaprichado un poco con el pasador del equipo universitario, Major Applewhite, un tipo rudo y bajito que había protagonizado muchas remontadas en el último momento y que ahora entrena al equipo de la Universidad de Houston. Se sabe que Matthew es amigo de varios jugadores, así que quise bromear con Roberta diciéndole que él conocía a Major Applewhite. Ella lo miró con la boca abierta: «¿Conoces a Major Applewhite?», exclamó. Matthew estalló en risas. Creo que fue justo en aquel instante cuando se dio cuenta de que por fin lo había conseguido: llevaba una vida normal y corriente.

Una noche de otoño de 1999, hacia las tres de la madrugada, me despertaron unas voces en la calle y unos ladridos. Traté de volver a dormir,

pero oí las puertas de un coche cerrándose, más perros y, entonces, el reconocible y alarmante chapurreo de la radio de un coche policial. Me levanté de la cama de un salto y miré tras la cortina. Frente a nuestra casa había cuatro coches de policía.

—¡Roberta! ¡Está pasando algo!

Salí a la puerta y vi a un agente en mi jardín.

—¿Vive usted aquí? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Hemos detenido a una persona en ese domicilio —anunció, señalando hacia la casa de Matthew, para preguntarme acto seguido si conocía al propietario.

—Sí, es Matthew McConaughey, el actor. ¿Es a él a quien han arrestado?

El agente me explicó que lo habían arrestado por provocar un altercado y por posesión de una pequeña cantidad de estupefacientes. Me di cuenta entonces de que estaba en la parte de atrás de uno de los coches patrulla.

—¿Puedo hablar con él? —pregunté.

—No, está embriagado —dijo el agente.

A mí no me lo pareció; aunque sí parecía furibundo.

—Un vecino ha llamado para quejarse —continuó el policía—. De hecho, han llamado dos veces. Estaba perturbando la paz del barrio.

—Pues a nosotros son ustedes los que nos han despertado —repliqué yo.

El policía se mostró claramente malhumorado.

—Las mujeres de mi familia creen que ese tipo es el mejor —dijo.

Añadió que, con todo, el agente que lo había detenido no tenía ni idea de quién era. El acontecimiento había acarreado toda una cabalgata de coches patrulla. Llegó incluso un coche de la secreta, alrededor del cual se reunieron todos los agentes en corro. Terminaron llevándose a Matthew a una comisaría

del centro.

—Vamos a mantener un perfil bajo con este asunto —me aseguró el policía.

—Sí, claro. Buena suerte con eso.

La noticia saltó a los medios sobre el mediodía del día siguiente. Los informativos contaron que Matthew estaba bailando desnudo por su casa, tocando los bongos. Al parecer, se había dejado la puerta de atrás abierta y estaba molestando al vecino. Cuando llegó la policía, a un agente le pareció ver una pipa de agua en el interior de la casa, así que la visita se convirtió en una redada antidroga. Los agentes entraron en la casa y, cuando Matthew se puso a gritarles, lo esposaron. Acto seguido, empezaron a meter las pertenencias del actor en bolsas de basura —«Pruebas», afirmaron—. Al final, resultó que en la casa no había drogas de ningún tipo.

Toda la ciudad se puso de parte de Matthew. Hasta Laura Bush contó en una fiesta al día siguiente que le había chocado enormemente el comportamiento de la policía, al entrar en la casa de alguien sin autorización y sin orden judicial.

Para esa hora, nuestra calle estaba ya repleta de unidades móviles de televisión. La prensa rosa se volcó con la historia. Me asqueó la actitud de los periodistas en lo que respecta a las noticias en las que hay famosos involucrados; no es de extrañar que la gente los odie, aunque después este sea el tipo de noticias que todo el mundo adora consumir. El periódico de la ciudad cometió el pecado imperdonable de publicar la dirección de Matthew, de manera que nuestra tranquila calle se convirtió en un desfile de madres con carritos y adolescentes para tocar en la puerta de Matthew a todas horas. Alguien le pinchó una rueda de la furgoneta con un clavo. Los cargos relacionados con los estupefacientes fueron retirados, pero tuvo que pagar una multa de 50 dólares por alterar el orden público. Fue ahí donde se volatilizó su fantasía de llevar una vida normal. El incidente de los bongos «lo ha

echado todo a perder», confesó la mañana que lo vimos cargando su furgoneta para mudarse. Jamás volvería sentirse seguro en aquella casa.

Hablé con Steve sobre el sueño roto de Matthew McConaughey, quien solo ansiaba llevar una vida corriente. Steve se mostró empático, pero observó que las estrellas del cine como él cultivan la fama y no pueden esperar huir de ella. En cualquier caso «no es una persona “normal” —opinó Steve—. Es un tipo fuera de lo normal que vive en Tarrytown».

La inesperada victoria de Donald Trump marcó un punto de inflexión cultural en todo el país. Se produjeron protestas en todas partes, incluida Austin, donde, el domingo posterior a las elecciones, unas ciento cincuenta personas se reunieron en las escalinatas del Capitolio y marcharon hacia el sur por Congress Avenue. Un pequeño grupo de partidarios de Trump preparaba una contramanifestación. Según contaron los informativos, un ciudadano llamó especialmente la atención: Joseph Weidknecht, un trabajador del metal que medía casi dos metros y pesaba ciento sesenta kilos. Llevaba una gorra con el lema *Make America Great Again* y portaba una pancarta que decía *Proud to Be Deplorable*,^[41] en referencia al apelativo que había usado Hillary Clinton para referirse a los seguidores de su rival. Varios manifestantes anti-Trump, muchos de ellos con máscaras de Guy Fawkes, empezaron a reírse de él. Le arrebataron la pancarta y la gorra y trataron de prenderle fuego en la camisa. Weidknecht declararía más tarde: «Las peleas no me dan miedo, me las arreglo bien. Pero cuando sacaron los mecheros, temí por mi vida».

De repente, una mujer pequeña que vestía un hiyab se metió entre Weidknecht y sus atacantes. Amina Abdeen, estudiante de diecinueve años de la Universidad de Texas, había llegado a Estados Unidos desde Irak cuando tenía diez. «Se plantó ahí en medio como una montaña, intentando contener la

violencia», contó Weidknecht.

—Yo no comparto sus ideas —señaló Abdeen a la policía después de la detención de seis manifestantes—. Pero sé que sus miedos e inquietudes son legítimas. Amo este país, y no me gusta el futuro que veo.

A medida que el nuevo gobierno trató de tomar medidas para impedir que los musulmanes pudieran acceder a Estados Unidos, en los edificios de los campus empezaron a aparecer carteles antiinmigración. «Imagina nuestro país sin musulmanes», rezaba uno de ellos. En Victoria, en el sur de Texas, unos desconocidos atacaron una mezquita con cócteles molotov. Sid Miller, el tempestuoso comisario de Agricultura del estado, declaró a la BBC que le preocupaba que Estados Unidos terminara convirtiéndose en un país musulmán. Actualmente, apenas el 1 por ciento de los ciudadanos estadounidenses es musulmán. Con anterioridad, había defendido atacar con armas nucleares a los países que profesasen esta fe.

Una de las amigas más cercanas de Roberta es una escritora que está casada con un profesor de universidad. Ambos son judíos y han colocado en su jardín un cartel de la campaña Black Lives Matter. Mientras se debatía en el Senado el proyecto de ley 4 —aquel con el que se quería acabar con las ciudades santuario—, alguien deslizó un mensaje anónimo bajo su puerta. El mensaje amenazaba la vida de sus hijos, especificando los nombres de estos. «¿No estábamos en Austin?», se preguntó escandalizada Roberta.



Más salchichas

Texas es el estado republicano más grande del país, con 38 compromisarios electorales, cifra que probablemente se eleve hasta los 41 o 42 tras el próximo censo. California cuenta con 55 compromisarios, pero ese número no se ha incrementado desde 2003, en tanto que Nueva York, a su vez, cuenta con 29, cifra que declina desde hace décadas. Si Texas se hiciera demócrata, el presidente de Estados Unidos sería demócrata sí o sí, por los siglos de los siglos. Los márgenes de victoria republicanos se han ido estrechando en el estado con el paso de los años y la demografía da a entender que el estado irá adquiriendo un tono azulado. Es un joven estado urbano con una mayoría de ciudadanos de minorías. Demográficamente, debería ser ya de un azul tan vivo como el de California y, sin embargo, es el planeta rojo del universo político estadounidense.

Las únicas elecciones auténticas en Texas son las primarias republicanas, en las que participan normalmente en torno a un millón y medio de votantes. Si se ganan 750.001 votos en las primarias de un estado de 27 millones de personas, se puede llegar a gobernador o a senador. En 2012, Ted Cruz obtuvo la candidatura con solo 631.000 votos en la segunda vuelta, y esto pese a ser una figura política con un perfil poco texano, un hombre hecho en Princeton y Harvard que, en otra era, habría estado en su salsa en los clubes de caballeros

del Imperio británico, quizá con bigote y monóculo. El hecho de que Cruz no renunciase a su nacionalidad canadiense hasta 2004 me hace pensar que realmente quiso apurar todas sus opciones, desde el punto de vista cultural.

En 2014, los demócratas texanos tenían la esperanza de que Wendy Davis —una glamurosa rubia que había llamado la atención de todo el país por el discurso de once horas que pronunció para bloquear un proyecto de ley que prohibiría el aborto tras veinte semanas de embarazo— fuese la campeona que hacía falta para recuperar el Gobierno estatal. Pero esta perdió por goleada frente a Greg Abbott. Ni siquiera contó con el voto de las mujeres.

La legislatura presidencial de 2016 prometía llevar el sello texano, con Perry y Cruz en las primarias. Estos competían con Jeb Bush y Rand Paul, ambos criados en el estado, y Carly Fiorina, nacida en Austin. Todos ellos cayeron. Después, a principios de septiembre, cuando se intensificaba la carrera entre Trump y Hillary Clinton a nivel nacional, una encuesta realizada por *The Washington Post* en colaboración con SurveyMonkey mostró que Hillary se adelantaba en Texas en un punto. Otras encuestas daban a Trump una estrechísima ventaja. Todo ello en un estado que Mitt Romney se metió en el bolsillo en 2012 con una ventaja de 16 puntos.

Los texanos no están acostumbrados a mostrar ambigüedades. En nuestro estado no nos inundan las campañas televisivas y los mítines de los candidatos, como ocurre en los estados bisagra durante las campañas presidenciales, y tampoco estamos habituados a los enfrentamientos y la inquietud que aderezan las contiendas electorales cuando hay mucho en juego. Desde hace casi cuatro décadas, los resultados se han prefigurado con tal claridad que a veces uno tenía la sensación de estar viendo las elecciones de otro país. En el mes de mayo, Hillary Clinton generó ilusiones al asegurar en una entrevista con la revista *New York* que, si los votantes hispanos y negros ejercían su derecho al voto, los demócratas podrían ganar Texas. Sin embargo,

su director de campaña en el estado, Garry Mauro, trató de atemperar esas expectativas poco realistas. «Este no es un estado en liza», insistía. Quien no se consuela es porque no quiere; el Partido Demócrata, que en algunos condados texanos ni siquiera tiene oficinas y que apenas presentó candidatos conocidos para cargos estatales, volvió a la vida y empezó a ganar posiciones en ciudades clave. El senador Tim Kaine, nominado a la vicepresidencia, visitó el estado en repetidas ocasiones, afirmando en cada viaje que él y Clinton «se tomaban Texas muy en serio». *The Dallas Morning News* expresó su apoyo a Clinton, la primera demócrata al que ese diario daba su aval en setenta y cinco años. En octubre, los responsables de campaña de Clinton se propusieron hacer algunos esfuerzos en las principales ciudades del estado, algo que no había ocurrido en décadas. En Austin, se había registrado el 90 por ciento de las personas con derecho a voto, mientras que en el resto del estado ese porcentaje era del 80 por ciento.

Los texanos viven exaltados. Una madre de un barrio periférico de Houston echó a patadas a su hijo de siete años de casa por confundirse al votar en un simulacro de elecciones que habían hecho en el colegio. De hecho, grabó la escena en vídeo. «Adiós, fan de Donald Trump», despide a su hijo en la grabación mientras el niño, histérico, se resiste a marchar, con una maleta en una mano y en la otra un cartel que dice: «Mi madre me ha echado de casa por votar a Donald Trump». Ella afirmó más tarde que era una broma, pero el Departamento de Familia y Servicios Sociales de Texas puso en marcha una investigación. Por otro lado, se publicó un elocuente obituario en *The Houston Chronicle* que decía: «Elene Meyer Davis nació en Yoakum, Texas, el 7 de octubre de 1924 y murió el 7 de junio de 2016, por complicaciones cardíacas relacionadas parcialmente con la campaña presidencial ese año».

Pese al tumulto en torno a las expectativas de participación, solo el 42,62 por ciento de los votantes censados se acercó a las urnas en Texas; una vez

más, se trató de uno de los índices más bajos del país. La gente de entre 18 y 24 años vota un 50 por ciento menos que los que tienen entre 65 y 75. Suele votar sobre el 40 por ciento de aquellos cuyos ingresos sobrepasan los 75.000 dólares anuales. Por último, solo vota el 32 por ciento de quienes poseen un nivel educativo inferior a la secundaria, porcentaje que asciende al 82 por ciento en personas con un nivel educativo más elevado. Los bajos porcentajes de participación son crónicos en Texas, pero no tienen tanto que ver con la raza como con el número desproporcionado de jóvenes sin recursos o sin educación. Como observó Wendy Davis en su momento: «Texas no es un estado republicano. Es un estado demócrata que no vota».

Trump se llevó Texas por nueve puntos, un 52 por ciento frente a un 43 por ciento, el mismo margen que obtuvo en Ohio. Cuando eché un vistazo a la distribución de los votos a lo largo y ancho del país, vi un paisaje de ciudades azules sobre un manto rojo. Costaba trabajo distinguir dónde terminaba Texas y comenzaba el resto del país. Es, en efecto, una extensión roja salpicada de azul.

La comunidad hispana de Texas es la que más crece de todo el país. Los hispanos son más de la mitad de los 2,7 millones de nuevos habitantes que han engrosado el censo desde 2010. Todos los demócratas de Texas creen que si los hispanos votasen como lo hacen en California, el estado sería ya demócrata. «La diferencia entre Texas y California es el sindicalismo», me explica Garnet Coleman, miembro de la Cámara de Representantes de Texas por Houston. En la década de 1960, César Chávez comenzó a organizar a los agricultores californianos en un sindicato, lo cual jamás ocurrió en Texas, estado que directamente prohíbe los convenios colectivos. «Los sindicatos fomentan la cultura de la votación y de la participación política», observa Coleman. En la política texana «todo tiene que ver con la raza —observa Coleman—. Estamos hablando de políticas públicas, pero a la gente se le hace

creer que su dinero se lo dan a negros y sudacas haraganes.» Las opiniones políticas se van enquistando debido a la redefinición de los distritos electorales e, incluso así, la mayoría demográfica texana es mucho más progresista que sus representantes. Coleman predice un auténtico duelo final. «Esta es la batalla por el futuro del país, que necesitamos ganar por mayoría. Tenemos que conseguirlo.»

Entre los republicanos que votan en las primarias texanas, el asunto más candente es el de la inmigración. Muchos legisladores estatales que no habían apoyado el proyecto de ley 4 parecían intimidados por el entorno político, y se hizo evidente que el presidente de la Cámara Straus y el resto de su equipo no contaban con un plan de batalla. Uno de los principales lugartenientes de Straus, Charlie Geren, de Fort Worth, presentó el proyecto de ley en abril de 2017 y lo dejó «en manos de la Cámara». Aquello fue una invitación a que los frustrados homólogos de Dan Patrick se sumaran a la iniciativa e hicieran fuerza.

Matt Schaefer, líder del Freedom Caucus, presentó una enmienda para permitir a los agentes de policía interrogar a los sospechosos para conocer su estatus legal. Una disposición para exigir la documentación que colocaría a todos los ciudadanos hispanos del estado en una clase distinta a la de los anglosajones. Los agentes de la autoridad de las grandes ciudades texanas se habían opuesto contundentemente a esa idea, con el argumento de que, si se hacía esto, los inmigrantes serían menos proclives a denunciar delitos. Art Acevedo, jefe de la policía de Houston, afirmó que el número de denuncias por violación por parte de personas hispanas había caído un 43 por ciento, debido en parte al endurecimiento de la política migratoria de Trump. La enmienda de Schaefer era similar a la ley aprobada en 2010 en Arizona, que

había sido parcialmente revocada por el Tribunal Supremo estadounidense. «Los texanos de nuestro distrito lo están pidiendo —alegó Schaefer—. Es una buena medida.»

Gene Wu, miembro de la Cámara procedente de Houston y nacido en China, se pronunció contra el proyecto de ley, presa de la emoción, comparándola con la Ley de Exclusión china de 1882, la primera gran ley antiinmigración aprobada en América. «Este asunto me es muy doloroso, porque yo mismo soy inmigrante —declaró—. Mis padres son inmigrantes. Represento a un distrito lleno de inmigrantes.» Lo rodeaban, mientras hablaba, otros compañeros demócratas. «Algunos han llegado como refugiados. Otros tienen la ciudadanía. Otros no tienen papeles. Pero todos son gente. Mi gente.»

Para Wu, el proyecto de ley para las ciudades santuario era la culminación natural de la «mentalidad racista y retrógrada» que ha emergido en Texas, que él considera el epicentro del Tea Party. «Trump es simplemente la manifestación más visible de esa mentalidad —me cuenta—. Es una actitud que ha permeado todo el partido republicano a lo largo de la última década.»

Otra legisladora demócrata, Ana Hernández, de Houston, recuerda cuando llegó a Estados Unidos, de niña: «Me acuerdo del miedo constante en el día a día de mi familia, del temor cotidiano de mis padres cuando sus dos hijas iban al colegio sin saber si ese día habría una redada contra inmigrantes».

Entre bambalinas, las camarillas republicanas y demócratas se reúnen durante horas, buscando una manera de esquivar la enmienda de Schaefer. «Los republicanos acudieron a nosotros y nos dijeron que a algunos les iba a costar mucho trabajo votar contra ella», me cuenta Wu. Sabiendo que la ley terminaría en los tribunales, los republicanos ofrecieron aparcar la enmienda si los demócratas se mostraban dispuestos a hacer algunas pequeñas concesiones. Sin embargo, estos tardaron demasiado tiempo en llegar a un acuerdo sobre las condiciones y los republicanos retiraron la oferta.

Tras dieciséis horas de un emocional debate que terminó a las tres de la madrugada, la Cámara aprobó el proyecto de ley 4 con la enmienda que permitía a los agentes exigir la documentación a cualquier persona para verificar su estatus legal. Una semana después, el gobernador Abbott la sancionaba. El acto se retransmitió por Facebook Live. «Los ciudadanos esperan que las autoridades hagan cumplir la ley —declaró—. Los ciudadanos merecen que quienes incumplen la ley hagan frente a las consecuencias legales de sus actos.»

Como de costumbre, las cámaras aprobaron un proyecto de ley sobre el aborto que arramblaba con el procedimiento más común y seguro para interrumpir el embarazo en el tercer trimestre, el de dilatación y evacuación. La ley, además, exige a las clínicas que entierren o incineren los fetos abortados.

Además, se aprobaron varios proyectos de ley para reformar las entidades que supervisan a los niños víctimas de acoso o en riesgo de serlo, una de las prioridades del gobernador. En los primeros siete meses del ejercicio fiscal 2017, 314 niños sin hogar pasaron dos o más noches en hoteles o en dependencias del Gobierno estatal. La nueva legislación subía el sueldo a los asistentes sociales, pero también exoneraba al estado de algunas responsabilidades, entregando la gestión de varios centros de menores a contratistas privados. Abbott declaró que Janis Graham Jack, la jueza federal que había emitido un veredicto según el cual el sistema de centros de menores de Texas violaba los derechos de los niños, debería desestimar el caso que tenía entre manos, porque la nueva legislación transformaba el sistema «de una forma que no hará sino mejorarlo». Abbott aseguró que deseaba que el sistema de centros de menores y hogares de acogida dependientes del Gobierno estatal se convirtiera «en el mejor de Estados Unidos de América». A los defensores del bienestar infantil les preocupaba la falta de experiencia y de

conocimientos de los contratistas, a los que creían incapaces de gestionar los distintos casos, especialmente los de los niños más problemáticos.

El programa para dar caza a los cerdos ferales se aprobó pese a la oposición de Jonathan Stickland. Existe una nueva ley, además, que permite abatirlos a tiros desde globos aerostáticos. Los texanos ya podían cazar cerdos silvestres y jabalíes desde helicópteros, con ametralladoras, pero los globos daban un cariz más deportivo al asunto. ¿Quién iba a decir que disparar a un cerdo desde un globo era ilegal?

El presidente de la Cámara, Straus, siguió dejando de lado el proyecto de la Ley de Baños en la Cámara de Representantes. Estaba convencido de que la mayoría de los miembros de la Cámara no estaba a favor de la medida, aunque tampoco quería expresarse en contra. Se pidió al gobernador en varias ocasiones que se pronunciara al respecto. Hasta esta sesión parlamentaria, a Abbott se le tenía más por conservador orientado al mundo empresarial, como Straus, que como conservador cultural, al estilo de Patrick. Mostraba poco interés en elegir bando, pues terminaría perdiendo apoyos tomase la postura que tomase. Por fin, declaró anodidamente que estaba a favor del proyecto de ley para «proteger la intimidad en los aseos». Señaló, además, que otro proyecto de ley que iba a ser presentado ante una comisión de la Cámara, el 2899, era una «propuesta muy bien pensada». Aunque no obligaba a usar el baño en virtud del sexo en el momento del nacimiento, el 2899 echaría por tierra las ordenanzas locales contra la discriminación y no impediría que empresas o legisladores hicieran cumplir estas prohibiciones en el futuro.

El 21 de mayo, la Cámara dio inicio al debate en torno a la medida. De nuevo, los legisladores escucharon durante horas angustiados testimonios. Media docena de las mujeres que formaban parte de la Cámara se metieron en los baños de los hombres que hay justo a la entrada del edificio. «Hoy nos apetece montar follón —declaró una de ellas, Gina Hinojosa, demócrata por

Austin—. Nos ha dado por ahí.»

Me pregunté si se ha dado el caso de que, en las presentaciones de proyectos de ley ante las comisiones de la Cámara de Representantes, alguien haya cambiado alguna vez de opinión. La sesión legislativa ya había vivido muchas noches de este tipo hasta horas intempestivas, también sobre este asunto. La gente tenía en ellos la oportunidad de hacerse oír, un derecho democrático fundamental, y se pronunció muy mayoritariamente en contra del proyecto de la Ley de Baños. Entre las muchas cuestiones sensibles que los legisladores debían abordar, figuraba la vulnerabilidad de la población transgénero, ya de por sí estigmatizada y víctima de acoso. Un estudio realizado en 2014 por el Instituto Williams de la Universidad de California-Los Ángeles reveló que más del 40 por ciento de las personas transgénero intenta suicidarse, un porcentaje que dobla el habitual en la comunidad homosexual y bisexual, y multiplica por diez la media estadounidense.

Poco antes de amanecer, los miembros de la comisión de la Cámara se retiraron sin votar, echando por tierra la medida a efectos prácticos. En el último momento, varios de ellos se reunieron para firmar como promotores conjuntos un proyecto de ley ya muerto, el resultado más deseado imaginable.

Y aún quedaban ocho jornadas de sesión legislativa...

Uno de los principales impulsores del proyecto de la Ley de Baños y gran partidario de Dan Patrick es el doctor Steven Hotze, médico de Houston y veterano avalista ultraconservador. Comenzó a ganar dinero en la década de 1990, haciendo terapias de reemplazo hormonal alternativas y vendiendo suplementos alimenticios muy controvertidos, como la plata coloidal, que el doctor Hotze recomienda para los resfriados, la gripe «e incluso para cuidar la salud de las mascotas». La plata coloidal puede causar argiria, un síndrome

que tiñe la piel del paciente de un tono azulado para siempre.

Hotze forma parte de un grupo cristiano evangélico llamado Coalition on Revival. En 1986, firmó su manifiesto, que afirma que «la causa última de toda enfermedad, deformidad, discapacidad y muerte no es sino el pecado de Adán y Eva». Con respecto al Gobierno: «Rechazamos aceptar cualquier autoridad definitiva fuera de la Biblia (por ejemplo, la razón, la experiencia, la opinión de la mayoría, la opinión de las élites, la naturaleza, etcétera) como modelo de gobierno sobre individuos, grupos o jurisdicciones».

En la primera década del siglo XXI, Hotze presentaba un programa en la emisora de radio de Houston que es hoy propiedad de Patrick. Llegó a componer y cantar en directo un par de canciones —«lamentaciones», habría que llamarlas, quizá— como *Go Fearing Texans Stop Obamacare*.[\[42\]](#) Dice la letra:

What would Sam Houston do?

What would Davy Crockett do?

I know what I'm going to do.

I'm going to fight Obamacare,

I'm going to defeat Obamacare.[\[43\]](#)

La principal motivación de Hotze es atacar a los homosexuales, u «homofascistas», como él los llama. «El movimiento político homosexual obligará a las iglesias, colegios, empresas e individuos a aceptar, avalar e incluso celebrar a quienes participan en el sexo anal», declaró una vez. La sodomía, continuaba, «se enseñará a los niños en los colegios desde preescolar». Por supuesto, ni que decir tiene que los gais «quieren hacer de Texas un clon de California».

«Hotze es el LeBron James del odio a los gais —metaforiza Evan Smith, el director de *The Texas Tribune*—. Es el jugador más valorado en cada

temporada. Y el segundo lo sigue muy de lejos.»

En 2014, cuando Dan Patrick se presentó por primera vez a vicegobernador, Hotze se convirtió en uno de sus principales recaudadores. En un vídeo en el que expresa su apoyo a Patrick, que aparece junto a él, Hotze dice: «El liderazgo de Dan Patrick hará de Texas el estado más conservador del país».

Patrick, por su lado, aclara que en las elecciones que vienen hay mucho en juego. «Los demócratas entienden que, si se apoderan de Texas, los republicanos no volverán a pisar la Casa Blanca. Se adueñarán del país. No hay más Texas a las que mudarse, amigos. Esto es lo que hay.»

En 2015, Hotze se implicó en las movilizaciones contra la ordenanza antidiscriminación que había puesto en marcha la alcaldesa homosexual de Houston, Annise Parker. Hotze se puso a repartir pegatinas en las que ponía «¡Baños de mujeres sin hombres!», la misma fórmula que Patrick y sus colegas habían aplicado en el proyecto de ley 6, que apodaron Ley de Intimidación de las Mujeres.

Hotze dirige un grupo dedicado a la recaudación de fondos de campaña llamado Conservative Republicans of Texas, cuyo sitio web además administra. «Hay legisladores en Texas —escribía en mayo de 2017—, que permitirían a hombres y niños pervertidos, que fantasean sexualmente con ser mujeres, entrar a los baños, vestuarios y duchas de mujeres y niñas.» Imploraba entonces a sus lectores que orasen con él:

En el nombre de Jesús, yo declaro que todas las personas, así como sus asistentes, que sirvan en el Parlamento del estado y apoyen, fomenten y practiquen la sodomía y otras prácticas sexuales desviadas, que apoyen el asesinato de niños nonatos y que odien la ley y la palabra de Dios, reciban de Este un castigo justo por sus malvados actos [...]. Que se consuman, deshagan y pudran, y así, convertidos en polvo, sean llevados por el viento desde sus actuales cargos, dadas sus malvadas obras, pensamientos y maquinaciones. Que la gente los desprecie y las naciones los aborrezcan. Que esta penitencia los guíe al arrepentimiento y a la fe en Cristo. Que Dios ilumine sus vidas.

En un mensaje de correo electrónico personal, los asistentes de Patrick describieron a Hotze como «partidario veterano», pero agregaron que el vicegobernador «no está necesariamente de acuerdo con todo lo que sus partidarios digan o hagan».

Straus me dijo, en su momento: «Hotze es un personaje marginal. Los republicanos de la corriente mayoritaria no lo toman en serio».

Entretanto, Hotze ha estado haciendo campaña para que Straus deje de presidir la Cámara.

En medio de todo este caos político, presentó su dimisión Tom Mechler, presidente del Partido Republicano de Texas. Presentó una carta en la que pedía unidad y civismo. «Un partido que se fractura por culpa de la ira y el revanchismo es un partido que no tendrá éxito», escribió en su carta de dimisión. Además, alertaba de que los republicanos habían fracasado a la hora de atraer a votantes fuera del menguante electorado blanco y que estaban condenados a la extinción electoral. «Si continuamos haciendo los mismos esfuerzos que hasta ahora para enfrentarnos a la diversidad de comunidades de nuestro estado, este terminará haciéndose demócrata», advertía. Instaba además a que el siguiente presidente a nivel estatal reformara el partido a la imagen y semejanza de la Texas moderna.

Poco después de la dimisión de Mechler, Rob Morrow —el antiguo presidente del Partido Republicano del condado de Travis, el del gorro de bufón— anunciaba su candidatura a gobernador. Sus prioridades no habían cambiado desde que lo habían echado de su cargo condal: «Me gustan las tetas grandes. Estoy a favor de la ricura mamaria. En los últimos años he compartido en redes sociales más de quinientas fotos de mujeres supertetudas

e increíblemente atractivas». Concluía así: «Estoy a favor de celebrar concursos Miss Camiseta Mojada en El Álamo cada Cuatro de Julio. No tengo más que decir».

Los doce miembros del ultraconservador Freedom Caucus se enojaron mucho con Straus y sus aliados por impedir que los proyectos de ley se debatiesen siquiera. Entre ellos, figuraban medidas contra el aborto, así como para relajar aún más las leyes sobre armas y para la eliminación de los impuestos sobre la propiedad inmobiliaria previamente aprobados. El Freedom Caucus decidió tomarse la revancha.

Es lo que hoy conocemos como Masacre del Día de la Madre.

Los proyectos de ley que no se consideran demasiado controvertidos, a menudo se delegan a la llamada Comisión de Asuntos Locales o Menores. Esta debía tratar, entre otros, 121 proyectos de ley que no habían recibido objeción, pero que aún tenían que pasar por una votación formal en la Cámara. En estos casos, si cinco o más miembros de la Comisión impugnan el proyecto de algún modo, este debe seguir el proceso legislativo convencional y someterse a debate en la Cámara. El plazo para el debate de este tipo de proyectos terminaba la medianoche del 11 de mayo, el jueves anterior al fin de semana en que se celebra el Día de la Madre en Estados Unidos. Horas antes de medianoche, los miembros del Freedom Caucus presentaron objeciones a absolutamente todos y cada uno de los proyectos de ley que debía tratar la Comisión de Asuntos Locales y Menores, lo que imposibilitaba la aprobación de todos ellos dentro de la sesión parlamentaria de 2017. Entre los proyectos desahuciados figuraban dos cuyo objeto era contener el abrupto aumento de la mortalidad materna en Texas. Shawn Thierry, demócrata por Houston, rogó a los miembros del Freedom Caucus que pasasen la mano al proyecto que ella

misma había presentado, el cual serviría para encargar un estudio sobre la situación de las madres negras sin recursos. Cuatro años antes, la propia Thierry estuvo a punto de morir al dar a luz debido a una grave reacción a una epidural. Tenía cuarenta y dos años en ese momento, edad en que las complicaciones del embarazo son probables. «Desde luego, no tenía ni idea de que tenía tres veces más probabilidades de morir por ser afroestadounidense», declaró tras leer un informe emitido por el estado. Thierry argumentó que el proyecto de ley era, de hecho, provida, porque las madres que morían en el parto ya habían gestado a sus bebés. Los miembros del Freedom Caucus convinieron con ella en este punto, pero se negaron a apoyar la medida igualmente. Zanjaron el asunto explicando que no era nada personal. «Fue como un tiroteo indiscriminado», comentaría Thierry más tarde.

Después, el Freedom Caucus se aplicó al llamado filibusterismo parlamentario, es decir, a perder tiempo, perorando sobre cuestiones nimias, para bloquear el funcionamiento de la Cámara. Se dedicó, por ejemplo, una hora entera a discutir intrascendentes enmiendas a un proyecto de ley sobre la formación de obreros industriales. El filibusterismo es una vieja táctica, muy perfeccionada por los demócratas en el pasado, cuando estaban en minoría.

Drew Springer, el representante del norte de Texas que tumbó la enmienda de Stickland contra la caza del cerdo salvaje, defendió por su lado el proyecto 810, destinado a financiar tratamientos experimentales con células madre. En su discurso nombró a su mujer, que iba en silla de ruedas. Esos tratamientos «darían a personas como mi esposa la posibilidad de volver a caminar —dijo entre sollozos, mientras sus partidarios se reunían en torno al micrófono—. Cambiaría todos los proyectos de ley que he apoyado en el pasado, todos y cada uno de ellos, por el 810». En este caso, el Freedom Caucus dio su brazo a torcer y el proyecto de ley se aprobó.

Uno de los proyectos de ley de la Comisión de Asuntos Locales y Menores

que no pasó el corte fue el 3302, encaminado a invalidar una medida que prevé clausurar automáticamente importantes órganos del Gobierno estatal a los doce años de su puesta en marcha, a menos que se legisle explícitamente su continuación. Uno de los cinco órganos que se acercaban a su fecha de caducidad era, en ese momento, el Consejo Médico Estatal, que proveía de licencias de ejercicio a los médicos del estado. Si se disolvía, los nuevos médicos no podrían ejercer. Nunca quedó claro si el Freedom Caucus era consciente de las graves consecuencias que tendría echar por tierra el 3302.

Dan Patrick, no obstante, reconoció que tenía entre manos una decisión de mucho peso, que podría tener consecuencias importantes. La única manera de evitar los efectos de la no aprobación del 3302 era que el Senado aprobase un proyecto de ley similar —los proyectos presentados en el Senado expiran más tarde—, que se devolviera luego a la Cámara. El lunes posterior al Día de la Madre, Straus escribió una carta a Patrick en la que solicitaba formalmente que el Senado aprobase ese proyecto de ley, junto con un presupuesto, para no tener que convocar una sesión extraordinaria en ambas cámaras. Patrick respondió enviándole en privado una serie de condiciones, como que la Cámara de Representantes tendría que aprobar el proyecto de la Ley de Baños y otro proyecto de ley más, cuyo objeto era frenar los impuestos locales sobre la propiedad inmobiliaria. A cambio, el Senado aprobaría su propia versión del proyecto de ley para evitar el cierre automático de determinadas entidades, así como el presupuesto y otras varias propuestas, entre ellas una reforma de la financiación de los colegios avalada por Straus. Con los años, la contribución estatal a la escuela pública se había reducido drásticamente y la diferencia debía cubrirse con los impuestos a la propiedad inmobiliaria. Para restablecer el equilibrio, Straus quería añadir mil quinientos millones de dólares estatales a los fondos de la educación pública. No obstante, la oferta de Patrick vino con lo que Straus llamó una «píldora envenenada», una

disposición que preveía cupones para asistir colegios privados y que la Cámara ya había rechazado de plano; además, según las condiciones de Patrick, la contribución estatal sería muy inferior a la propuesta por Straus.

Patrick opinaba que los colegios de Texas tenían dinero suficiente. En una columna aparecida en prensa a principios de junio, el republicano señalaba que la mayor partida del presupuesto, «sobre el 52 por ciento de los fondos estatales», era la dedicada a educación, incluida la superior. «Dar a entender que estamos reteniendo fondos que podrían invertirse en educación es faltar a la verdad». PolitiFact, no obstante, señaló el hecho de que el gasto en educación, como porcentaje del presupuesto texano, es el más bajo de como mínimo los últimos veinte años y que es, de hecho, uno de los menores per cápita de todo el país.

Llegado ese momento, la mala fe entre Patrick y Straus se había propagado a sus respectivos grupos en la Cámara. Lyle Larson, republicano por San Antonio y cercano a Straus, acusó al Senado de «tomar rehenes» cuando habían prometido aprobar algunos proyectos de ley de la Cámara solo si esta votaba a favor de las medidas que Patrick consideraba prioritarias. «Yo tengo seis —se quejó Larson—. ¿Cuántos proyectos de ley tiene secuestrados en total el Senado de este estado?»

La Cámara estalló en un murmullo de enojo que no hizo sino agudizarse cuando tomó la palabra el demócrata negro Harold Dutton, representante estatal por Houston: «Si el Senado no nos respeta, que se atenga a las consecuencias —dijo—. No sé si nos verán, pero ¿podría alguien abrir la puerta para ver si al menos nos oyen?» Alguien abrió las puertas de la Cámara de par en par, y los irritados representantes aullaron como lobos en dirección al Senado.

El gobernador Abbott había advertido a Straus que exigiría acciones al respecto del proyecto de la Ley de Baños, aun cuando debiera convocar una

sesión extraordinaria para ello. Con el beneplácito del presidente de la Cámara, Chris Paddie, representante republicano por Marshall, decidió proponer algunas concesiones. Estas tomaron forma de enmienda a un proyecto de ley sobre seguridad de aplicación en colegios de primaria e institutos, pero no en universidades o edificios gubernamentales. Dicho proyecto reafirmaba el derecho de los estudiantes a usar los baños de manera que se respetaran su «intimidad, dignidad y seguridad personal», pero no explicitaba qué estudiantes podían utilizar qué baños.

A lo largo y ancho de Texas, los distritos escolares y cámaras de comercio parecían resignarse a aceptar la enmienda. En opinión de Straus, esta codificaba una práctica razonable que muchas escuelas ya aplicaban. Aun así, se topó con una férrea oposición en la Cámara, por parte de miembros que la consideraban un mero paliativo. El demócrata Rafael Anchia, representante estatal por Dallas, recordó al resto de la Cámara que, desde enero de ese año, cuando se había empezado a debatir el asunto de los baños, diez personas transgénero habían sido asesinadas en Estados Unidos, y leyó sus nombres en voz alta.

La enmienda superó la votación en la cámara, pero no satisfizo a Patrick. Straus se negó a seguir adelante y dejó claro a Patrick que tenía dos opciones; o aceptar la enmienda de Paddie o no aceptarla, sin medias tintas. «Para muchos de nosotros, y sobre todo para mí, aquello fue una concesión. Y, por lo que a mí respecta, era concesión suficiente. No cederíamos un ápice más. Teníamos que proteger nuestra economía, evitar miles de millones de dólares en pérdidas, y, lo más importante, garantizar la seguridad de muchos jóvenes texanos vulnerables.» Además, agregó que era «absurdo» que el proyecto de la Ley de Baños se hubiera tramitado de manera más urgente que las medidas para mejorar la financiación escolar.

Patrick convocó una rueda de prensa poco después. Sobre los comentarios

de Straus dijo lo siguiente: «En lugar de ponerse del lado de los texanos en general y de los republicanos de este estado en particular, ha decidido apoyar las políticas de Barack Obama, quien ha afirmado que los niños y niñas deben ducharse juntos en las escuelas de nuestro país»; algo que Obama nunca dijo. Patrick, además, hizo un comentario dirigido al reticente gobernador Abbott: «Esta tarde estoy siendo claro, gobernador. Quiero que usted nos devuelva la llamada, cuando a usted le parezca bien».

Las dos cámaras lograron aprobar un presupuesto, pero la sesión extraordinaria parecía, en cualquier caso, ineludible.

Abbott no se sentía en absoluto cómodo en la posición que se había visto obligado a tomar. Repitió en varias ocasiones que había tiempo suficiente para resolver esos contenciosos en sesión ordinaria, pero ya era demasiado tarde. Una sesión extraordinaria dedicada casi completamente al proyecto de la Ley de Baños no haría sino llamar la atención de todo el país sobre Texas, algo que nadie deseaba.

Para incrementar la presión, el 27 de mayo, Abbott recibió una carta firmada por los presidentes de catorce empresas con gran presencia en Texas, entre ellas Apple, Cisco, Google e IBM. Decía: «Nos preocupa seriamente la posible aprobación de medidas legislativas que empañarían la buena reputación de Texas como estado abierto y hospitalario, tanto para las familias como para las empresas». Estos empresarios afirmaban que esa ley perjudicaría a sus compañías a la hora de atraer profesionales de talento y añadían: «La discriminación es negativa y no hay lugar para ella en Texas». Ray Perryman, respetado economista radicado en Waco, llevó a cabo un estudio del proyecto de ley y previó que su aprobación costaría al estado tres mil trescientos millones de dólares del producto estatal bruto y unos treinta y seis mil puestos de trabajo, la mayoría de ellos en el sector turístico. En efecto, no había finalizado aún el debate sobre la medida y ya habían

empezado a cancelarse congresos y eventos similares en todo el estado.

Los periodistas abordaron a Abbott en una galería de tiro, lugar que había elegido para la firma de un proyecto de ley que rebajaría el precio de las licencias de armas. «A partir de hoy, los texanos van a tener más opciones que nunca para portar un arma», informó. Acto seguido, disparó unas cuantas veces contra una diana, que después mostró con orgullo a los periodistas, quienes, en general, se han mostrado siempre amables con él. Justamente la víspera, Montana había celebrado una convocatoria electoral extraordinaria en la que había resultado elegido como representante en la Cámara nacional un tipo que había mandado a un periodista al hospital tras hacerle una llave de lucha libre. También fue por aquella época que Trump dijo de la prensa que era el enemigo. Abbott sostuvo el blanco agujereado ante las cámaras y dijo: «Voy a llevar esto siempre encima para cuando me encuentre con algún periodista».

Straus me contó que, el viernes anterior, casi finalizada ya la sesión parlamentaria, el vicegobernador había enviado a dos senadores a hablar con el presidente de la Cámara de Representantes en su despacho. Los tipos parecían nerviosos. Uno de ellos llevaba un sobre, que al parecer contenía la versión del proyecto de la Ley de Baños que Patrick estaría dispuesto a aceptar. El senador, cuyo nombre Straus no reveló, era abogado, le dijo que el documento se había redactado muy cuidadosamente para garantizar la invalidación de cualquier ordenanza municipal antidiscriminación. El senador se dispuso a abrir el sobre y Straus le dijo que no se molestara. «No soy abogado, pero soy texano —dijo—. Todo esto me da asco. Dígale al vicegobernador que no me mancharé las manos con la sangre del suicidio de ningún texano.»

Durante la sesión parlamentaria número 85 del Parlamento de Texas, se

presentaron más de seis mil seiscientos proyectos de ley, de los que se aprobaron más de mil doscientos, sancionados todos ellos por el gobernador. La mayoría consideraba que la sesión se había desarrollado conforme a los dictámenes de Dan Patrick, aunque muchas de las medidas que este quería ver aprobadas —cupones para asistir a colegios privados, la eliminación de los impuestos a la propiedad inmobiliaria o la Ley de Baños— se quedaron en el camino.

Los ayuntamientos de las principales ciudades texanas pronto hicieron piña para presentar una demanda contra el proyecto de ley del Senado número 4 sobre las ciudades santuario, afirmando que sus cláusulas llevarían a la segregación racial y que la regulación migratoria es un poder reservado al Gobierno federal. No obstante, el fiscal general de Estados Unidos, Jeff Sessions, anunció que el departamento de Justicia apoyaba el proyecto de ley 4. «El presidente Trump se ha comprometido a garantizar la seguridad de los estadounidenses —declaró—. Texas ha seguido de manera admirable su ejemplo, al exigir la cooperación estatal con la legislación federal de inmigración, la cual exige la deportación de aquellos inmigrantes ilegales que hayan delinquido.» Enfrentada a la posibilidad de terminar encerrada en su propio calabozo si desobedecía las exigencias federales, Sally Hernández, la sheriff del condado de Travis, tiró la toalla y declaró que acataría la nueva legislación.

La última jornada de la sesión, coincidente con el día de los Caídos, suele dedicarse a hacer declaraciones, entregar galardones a funcionarios y despedirse de los colegas con los que se han compartido ciento cuarenta días de muchas emociones e intenso trabajo. Algunos miembros de ambas cámaras aprovechan para anunciar su jubilación; otros quizá sufran una derrota en las próximas elecciones y no vuelvan; los que resistan, regresarán después de año y medio para una nueva ronda de debates.

Mientras los parlamentarios se despedían, iban llegando autobuses al Capitolio. Cientos de manifestantes, algunos provenientes de estados lejanos, llenaron los cuatro pisos de la rotonda subterránea y ocuparon las galerías de la Cámara de Representantes. Traían silbatos y pancartas con eslóganes como «¡Nos vemos en los tribunales!» y cantaban «¡Fuera el proyecto 4!». Una de las cabecillas de la protesta, Stephanie Gharakhanian, explicó a los reporteros: «Queremos asegurarnos de que se llevan la despedida que merecen».

La Cámara cesó su actividad bruscamente en mitad del guirigay. Unos pocos demócratas levantaron la mirada hacia los manifestantes y les dedicaron aplausos. Los agentes de la policía estatal desalojaron las galerías y disolvieron la protesta, haciendo saltar por los aires la afabilidad que se intenta guardar esa última jornada. Matt Rinaldi, miembro del Freedom Caucus del condado de Dallas, al que algunos consideran el miembro más conservador de toda la Cámara, declaró unos días más tarde en la Fox que había visto pancartas que decían: «No tengo papeles, pero he venido para quedarme». Había decidido entonces llamar a la policía aduanera, de lo que se jactó incluso ante sus compañeros hispanos.

Hubo empujones en la Cámara. Se oyeron insultos y volaron los escupitajos. Después, Rinaldi publicó en Facebook que Alfonso Nevárez, alias Poncho, demócrata por la localidad fronteriza de Eagle Pass, lo había amenazado de muerte. «Poncho me dijo que ya me cogería en el aparcamiento», escribió Rinaldi, añadiendo que «no habría dudado en pegarle un tiro en defensa propia».

Al día siguiente, reinaba en el Capitolio un ambiente tranquilo y silencioso. En la Cámara de Representantes, un profesor guiaba a sus alumnos y explicaba en

inglés y en español quiénes eran los famosos texanos retratados en los óleos que colgaban de los muros. Me gusta el de Stephen F. Austin, con su mosquete y un sabueso con manchas a sus pies. En la rotonda, una orquesta de estudiantes de secundaria tocaba una pieza para vientos. Subí a la segunda galería, desde allí se oía mucho mejor. La orquesta venía de Kountze, un pueblecito del este de Texas que se distinguió en 1991 por ser el primer municipio de Estados Unidos en elegir un alcalde musulmán. Los músicos se habían dispuesto en torno al escudo de la República de Texas y de las cinco naciones a las que Texas ha pertenecido alguna vez. Me emocionó la idea de que la larga y sangrienta historia de este estado abocase a un momento como aquel, en el que un montón de niños de pueblo reflejaban en armonía las muchas y diversas voces de nuestro estado.

Straus, el presidente de la Cámara, esperaba en su despacho, sentado en su sofá en mangas de camisa, bajo un óleo en el que aparecía una manada de vacas hereford. Estaba mucho más relajado de lo esperable. Para su disgusto, el gobernador había aceptado convocar una sesión extraordinaria que giraría en torno a los dos proyectos de ley de Patrick cuya aprobación parecía obligada. Con todo, el presidente de la Cámara se mostraba satisfecho. Presumió de que las prioridades de la Cámara —*sus* prioridades— se habían respetado en la práctica totalidad. «Hemos hecho las reformas necesarias en los servicios de protección al menor y hemos puesto en acción a mil cuatrocientos trabajadores sociales más —dijo—. Hemos hecho además grandes progresos en las reformas concernientes a salud mental.» Los decrépitos hospitales de Texas serían renovados, pues. Se salvó asimismo un plan de atención sanitaria para profesores jubilados y se bloquearon varios recortes importantes en educación superior. «Eran asuntos que habían pasado quizá inadvertidos a la opinión pública porque no causan sensación, pero van a marcar la diferencia en las vidas de muchos texanos —aseguraba Straus—.

Lo que no hemos conseguido ha sido poner en marcha la renovación del sistema de financiación de la educación primaria y secundaria, que se encuentra sumido en el desastre, como todo el mundo sabe.» Straus afirmó que las escuelas de los distritos afectados por la caída de los precios del petróleo y del gas quizá terminasen cerrando. «Teníamos un plan de rescate, pero por desgracia el Senado dio prioridad a otras cosas», zanjó, atribuyendo específicamente el fracaso a «la fijación de Patrick con los cupones».

Pedí a Straus su opinión sobre el choque entre los conservadores culturales y los conservadores proempresa que está rompiendo el Partido Republicano en Texas y también en el resto del país. Straus citó a William H. Seward, secretario de Estado de Lincoln, quien describió la entonces inminente guerra de Secesión como «un conflicto irreprimible». Los prejuicios desencadenados por la elección de Donald Trump se combinan con elementos volátiles propios de la política texana. Dan Patrick había gestionado la campaña de Trump en el estado, así que estaba servido el choque de intereses.

En alusión al proyecto de la Ley de Baños, Straus dijo: «En esta sesión hemos estado muy cerca de aprobar una política discriminatoria radical, que habría enviado un mensaje muy negativo al resto del país».

—Pero todavía puede salir aprobado, ¿no es así? —quise saber.

Me preguntaba si el gobernador no podría decretar la ley y amenazar con vetar cualquier enmienda. Straus asintió, pero hizo un matiz.

—Las cámaras no están obligadas a tratar los puntos de la agenda en la sesión extraordinaria de treinta días. Y el gobernador tendría opción de convocar tantas sesiones extraordinarias de treinta días como quisiera.

—De modo que el proyecto de ley se quedaría en el ámbito de la comisión permanentemente y no se podría votar en contra...

Straus sonrió.

Esa sesión parlamentaria fue la más irritante y crispada que se recuerda, y

los malos aires acumulados en el Capitolio no se disiparon hasta mucho después de que los legisladores regresaran a sus hogares. La comunidad de inmigrantes abrigaba temores, los legisladores alimentaban el revanchismo y los provocadores se sentían más autorizados que nunca a propagar su mensaje de odio. La cruda batalla entre los republicanos de Texas no había terminado aún. El gobernador Abbott convocó una sesión extraordinaria que daría inicio el 18 de julio y presentó una lista de veinte asuntos que, en su opinión, requerían acción inmediata. La mayoría se podría haber aprobado en la sesión ordinaria, pero ninguno de esos temas le era prioritario entonces, al parecer. Además del proyecto de la Ley de Baños, la lista de demandas incluía los cupones para la educación, la limitación del gasto estatal y local, y nuevas restricciones al aborto. El gobernador pidió aumentar en mil dólares el salario de los profesores de la escuela pública, algo que probablemente tengan que sufragar los distritos escolares locales y no el estado. «Espero que los legisladores regresen a las cámaras para esta sesión extraordinaria con los ánimos más calmados y el firme compromiso de hacer de Texas un estado aún mejor», declaró el gobernador.

Straus no se sintió intimidado. «No estamos obligados a aprobar nada», aseveró.

El asesor político republicano Karl Rove se pasa a veces por nuestros desayunos de los lunes. Rove es un personaje desdeñado en el Austin progresista, condición en la que él parece regodearse. El antiguo asesor de Bush es además historiador y escritor, que es lo que lo trae a veces por nuestra tertulia. La semana después de que se clausurara la sesión ordinaria, nos contó cómo Texas se había hecho republicana.

Rove, en parte, atribuía ese vuelco a la inmigración. «Hubo mucha gente

que llegó a Texas desde otros puntos del país y eso empezó a cambiar el sentir político de las áreas urbanas.» Los nuevos texanos llegaban cargados con distintos bagajes políticos. Mi familia formó parte de esa oleada migratoria. Mi padre era republicano y apoyaba a Eisenhower cuando nos mudamos a Dallas en 1960. Estaban en marcha justo en esos meses las campañas de Kennedy y de Nixon; mi padre apoyaba a este último a brazo partido, pero creo que mi madre votó secretamente a Kennedy. Ella siempre fue muy discreta en cuestiones políticas. Los republicanos no consiguieron convertir Dallas en un bastión propio, aunque venía siendo ya una ciudad muy conservadora y fue la primera ciudad texana en vestirse de rojo, en 1954, cuando eligió para el Congreso al constructor y republicano radical Bruce Alger.

Los barrios periféricos de la ciudad empezaron a crecer para acomodar el enorme crecimiento poblacional que el estado experimentaría en las décadas siguientes. Estos barrios se parecían entre sí más que a las ciudades que festoneaban. Todo era nuevo en ellos: las iglesias, las escuelas, los centros comerciales, incluso los árboles. «Pensad en el condado de Williamson o, mejor aún, el de Collin. En los años setenta eran dehesas para el ganado — explicaba Rove—. En Frisco, condado de Collin, no había ni semáforos. Ahora tiene diez escuelas de secundaria.»

A diferencia de las ciudades, los barrios residenciales de la periferia estaban habitados sobre todo por familias de clase media, blancas en su inmensa mayoría. Hubo una muy acentuada zonificación, que empobreció los centros de las ciudades, donde empezaron a concentrarse las minorías. La columna vertebral de los barrios residenciales eran las familias que buscaban viviendas asequibles y buenas escuelas. Los vecinos de estas periferias solían tener trabajos cualificados y estaban poco sindicalizados. Eran más religiosos, a menudo muy devotos, y pertenecían a congregaciones evangélicas muy

nutridas. Todos estos rasgos —la riqueza relativa y la gran mayoría de familias blancas, religiosas y ajenas a la organización sindical— eran comunes a todos los barrios residenciales periféricos y fueron la base demográfica fundamental de la emergente mayoría republicana.

Rove también señalaba otro factor importante, «el flujo secuencial de partes de la Texas rural hacia las columnas republicanas». El fenómeno comenzó en el oeste de Texas en 1978 y luego se propagó al centro y el este del estado. En 1994, «la Texas rural había dejado de ser firmemente demócrata para hacerse incuestionablemente republicana».

—Pero era en esas zonas donde antiguamente estaban los progresistas, ¿verdad? —pregunté—. ¿Qué cambió en sus condiciones de vida para que se volvieran republicanas?

—No eran tanto progresistas como populistas —corrigió Rove—. Los populistas creen que el sistema hace trampas y está contra ellos. Abandonaron el populismo económico, es decir, dejaron de creer que el sistema conspiraba contra el vulnerable, y abrazaron el populismo social y conservador, convenciéndose de que el problema es el Gobierno.

—Bueno, las secuelas de la guerra de Secesión desaparecieron —observó Bill Brands—. Sin embargo, cuando el Partido Demócrata nacional ensalza los derechos civiles, los demócratas del sur dicen: «Este ya no es mi partido».

—Los demócratas duraron más en Texas que en otros lugares del sur porque el partido guardó una moderación relativa —razonó Rove—. Con la gobernadora Ann Richards, no obstante, viraron bruscamente a la izquierda.

La posterior caída de Richards se debió a un plan pergeñado por Rove.

—¿Qué la hacía tan popular? —preguntó Steve.

—Era la típica hermana de tu padre o de tu madre a la que te encantaba ver en los pícnicos familiares los veranos —respondió Rove—. Esa tía escandalosa capaz de decir o hacer cualquier cosa.

Cuando comenzó la campaña, Richards contaba con más de cuatro millones de dólares para gastar en actos y las encuestas le daban un 67 por ciento de aprobación. George W. Bush, por su lado, había perdido ya una carrera al Congreso y no tenía experiencia política, pero terminó ganando a la gobernadora en el cargo con un 53,5 por ciento de los votos, frente al 45,9 por ciento de Richards, el margen de victoria más amplio en veinte años.

Karl Rove vino al mundo en un ascensor, en Denver, el día de Navidad de 1950. Tenía cuatro hermanos y más adelante supo que su padre, que era geólogo y abandonó a la familia el día que Karl cumplía diecinueve años, no era su padre. Su madre había estado casada secretamente con anterioridad y de ese matrimonio habían nacido él y otro de sus hermanos. Era una mujer que sufría desequilibrios mentales. Terminó quitándose la vida. Louis Rove Jr., el padrastro de Karl, salió del armario y se declaró gay. Karl no dejó de estar a su lado hasta su fallecimiento en 2004.

Karl vivió durante su infancia y adolescencia en Colorado, Nevada y Utah, estados en los que se embebió del republicanismo de los Estados Montañosos. Con nueve años, pegó en su bicicleta una pegatina de Nixon, y una niña del barrio le dio a conocer sus preferencias demócratas dándole un puñetazo en la nariz que le hizo sangrar. Fue su primera batalla política.

Estudió en la Universidad de Utah, aunque no terminó la carrera; su objetivo primordial era ser elegido presidente de los Republicanos Universitarios. Aquella campaña suya se demostró legendaria. En los campus del sur del estado, un tal Lee Atwater se ocupó de recolectar votos para la campaña presidencial de Rove. Uno y otro serían responsables de renovar radicalmente las campañas políticas de los candidatos en Estados Unidos; Atwater dirigiría más tarde la campaña de George H. W. Bush que dio a este una brutal victoria sobre Michael Dukakis en 1988; Rove, por su lado, estuvo entre los responsables de las dos victorias de George W. Bush en las elecciones a

gobernador, la de 1994 y la de 1998, y también de su elección como presidente del país en 2000 y 2004. El primer triunfo común fue, no obstante, que Rove resultara elegido en 1973, tras la contienda más bronca vista nunca entre Republicanos Universitarios. Tanto el candidato como el director de campaña se ganaron fama de usar todo tipo de trucos sucios con tal de ganar.

Rove se mudó a Texas en 1977, en un momento en que los cambios demográficos del estado empezaban a hacerse notar en la política. Avispado como era, supo identificar la tendencia. Tenía veintiséis años, cara de niño, piel rosada y pelo rubio y ralo. Empezó a trabajar para George H. W., quien a pesar de haber perdido dos elecciones al Senado nacional, había creado un comité de acción política por si se daba la improbable oportunidad de participar en la carrera presidencial. El republicano John Tower era senador por Texas, pero ningún otro republicano ocupaba cargos políticos estatales. Las tornas cambiarían al año siguiente, cuando resultó elegido primer gobernador republicano de Texas desde los tiempos de la Reconstrucción el antiguo vicesecretario de Defensa con Nixon y Gerald Ford, Bill Clements. Clements era un tipo mal encarado y extremadamente rico, que poseía varias empresas de servicios para la industria petrolífera. Había desbancado en la carrera por el cargo al elegante John Hill, antiguo fiscal general y presidente del Tribunal Superior de Texas. Steve escribió en ese entonces en una semblanza de Clements: «Lo cierto es que nadie quería de gobernador en Texas a un caballero cuando era posible tener a un petrolero. El día de las elecciones, llegó el fin del mundo tal y como Texas lo había conocido». Clements no lo dudó un instante y contrató a Rove como jefe de gabinete.

En 1981, Rove abrió una agencia de publicidad en Austin y empezó a gestionar campañas políticas en Texas. Muchos de las primeras victorias republicanas se deben a él. Rove también dirigió su atención a las contiendas electorales a la baja que el Partido Republicano nunca se había tomado en

serio. En 1988 trabajó como asesor en la exitosa campaña de Kent Hance para la Comisión de Ferrocarriles, organismo con mucho poder que, pese a su nombre, en realidad regula las industrias petrolífera y gasística. Ese mismo año, consiguió que Thomas R. Phillips fuera elegido para el Tribunal Supremo de Texas (sí, en Texas los jueces también son electos). No obstante, aunque los republicanos apenas estaban todavía consolidándose en el estado, «ganamos dos veces por goleada gracias a la asesoría de Karl», me dijo Phillips.

Los demócratas más moderados y conservadores empezaron a seguir los pasos de los votantes hacia el Partido Republicano, y allí estaba Rove para convertirlos en cargos electos. Por ejemplo, Rick Perry pasó tres legislaturas en la bancada demócrata de la Cámara de Representantes estatal e incluso hizo campaña por Al Gore en su carrera presidencial de 1988, antes de darse al transfuguismo al año siguiente y, bajo los auspicios de Rove, ser elegido comisario de Agricultura en 1990. En última instancia, Rove fue responsable de la elección de siete de los nueve magistrados del Tribunal Superior de Justicia de Texas, de los dos senadores del estado, del responsable de la Comisión de Territorio y del vicegobernador. Casi todos los cargos estatales tenían su marchamo republicano. «A lo largo de veinticinco años redibujó el rostro político de Texas y dio forma y sustancia a la clase política dominante hoy», me explicó Bill Miller. Fue en 1994 cuando Texas tuvo su último cargo electo demócrata a nivel estatal. «Era un partido político absolutamente derrotado.»

Pregunté a Karl por el futuro en Texas del Partido Republicano, por el que tanto había hecho a lo largo de los años. «No hay más que ver la Cámara de Representantes —respondió—. Jonathan Stickland y el Freedom Caucus son una facción minoritaria. Han conseguido llevar muchas cosas a la práctica, pero solo porque Joe [Straus] no ha sabido jugar sus cartas.» Rove señaló asimismo que en el Parlamento texano sigue imperando la tradición

bipartidista, la cual no se había perdido ni siquiera con el ultraconservador Tom Craddick, el presidente de la Cámara de Representantes caído tras la moción que sentó a Straus en la presidencia. «Espero que la elección de Joe sea presagio de un futuro en el que haya un grupo republicano razonable respaldado por un grupo demócrata igualmente razonable, y que se dé de lado a los partisanos extremistas», deseó Rove.

En la sesión parlamentaria de 2017, se promulgaron unas mil cien leyes nuevas; una prohíbe a los menores de dieciséis años o menos contraer matrimonio; otra permite a las agencias de adopción negarse a entregar niños a parejas homosexuales; otra más da la potestad a los texanos de llevar espada por la calle, una medida muy aplaudida por los samuráis del estado.

En cualquier caso, la sesión parlamentaria extraordinaria convocada por el gobernador Abbott trajo consigo un final bastante decepcionante para los conservadores culturales, pues no pudieron impedir la vuelta de los gravámenes a la propiedad inmobiliaria, y tampoco se llegó a acuerdos beneficiosos para ellos en asuntos como la financiación de los colegios o el proyecto de la Ley de Baños. Dan Patrick culpaba a Joe Straus. «Gracias a Dios, William Travis no tuvo consigo a Straus en la defensa de El Álamo — dijo Patrick—. Habría sido sin duda el primero en caer por el muro.» El estado se comprometió por fin a investigar el aumento de la mortalidad materna, pero, al mismo tiempo, se aprobaron nuevas limitaciones al aborto y quedó en punto muerto la mejora del acceso a la atención sanitaria. La sesión extraordinaria sirvió también para aprobar una ley que ponía coto a las ordenanzas municipales sobre el mantenimiento de los árboles, si bien no era tan exhaustiva como el gobernador había deseado. Por último, tendrían que celebrarse plebiscitos en los que se pronunciarían los vecinos de las áreas

candidatas a ser absorbidas por grandes urbes, medida que formaba parte de una estrategia más amplia para quitar poder a las ciudades, responsables, según Dan Patrick, de todos los problemas del país. El motivo: «Nuestras ciudades siguen en manos de los demócratas». Patrick observó alegremente en la Fox, que «casi mil demócratas han sido derrotados en las elecciones a las cámaras alta y baja del estado, así como para los cargos de gobernador y vicegobernador [...]. Somos los dueños del campo y Texas capitanea el equipo».

Las cámaras no abordaron el asunto de la baja calidad de la educación pública en Texas, que se acerca a los últimos puestos de la tabla en la mayor parte de índices relativos al rendimiento general. Texas gasta diez mil dólares al año por alumno, unos dos mil quinientos por debajo de la media nacional, lo que ejemplifica claramente el lugar que ocupa la educación entre las prioridades del estado. El racismo podría desempeñar un papel de peso en el menguante apoyo que la escuela pública recibe de las autoridades estatales; sea cual sea el motivo, no se están poniendo las cosas nada fáciles a los futuros profesionales del estado.

Texas también puntúa bajo en infraestructuras de las que depende el desarrollo de la civilización moderna: carreteras, presas y conducciones de agua potable, parques, ferrocarriles, instalaciones energéticas o tratamiento de aguas residuales. No se trata únicamente del envejecimiento de las estructuras existentes o de un mantenimiento insuficiente. Texas se ha preparado bastante poco si tenemos en cuenta que su población se doblará en poco más de treinta años, según los cálculos. Los texanos, en efecto, nos ufamamos de ser audaces, pero parece que justamente nos cohiben los auténticos desafíos que hoy tenemos por delante. Desde luego, los conservadores sociales que gobiernan el estado no miran en esa dirección. Por instinto, miran de hecho hacia atrás, hacia un tiempo en el que las personas homosexuales eran invisibles, las

minorías carecían de poder, el aborto era tabú, las empresas y la industria podían hacer lo que quisieran y la ciencia guardaba un respetuoso silencio cuando la religión estaba presente. Texas no es el único estado que ataca la diversidad y tampoco está solo en su voluntad de evitar que el gobierno participe de la vida ciudadana, pero sin una educación de calidad e infraestructuras modernizadas, las industrias del conocimiento del futuro buscarán instalarse en otros estados y en otros países. Negarse a afrontar estos desafíos de manera directa es, en mi opinión, no solo imprudente, sino muy impropio de esta tierra.

Joe Straus recibió un voto de censura de la agrupación del Partido Republicano en San Antonio, gesto que se repitió en otras asambleas electorales de condados de todo el estado. La razón oficial fue su fracaso a la hora de hacer avanzar la plataforma Texas GOP. Esta había exigido muchas cosas: la devolución por parte del Gobierno estadounidense de toda autoridad sobre el aborto a los estados, y que hasta entonces las permisivas leyes federales fuesen ignoradas; que los senadores fuesen nombrados por los parlamentos estatales en lugar de ser elegidos por los ciudadanos; que el fisco, la Agencia de Protección del Medio Ambiente, el Departamento de Educación y otros organismos de ámbito federal fueran abolidos o se les recortaran fondos; la eliminación de las cámaras que identifican a los infractores de las normas de tráfico; que se exigiera una identificación con foto a todos los votantes; la revocación de la decisión del Tribunal Supremo que permite el matrimonio entre personas del mismo sexo; la eliminación de la Seguridad Social; la insumisión ante las leyes federales sobre armas de fuego; la abolición del Sistema de la Reserva Federal y la restitución del patrón oro para el dólar estadounidense; la revocación de salario mínimo; la retirada de Estados Unidos de organismos internacionales como la ONU o el Tratado de Libre Comercio de América del Norte; y, por fin, la construcción de un muro a

lo largo de la frontera mexicana, en todos los lugares en que se juzgase «eficaz» y «rentable». Este documento se ha convertido en la plantilla para cualquier programa futuro del Partido Republicano, no solo en Texas, sino en el país.

Straus al parecer dio poca importancia a la rebelión en las asambleas electorales del partido. Prometió presentarse a las elecciones para un sexto mandato como presidente de la Cámara de Representantes, lo que supondría una plusmarca. Más tarde, la mañana del 25 de octubre, improvisó una rueda de prensa en su oficina y anunció que no se presentaría. «No quería ser uno de esos políticos que se aferran al cargo solo porque puede —dijo Straus—. Hay nuevos aspirantes y merecen que sus propuestas se escuchen.»

Quizá estaba bajando la cabeza ante lo inevitable. El grupo republicano de la Cámara de Representantes estaba impulsando un plan que les permitiría designar al candidato, haciendo irrelevante el voto demócrata. Los enemigos de Straus estaban exultantes. «¡Lo logramos! El presidente de la Cámara Straus se ha ido. El futuro de Texas nunca ha sido tan brillante», tuiteó Jonathan Stickland. Julie McCarty, presidenta del NE Tarrant County Tea Party, organización estatal con sede en Fort Worth, se atribuyó el mérito de la partida de Straus. «No, no voy a permitir que Straus se vaya de rositas entre agradecimientos a sus “servicios” —escribió en su página de Facebook—. Yo seré David. Clavaré la cabeza de Goliat sobre una espada (el sable que me fue otorgado por Empower Texans por ser una heroína de las bases) y a continuación bailaré. Mostraré esta cabeza para que todos la vean, para que las aves la picoteen, para que mis compañeros guerreros reconozcan la mano de Dios en este acontecimiento, la marcha de nuestro enemigo, para que se persuadan de que Dios aún no ha terminado su tarea, y para que otros deseen seguir los pasos de Goliat sean advertidos de lo que les espera.»



Tierras fronterizas

México define Texas en unos términos que no se repiten en ningún otro estado con respecto a ninguna otra nación. Somos como un matrimonio divorciado que siguiera viviendo puerta con puerta. Imaginemos la riqueza y el poder que tendría México si Texas siguiera formando parte de él; supondría un auténtico rival para el coloso gringo. Nuestra historia y nuestras poblaciones se entretrejen y se reflejan la una en la otra. Las ciudades se emparejan a un lado y otro del río: Del Río y Ciudad Acuña, Laredo y Nuevo Laredo, McAllen y Reynosa, Brownsville y Matamoros. El Paso y Ciudad Juárez son las más integradas una con otra; por ejemplo, la calle El Paso, en El Paso, se convierte en la avenida Benito Juárez después del puente internacional. Físicamente son una única ciudad, a horcajadas de una división política y cultural insalvable.

Al crecer en Texas, siempre he tenido un ojo puesto en nuestro festivo y traicionero vecino de la casa de al lado. Cuando era un joven periodista, escribí sobre el narcotráfico y me hice consciente de los peligros que vivían mis colegas mexicanos al informar en su país sobre delitos y corrupción. A menudo vivían amenazados de muerte y muchos, de hecho, terminaban siendo asesinados. Un periodista de Austin amigo mío fue secuestrado en un taxi en Ciudad de México y terminó recibiendo un disparo. Uno no puede entender México sin admitir que la violencia forma parte de la atmósfera.

El gran poeta mexicano Octavio Paz catalogó en una ocasión del siguiente modo las diferencias que encontraba entre su país y el mío: «Ellos son crédulos, nosotros creyentes; aman los cuentos de hadas y las historias policíacas, nosotros los mitos y las leyendas [...]. Son optimistas; nosotros nihilistas, solo que nuestro nihilismo no es intelectual, sino una reacción instintiva: por lo tanto, es irrefutable. Los mexicanos son desconfiados; ellos abiertos. Nosotros somos tristes y sarcásticos; ellos, alegres y humorísticos. Los norteamericanos quieren comprender; nosotros contemplar. Son activos; nosotros quietistas: disfrutamos de nuestras llagas como ellos de sus inventos».

Hay otra diferencia sobre la que Paz llama la atención, que tiene que ver con la obsesión estadounidense por eludir la muerte y la voluntad mexicana, contraria, de contemplar el horror: «Los Cristos ensangrentados de las iglesias pueblerinas, el humor macabro de ciertos encabezados de los diarios, los velorios, la costumbre de comer el 2 de noviembre panes y dulces que simulan huesos y calaveras son hábitos, heredados de indios y españoles, inseparables de nuestro ser».[\[44\]](#)

La primera vez que visité México fue en un viaje familiar al pequeño pueblo pesquero de Topolobampo, en el estado de Sinaloa, a orillas del océano Pacífico. Volamos hasta El Paso y luego tomamos un autobús que nos llevaría a Chihuahua, desde donde cogimos un tren que recorría las barrancas del Cobre, en el corazón del país tarahumara. Yo tenía dieciséis años; mis hermanas, Kathleen y Rosalind, catorce y once, respectivamente. Fue el verano que mataron a Kennedy. Lo recuerdo muy bien porque una noche estábamos cenando y una pareja estadounidense que nos había oído hablar sobre Texas nos preguntó de dónde éramos y, cuando mi padre respondió que de Dallas, se levantaron y se marcharon del restaurante sin haber terminado de comer.

Antes del viaje tuve una pesadilla horrible, una de las más angustiosas de

mi vida. Estaba en un avión y, de repente, empezaba a flotar por encima de mi asiento. Miraba alrededor buscando a mi madre y de repente la veía, pero tenía la cabeza separada del cuerpo. La mañana siguiente, estaba tan asustado que se lo conté a mis hermanas. A ninguno de los tres se nos había hecho nunca un sueño realidad y, en cualquier caso, éramos niños y no teníamos ni idea sobre México. Así que allá que fuimos.

Para regresar a Texas, volvimos sobre nuestros pasos, tomando el tren de nuevo en Los Mochis y cruzando la sierra de vuelta a Chihuahua, desde donde regresamos de nuevo en autobús a Ciudad Juárez.

Yo estaba intentando echar una siesta con la cabeza apoyada en la ventana. El autobús iba bastante rápido, pero no había tráfico. El monocorde y descolorido paisaje se extendía de un lado a otro del horizonte. Empezó a lloviznar; las gotas de lluvia golpeaban el vidrio como balas.

La calzada estaba mojada y el autobús se salió en una curva antes de que el chófer comenzase siquiera a tomarla. De repente, estábamos campo a través, botando en nuestros asientos. Lo extraño es que el chófer no aminoró. Oí más tarde que era un hombre de sesenta y cinco años que se había sacado el carnet de conducir apenas dos semanas antes. El tipo podría haber frenado y dado marcha atrás, pero no lo hizo. En su lugar, trató de volver a la calzada describiendo una amplia curva campo a través, sin reducir la velocidad. Por delante teníamos un puente que cruzaba un río seco. Frente a nosotros se levantaba uno de los pilares de hormigón del puente. El conductor no lo supo esquivar. El pilar estaba ligeramente inclinado, así que el autobús despegó como un avión.

Fue entonces cuando, lanzado contra la bandeja superior de los equipajes, miré hacia atrás y vi como a mi madre se le caía la peluca.[\[45\]](#)

El autobús voló por encima de la calzada y aterrizó con tal violencia que todos los pasajeros mayores de treinta se rompieron al menos una vértebra.

Mis hermanas y yo éramos los más jóvenes. Aun magullados, pudimos ponernos en pie y caminar.

Estábamos en mitad del desierto de Chihuahua y había unos cuarenta pasajeros heridos. No pasaban coches y no había manera de llamar a una ambulancia. No podíamos hacer otra cosa que esperar al siguiente autobús.

Los adultos estaban tendidos en el suelo o en sus asientos, gimiendo de dolor. Papá mantuvo la calma, pero yo notaba que sufría. Mi madre se había roto el esternón y jadeaba buscando una bocanada de aire. Creo que el conductor fue quien salió peor parado; más tarde oí decir que había terminado en la cárcel. Por fin, pasó el siguiente autobús de línea, unas cuatro horas después, nos recogió y recorrimos otros ciento sesenta kilómetros, más o menos, hasta Ciudad Juárez. Todos y cada uno de los baches venían jaleados con un coro de gemidos de dolor de los pasajeros heridos. Para mí fue una solemne lección de lucidez oír a los adultos llorar. Yo no hablaba español por aquel entonces y no entendía por qué la policía no dejaba a nuestros padres ir al hospital de El Paso. Resulta que los accidentes son a menudo tratados como delitos en México, y no podíamos ingresar en un hospital hasta testificar.

Regresé a Ciudad Juárez el día de Acción de Gracias de 2016. Mónica Ortiz Uribe, periodista radiofónica independiente de El Paso, se ofreció a cruzar conmigo a pie el puente internacional. «Me gusta vivir en un lugar que me permite disfrutar de dos facetas distintas de mi personalidad», me dijo.

A la altura de El Paso y Ciudad Juárez, el río Grande es poco más que una charca alargada sobre un lecho de hormigón. Casi toda el agua se desvía a las explotaciones agrícolas de una orilla y otra del río, y el sobrante corre por una acequia paralela al cauce. Mónica señaló el lugar en que, en 2010, un agente motorizado de la Patrulla Fronteriza de los Estados Unidos mató a un chico de

quince años que estaba al otro lado del río, a apenas veinte metros de donde nosotros nos encontrábamos. Según las autoridades estadounidenses, el chico estaba tirando piedras a los agentes junto con otros jóvenes, algo de lo que la policía se queja a menudo. Dado que la bala cruzó una frontera internacional, se trata de un caso especialmente complejo desde el punto de vista legal. El Tribunal Supremo de Estados Unidos celebró recientemente una audiencia en la que se argumentó la posible presentación de cargos contra el agente que había disparado al chico, aunque el caso volvió al Tribunal de Apelaciones del Quinto Circuito.

La guerra entre los cárteles de Ciudad Juárez convirtió esta ciudad en la más peligrosa del mundo entre 2008 y 2012. Durante ese periodo fueron asesinadas más de diez mil personas, más que en Bagdad. Cuando Mónica y yo estuvimos allí, la ciudad sufría una auténtica oleada criminal, con casi cien muertos solo en el mes de octubre. A lo largo y ancho de México, la tasa de homicidios se había incrementado en un 18 por ciento en comparación con el año anterior. Todo el mundo estaba asustado y nervioso a ambos lados del río.

El centro de Ciudad Juárez estaba desolado. Mónica señaló unas cruces de color rosa pintadas en las farolas. Desde la década de 1990, cientos de mujeres de Ciudad Juárez, la mayoría adolescentes, han sido secuestradas, muchas a plena luz del día, en esas mismas calles que recorríamos. Algunos de los cuerpos aparecían en fosas comunes. Cada cruz rosa representa a una mujer desaparecida. «Ahora apenas se encuentran farolas sin cruz —señaló Mónica—. Hoy en día siguen desapareciendo decenas de mujeres todos los años.»

Entretanto, al otro lado del río, El Paso presume de ser una de las ciudades más seguras de Estados Unidos. Las ciudades fronterizas del estado suelen estar atestadas de agentes de la policía local, sheriffs, agentes de la Patrulla Fronteriza y miembros de la Guardia Nacional de Texas. En ocasiones, no

obstante, balas perdidas de los tiroteos que se producen en Juárez atraviesan la frontera. En 2012, una mujer caminaba con un carrito de niño por El Paso cuando recibió el impacto de una bala perdida en la pierna. Las balas mexicanas también han alcanzado a las instalaciones de la Universidad de Texas en El Paso e, incluso, al marco de uno de los cuadros que decoran el ayuntamiento.

Había reservado una habitación en el hotel Camino Real, en el centro de la ciudad. Tenía el recuerdo de que, después del accidente de autobús, me había alojado precisamente en ese hotel con mis dos hermanas, mientras atendían a nuestros padres en un hospital. Sin embargo, en cuanto puse el pie en él me di cuenta de que jamás había estado allí.

Me fascina ese modo que tiene la memoria de errar, la manera en que incidentes de lo más vívido pueden quedar distorsionados por el recuerdo, o reprimidos, por usar un término freudiano. Jamás olvidaré el accidente ni la visión de mis padres con el cuerpo inmovilizado por los técnicos de urgencias, camino del hospital. Sin embargo, medio siglo después, había olvidado algunos detalles completamente. Recordé de súbito, en esa segunda visita a Ciudad Juárez, que había tenido que contratar a un abogado para tramitar el documento que permitiese a mis padres salir de México. Una de las primeras palabras que aprendí en español fue, precisamente, «abogado». Sin embargo, no entiendo por qué he olvidado el hotel donde realmente nos alojamos.

Llamé a mis hermanas por teléfono.

«No estuvimos en ningún momento en El Paso, Larry —me aseguró mi hermana Rosalind—. Estuvimos todo el tiempo en Ciudad Juárez.» Ella creía recordar que habíamos pasado allí una semana o diez días tras el accidente. Una de las razones de ese enclaustramiento es que el hotel no nos dejaba hacer llamadas internacionales y, por tanto, no podíamos ponernos en contacto con

nadie que nos echara una mano desde Estados Unidos. «Al final, fuiste al banco y le dijiste a los empleados que tu padre era banquero también, y te dejaron usar el teléfono», me recordó mi hermana.

Fue entonces probablemente cuando llamé al médico de la familia, Robert Cox, que se apresuró a venir en un avión privado para llevar a mis padres de vuelta a Dallas. El doctor Cox era un gigante, medía más de dos metros; lo recuerdo en la habitación de mis padres, junto a los médicos mexicanos, a los que sacaba más de una cabeza y media. Me preguntó si podía pedir una cama extralarga para él en el hotel, pero no supe cómo hacerme entender.

Mi hermana Kathy recuerda que apareció con un fajo de dólares, que repartió sin medida por el hospital y por el puesto aduanero para hacer más fácil nuestra salida del país.

—¿Por qué recuerdo yo haber estado alojado en el Camino Real?

—Creo que nuestro hotel de Ciudad Juárez también se llamaba así. Lo recuerdo porque me quedé con la llave de la habitación.

Kathy tenía razón. En cuanto lo mencionó, recordé aquellas llaves como de castillo, así como la arcada del hotel en el que nos quedamos realmente, decorada con azulejos de Saltillo.

—Si vas al hotel, ¿te importaría pagar la llave que me llevé? —me pidió Kathy. Al parecer, le seguía pesando en la conciencia, tantos años después.

Kathy me contó otra cosa que yo había olvidado. Durante el vuelo de regreso a casa, el doctor Cox quiso hablar con nosotros, mientras mamá y papá dormían en las camillas, sedados. «Nos dijo que papá y mamá se quedarían inválidos para toda la vida», dijo Kathy. Nos dijo que sus cuerpos se quedarían atrofiados dentro de las escayolas. «Y añadió que nosotros quizá no pudiéramos siquiera terminar la secundaria.»

Cualquiera recordaría algo así, pero yo lo había olvidado.

Cuando llegamos al hospital Baylor de Dallas, a nuestros padres les habían

retirado las escayolas y les estaban animando a caminar por la habitación. Tuvieron que llevar férulas mucho tiempo, pero se terminaron recuperando. Me pregunto cómo estaría el resto de pasajeros.

El centro de El Paso está viviendo un renacimiento. La ciudad se vio devastada por la aplicación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte o TLCAN en 1994, que eliminó la mayoría de aranceles entre Estados Unidos, Canadá y México. Hasta entonces, gran parte de la economía giraba en torno a la industria, pero con el TLCAN esos puestos de trabajo pasaron al otro lado de la frontera, a las maquiladoras, unas fábricas que importan materias primas a partir de las cuales ensamblan o fabrican productos que luego se venden en Estados Unidos. El objetivo del TLCAN era incluir a México en las economías avanzadas vecinas e implantar un mercado único en América del Norte. El presidente mexicano a la sazón, Carlos Salinas de Gortari, afirmó que el TLCAN transformaría la economía de su país para que dejase de exportar gente y empezase a exportar bienes.

Donald Trump ha afirmado que el TLCAN es el peor acuerdo jamás firmado por Estados Unidos, y es cierto que su aplicación ha tenido resultados dispares en nuestro país y México. En 1993, la balanza comercial entre estos países dio un estrecho superávit de mil setecientos millones de dólares a favor de Estados Unidos, lo que se ha trocado con el tiempo en un déficit de sesenta y cuatro mil millones, el más elevado de la historia. En nuestro país se han perdido unos trescientos cincuenta mil puestos de trabajo en la industria de la automoción, mientras que en México se han creado cuatrocientos treinta mil. Solo Texas perdió unos cincuenta mil empleos en las dos décadas posteriores a la aprobación del TLCAN, unos dieciocho mil quinientos solo en El Paso. Algunos economistas argumentan que los empleos se habrían perdido de

cualquier manera a causa de la automatización y la globalización, y explican que, de hecho, la cercanía de la mano de obra mexicana ha dado a Estados Unidos cierta ventaja competitiva sobre China. En cualquier caso, el porcentaje de mexicanos que hoy viven bajo el umbral de la pobreza sigue siendo más o menos el mismo que cuando se aprobó el tratado —sobre el 46 por ciento— y el desempleo, de hecho, ha crecido en términos generales. Casi dos millones de agricultores mexicanos se han quedado sin empleo por no poder competir con sus industrializados homólogos estadounidenses. Esto ha llevado a muchos de ellos a cruzar la frontera en busca de mejores trabajos. El abaratamiento de los bienes ha mantenido la inflación en niveles bajos en Estados Unidos, pero los sueldos crecen muy poco a poco. En ambos países se da un nivel inédito de desigualdad en los ingresos.

«Entiendo perfectamente el miedo que da el TLCAN. Lo hemos vivido en nuestras carnes —cuenta Verónica Escobar, que era en esa época jueza de primera instancia en El Paso—. Cuando se aprobó, los fabricantes se marcharon y El Paso se convirtió en una ciudad fantasma.» Ahora, afirma «nos estamos reinventando». El Paso se ha adaptado en parte para ofrecer servicios a las maquiladoras del otro lado del río. Se han abierto una facultad de medicina y un nuevo hospital pediátrico, y se han invertido cientos de millones de dólares en la restauración de edificios históricos. Los puestos de trabajo fabriles, sin embargo, jamás regresaron. Siete de los diez principales empleadores de la ciudad son centros de llamadas de telemarketing. En la otra orilla, en Ciudad Juárez, trescientas maquiladoras fabrican piezas y equipos para multinacionales como Bosch, Foxconn, Flextronics, Delphi, Lear, Boeing o Sumitomo. Entretanto, México ha conseguido elevar el salario mínimo a setenta pesos diarios, menos de cuatro dólares estadounidenses.

Conseguí que me hicieran una visita guiada por El Paso con Max Grossman, profesor de historia de la arquitectura y miembro de la Comisión de Historia

Local. Es un tipo delgado que se cubre con un sombrero fedora de ala dura; parece un personaje de cine negro. «En 1920, El Paso era la ciudad más poblada entre Dallas y San Francisco», afirmó Max, mientras señalaba algunos de los hitos más destacados de la ciudad. En la suite del hotel Plaza, antiguo Hilton, se alojó Elizabeth Taylor, que por entonces contaba diecisiete años, antes de su breve matrimonio con Conrad Hilton hijo. En el escaparate del edificio más antiguo de la ciudad, hoy en día casa de empeños, se exhibe el dedo momificado del general de la Revolución mexicana Pancho Villa —el índice con el que supuestamente apretaba el gatillo—, a la venta por nueve mil quinientos dólares. Muy cerca se encuentra el edificio de oficinas en el que el pistolero John Wesley Hardin tenía su bufete de abogados, hasta que le dispararon por la espalda en una cantina. «El Paso fue una legendaria ciudad sin ley», cuenta Max con tono jovial. Vimos también el atractivo edificio Caples, de hormigón, donde Francisco Madero planeó la Revolución mexicana, y la droguería CVS, donde se encontraba antiguamente la confitería Elite, a cuyas sodas de fresa y cacahuets garrapiñados era aficionado Pancho Villa. Para cerrar la visita, cenamos juntos junto a un hotel en el que en una ocasión se alojó el gánster John Dillinger.

Mónica y yo nos dirigimos en coche a un conocido lugar por el que suelen cruzar los inmigrantes, en mitad del desierto, al oeste de El Paso. Se estaba levantando allí una valla enorme. Ya hay más de mil cien kilómetros de cercado a lo largo de la frontera entre Estados Unidos y México, resultado de la Ley de Valla Segura de 2006, aprobada por el Gobierno de George W. Bush. El tramo que nosotros visitamos no se había terminado aún.

Había anochecido y hacía frío. Tras cruzar las vías, nos topamos con dos agentes de la Patrulla Fronteriza. Nos contaron que había sido una noche muy

ajetreada. «Hemos sorprendido a dos grupos diferentes, formados por entre cuarenta y cincuenta personas, y a otro grupo más de veinte», nos explicó uno de los agentes.

Al día siguiente, Mónica y yo acompañamos a otro agente de la Patrulla Fronteriza, George Gómez. El agente Gómez había crecido en esa región, cuando la frontera aún estaba abierta. «Me gustaba salir a cazar liebres con una pistola de balines —nos contó, mientras subíamos y bajábamos colinas arenosas—. Veía a cientos de personas cruzar diariamente. Eran jardineros, carpinteros, mujeres de la limpieza. Echaban la jornada y, por las noches, regresaban a sus casas en México. El Paso era una frontera abierta.» Existía entonces una especie de barrera, un cable con traviesas de ferrocarril ensartadas que colgaban. La gente pasaba por encima, sin más. Todos se consideraban ciudadanos de la frontera, a uno y otro lado; como si fuera una región en sí, más que un límite. La frontera era lo que tenían en común. Los unía y también los distinguía de otros compatriotas que en realidad vivían muy lejos.

Así sigue siendo, en muchos aspectos. Cada vez que visito la frontera, oigo hablar con recelo de las autoridades, cuyo trabajo es hacer cumplir la ley. Dadas las necesidades lingüísticas, un gran número de agentes de la Patrulla Fronteriza es de origen hispano. Muchos habitantes de la frontera los consideran traidores: «Nos desprecian», confiesa Gómez. Los niños les tiran piedras, y los cárteles a veces ponen precio a la cabeza de algún agente en concreto. Cuando está fuera de servicio y le preguntan a qué se dedica, Gómez dice que es entrenador de béisbol.

En 1984, en respuesta a la copiosa afluencia de inmigrantes, el Gobierno federal colocó en la zona una valla hecha de cadenas que apenas disuadía a quienes cruzaban. «En ocasiones, detenemos al mismo tipo tres o cuatro veces al día», nos contó Gómez. A mediados de la década de 1990, la Patrulla

Fronteriza comenzó a hacer redadas, pero los inmigrantes idearon estrategias para burlarlas. Por ejemplo, se reúne una multitud de miles de personas, entran a la carrera y se dispersan en cuanto pisan suelo estadounidense. «Al final, siempre atrapamos a los niños y las abuelas», dijo Gómez. En una ocasión, estaba trabajando en un puesto de control con un perro policía, y descubrió a un inmigrante en la parte de atrás de una furgoneta que se había intentado hacer pasar por un sillón tapizándose a sí mismo. De no haber sido por el perro, nadie se habría percatado.

Pese al reciente aumento del número de entradas ilegales, estas llevan una década reduciéndose drásticamente. «En 2006 se produjeron 122.256 detenciones en la zona de El Paso», nos informó Gómez. En 2015, fueron solo 14.495. A partir de ese año, vuelven a crecer. «Las autoridades locales de El Paso procesan a todos los que entran —dijo Gómez mientras recorríamos la interestatal 10 dirección oeste—. Y terminan todos en el calabozo, aunque sea durante un día.»

La estancia media en los centros de internamiento de inmigrantes es de treinta días, pero quienes se resisten a ser deportados a menudo permanecen en ellos meses e incluso años. Según Gómez, solo un 1 por ciento de los solicitantes de asilo lo obtiene; quienes consiguen una fecha de audiencia ante un tribunal un año o dos después de su detención suelen terminar escapando y desapareciendo en el país. «Ahora mismo no tenemos manera de seguirles el rastro. Se volatilizan.» En los tribunales dedicados a asuntos de inmigración, la lista de espera es de dos años.

Gómez afirma que, históricamente, la gran mayoría de los detenidos han sido ciudadanos mexicanos. Pero en 2014, sin embargo, el lugar de origen más habitual se trasladó a la región centroamericana. Se produjo además un alarmante incremento en las llegadas de menores no acompañados. La violencia de las maras en países como El Salvador, Honduras o Guatemala,

entre los más violentos del mundo, ha producido un pico de solicitudes de asilo. «Una quinta parte de la población de El Salvador vive hoy en Estados Unidos», me aseguró otro agente. Casi cuarenta y cinco mil inmigrantes guatemaltecos fueron detenidos en Texas en los primeros ocho meses de 2016. Muchos solo hablan idiomas nativos, lo que complica el trabajo a funcionarios de inmigración y abogados.

Gómez nos llevó a la cima de una colina desde la que se divisaba un vertedero. Nos encontrábamos justamente en el límite con la esquina sudoriental del estado colindante, Nuevo México. Desde allí se veía claramente la frontera entre Texas y el país vecino, alejándose hacia las montañas grisáceas. Divisamos también dos autopistas paralelas, la interestatal 10, en el lado estadounidense, y la carretera entre Anapra y San Jerónimo, en el mexicano. La amplia periferia de Ciudad Juárez se extendía por el lado sur, como un reflejo especular de la urbe estadounidense, al norte. Mientras mirábamos, un convoy de la Union Pacific cargado de contenedores de barco —llenos, sin duda, de productos fabricados en las maquiladoras de la ciudad— enfilaba hacia el oeste, destino a Los Ángeles.

Entre los dos países corre hoy una nueva valla, como una instalación industrializada de Christo. Hay, de hecho, dos tipos de vallas; una para vehículos, que no es más que un raíl de metal que corre entre varios pilones de hormigón, y otra para peatones, de entre tres y cuatro metros de alto, forrada de una malla muy fina que dificulta el agarrarse para trepar. Aun así, la gente consigue saltar. «Usan cuerdas, garfios, escaleras, mangueras... Algunos se valen de destornilladores y suben como si fueran Spider-Man», nos contó Gómez. Luego, eso sí, hay que volver a bajar. El riesgo de romperse un hueso o luxarse una rodilla en la caída es elevado. Los traficantes de drogas suelen cruzar a través del desierto, donde la valla es más baja; a veces usan cortadoras de plasma. Luego sueldan lo que han cortado y borran las huellas

de los neumáticos. Las imponentes vallas para personas son más difíciles de superar para los vehículos. «A veces usan rampas», dice Gómez, quien afirma haber visto en una ocasión un todoterreno varado en lo alto de una valla, que tuvo que ser izado por una grúa.

Desde nuestra situación aventajada, Gómez llamó nuestra atención sobre el reflejo de la luz en los parabrisas de los todoterrenos policiales, ubicados en lugares estratégicos, a la expectativa. Uno de ellos estaba estacionado en el aparcamiento de un centro comercial; otro, junto a un alto ciprés, en un paraje conocido informalmente como Two Cup,[\[46\]](#) porque uno de los vecinos siempre ofrece café a los agentes cuando los ve. Torre's Windmill es un lugar que fue bautizado en honor a un agente herido. Backpacker's Corner es otro sitio en la ladera del monte Cristo Rey, que se alza en el horizonte. Hay sensores enterrados por doquier, focos de gran potencia, tipo estadio, y, normalmente, helicópteros zumbando de un lado a otro. Aun así, miles de personas siguen cruzando la frontera de Texas todos los meses.

Los inmigrantes sin papeles que entran en Texas se ven atrapados en una franja de territorio de unos ochenta kilómetros de ancho, demarcada por los puestos de control —23 en total— que hay en todas y cada una de las carreteras que parten desde la frontera hacia el interior. A esa franja que discurre entre la frontera y los puestos de control la llaman «la jaula». Muchos eligen quedarse dentro de ese perímetro, negándose tanto a volver a México como a internarse en el país de acogida. A menudo, sus familias continúan con sus vidas a escasos kilómetros, en la ribera sur del río.

Tuve la oportunidad de charlar con Will Hurd, representante del enorme Distrito Congresual 23, que se extiende desde el oeste de San Antonio hasta justo la periferia de El Paso. Por él discurren más de mil trescientos kilómetros de los casi dos mil que tiene la frontera con México en Texas. Antiguo agente encubierto de la CIA, Hurd fue el primer republicano negro

elegido al Congreso por Texas, si bien en el distrito el 70 por ciento de la población es hispana. Hurd es también uno de los pocos republicanos del Congreso en haberse pronunciado contra la construcción de la valla. «El coste se estima en entre doce mil y cuarenta mil millones de dólares —afirma, citando un estudio del MIT—. El presupuesto anual de inteligencia del país es de cincuenta y tres mil millones de dólares.» Concede que en áreas densamente pobladas se recurra a una barrera física, pero cree que los cientos de kilómetros de desierto chihuahuense estarían mejor protegidos con sensores y drones.

Hurd no cree que un muro vaya a poner fin a la entrada de drogas desde México a Estados Unidos. «Se trata de un negocio que mueve cincuenta mil millones de dólares anuales. Esa cantidad de dinero no se consigue mandando cocaína en la mochila de un escolar. Se consigue metiendo droga en sumergibles y en vehículos y aviones modificados que el muro es incapaz de detener.» Asegura, además, que es más eficaz colaborar con la policía y la inteligencia mexicanas para echar el guante a los narcos. El objeto es interrumpir el flujo de estupefacientes antes de que alcance la frontera. Esa cooperación, no obstante, depende de la buena relación entre ambos países.

A Hurd le preocupa especialmente el futuro del TLCAN. «México es el primer socio comercial de Texas», explica. Si el TLCAN se revoca, Texas se resentiría especialmente. «En Estados Unidos, los empleos los crean las exportaciones y las importaciones. El desajuste en la balanza comercial es solo uno de los indicadores de cómo marchan las relaciones económicas. No se tienen en cuenta, por ejemplo, los servicios industriales. Tampoco se computa la gente que viene de compras a San Antonio desde la vecina metrópolis mexicana de Monterrey. Nuestras relaciones son demasiado complejas para quedar representadas por una única cifra.»

«Hay dos maneras de entender la frontera —me dice Fernando García, fundador de la asociación pro derechos humanos Border Network for Human Rights—. Cuanto más lejos vives, más violenta y caótica parece. Pero cuando vives aquí, te das cuenta de que la realidad es otra.» Alarmado por la creciente militarización de las regiones fronterizas estadounidenses y por los abusos que sufren los no documentados, García comenzó a organizar a la comunidad de inmigrantes y a informar a estos sobre sus derechos. Según dice, ha encontrado a un inopinado aliado en los agentes de la Patrulla Fronteriza del sector de El Paso, que estudian con diligencia todos los casos de abusos documentados por la organización que dirige García. En consecuencia, las reclamaciones y quejas se han reducido notablemente.

Uno de los proyectos en que García ha colaborado con la Patrulla Fronteriza se llama Hugs Not Walls.[\[47\]](#) Se trata de un acontecimiento extraño y conmovedor, que dura apenas un suspiro. Durante apenas unos minutos, familias de ambas riberas del río Grande hacen cola en la ribera. Las del lado estadounidense —muchas de ellas, de inmigrantes sin documentos— llevan camisetas azules y las del lado mexicano, blancas. Entonces, a la señal de la patrulla, bajan por el cauce de hormigón hasta el lodoso lecho del río. Muchos lloran antes incluso de encontrarse con las personas a las que esperan ver. Cuando se agrupan, todo son abrazos y fotos. Cuatrocientas familias se reunieron en los dos primeros Abrazos y no Muros. En febrero de 2017, tuvo lugar un tercer encuentro, días después de que el recién investido presidente Trump decretase la construcción del muro fronterizo.

Hablé con varias mujeres que habían participado en aquella celebración. Una vivía en El Paso y llevaba dieciséis años sin ver a su padre y hermanos. Otra contó que ella vivía en El Paso con su marido desde hacía veintisiete años, y que este había sido detenido por conducir bebido y lo habían

deportado a México. Una tercera mujer tenía una hija *dreamer* (se llama *dreamers* [«soñadores»] a los jóvenes que crecieron en Estados Unidos y esperan poder obtener la ciudadanía). «Nuestra situación es muy precaria con el nuevo Gobierno —confesó—. Vivimos en la sombra.»

Es imposible vivir en Texas obviando a toda esa gente que vive en la sombra. Están al borde de un precipicio que el resto de nosotros ni siquiera atisbamos. En cualquier momento, pueden quedarse sin nada y caer de nuevo en la pobreza, la violencia y la desesperación que los llevó a abandonar su país natal y a vivir una vida clandestina.

Me acordé del proyecto de ley sobre las ciudades santuario de septiembre de 2017, cuando me enteré de que un mexicano de 28 años, Juan Coronilla Guerrero, había ido asesinado en una ciudad de México central controlada por las mafias. Había vivido toda su vida en Austin, y en marzo de ese mismo año fue detenido por agresiones y posesión de marihuana. El tribunal de primera instancia del condado de Travis lo condenó por un delito menor, pero fue deportado. Era uno de los inmigrantes que la sheriff Sally Hernández se había negado a retener en nombre de las autoridades migratorias federales por no haber cometido delitos lo suficientemente graves. Su esposa advirtió a un juez federal que si deportaban a su marido a México sería asesinado. Otros ciudadanos mexicanos retenidos por las autoridades migratorias han suplicado ser deportados a cualquier sitio que no sea la frontera mexicana con Texas, donde los Zetas, uno de los cárteles de la droga más violentos del país, esperan a los deportados para secuestrarlos y pedir rescate, aunque muchas veces terminan matándolos.

La violencia y la delincuencia se extienden más allá de la frontera. «En los últimos cinco años y medio hemos detenido en Texas a más de doscientos doce mil delincuentes extranjeros. Estos han sido acusados de casi seiscientos mil crímenes, entre los que se cuentan más de mil asesinatos, seis mil agresiones

sexuales, cientos de secuestros y noventa mil delitos de otros tipos. Tenemos que acabar con las ciudades santuario, asegurar la frontera y hacer a América grande de nuevo», declaró Dan Patrick a Fox Business News.

He dedicado gran parte de mi vida profesional a escribir sobre terrorismo. Soy partidario de la seguridad de las fronteras, aunque resulta ciertamente preocupante que se considere a un amplio grupo social instalado en nuestro país criminales por su mera presencia. Por otro lado, entiendo a los inmigrantes, aunque no los justifico. Pero somos cómplices de su sufrimiento. Sacamos tajada de su debilidad, de su falta de recursos y poder. Esa gente que vive en la sombra nos ofrece la mano de obra barata de la que depende nuestra economía y, especialmente, la de los estados fronterizos. No son esclavos, pero tampoco son libres.



Fuerte y solitario

No se llega a Wink por casualidad. Está a algo menos de cien kilómetros al oeste de Odessa, justo debajo de la esquina de Nuevo México, junto a una carretera asfaltada de doble carril que pasa por los pueblos de Notrees (nombre que le va al pelo)[\[48\]](#) y Kermit, en honor al hijo de Theodore Roosevelt, que una vez vino a cazar antílopes. Wink se encuentra a unos doce kilómetros al sur de Kermit. Es uno de los muchos pueblos casi fantasma dejados de lado por un auge petrolero que, tal como llegó, se fue. En la década de 1920, Kermit tenía más de treinta mil habitantes, y Wink era una caverna de prostitución y juego, controlada por las mafias. Pero ese tiempo ya pasó, como los estepicursos que empuja el viento hasta el horizonte. Ahora Wink es lo más parecido a la nada que se puede encontrar sin dejar de tener pavimento bajo los pies.

El centro del pueblo está formado por un puñado de edificios, casi todos cerrados, excepto una estructura de bloques grises, con un cartel que dice «Museo». Es este modesto edificio el que atrae a peregrinos como yo.

En la puerta principal del Museo Roy Orbison hay un número al que es necesario llamar para entrar. Me respondió Walter Quigley y me dijo que llegaría enseguida.

«¿Hueles eso? —preguntó mientras abría las puertas. Apuntó hacia la

marquesina que había sobre nosotros—. Murciélagos —añadió—. Varios cientos se han colado por el hueco de ahí arriba. La otra noche salieron volando muchos y aproveché para sellarlo, pero es obvio que quedan bastantes.»

Dentro del museo, que consta de una sola sala, había una pequeña colección de objetos y fotos de Roy en diferentes etapas de su vida, además de portadas de álbumes y carteles. Sobre la puerta, colgaba una destartalada guitarra que Roy había tocado en una ocasión y que había estado expuesta en el garaje de un amigo durante unos cuarenta años. De adolescente, Roy era gordito, pálido como la luna y casi ciego; en el instituto, comenzó a teñirse de negro el algodonoso cabello para no parecer un albino. No sirvió de nada, los chicos lo acosaban igualmente. «Los compañeros de clase de aquí lo trataban fatal. No voy a decir en alto lo que le llamaban», dijo Walter.

Puso un CD de uno de los trabajos de Roy. Se destila tanto dolor y añoranza de esas canciones: «Crying», «Dream baby», «Oh, Pretty Woman» y, sobre todo, «Only the Lonely»; se puede sentir el rechazo que late en la imponente voz espectral que reverbera en el museo, junto con algún que otro chirrido de algún murciélago moribundo.

Tras mudarme a Texas, me hice músico. Tenía treinta y ocho años y medio, y estaba decidido a poder tocar «Great Balls of Fire» antes de cumplir los cuarenta años. Es el reto más difícil al que me he enfrentado. Aún sigo recibiendo clases de piano y, aunque nunca llegaré a tocarlo como quisiera, toco en un grupo de blues y rockabilly, los WhoDo. Nuestro repertorio comprende canciones de músicos texanos, como Stevie Ray Vaughan, Muddy Waters, Buddy Holly, T-Bone Walker y, cómo no, el gran Roy Orbison.

Only the lonely (dum-dum-dum-dumdu-doo-wab)

Know the way I feel tonight (ooh-yay-yay-yay-yeah) [\[49\]](#)

Esta canción salió en 1960, cuando yo estudiaba séptimo grado en Abilene. Jamás había escuchado nada parecido a esa voz operística de tres octavas que Roy utilizaba en sus baladas country, con arreglos vocales cincuenteros e infundida de la existencial soledad de las llanuras del oeste de Texas. Un hombre infeliz con una voz emocionante e inconfundible. Nuestro Edith Piaf.

Brian Turner, el compañero del grupo que cierra los conciertos versionando a Orbison en «Mean Woman Blues», me pidió que le preguntara a Walter sobre la reliquia sagrada, el objeto del viaje del peregrino. Al principio, Walter dudó, pero luego miró bajo la vitrina y sacó una caja de madera envuelta en una sudadera. Dentro de la caja estaban las gafas tintadas de Roy, una montura de plástico negro con lentes bifocales color lavanda. Me las puse.

Cuando estaba en secundaria en Dallas, mis amigos y yo conducíamos sin rumbo durante horas, fascinados por un *late-night* radiofónico de la WRR llamado *Kat's Karavan*. Ponían rhythm and blues clásico, el conocido por aquel entonces como «música de raza». Destacaban grandes *bluesmen* como T-Bone Walker, Lightnin' Hopkins y Lead Belly. Hay una fina línea que une a esos músicos con Janis Joplin, que usó el blues texano para dar potencia al rock and roll. Otra trayectoria sería la que va desde el rhythm and blues hasta Selena y que pasa por los mariachis, o la que surca el pop para arribar a Beyoncé. Texas es un gran codificador y decodificador cultural.

Mi profesor de piano, Floyd Domino, es un maestro del boogie woogie. Tiene dos Grammys y ha tocado con George Strait, Willie Nelson, Waylon Jennings y muchas otras estrellas del country. Se le conoce por mezclar a Oscar Peterson con el western swing. A pesar de mi poco talento, soy pertinaz; Floyd lleva veinte años enseñándome.

Conozco pianistas clásicos cuyo linaje de maestros desemboca en Beethoven. Cuando pregunté a Floyd a dónde se remontaba nuestra tradición, me respondió que hasta el músico texano Al Stricklin.

Stricklin era de Antioch, la del condado de Johnson (ha habido hasta quince localidades con ese nombre en Texas). Fue pianista de jazz autodidacta, y lo influyó mucho oír en la radio a Earl Hines, alias Fatha, y su dulce swing al estilo de Chicago. En 1927, cuando Stricklin estaba trabajando en una emisora de radio de Fort Worth, se le presentaron tres músicos para una audición. Uno de ellos llevaba un violín metido en un saco de harina. Se presentó como Bob Wills, del condado de Hall, en el Mango.

—¿Qué música tocáis? —preguntó Stricklin.

—Una música diferente —respondió Wills.

Wills prometió que volvería y contrataría a Stricklin como pianista el día que formase un grupo de verdad. Mientras tanto, Wills y sus músicos crearon los Light Crust Doughboys, que acompañaban a Pappy O'Daniel en su programa de radio. Se hicieron muy populares, pero O'Daniel era un tirano y Wills tenía problemas con la bebida. Así que O'Daniel lo despidió y él formó otra banda a la que llamó The Texas Playboys. En 1935, Stricklin entró a formar parte del grupo, lo que propició la fusión del jazz de Chicago, el violín fronterizo y el blues que Bob Willis había aprendido de sus amigos músicos en las plantaciones de algodón. Se constituyeron así los elementos fundamentales del western swing. Mi propio grupo tocó una vez con Johnny Gimble, violinista de The Texas Playboys. Aquello me hizo sentir que había entrado en una especie de sociedad para la que en realidad no cumplía los requisitos.

Pregunté a Floyd qué caracterizaba el sonido texano. «Lo primero de todo es que se basa en los riffs», respondió. Los riffs son breves motivos musicales que se expresan, se replantean y se exploran con diferentes cambios de acordes. Los músicos texanos hablan de estar «metido en el bolsillo». Floyd

explica que no se trata de un lugar concreto, sino de algo corporal. «La música de Texas tiende a llevar el ritmo un poco retrasado.» Se aprecia en la fusión con blues que hacen los hermanos Vaughan, T-Bone Walker, Johnny Winter, ZZ Top y Red Garlan. Parece que se van retrasando o que van a entrar tarde al siguiente compás.

Floyd creció en Berkeley, California, en un hogar judío, y sus padres eran profesores. Sin embargo, el western swing cautivó sus oídos. Para desesperación de sus padres, se fugó de casa y se unió a un grupo, Asleep at the Wheel, liderado por Ray Benson, que entonces estaba radicado en Oakland. Benson estaba entregado a mantener encendida la llama del western swing. Bob Wills era su inspiración y Al Stricklin se convirtió en mentor de Floyd. Willie Nelson invitó a la banda a instalarse en Austin en 1974.

El verdadero nombre de Floyd es Jim Haber. Su nombre artístico lo eligieron un par de compañeros de Asleep at the Wheel fijándose en su estilo al tocar que, en su opinión, era una combinación de Floyd Cramer, el padre del piano country, y Fats Domino, el rey del rhythm and blues de Nueva Orleans. «Cuando Ray te presente esta noche, lo hará como Floyd Domino», anunció uno de ellos. Se suponía que iba a ser una prueba, pero cuando Jim salió del escenario, todos empezaron a llamarlo Floyd, y así se quedó. Una década más tarde, estando Floyd de gira con Waylon Jennings, decidió recuperar su verdadero nombre. El mánager de producción reunió a la banda y les dijo: «El verdadero nombre de Floyd es Jim, y a partir de ahora quiere que lo llaméis así, ¿verdad, Floyd?».

Joe Ely es un cantante y compositor amigo mío. Un día fuimos juntos a un Walmart enorme en Lubbock. Caminamos hasta la parte de atrás de la tienda, pasando por los electrodomésticos y la ropa femenina, hasta llegar a la

sección de bebés. Joe se volvió hacia los cochecitos y dijo: «Aquí, aquí estaba la casa de Buddy Holly exactamente».

Lubbock y el resto del Mango hasta el límite norte fue cuna de muchos grandes músicos: Waylon Jennings era de Littlefield; Jimmy Dean, de Plainview; Gatling Brothers y Tanya Tucker, de Semiole. De la propia Lubbock salieron Sonny Curtis, Mac Davis, Delbert McClinton, Gary P. Nunn, Lloyd Maines y su hija Natalie. Es muy larga la lista de cantantes que continúan haciendo música nacida en los campos de algodón o entre las torres petrolíferas y que, de algún modo, se extiende por todo el mundo. Joe forma parte de esta tradición. Me recuerda a Bruce Springsteen, con quien estuvo de gira; todo un roquero de pro que canta sobre las personas con las que creció, haciendo de sus vidas un himno. Las canciones de Joe combinan country, honky-tonk y corrido mexicano con un distintivo sonido regional. Forma parte junto con sus compañeros de Lubbock, Jimmie Dale Gilmore y Butch Hancock, de un grupo llamado Flatlanders. También toca con The Super Seven, junto con Freddy Fender, Lyle Lovett, Flaco Jiménez y un elenco voluble de otros músicos, sobre todo de Texas. A veces canto una de las canciones de Joe con WhoDo, «Fingernails».

Una vez, iba con Joe por Broadway, la calle principal de Lubbock, flanqueada de edificios de ladrillo rojo, y pasamos por el único rascacielos de Lubbock, el edificio Great Plains Life, de veinte pisos, el cual fue abandonado durante años tras un tornado que hubo en 1970. «Se puede ver que todavía sigue un poco inclinado», señaló Joe. Hay un solar vacío donde su padre era gerente de una tienda de segunda mano atendida por veteranos discapacitados del ejército. También había algunos salones de baile mexicanos en los viejos almacenes del otro lado de la calle. «Yo era pequeño, pero la música se escuchaba en cada esquina —recordaba Joe—. Acordeones, bajos sextos e incluso instrumentos de viento. No podía haber bares. En Lubbock imperaba la

ley seca.»

Le pregunté a Joe por qué Lubbock era una ciudad tan musical. «No sé los demás, pero a mí tanto vacío me hizo querer llenarlo», respondió.

Nos dirigimos al cementerio y, allí, un jardinero nos mostró la humilde tumba de Buddy Holly, una lápida plana en cuya inscripción se leía: «Holley», su verdadero apellido. Los músicos que visitaban la tumba tenían por costumbre dejar una púa junto a la lápida. «Traje aquí a The Clash cuando tocaron en Lubbock —contó Joe—. Nos quedamos en el cementerio sentados, cantando canciones y bebiendo cerveza toda la noche, hasta que salió el sol.» Nos maravillaba la brevedad de la vida de Buddy, que había discurrido entre 1936 y 1959; tenía veintidós años cuando, junto con Ritchie Valens y Big Bopper, tomó aquel fatídico vuelo una noche de nevada en Iowa. «Todas sus grabaciones se hicieron en tan solo dieciocho meses. Primero bluegrass y luego rockabilly. Elvis y Carl Perkins fueron su inspiración.»

Salimos de la carretera 84 en dirección al Cotton Club, una sala de conciertos situada a unos quince kilómetros de la ciudad. Ha pasado por muchas manos, incluso por las de Joe, y ha ardidido en varias ocasiones. Es un edificio de una planta hecho con tablones de madera, un cobertizo grande, en realidad. Sin embargo, durante un tiempo fue considerado el garito más importante entre Dallas y Los Ángeles. Johnny Cash, Tex Ritter, Fats Domino y Benny Goodman aparecían regularmente por allí, y Bob Wills tocaba todos los viernes por la noche. Más adelante, en 1955, llegó un tornado cultural de nombre Elvis Presley.

La hija del dueño del club a veces colaba en la cocina a jóvenes músicos — Buddy Holly y Mac Davis, por ejemplo— para que pudiesen escuchar a Elvis cada vez que iba a tocar. Waylon Jennings y Roy Orbison se quedaban petrificados en sus conciertos. Elvis casaba la música country con el rhythm and blues (la «música de raza»), y abrió un grifo sexual que terminó ahogando

a baptistas y otras muchas congregaciones en impías aguas. Después de escuchar a Elvis, Buddy Holly volvió a su casa y escribió su primera canción de rock and roll, «Not Fade Away». Aún la toco con mi grupo.

«Mira, aquí está la puerta de atrás —apuntó Joe mientras nos acercábamos a la sala desde el aparcamiento cubierto de hierba—. Elvis aparcaría su Cadillac justo por aquí. Se dice que Elvis firmo las bragas de una chica y que el novio lo golpeó, le metió un trapo en el depósito de gasolina del Cadillac y le prendió fuego.»

Joe recordó a otro músico de Lubbock que fue compañero suyo de instituto, Norman Odam, un chico desgarrado que todas las mañanas, a las siete, antes de clase, cantaba a pleno pulmón frente a la entrada del centro. Los niños le tiraban moneditas con las que Odam se compraba el almuerzo. Pronto comenzó a hacerse llamar Legendary Stardust Cowboy y llegó a grabar algunas canciones con Mercury Records, «Paralyzed» entre otras. «Tres minutos a pleno pulmón con un acorde sol séptima —dijo Joe—. Te deja clavado a la pared. T Bone Burnett tocaba la batería en ese tema. Hicieron algunas pruebas y las enviaron a las emisoras de radio de Dallas. En una semana ya lo ponían más que a los Beatles.» Legendary Stardust Cowboy desapareció tan rápido como apareció, pero el personaje influyó en David Bowie, quien inspiró su Ziggy Stardust en él y versionó un par de sus incoherentes canciones.

Aquella noche, Joe dio un concierto acústico en solitario en el teatro Cactus, en el centro de Lubbock. El lugar estaba repleto de amigos y fans, y Joe se mostró meditabundo. «Creciendo en Lubbock, tenías que buscarte tus propios entretenimientos», afirmó. Y el público soltó una carcajada cómplice. «Unos amigos de mis padres eran dueños de la tintorería. Salíamos al lago, hacíamos pícnic al salir de la iglesia y luego íbamos a la puerta de atrás de la tintorería, y a los niños nos dejaban probarnos ropa de otras personas. Qué emocionante era aquello. Me gustaría haber escrito una canción sobre eso.»

Conduje hacia el sur, recorriendo el altiplano hasta Post, la antigua comunidad utópica desarrollada por el industrial de los cereales C.W. Post a comienzos del siglo XX. La falta de lluvia lo echó todo a perder, como en tantos otros casos, aunque Post dinamitaba las mesetas cada diez minutos durante horas para sacar humedad del cielo. Uno puede imaginar el efecto sobre el resto de habitantes de aquella comunidad utópica.

Resulta desalentador conducir por el oeste de Texas con el parabrisas limpio. Aderezaban los viajes por carretera las incesantes salpicaduras mortales. Recuerdo que el coche atravesaba nubes de chinches, esos bichos que viven en una perenne cópula, y el parabrisas quedaba cubierto de un jugo brillante y verdoso. También estaban los saltamontes que, al estrellarse, dejaban una mancha de un engrudo entre anaranjado y amarillento. Las vanesas americanas, las polillas nocturnas y los escarabajos peloteros aportaban entrañas de colores particulares. Accionar el limpiaparabrisas no hacía sino empeorar la situación. Toda la parte delantera del coche terminaba moteada de cadáveres de insectos, que terminaban convertidos en fritanga de bicho a la plancha, merced al sol de Texas. Lavar el coche era un infierno; recuerdo frotar el capó una y otra vez y ser incapaz de dejarlo del todo limpio. Los camioneros, por ejemplo, protegían los radiadores con mosquitera. Los insectos, sencillamente, formaban parte de la atmósfera en Texas.

Hoy día es raro que choque un bicho contra un parabrisas. Solo puedo hablar por Texas, pero la ausencia de insectos parece formar parte de la merma general de la flora y la fauna. Las vallas que flanqueaban nuestras carreteras solían engalanarse con la silueta de aves como la tijereta rosada, elegantes acróbatas que, ahora que los insectos han desaparecido, apenas se ven. Steve recuerda el ruido de los galápagos chafados bajo las ruedas del

coche; hubo tantos en un momento dado que había que conducir haciendo eses para esquivarlos. La nómina de formas de vida silvestre se está viendo reducida a una lista de animales que consideramos plagas y que cuesta matar. Vivimos en un mundo en que la fauna se ve reducida a mosquitos, cucarachas, hormigas venenosas, estorninos, serpientes de cascabel y jabalíes. Para ser justos con los animales, supongo que deberíamos inaugurar esta lista con el ser humano.

Snyder es el hogar de la estatua del bisonte blanco y está colocado frente al juzgado. Ese animal es una especie de tótem para mí. En 1955, el mismo año que Elvis vino al Cotton Club, yo estaba en tercer curso de primaria en Ponca City, en Oklahoma. Televisaron un episodio trascendental de *Las aventuras de Rin Tin*, en el que Rusty, el huérfano criado por una tropa de soldados en Fort Apache, salva la vida de un indio. Como todos los niños de mi edad, yo sabía que, si alguien salva la vida de un indio, este ha de acompañar a su salvador hasta que pueda corresponderlo. El indio en cuestión se encontraba inmerso en una búsqueda espiritual, la del bisonte blanco. A mí me conmovía profundamente. Al día siguiente, en clase de música, antes de que sonara la campana, la profesora nos pidió que nos levantásemos y contásemos qué queríamos ser de mayores. Después de la estrella de cine, el detective privado y la peluquera, me levanté y dije que iba a buscar al bisonte blanco. Las mofas que recibí de mis compañeros me hicieron sentir como Ted Cruz en la convención republicana.

Los bisontes blancos existen en realidad —la mayoría son albinos—, y el famoso cazador de bisontes, J. Wright Mooar, cazó uno el 7 de octubre de 1876, en las afueras de Snyder. A finales del siglo XIX, se cazaron decenas de millones de bisontes, tanto para pieles como para despojar a los nativos de su principal fuente de alimento. Una placa frente a la estatua del bisonte blanco dice que Mooar mató a veintidós mil ejemplares, «un récord imbatible». Una

exposición del museo cita a un colono de la región: «Algunas partes de huesos eran tan gruesas que se podía caminar sobre ellas cierta distancia sin tocar el suelo».

Los bisontes blancos son bastante raros —se dice que hay unos cincuenta en todo el mundo— pero, misteriosamente, abundantes en algunos ranchos de especies exóticas de Texas. En el Ox Ranch, cerca de Uvalde, puedes cazar uno de los quince búfalos blancos por entre veinticinco mil y treinta mil dólares, dependiendo del tamaño del animal. El sitio web del rancho dice: «De acuerdo con la Asociación Nacional del Bisonte, se estima que tan solo uno de cada diez millones de bisontes nace de color blanco». También puede disparar a un adax, un antílope en peligro de extinción, a una gacela dama («la más grande y rara del mundo»), solo quedan unos quinientos ejemplares) o a otros muchos magníficos animales cuyas cabezas adornan las salas de trofeos de todo el estado. «Al cazar estos exóticos animales en Ox Ranch, puedes elegir entre distintos métodos de caza: desde refugio, desde puesto de caza, a rececho, con arco, con pistola, con rifle ¡o estilo safari! —La web añade abiertamente que el bisonte blanco es sagrado para muchas tribus nativas norteamericanas—. Su presencia es signo de renacimiento espiritual y tiempos venideros de bonanza.»

Sé que puede sonar grotesco para quienes no cazan, pero estos exóticos ranchos hacen las veces de reserva para animales ya extintos en la naturaleza. El sitio web se sigue jactando de que hoy en día «hay más órices de Arabia en los ranchos de caza de Texas que en libertad». Por cierto, si se paga para cazar un bisonte blanco, el rancho regala una cacería de cerdos asilvestrados. Se puede acechar a la presa con gafas de visión nocturna o bien, en cambio, cazar desde un refugio, que suena mejor. «El refugio tiene una pantalla que recibe imágenes de la cámara de vigilancia de las piezas, televisión, una mesa de póquer, aire acondicionado y un bar completamente equipado.»

Steve condujo desde Austin para reunirse conmigo en el café Dixie Pig de Abilene, donde ambos vivimos de niños. Aunque no nos conocíamos en esa época, nuestras vidas han corrido en paralelo desde entonces. Siempre nos preguntamos cómo fue que no nos conocimos y nos hicimos amigos ya desde entonces.

Yo estudié en la escuela pública de Abilene y Steve fue a la St. Joseph Academy, desaparecida hace mucho. Steve deseaba recordar los lugares que había frecuentado y yo quería volver a pasar por mi antiguo barrio. Visitamos el colegio Alta Vista, un hermoso edificio de ladrillo rojo donde cursé el cuarto grado de primaria. Cerró en 2004, pero aún sigue en pie. Nos metimos en el patio trasero de la escuela, y Steve me sacó una foto en el mismo lugar donde una vez me había caído un rayo. Los niños estábamos jugando y, de repente, caímos todos como bolos. Creo que el rayo cayó sobre un canalón y se redirigió hacia donde estábamos. Era una época en la que salvarte por los pelos de algo gordo no tenía la resonancia mortal que tiene hoy. Incluso Steve dice haber sido víctima de un rayo, aunque estaba dentro de su madre, fue ella quien recibió una descarga eléctrica durante una tormenta, mientras fregaba los platos. La verdad es que no sé si creérmelo del todo.

La casa de Amarillo Street en que yo vivía sigue en pie y muy bien conservada. En la cerca trasera se puede leer un letrero según el cual la casa forma parte hoy de la Sociedad para la Conservación de Casas Antiguas Pintorescas. Aún recuerdo aquella casa pintada de blanco y cómo había que limpiarla cada vez que había una tormenta de arena. Los nuevos propietarios, un poco más listos, la han pintado de color arena. La vez anterior que pasé por allí, seguían las magnolias que había plantado mi padre a cada lado de la puerta, treinta años antes. Pero esta última vez las habían cambiado por dos

encinas que se elevan por encima de la casa. Un claro ejemplo del paso del tiempo. Llamé a la puerta, pero no había nadie. Recuerdo que me pasaba las horas jugando a lanzar mi navaja y clavarla en el suelo de corcho de mi habitación. Me pregunto si seguirán las marcas.

Steve y yo nos detuvimos en el hotel Grace, que había sido el lugar más lujoso de la ciudad. Steve ambientó en él una de sus novelas. El Grace es ahora un museo y resulta que había una exposición sobre el Abilene de la década de 1950, justo cuando nosotros vivíamos allí. Había maniqués con ropa de la época de nuestros padres (vestidos de saco, camisas tropicales en colores cítricos) y electrodomésticos como los que se tenían en las cocinas de ese tiempo. Parecía extraño ver nuestra propia vida y el tiempo pasado ante nosotros, todo expuesto en un museo. «Si te paras a pensar —reflexionó Steve—, cuando nos mudamos aquí, estábamos tan cerca en el tiempo de la guerra contra los indios como ahora del día en que nacimos.»

Al salir de la exposición, vi que exhibían un callejero de Abilene de 1955. Llamé a Steve y le señalé la St. Joseph Academy, justo al otro lado de la calle de mi colegio.

De vuelta a Austin, disfruté de una puesta de sol digna de un cuadro de Turner, con un cuarto creciente que asomaba entre un banco de nubes rosadas. Una manada de vacas angus de color negro se movían como sombras por donde una vez pastaron los bisontes. Pensé en lo accidental que es la casi totalidad de la vida. Una parte de mí siempre quiso irse de Texas, pero nunca me fui del todo realmente. A veces, no tenemos más remedio que, por trabajo o amor, cambiar a otra forma de vida en otros lugares. Para mí, los momentos que me han venido dados así, sin alternativa, siempre han traído felicidad, aventura y renovación. Quedarse también es una decisión, pero tiene más que ver con la propia inercia de la vida o con las inseguridades. A veces, en el día a día, florecen ápices de descontento; visiono otras posibles vidas, pero luego

vuelvo a la realidad y en absoluto me siento dispuesto a dejar de lado a mis amigos ni a abandonar los hábitos que colman mi rutina. Suelo sentirme como un exiliado de mi propia cultura, con todo lo que eso conlleva, cada vez que viajo a un estado o a un país diferente. Ojalá viviese en las montañas de Montana o en el Mediterráneo español. Me encantaría ser propietario de un apartamento en un edificio alto con vistas a Central Park, con un piano junto a un ventanal. Son cosas que he imaginado toda la vida. Pero aquí estoy ahora, conduciendo por una autopista penumbrosa en Texas, con mucha más carretera a mis espaldas que por delante.

En 2015, me otorgaron el Premio de las Artes de Texas, junto con muchas personas a las que siempre he admirado, como los hermanos Gatlin, músicos, el dramaturgo Robert Schenkkan o el actor Jamie Foxx entre otros. Durante la recepción, el director del cementerio estatal de Texas se paseaba entre la gente y leía de reojo las tarjetas con los nombres. Me percaté de cómo miraba a Dan Rather y a T. Bone Burnett. Después se me acercó y me dijo: «Nos encantará acogerte entre nosotros».

Recientemente, he recibido bastantes premios al logro de toda una vida; incluyeron mi nombre en el Salón de la Fama del instituto Woodrow Wilson, de Dallas, y me añadieron a una lista de alumnos destacados entre los que había dos ganadores del trofeo Heisman, un campeón olímpico y los tipos que inventaron la máquina de hacer margaritas y las salchichas empanadas en maíz, contribuciones a la cultura texana que yo jamás habría soñado igualar. Me sentí bien al ver que las personas que me importaban estaban orgullosas de mí, a pesar que no podía evitar oír de fondo un redoble de tambores de despedida.

Que te admitan en el cementerio estatal es, de todos los excéntricos honores

que puede otorgarte el estado de Texas, el más elevado. Es la versión texana del cementerio de Arlington. Entre la lista de texanos famosos allí sepultados se encuentran Stephen F. Austin, Barbara Jordan y varios autores que alguna vez fueron reconocidos. Los que estamos en lista pero seguimos vivos tenemos el estatus de «pendientes». Se me había sugerido que debía comunicar mi disponibilidad y así lo hice.

—Pero me la rechazaron —le dije al director del cementerio—. Creo que el gobernador Perry me ha vetado.

—¡No creo!

—Eso es lo que me han dicho.

Perry y yo ya habíamos tenido un rifirrafe unos años atrás, al inicio de su mandato. Me habían ofrecido de nuevo ejercer como maestro de ceremonias en la gala de la Feria del Libro de Texas. Me di cuenta de que Perry no estaba presente: «Estará dirigiendo las oraciones en algún instituto público», comenté, recordando un incidente poco constitucional en el que se había visto envuelto el gobernador.

Al día siguiente, la directora del festival me informó de que mi comentario había llegado a oídos de Perry y que exigía disculpas.

—Pero ¡si era una broma!

—Ya lo sé, pero el gobernador se lo ha tomado mal —contestó—. Desde su oficina están amenazando con impedir que el festival pueda celebrar actos en el Capitolio. ¡Tendremos que echar el cierre!

¡Madre mía! Escribí al gobernador y le dije que «lo sentía mucho». Me contestó inmediatamente, alegando que estaba recaudando dinero para los niños con parálisis y no haciéndole el vacío al festival. «Con devoción cristiana, Rick», fue su firma.

Durante la recepción de las artes, el director del cementerio me invitó a volver a postularme para una plaza. Repitió que el gobernador Perry no se

habría rebajado a algo tan ruin como vetar mi plaza, pero que, de todos modos, ahora había un nuevo gobernador que acababa de entregarme una medalla, por lo que mis posibilidades se habían incrementado.

A pesar de todo, no estaba seguro de querer volver a intentarlo. No hay mayor compromiso que tener una plaza con tu nombre en un cementerio.



Muy lejos, muy al oeste

Yo antes creía que Marfa era una especie de broma en práctica que a los texanos del oeste les gustaba gastar a las élites culturales. Está lejos de todo, incluso en Texas. Los aeropuertos más cercanos son los de El Paso y Carlsbad, en Nuevo México, ambos a cientos de kilómetros de distancia. El paisaje está bien si te gustan las colinas pedregosas y las llanuras alfombradas de hierba amarillenta. Aun así, acuden aquí estetas de todo el mundo, atraídos por el minimalismo del lugar.

Cada vez que voy a Marfa me siento como en un episodio de *Dimensión desconocida*. En ese pueblo, da siempre la impresión de que algo muy extraño está a punto de ocurrir. Una tarde de invierno, Roberta y yo cruzábamos Marfa camino del Parque Nacional Big Bend y vimos una mofeta que paseaba por la acera de la calle principal. Tenía la ciudad para ella sola y trotaba con aire de superioridad por delante del hotel Paisano —donde, en 1955, se habían alojado James Dean, Rock Hudson y Elizabeth Taylor, durante el rodaje de *Gigante*—, como si fuera la propietaria. Durante una típica tormenta de granizo de las del oeste de Texas, Hudson y Taylor habían salido a la calle con cubos a recoger hielo para unos bloody mary. Perdimos de vista a la mofeta mientras se dirigía al edificio de los juzgados, en el centro de la ciudad, de un color rosa que le da aspecto de tarta de bodas gigantesca.

Esa noche condujimos hacia el este por la carretera U. S. 67 para ver las famosas luces misteriosas de Marfa. Contra el perfil sombreado de las montañas Chinati, se movían de un lado a otro unas luces amarillas y blancas, fusionándose o dividiéndose, desapareciendo para reaparecer segundos más tarde en un lugar distinto. Parecían bailar, lo que hacía la experiencia más mágica aún. Se han dado multitud de explicaciones, como combustiones de gas filtrado desde depósitos subterráneos de petróleo, ilusiones ópticas, descargas eléctricas originadas en formaciones minerales cristalinas... La hipótesis más plausible dice que se trata de un efecto óptico producido por los faros de los coches que pasan por una autopista cercana. Según cuentan, James Dean quedó tan fascinado que se compró un telescopio. Lo cierto es que el fenómeno pone a prueba las propias convenciones sobre qué es real y qué no.

El artista Donald Judd alquiló una casa en Marfa en 1971, «debido en parte a la triste situación que atraviesa la escena artística en Nueva York y por lo desagradable que me resulta la ciudad», escribió en su día. Además, quería huir de cualquier forma de gobierno, y el oeste de Texas es lo más parecido a la anarquía que existe en el país. «Elegí Marfa (2.466 habitantes) porque era el pueblo más bonito y el más asequible», escribió.

Terminó comprando una base militar abandonada que había hecho las veces de campo de internamiento para prisioneros de guerra alemanes. Había varios barracones y dos enormes hangares de ladrillo donde se reparaban tanques y piezas de artillería. Judd llenó los hangares con cajas de aluminio rectangulares, todas del mismo tamaño, diferentes solo en la manera en que se subdividen. Una está partida en dos por un panel vertical, la siguiente por un panel inclinado en un ángulo de sesenta grados, etcétera. Son cien variaciones geométricas de un único tema. El resplandor que despiden las cajas hace difícil distinguir el interior; era como tratar de ver bajo la centelleante superficie de un lago una soleada tarde de verano.

Judd señaló entonces que, como artista, le interesaba fundamentalmente el espacio. Diseñó ese entorno immaculado para eliminar las distracciones que pudieran suponer el color o cualquier otra realidad caprichosa. Afirma Judd haber inventado el concepto de «instalación», que para él alude al uso de una estancia completa para presentar una idea. El tema de la rectangularidad de sus cajas se refleja en el suelo de hormigón teñido al ácido, en el artesonado del techo, en los ventanales e incluso en el ladrillo desgastado. Al mirar a través del vidrio hacia la llanura abrasada por el sol, se ven en la distancia estructuras de hormigón de mayor tamaño que replican la secuencia. Son solemnes y están bien construidas, pero no dejan de parecerme unos contenedores de barco abandonados.

A Roberta le encanta Donald Judd. «Me gustan la severidad y la limpieza del entorno —me explicaba ella mientras paseábamos entre las estructuras de hormigón bajo el sol cegador—. Ambas cualidades son parte fundamental del arte.» Estaba arrebatada, tanto que no reparó en la reluciente serpiente chirrionera que se deslizaba entre la hierba, a nuestros pies.

Admiro la precisión de la obra de Judd, aunque me cuesta trabajo casar su obsesión con el orden y sus proclamas a favor de la anarquía. No entiendo el fetichismo que se originó en torno a su obra en las dos décadas posteriores a su muerte. En la recepción del hotel en que nos alojábamos vendían libros de Donald Judd e incluso pegatinas con las siglas WWDJD? («¿Qué haría Donald Judd?»), una pregunta que yo jamás haría a nadie, pero en cuya respuesta parecían muy interesados los vecinos de Marfa.

Caminamos hasta la nueva instalación de otro artista, Robert Irwin. Se trata de un edificio con forma de U. Una de sus alas está pintada de negro y la otra de blanco. En ambas, una serie de telones de fina gasa tamizan la luz. A medida que íbamos caminando, a través de las ventanas rectangulares, situadas a intervalos regulares, entraba la luz solar, que dibujaba en el suelo de

hormigón formas trapezoidales. Se divisaban al otro lado granjas y postes telefónicos. Las palomas zureaban. Un trozo de techo de chapa flameaba en la brisa. Me pregunté qué es realmente el arte. Esto dijo al respecto Donald Judd en 1986:

Por fin se me ocurrió una manera de definir el arte. El arte está presente en todas partes a la vez. En la medida en que no esté presente en todas partes, es menos arte. En las artes visuales, la integridad es visual. Los aspectos que no son visuales son sustracciones del todo.

Y esto ¿qué quiere decir?

Tenemos en Marfa una amiga pintora, Julie Speed, que compró la vieja cárcel y la convirtió en su estudio. La ha restaurado junto con su marido, Fran Christina, exbatería de *The Fabulous Thunderbirds*. Un día, Fran estaba derribando a mazazos una parte de muro de casi cuarenta centímetros de grosor. «Vino todo cubierto de polvo de cemento —recordaba Julie—. Y me dijo que había encontrado un hueso en el muro. Yo di por hecho que se trataría de un hueso de animal.»

—No, no. Es un hueso humano.

Julie insistió en que debía de ser la tibia de un ciervo o algún bicho por el estilo, y le repitió a Fran que tenía que estar confundido.

—A ver, Julie. Tiene una bota puesta, ¿vale?

Julie especuló que, dado que los muros se habían levantado sobre 1917, la pierna podría pertenecer a un jinete de la caballería del general Pershing, por entonces a la caza de Pancho Villa. Quizá al soldado le dispararon en la pierna, se le gangrenó y tuvieron que cortársela, aventuró. «Estarían quizá a punto de enterrarla cuando, eh, alguien recordó que estaban vertiendo justo en

ese momento el cemento de la nueva cárcel. “Vamos a echarla ahí y así los coyotes no la desenterrarán”.»

Julie se consoló con esta idea mientras Fran enterraba la pierna, recitando una oración en latín que recordaba de sus días de monaguillo en Rhode Island. No fue hasta después cuando se le ocurrió que quizá también estuviera por allí el resto del cuerpo.

El arte de Julie se parece al de Judd principalmente en el carácter obsesivo. Sexo, violencia y religión son temas constantes en su obra. Muchas de sus figuras humanas tienen tres ojos o dos narices. Julie combina el arte popular mexicano con la talla en madera japonesa y el retrato renacentista italiano. Su obra es a la vez hermosa y sorprendentemente extraña. En ocasiones, me recuerda al Bosco por su peculiar y tormentosa visión de la realidad. Actualmente, Julie se peina el pelo en tres trenzas grises asimétricas, recogidas bajo una boina.

Tomamos algo en el Balcón de las Nubes, como llamaban Julie y Fran a la terraza que habían construido para observar el cielo. Las nubes surcaban el cielo del desierto profundo como galeones. La bóveda celeste, en esa parte de Texas, es la más hermosa que pueda verse. En cuanto el sol empezó a bajar, Venus se encendió como un faro.

Pregunté a Julie qué pensaba sobre la obra de Judd y de Irwin. Ella los enmarcaba en la escuela del arte conceptual del Porque lo Digo Yo, que había empezado con Marcel Duchamp o los dadaístas. «Se las arreglan para que te fijas en el mundo que te rodea y lo veas de una manera distinta.»

Recordé que cuando salimos de la instalación de Irwin, íbamos caminando por una acera y pasamos junto a una alambrada de espino. La sombra que proyectaba sobre el suelo nos resultó tan especial que Roberta la fotografió. El arte mismo en la misma percepción del arte.

Creo que mi amiga Julie se siente como en casa en Marfa en parte por lo

raro que es ese pueblo. Nos contó una anécdota que siempre le ha encantado. A un par de manzanas de su casa vivía un tipo de treinta y dos años, llamado Christopher Michael Cobos, quien, según se dice, pegaba a su mujer y había intentado atropellarla, aunque sus familiares y otros peatones la habían sacado de la calzada antes de que pudiera hacerlo. Juan Lara, agente de policía de Marfa, llegó justamente cuando Cobos emprendía la huida al volante de su camioneta Chevrolet. El agente Lara puso la sirena y salió en persecución de Cobos, cuando este, de repente, se detuvo, puso marcha atrás y chocó contra el coche de policía, inutilizándolo. Lara pidió refuerzos por radio, y una patrulla de la policía estatal se lanzó a toda velocidad tras Cobos por la autopista 90, que corre paralela a la vía férrea del Union Pacific. En ese momento, un tren se dirigía hacia el oeste. De repente, Cobos se salió de la autopista y trató de cruzar las vías justo por delante del tren. Calculó mal y el tren embistió la camioneta y la hizo saltar por los aires, aterrizando esta boca abajo sobre la locomotora. El agente no podía creerlo: Cobos seguía vivo. Llegó una ambulancia para llevar al hombre malherido al hospital de Alpine, pero, en mitad del traslado, Cobos atacó a uno de los técnicos de la ambulancia. El conductor pidió ayuda por radio. Otro agente de la policía estatal consiguió reducir por la fuerza a Cobos y por fin pudieron hospitalizarlo.

A la mañana siguiente, el agente Lara y un compañero llevaron a Cobos de vuelta a Marfa para juzgarlo. Tomaron la precaución de esposarlo. La jueza del condado, Cinderela Guevara, recibió al loco de Marfa en su despacho del tercer piso del encantador edificio de los juzgados, que parece un pastel de boda de color rosa. Alguien abrió la ventana para que entrase fresco y Cobos se tiró de cabeza. Por suerte, había llovido mucho hacía poco y el suelo estaba empapado, lo que amortiguó un poco el impacto. Cobos había pasado por un accidente de coche, había sido embestido por un tren, se había peleado a puñetazos con un agente de la policía estatal y se había tirado desde el tercer

piso del juzgado. Fue trasladado en helicóptero a Odessa con una larga lista de huesos rotos y órganos dañados.

Más tarde oí contar que su mujer había retirado los cargos.

Al sur de Marfa se encuentra la carretera que conduce a Big Bend, uno de los parques nacionales menos visitados del país y también uno de los más espectaculares. En el camino hay un establecimiento turístico muy agradable, Cibolo Creek Ranch, construido en torno a varios fuertes antiguos levantados en el cráter de un volcán extinto. Una vez, Roberta y yo nos alojamos allí mediado el verano, en temporada baja, y nos dedicamos a perseguir colibríes y al adorable mosquero cardenal. Con temperaturas más benignas que las estivales, el rancho ha sido refugio para famosos como Mick Jagger, Tommy Lee Jones o Bruce Willis. En febrero de 2016, una sociedad austriaca de cazadores, la Orden Internacional de San Huberto, llamada así en honor al patrón de los cazadores e integrada solo por hombres, celebró una reunión en el rancho. Uno de sus miembros era el juez del Tribunal Supremo de setenta y nueve años Antonin Scalia, a quien se encontró muerto en su habitación una mañana. Apenas una hora después del anuncio de su muerte, el líder de la mayoría del Senado, Mitch McConnell, se negó a apoyar a ningún candidato al Tribunal propuesto por el presidente Obama. Me pareció que el país había dado otro gran paso en la dirección de Texas.

Big Bend fue el lugar donde obtuve uno de mis triunfos periodísticos más satisfactorios. Había acudido al parque nacional a principios de los años ochenta junto a Wann Kangston Jr., un profesor cascarrabias de paleontología de los vertebrados de la Universidad de Texas por quien sentía mucho afecto, si bien sus alumnos le tenían pánico. Tuve la oportunidad de viajar por todo el estado en busca de fósiles cretácicos con él y su grupo de doctorandos, para

un artículo que estaba escribiendo sobre la prehistoria en Texas. Cerca de Glen Rose, nos detuvimos en un prado poblado de vacas en el que, en 1947, Wann, entonces un joven estudiante universitario, había encontrado varios huesos de dinosaurio. Esa zona calcárea es un paraíso para el paleontólogo. Las huellas de dinosaurio exhibidas en el neoyorquino Museo Estadounidense de Historia Natural se extrajeron del río Paluxy, no demasiado lejos. Según el cuaderno de campo de Wann, los huesos que había encontrado en esa primera ocasión, tiempo atrás, estaban cerca de un tocón de árbol petrificado con una forma característica. Había vuelto al lugar tres veces a lo largo de los años, pero no había sido capaz de localizar nuevo los huesos, ni tampoco el tocón fósil.

Nos dispersamos. A mí no se me da muy bien encontrar cosas. Es una habilidad que exige observar la superficie de la normalidad y detectar la menor incoherencia. Uno de los estudiantes de vista más aguda logró identificar por fin el tocón petrificado, que parecía a primera vista una masa de roca medio desmoronada, pero que, observado más de cerca, se reveló exquisitamente poliédrico, como un cuadro cubista.

De repente, uno de los estudiantes gritó: «¡Aleluya!». Todos acudimos corriendo. Un rancharo había arrancado un chaparral con su buldócer para hacer un camino y, entre las raíces de los arbustos levantados, aparecieron, como rábanos gigantes de color marrón, varios huesos de dinosaurio. Reconocida su forma y su perfil, empezamos a verlos por todos lados, tanto en la ladera como en los lechos de los arroyos. Fue un día realmente emocionante.

En ese primer viaje a Big Bend, acompañaban a Langston otros prestigiosos paleontólogos del ámbito universitario, los cuales buscaban restos del pterosaurio de Texas, un enorme animal volador prehistórico. Langston era famoso por su olfato para los huesos, pero aquella larguísima y calurosa

jornada lo único que logró fue quemarse con el sol. Al final de la jornada, nos reunimos todos sobre la cima de una pedregosa colina. Yo me encontraba junto a un grupo de diez de los mejores paleontólogos del estado. Pedí a Wann que me contara exactamente qué estábamos buscando. «Bueno, son como piedras, pero con estrías», explicó.

—¿Como esto? —dije yo, recogiendo un objeto que estaba literalmente a sus pies.

—Eh... Pues sí, como esto —respondió él—. Esto es una rótula de hadrosaurio, de hecho.

—¿Y esto? —dije, recogiendo otra piedra que completaba aquella rótula.

Sí, sé que no es como para tirar cohetes.

Roberta y yo paramos en Presidio para comprar unos burritos que nos comimos en Fort Leaton, entre mezquites y amenazadores azufaios de Texas. El oeste del estado está sembrado de viejos fuertes militares que se levantaron durante la colonización del territorio nativo. Pese a su nombre, Fort Leaton era en realidad un puesto comercial, que pertenecía al tristemente célebre cazador de cabelleras llamado Benjamin Leaton. Tras adquirir las tierras en 1848, Leaton empezó a vender armas a los apaches y los comanches a cambio del ganado de los colonos, que él ayudaba a robar. Así eran algunos de nuestros nobles pioneros que conquistaron el Oeste.

Cuando Leaton compró el «fuerte», este se encontraba a orillas del río Grande, que hoy se encuentra a casi dos kilómetros. Ese es otro de los problemas que plantea la construcción de un muro en la frontera del estado, que queda definida por la orilla misma del río.

Roberta y yo íbamos caminando por el sendero de Cañón Cerrado, un viejo cauce que recorre el parque estatal aledaño al Parque Nacional de Big Bend.

En este cañón se rodó la escena final de *Boyhood*, la película de Richard Linklater. El personaje principal, Mason, se ha hecho adulto y parte a estudiar en la Universidad Sul Ross, en Alpine. Allí conoce a una chica y van a hacer senderismo por el Cañón Cerrado, que discurre al pie de unas elevadísimas paredes de piedra y serpentea de modo que el caminante no puede nunca ver mucho más allá de sus pasos. Como ocurre en la vida misma. El espectador solo sabe que los protagonistas están enamorándose y que van dejando su niñez detrás.

Roberta y yo vivimos un romance similar. Nos conocimos en la Universidad de Tulane, en una clase de arqueología. A mí ella me llamó la atención desde que entró en el aula; llegaba tarde, pero como si nada, con un vestido morado y una bufanda, y el pelo castaño recogido en un moño. La señorita Murphy. De eso hace casi cincuenta años.

Roberta creció en Mobile, Alabama. Su padre era médico. Vivieron en una casa de listones de madera que se levantaba junto al estuario del río Dog. Para desayunar, ella pescaba percas en el muelle que se adentraba en el río. Sus padres eran alcohólicos y el miembro más responsable de la familia era la criada, Rosena Lipscomb, que vivía en una plantación de judías, río arriba. Rosena acudía a casa de los Murphy sola en un bote, hasta que un día los caimanes empezaron a ponerse revoltosos.

El padre de Roberta era un médico racista y refinado como otros muchos de su extracción. Fue Rosena quien realmente crió a Roberta. Esa es la principal contradicción de su vida. El movimiento por los derechos civiles justo se ponía en marcha: Rosa Parks se negó a ceder su asiento a un hombre blanco en Montgomery, Alabama, acción que desencadenó el boicot a los autobuses en 1955 e impulsó el liderazgo de un joven predicador de la ciudad, Martin Luther King Jr. Muchos de los acontecimientos más señeros de la época —los llamados Pasajeros de la Libertad, la Marcha sobre Montgomery, el atentado

contra la iglesia de Birmingham, la travesía del puente Edmund Pettus en Selma— estuvieron relacionados directamente con Alabama y fueron el telón de fondo de la niñez de Roberta.

Roberta estudió en el instituto Murphy, así llamado en honor a su abuelo, que había sido superintendente escolar. En 1963, fue una de las Azalea Trail Maids, las famosas embajadoras culturales de la ciudad de Mobile que visten al estilo del viejo sur antiguo, lo que la llevó a aparecer un par de veces en la primera plana de los periódicos locales ese año. La primera vez, en una fotografía de grupo junto al gobernador George Wallace, quien se muestra coqueteando abiertamente con ella. La segunda, en la edición vespertina del 22 de noviembre, con el titular «El presidente Kennedy recibe un disparo» a seis columnas. La foto, sin embargo, es la de Roberta y otra de las aspirantes a reina de las fiestas. El artículo que habla de ellas es mucho más largo que el del atentado contra Kennedy.

Nos casamos en Atenas, donde Roberta había estudiado un año, y vivimos nuestros primeros años en El Cairo, en cuya Universidad Americana yo impartía clase. En esa época, Estados Unidos y Egipto no mantenían relaciones diplomáticas, así que los compatriotas con que nos relacionábamos eran pocos y bastante excéntricos. Enseñábamos a adolescentes apenas unos años más jóvenes que nosotros. Aquellos dos primeros años de matrimonio en El Cairo fueron de los mejores y más bonitos que hemos compartido. Lo único que echábamos de menos era el aire acondicionado.

Pasamos la década siguiente buscando un hogar. Vivimos durante seis meses en una pequeña casa de madera con tejado a dos aguas en Quitman, a unas dos horas en coche al este de Dallas. La casa era de mis padres. Cultivamos un huerto, y Roberta hacía pasteles con las moras de la zarza que trepaba por la valla, mientras que yo pescaba lubinas y peces gato en el lago. Esos años coincidieron con el salto a la fama del escritor texano Euell Gibbons, defensor

de la vida al aire libre y de una dieta a base de productos naturales. Roberta había leído un libro suyo titulado *Stalking the Wild Asparagus*, que exaltaba el placer de recolectar alimentos directamente de la naturaleza. A ella le encantaba pasear por los prados y recoger hierbas y verduras silvestres de todo tipo, algunas de las cuales resultaban tóxicas si se comían fuera de temporada. Siempre me decía lo mismo, todo era diente de león. Por las noches cenábamos en el porche y veíamos el atardecer, mientras las ardillas voladoras planeaban entre los robles palustres. Son nocturnas e increíblemente tímidas. Dicen que, si se las acorrala, mueren de miedo.

Escribía sobre mis experiencias en Egipto, en lo que esperaba que se convirtiese en mi primer artículo para *The New Yorker*. Lo titulé «Carta desde El Cairo». El día que lo terminé, salí al camino, dejé el manuscrito en el buzón y levanté la banderilla roja para que el cartero se lo llevase, junto con mis sueños de éxito inmediato. De algún modo, el manuscrito viajó desde una casa perdida en el este de Texas al despacho del redactor jefe de *The New Yorker*, William Shawn, en Manhattan y de vuelta en un solo día. Adjunta venía una carta, la primera de muchas que recibiría más tarde, que declinaba educadamente publicar mi artículo. Al pie, en elegante letra manuscrita, Shawn había escrito: «Lo siento».

Vivimos una breve temporada en Durham, en Carolina del Norte. Roberta trabajó como bibliotecaria en la Universidad Duke, clasificando libros en latín y griego, ya que su especialidad eran los estudios clásicos. A continuación, nos mudamos a Nashville, en Tennessee, donde pasamos otros dos años; allí escribí para *The Race Relations Reporter* y Roberta trabajó como librera. Después, llegaron siete largos años en Atlanta, donde yo seguí trabajando como periodista independiente y ella siguió con el mismo oficio de antes. No tuvimos, en todo ese tiempo, la sensación de querer sentar cabeza en esa ciudad, y empezábamos a preguntarnos si había un lugar ideal para nosotros.

Supongo que mucha gente vive en lugares con los que no siente un vínculo especial o que incluso odian explícitamente. Los matrimonios funcionan de manera similar; se soportan elevados niveles de insatisfacción incluso en las relaciones más duraderas, a lo que se suman largos periodos calmos y momentos de una intimidad que nunca deja de sorprender. A lo largo de los años, uno recopila una biblioteca privada de recuerdos. Aparecen las discusiones, algunas de las cuales se prolongan a lo largo de toda la vida en común, a caballo entre picos de alegría y revelaciones casi místicas. Las afinidades y las cosas en común a veces unen, otras veces asfixian.

Y entonces llegaron los niños.

Gordon nació en 1976. Pesó más de cuatro kilos y medio, y hubo que sacarlo por cesárea. Después de todas las clases de preparación al parto, me sentó fatal que me echaran del paritorio y tener que dejar a Roberta sola en el momento más importante de nuestras vidas. Recuerdo cuando mi padre llegó para conocer al bebé y debimos quedarnos de pie ante el ventanal del nido, mirando a las criaturitas engalanadas de lazos azules y rosas. Me enorgullecí en cierta manera de que mi hijo hubiera sido más grande que el suyo, aunque ese bebé hubiese sido yo.

En Atlanta compramos nuestra primera casa. La habían construido unos tipos que tenían una empresa de fabricación de ladrillos. Alquilamos el piso de arriba mientras rehabilitábamos la planta baja. Más adelante, pusimos techos nuevos y renovamos toda la instalación eléctrica con nuestras propias manos. Pusimos un huerto y yo aprendí a hacer conservas. Gordon me ayudaba a hacer pizza con tortillas de maíz, y Roberta se sacó un máster en educación preescolar.

Cuando recibí la oferta de trabajo de la revista *Texas Monthly*, tanto Roberta como yo teníamos ya ganas de marcharnos de Atlanta. En cuestión de semanas nos habíamos mudado a Austin. Roberta aseguraba que no quería

vivir en ningún otro lugar. Nos hicimos un hueco en los círculos de escritores y artistas con niños pequeños, y nos dio la sensación de que se abría una nueva etapa para nosotros. Nos compramos otro apartamento de dos plantas. Al menos, tenía un trabajo fijo. Roberta empezó a dar clase a niños de preescolar. La vida era asequible, si bien algo provinciana. Aun así, yo me sentía inquieto.

Nuestra segunda hija, Caroline, nació el año después de que llegáramos a Austin. Dado que Roberta ya había tenido un niño por cesárea, el siguiente tendría que nacer también por ese método. Nuestro nuevo obstetra no era tan estricto como el anterior y me permitió quedarme en el paritorio. Instalaron la habitual pantalla para que no viéramos el sangriento trajín. Yo tenía a Roberta de la mano. El doctor me preguntó: «Larry, ¿quieres ver el hígado de Roberta?».

Le dije que por supuesto que sí.

Rodeé la pantalla y me quedé con la boca abierta mirando la larguísima brecha abierta en el abdomen de mi mujer y los órganos que asomaban. Ahí estaba Caroline, aún no nacida. Sentí un escalofrío de mortalidad en el mismo momento en que esa nueva vida accedía al mundo, una vida que combinaba aleatoriamente mis genes y los de mi esposa, y los de nuestros antepasados, en una mano única. Algo que solo podía provenir de nosotros.

Lajitas es una pequeña localidad turística situada en un vado del río Grande. Los nativos chisos y apaches solían cruzarlo por aquí, hasta que los comanches los desplazaron de estas tierras. Hoy en día, Lajitas es conocida fundamentalmente por su alcalde, un macho cabrío llamado Clay Henry. De hecho, la alcaldía ha sido ocupada sucesivamente por varios machos cabríos, todos ellos con ese mismo nombre. El actual Clay Henry es un ejemplar blanco y negro al que han quitado los cuernos. Su principal labor es beberse

las cervezas que los turistas compran en la gasolinera Sunoco que hay junto a su redil. Uno de sus predecesores fue castrado por un ciudadano enfurecido al que no le gustaba nada que bebiera alcohol los domingos.

Cuando estuvimos allí, un grupo de turistas se acercó para echar un vistazo y uno de ellos metió una botella de cerveza por uno de los huecos de la alambrada. La cabra se lo arrancó de la mano y se bebió la cerveza de un solo trago. Y esto ocurre unas diez o doce veces al día. Roberta se negó a bajar del coche.

Esa noche cenamos con Betty Moore, antigua compañera de la *Texas Monthly*. Es una chica rubia y pequeña de ojos azul oscuro. Cuando yo trabajaba en la revista, ella era directora de producción. Acordó hacerle un publrreportaje a una empresa que organizaba salidas de rafting en el río Grande. Cuando regresó a Austin, se le saltaban las lágrimas al recordar el paisaje desértico y las marchitas montañas rojizas en el horizonte. Betty terminó dejando su trabajo y mudándose a Terlingua, un antiguo campamento minero cercano al parque, donde empezó a trabajar como guía. Su decisión provocó un éxodo entre el resto de las mujeres de la revista, todas las cuales se sintieron atraídas a aquel remoto y despoblado rincón del estado. «Este no es ya el mismo lugar al que yo me mudé —se quejaba Betty—. Hay mucha más gente.»

El último censo de Terlingua es de cincuenta y ocho habitantes.

«Cuando yo llegué había cinco mujeres en el pueblo —cuenta una amiga de Betty, Mimi Webb Miller—. Era un sitio bastante salvaje entonces.» Mimi era una adolescente que provenía de una importante familia de Wichita Falls; su tío era John Tower, exsenador por Texas. Cuando se instaló en Terlingua, se hizo amante de un narco de triste fama llamado Pablo Acosta, que murió en un tiroteo con la policía mexicana en 1987. Mimi estuvo huida muchos años. Daban por su cabeza cuarenta mil dólares. «A mi padre no le hizo mucha

gracia aquello.»

Roberta y yo nos quedamos en el ecléctico hostel de Mimi, La Posada Milagro, decorada con árboles hechos con botellas y luces de Navidad azules que flanqueaban los caminitos de terrazo y los marcos de las puertas, todos torcidos. Un viejo cartel de Mobil Oil Pegasus descansa contra una valla. Bajando la colina, hay un café donde todo el mundo desayuna por las mañanas, muy cerca del cual se levanta la Terlingua Trading Company, con su espacioso porche delantero, en el que se reúnen los lugareños por las tardes para tocar música y ver el sol ponerse. «Las conversaciones son a veces de lo más interesante —observa Betty—. Otras veces, no somos más que un puñado de borrachos.» Hay una guitarra siempre en el porche y un increíble surtido de hula hoops. Un cartel advierte de que a los perros no se les permite estar en el porche. La única regla del pueblo, al parecer.

La Terlingua moderna —si es que puede aplicársele este adjetivo— se enclava entre las ruinas del pueblo minero que se hubo levantado en este lugar entre finales del siglo XIX y mediados de la década de 1940, cuando se hundió el precio del mercurio. Pueden verse aún muros de piedra y otros restos del antiguo pueblo. El cementerio está repleto de tumbas de mineros mexicanos, muchos de los cuales cruzaron el río hacia el norte huyendo de la revolución, solo para morir del mercurialismo que contraían al tratar el mineral. No pocos se veían envueltos en tiroteos. La mayoría de las sepulturas no son sino montones de rocas con dos palos formando una cruz. Sin embargo, también puede observarse el impulso artístico que late en las venas de esta anárquica sociedad. Algunas tumbas mexicanas sí están decoradas con cuentas de colores, velas y flores de plástico. Las tumbas anglosajonas posteriores no son tan solemnes; las embellecen banderas, tótems, esculturas, gorras, muñecos, montones de botellas de cerveza vacías y monedas de diez o veinticinco centavos.

«Tú te emocionas y yo me preocupo», observó Roberta mientras botábamos en nuestros asientos, cuando recorríamos en todoterreno una pista de tierra en Big Bend. Nos habían alertado en varias ocasiones sobre los osos negros, y un puma acababa de cruzar el camino por delante de nosotros. Era cierto; yo estaba emocionado.

Poco antes, había reflexionado sobre lo sólido que era nuestro viejo Land Cruiser. Podría subir la ladera de una montaña por empinada que fuese. Lo había comprado diecisiete años atrás y, salvo por las revisiones rutinarias, solo ha estado en el taller en una ocasión. Le soy muy leal. Empecé a pensar en la confianza que deposito en algunas de mis posesiones más preciadas. Mi bicicleta o un par de zapatos al que le he cambiado las suelas varias veces. Le pregunté a Roberta qué objetos la hacían sentir así, y mencionó un collar de plata que le regalé por Navidad hace años. Desde luego, nuestros enfoques son bien distintos. Aunque, por otro lado, supongo que ambos tenemos plena confianza en el otro, en virtud de nuestras respectivas formas de entender las cosas.

Llegamos por fin al campamento, al pie del cañón del Pino. Se cernían sobre nosotros las elevadas paredes púrpura de una vieja caldera volcánica. Se trataba de un lugar remoto y desolado, pero su majestuosidad nos dejó mudos un buen rato.

Había pasado mucho tiempo desde mi última acampada. Me sobrevinieron recuerdos de excursiones a distintos parques nacionales y reservas del oeste del país. La primera acampada familiar que hicimos fue en Colorado. Gordon y Caroline tenían diez y cinco años, respectivamente. Yo había comprado una tienda de campaña familiar. Era gigantesca, y tenía un toldo para comer fuera. Compré también un farol, un hornillo Coleman y una mesa de pícnic plegable.

No saqué ninguna de las cosas de los embalajes hasta la noche que llegamos al Parque Nacional de las Montañas Rocosas. No sé cómo, pero fuimos capaces de montarlo todo. Al día siguiente cayó una tormenta. Pasamos la tarde acurrucados unos contra otros en torno al farol, jugando a juegos de mesa.

Los niños crecieron y Roberta y yo perdimos el hábito de acampar. Supongo que estábamos esperando a que nuestros nietos crecieran para disfrutar de días y noches al aire libre, con sus mosquitos y sus garrapatas, con su frío y su calor. Yo siempre he creído que las experiencias tienen que escocer un poco para hacerse un hueco duradero en el recuerdo y el corazón.

Después de comer, fuimos a dar un paseo por el cañón. Atravesamos casi dos kilómetros de pradera. Roberta sufre de asma, herencia de tres neumonías que sufrió durante sus años como profesora. La enfermedad es el peaje de los profesores, especialmente en primaria. Una vez fue elegida Profesora del Año en su colegio, pero tuve que rogarle que lo dejara. Era demasiado peligroso. Ahora, muchos de sus alumnos son adultos o estudian en la universidad. Ella sigue encontrándoselos en restaurantes o en el supermercado. Fue una de esas profesoras que todo el mundo recuerda.

Nos encontramos a una familia hispana que descansaba a la sombra de un junípero. Tenían dos bulliciosos niños de menos de cinco años. La encantadora madre, una chica joven, tenía de esos ojos alegres que desaparecen en una rayita al sonreír. Se apartó el fular para que viéramos al bebé al que estaba dando pecho. Cuando nos despedimos de ellos, Roberta dijo: «Ya no me voy a quejar más».

Sendero arriba, vimos a un grupo de personas que observaban aves. Sus prismáticos apuntaban hacia una pequeña bandada de pinzones que había entre unos arbustos. Eran unos tipos muy metidos en su pasión y orgullosos de ello. Me contaron las especies que habían visto y comparamos notas. Les dije que el único pájaro que habíamos visto nosotros, y ellos no, era el capulinero.

—Eso que habéis visto no sería un capulínero. Sería una tacuarita de cola negra —insistía una de las chicas del grupo, invocando su autoridad como miembro de la Sociedad Audubon del condado de Williamson.

—Bueno, era pequeño y negro, y tenía una cresta muy prominente —repuse yo.

—Los capulíneros no tienen cresta —insistió ella de nuevo, sin dar su brazo a torcer.

El sendero empezó a subir, y la temperatura, a caer. Las piedras estaban húmedas y resbalaban. Llegamos al final de la ruta, una pared de roca de setenta metros de alto, con chorreras ennegrecidas. El agua caía por la pared y empapaba los peñascos color arcilla que había al pie.

Durante el camino de regreso al campamento, discutimos sobre el color de la chara pechigrís. Roberta dijo que es turquesa, sabiendo perfectamente que ella y yo nunca nos ponemos de acuerdo en si el turquesa es un verde o un azul. Para mí, las charas son color celeste. «No, el cielo es celeste», replicó ella. Yo juego con desventaja cuando se trata de nombrar colores. De niña, Roberta tenía un estuche con sesenta y cuatro ceras marca Prang, cuyos sesenta y cuatro tonos asegura recordar. Finalmente, decidió que la chara pechigrís es de un color «cian iridiscente».

De vuelta en el campamento, puse a hervir un cazo de agua en el hornillo y vertí el contenido de nuestra cena deshidratada, una lasaña, que remataríamos con un sabroso crujiente de manzana. Bebimos vino y contemplamos cómo las mesetas se desangraban en el cielo del crepúsculo. Justo antes de oscurecer, un cuclillo piquinegro se posó en la rama de una pita y se unió a la sinfonía de cánticos vespertinos. Sobre el horizonte apareció la Osa Mayor. El reloj no marcaba ni las siete de la tarde. Era ridículo meterse en la cama tan temprano,

pero era noche cerrada y hacía frío. Nos metimos en la tienda y cerramos la cremallera. Habíamos llevado gorros de lana y leotardos, así que estábamos calentitos. Yo había olvidado, no obstante, lo duro que está el suelo en una tienda de campaña.

En plena madrugada me desperté con la incómoda certeza de que tenía que plantar un pino. Agarré una linterna, bajé la cremallera de la entrada lo más silenciosamente posible y salí de la tienda a gatas. Las montañas se levantaban frente a mí, como grabadas en negro contra un telón tachonado de estrellas. No había luna. La Osa Mayor estaba ya casi en el cénit. Tuve la sensación de que la luz de las estrellas me oprimía contra el suelo, como si tuviera peso. No me hizo falta la linterna para ver el sendero que llevaba entre las chumberas hacia una rambla cercana.

Mi padre me contó una vez que había vivido una experiencia mística haciendo de vientre junto a un arroyo truchero. Él no era de ese tipo de personas que hablan de cuestiones fisiológicas, así que me quedé tan sorprendido que no le pregunté cuál fue aquella revelación. Ojalá me lo hubiera contado. Martín Lutero, que estaba obsesionado con la escatología, afirma en sus textos que fue en el retrete donde le llegó la inspiración que sentaría una de las bases del protestantismo, la de que la salvación llega solo por la fe. Fue entonces cuando «nació de nuevo». Yo jamás he vivido una experiencia así, pero bajo aquellas estrellas todo parecía posible. Una generación tras otra, hasta la mía, la mayor parte de la humanidad ha vivido bajo el cielo estrellado. Cuando la gente empezó a mudarse a las ciudades y a usar cada vez más iluminación, el cielo desapareció y las estrellas nos dejaron de recordar cuál es nuestro lugar en el universo, lo cual adormece sin duda nuestra capacidad de asombro.

Cuando regresé a la tienda, Roberta se había despertado y su cabeza asomaba por la puerta de la tienda. «¡Dios mío, es increíble!», exclamó.

Al amanecer, había dos liebres frente a la tienda. Se alejaron unos metros saltando y se quedaron mirándome. Juraría que hacían comentarios irónicos en su idioma mientras me observaban. Roberta salió cuando el café estuvo listo. Starbucks Instant, un avance milagroso si lo comparamos con el café de pucherete de toda la vida. Levantamos el campo y nos dirigimos hacia el Río Grande Village, en el límite sudoriental del parque.

Desde allí ascendimos un promontorio y contemplamos Boquillas, el pueblecito mexicano que se levanta al otro lado del río, con sus casitas de adobe color rosa palo, «como en el juego de mesa Candy Land», según Roberta. Antiguamente se podía cruzar el río en bote para comer al otro lado, pero desde el 11-S hace falta el pasaporte para regresar, y nosotros no lo llevábamos.

Me fijé en una pareja que observaba el agua por debajo de la pasarela de madera por la que caminábamos, que en ese punto salvaba una zona pantanosa. «Una perca del río Grande», opinó el hombre, señalando entre los tablones del suelo un par de increíbles peces color gris verdoso con motas color crema. «Es el único cíclido endémico de Texas», añadió. Resultó ser ingeniero de la industria petrolífera, pero había estudiado biología en Texas Tech y se había especializado en ecosistemas de agua dulce. La perca, una hembra, había formado una especie de nido circular con cieno, mientras el macho patrullaba diligentemente el perímetro. Este tipo de percas son monógamas, cosa rara en el reino animal; otros animales fieles de por vida son el topillo de las praderas, la grulla canadiense, el pingüino de penacho anaranjado, el buitre negro y el caballito de mar barrigudo. La lista no es muy larga, y eso me lleva a preguntarme si el amor existe fuera de la sociedad humana o si es simplemente un cómodo hábito en el que caen algunas criaturas.

Almorzamos bajo un impresionante dosel de hojas de palmera, junto a los restos de un antiguo campamento médico. Nos habíamos puesto los bañadores

para darnos un baño en los manantiales de agua caliente, conocidos desde antaño, que desaguan a la misma orilla del río. Antiguamente, había aquí un pequeño balneario del que ya solo quedan los cimientos. Nos sentó muy bien lavarnos después de la acampada y la caminata. Las aguas color avellana del río Grande bajaban más frías aquí por la aportación del río Conchos, que atraviesa el estado mexicano de Chihuahua. Podría haber lanzado fácilmente una piedra a la orilla mexicana. Me salí del agua caliente del manantial y me dejé abrazar por las aguas rápidas del río.

El sueño de cerrar la frontera con México tiene una larga historia. «El Gobierno de Estados Unidos tiene la intención de construir una valla de gran altura a lo largo de casi mil seiscientos kilómetros, junto a la orilla del río Grande, en Texas, para mantener a raya a los trabajadores mexicanos inmigrantes, conocidos como espaldas mojadas», escribió Donald Judd en 1992, en una de sus originales diatribas.

Ya hay globos gigantes vigilando el comercio de drogas. Tras hacerse cargo de las dimensiones del problema y del ritmo al que está creciendo, su plan es hinchar una tienda de campaña para que flote sobre Texas, de manera que los aviones militares puedan volar en paz. Los gases nocivos de alcantarilla que nos han enviado desde Nueva York mantendrán la tienda inflada [...]. El mapa de nuestro estado tiene un contorno muy interesante; la gigantesca y bulbosa tienda de campaña que cubrirá el estado impresionará a todos los que se acerquen a ella desde el cielo, más aún que la silueta de las ciudades. Podemos ponerle aire acondicionado también. Y habrá que dejar un agujero, claro está, para acceder al aeropuerto de Dallas-Fort Worth, el centro de Texas.

Me preocupa que el Gobierno de Trump empiece a construir un muro en Big Bend solo porque es propiedad directa de las autoridades federales. Otro de los días que pasamos allí, recorrimos el cañón de Santa Elena, al otro lado del

parque. Las paredes del lado mexicano del cañón se levantan más de cuatrocientos metros. La luz del atardecer me recordaba a los épicos cuadros sobre el Viejo Oeste pintados por Albert Bierstadt. Traté de imaginar un muro que recorriese el río por el centro de su lecho; era como tratar de encarcelar la naturaleza.

Es cierto que muchos inmigrantes sin documentos cruzan por Big Bend; en 2016, la Patrulla Fronteriza detuvo a 6.366 personas que, al parecer, habían entrado al país ilegalmente por el parque, y aprehendieron siete kilos de cocaína y casi veinte toneladas de marihuana. Son estas cifras muy bajas en comparación con otros sectores de la frontera, pero no pueden despreciarse. Cuando Roberta y yo estuvimos eligiendo en qué campamento acampar, vimos que había algunos, situados en el extremo del parque, junto al río, que estaban cerrados al público por el tráfico ilegal en ese punto. Volvieron a abrirse de súbito, cuando las autoridades volvieron a considerarlos seguros, una vez probado que la vigilancia era mucho más estricta, lo cual demuestra que hay maneras de controlar la frontera sin destrozar uno de los rincones más bonitos del estado.

Cuando salimos del agua nos encontramos con dos miembros de la tribu de los carrizos, también conocidos como comecrudos, Jesse Manciaz y Peter Owen. Jesse cargaba una bandolera con remedios naturales y un collar de garras de oso. En la cinta del sombrero llevaba prendida una pluma de águila, lo que indicaba su condición de guerrero, pues era veterano de Vietnam. Peter se tocaba con un elegante sombrero tipo *porkpie*.

«Estamos manteniendo reuniones con distintas personas para hablar sobre el muro», nos contó Jesse. Explicó que su tribu vive a los dos lados del río. Están acostumbrados a cruzarlo sin dar cuentas a nadie. Ahora amenazan con partir su tierra en dos. Insistió en que era muy difícil hacer llegar su mensaje a la sociedad. «La gente cree que en Texas ya no hay nativos», se lamentaba.

Peter apuntó que se debía quizá a que los mexicano-estadounidenses no conocen realmente su condición. «No son sino nativos americanos.»

En el acantilado que teníamos ante nosotros, bastante arriba, había antiguas pinturas rupestres. Nadie sabe cómo se pintaron. Habrían hecho falta escaleras de al menos seis metros de largo. El oeste de Texas está plagado de estos emblemas inescrutables. Algunos tienen miles de años; otros más recientes muestran la presencia de los conquistadores. A veces se distinguen bisontes, serpientes y otros animales, pero las pinturas de aquella pared resultaban muy enigmáticas. Roberta creyó identificar un búho. «Al búho siempre se lo ha considerado un mensajero», informó Jesse. A través de los prismáticos, pudimos ver que del cuerpo del supuesto búho emergía una protuberancia. «Un falo, quizá —conjeturó Peter—. Muchas de estas pinturas están relacionadas con rituales de pubertad.» Mencionó una pintura, situada fuera del parque, que, vista con la luz apropiada, parece representar un falo entrando en una vagina. «La vida misma, ya sabe.» Desde luego, se diría que los adolescentes tienen todas las mismas preocupaciones, con independencia del momento histórico.

De regreso al aparcamiento, nos encontramos con otra pareja que observaba aves. Les hablé del dilema que viven los nativos cuya tierra quedaría dividida por el muro. «La gente cree que Estados Unidos es un país enorme y abierto donde todo el mundo puede hacer lo que le dé la gana», replicó irritado el hombre. La mujer añadió: «No sé qué tiene de malo el muro, siempre que esté construido de su lado, claro».

Condujimos hasta Del Río, adonde llegamos cuando ya había anochecido. Las estrellas ya no se distinguían en el cielo. Fuimos a cenar a Manuel's Steakhouse. En una televisión gigante estaba puesta la entrega de los Óscar. Luego volvimos a nuestro hotel, The Hampton Inn. Nos sentó muy bien dormir de nuevo en una cama. Por la mañana, me giré y posé la mano sobre el pecho de Roberta. Sentí su corazón como si me palpitara dentro de la mano.



Entre confederados

La última semana de julio, Roberta, Steve, su esposa Sue Ellen y yo fuimos al cementerio estatal para elegir nuestras futuras tumbas. Está en la calle Siete Este, en Austin. Ese vecindario estaba habitado antiguamente por obreros hispanos, pero se ha vuelto cada vez más lujoso, con bares y restaurantes que ofrecen a los hípsters amplias opciones para contemplar su propia mortalidad.

Había llovido la noche anterior y la hierba estaba reluciente de vida. Nos paseamos por el cementerio en un carrito de golf, valorando las distintas parcelas. En Monument Hill, nos gustó solo una sepultura, la ocupada por Eugene Cernan, exastronauta de la NASA y último ser humano en pisar la Luna. Tuve la oportunidad de entrevistarlo en una ocasión y me dijo que había escrito las iniciales de su hija —TDC, Teresa Dawn Cernan— en el polvo lunar. Fue también el último hombre en hablar en la Luna, mientras encendía el vehículo del módulo de aterrizaje para acoplarse de nuevo al orbitador, cuando dijo: «Bueno, vamos a sacar este cacharro de aquí». Cernan quería descansar en la cima de Monument Hill para estar lo más cerca posible de la Luna.

Muy cerca, se encuentra la tumba de otro explorador, el marinero francés hallado en el pecio *La Belle*, único remanente de la desastrosa expedición capitaneada por René Robert Cavelier, señor de La Salle, en 1686. El barco,

con el esqueleto del marinero intacto y una taza de peltre con la inscripción «C. Barange» —su nombre, tal vez—, estuvo oculto en el cieno de la bahía de Matagorda trescientos años, hasta que los arqueólogos lo descubrieron. Entre los monumentos de guerra se encuentra uno dedicado a los llamados Nueve Hombres de Praha, en memoria de los soldados de esa pequeña localidad de Texas que murieron en la Segunda Guerra Mundial. Eran los únicos jóvenes del pueblo.

En la cima de Republic Hill, se levanta una estatua de Stephen F. Austin, fundador de Texas, quien también trajo la esclavitud a la colonia, lastrando su creación con gran iniquidad y tumulto. En torno a ella, se agrupan las futuras sepulturas de diversos gobernadores y políticos. George W. Bush será el primer presidente enterrado en el lugar, cuando llegue su hora, y también vendrán aquí Rick Perry y Dan Patrick. Encontramos a Robert McAlpin Williamson, alias Willie Tres Patas, que tenía una pata de palo, pero que aun así luchó en la batalla de San Jacinto, para luego ser congresista con la República. Lo acompaña Dan Moody, el gobernador más joven de la historia de Texas, el cual fracturó al Ku Klux Klan, que tuvo un poder notable en el estado durante la década de 1920. Como fiscal general, Moody derrocó asimismo al corrupto gobernador James E. Ferguson, y a su esposa, Miriam, quien lo había sucedido en el cargo y fue nuestra primera gobernadora. Miriam Ferguson se hizo un hueco en la tradición texana al hacer campaña contra la educación bilingüe, exclamando supuestamente: «Si a Jesús le bastaba con hablar inglés, a los escolares de Texas les bastará también». En esa muestra de sociedad no segregada del cementerio, Mamá y Papá Ferguson yacen casi cabeza con cabeza con Dan Moody.

Acepto que mi vida ya ha sido vivida. Ha sido una vida de provincias en muchos sentidos, y en ella me he cruzado solo ocasionalmente con la historia y el pueblo que la ha construido. Siempre he optado por permanecer a un paso

del centro de la acción, a saber, el bullicio de Manhattan, los corrillos del poder en Washington o los bungalows de los estudios hollywoodienses. Esas son todas vidas que me atraieron. Cada una de ellas podría haberme procurado más satisfacciones que la que elegí. En cambio, he vivido en una cultura todavía en crudo, no totalmente formada, que se desarrolla en los márgenes, pero que crece en influencia y se demuestra magnífica y peligrosa en su potencial. He estado tan cerca de esas seductoras vidas alternativas que he paladeado el perfume de la tentación. Y, sin embargo, un instinto, tal vez cobarde, me susurró al oído que, si aceptaba la oferta de vivir en otro lugar, me convertiría en otra persona distinta. Mi vida podría haber sido más grande, pero habría sido una falsificación.

No estaría en casa.

Hay algunos amigos ya por aquí. Bud Shrake, un escritor al que todos amábamos, yace junto a su novia, Ann Richards, la exgobernadora. El epitafio de Ann cita su discurso inaugural en 1991: «Tenemos hoy la visión de un Texas en el que la oportunidad no sabe de raza, género o color. Atisbamos lo que puede ocurrir en el Gobierno si abrimos las puertas y dejamos entrar a la ciudadanía». El epitafio de Bud dice: «*So far, so bueno*».[\[50\]](#)

Seguimos recorriendo el camino y pasamos ante la lápida blanca del exlegislador Bill Kugle, que quiso que por toda la eternidad se supiera que «nunca votó por los republicanos y tenía poco que ver con ellos». El monumento de granito negro en recuerdo a Barbara Jordan, primera texana afroamericana elegida a la Cámara de Representantes nacional, simplemente dice «Patriota». Al pie de la colina, en ordenadas filas, las tumbas de dos mil soldados confederados. Por encima de ellos, en una sombreada ladera, se alza el monumento a su comandante, Albert Sidney Johnston, héroe de la Revolución de Texas y uno de los más grandes generales confederados, caído en Shiloh.

Al pie de Johnston nos detuvimos a descansar un rato. Todavía se podía ver a Stephen F. Austin en la cima de la otra ladera, con la mano extendida en nuestra dirección. Me sentí un poco mareado. Todos estuvimos de acuerdo con bastante rapidez.

Había tomado mi decisión.

Agradecimientos

El estado de Texas ha recibido mucha atención de periodistas que piden cuentas a nuestros líderes políticos y empresariales. Se trata de un hecho particularmente destacable en una época en la que la prensa es objeto de todo tipo de ataques y los periodistas son a menudo víctima de agresiones personales por parte de las personas más poderosas de nuestro estado y de nuestro país. Tengo la suerte de contar con muchos amigos en la prensa, algunos de los cuales han desempeñado un papel fundamental en la preparación de este libro. Mimi Swartz, de *Texas Monthly* y *The New York Times*, ha sido una sabia y optimista consejera, no solo en este proyecto, sino a lo largo de toda mi carrera profesional. Hizo un valiosísimo trabajo como guía en su ciudad adoptiva, Houston. Robert Bryce, escritor y uno de los principales miembros del Manhattan Institute, me dio una utilísima introducción a la industria del petróleo y el gas. Robert Wilonsky, columnista de *The Dallas Morning News*, me permitió ver con otros ojos la ciudad en la que viví mucho tiempo, Dallas. Mónica Ortiz Uribe, periodista en una emisora de radio independiente, me descubrió las dos ciudades de su vida, El Paso y Ciudad Juárez. El historiador Lonn Taylor me aportó una muy interesante visión general del oeste de Texas. Manny Fernández, corresponsal jefe de *The New York Times* en Houston, tuvo la amabilidad de recibirme en mitad de la vorágine de trabajo que había llevado a la redacción el huracán Harvey. Y, por supuesto, he de dar las gracias a mi buen amigo Stephen Harrigan, que lleva casi cuarenta años echándome un cable tras otro.

Steve y yo somos dos de los integrantes del grupo de cuatro que se reúne para desayunar y conversar todos los lunes; mantenemos una perenne conversación que me ha procurado gran deleite intelectual y me ha enseñado muchas cosas. No pocas de las ideas que examino en este libro salieron al tapete por primera vez junto a Steve, Gregory Curtis, antiguo redactor de *Texas Monthly*, y el historiador H. W. Brands.

En 2009, apareció en Texas una nueva publicación periódica, la cual ha hecho más que ninguna otra plataforma u organización por mantener a los texanos informados sobre la política de este estado. John Thornton, inversor de Austin, junto con Evan Smith, entonces redactor jefe de *Texas Monthly*, y Ross Ramsey, antiguo redactor y propietario de *Texas Weekly*, aunaron fuerzas para crear una plataforma totalmente digital que llamaron *The Texas Tribune*. Hoy en día, no conozco ningún otro estado cuya actualidad política esté tan minuciosamente cubierta como Texas, y esto es gracias a *The Texas Tribune*. Y, sin lugar a dudas, en ningún otro estado es más necesaria esta labor informativa.

Las ilustraciones de David Danz retratan a las mil maravillas el espíritu de Texas y su diversidad. Una vez más, Jan McInroy hizo una escrupulosa lectura del manuscrito. Cuando me devuelve mi texto repleto de rojo, siempre me avergüenzo un poco por los numerosos errores y erratas que es capaz de acorralar y poner bajo arresto gramatical. También debo dar gracias a quienes se han ocupado de verificar datos; en *The New Yorker*, Tammy Kim, Fergus McIntosh y Rozina Ali revisaron el artículo «America's Future Is Texas», que apareció en dos partes los días 10 y 17 de julio de 2017 y fue la génesis del libro que el lector tiene entre las manos. David Kortova y Elizabeth Barber revisaron «Historia de tres pozos», que se había publicado el 1 de enero de 2018 en *The New Yorker* con el título de «La economía de la gula». Emily Gogolak, una profesional formada en Nueva York, se trasladó a Austin justo a

tiempo para revisar el resto del manuscrito. Bienvenida a Texas, Emily.

Algunas partes del libro, principalmente del capítulo «Cultura de Texas para principiantes», aparecieron en *Texas Monthly*, en ese caso con el título de «Remembrance of Things Primitive», en febrero de 1993.

Las siguientes personas me han ofrecido una extraordinaria ayuda que es motivo de envidias: Ann Close, mi editora en Knopf desde hace mucho; Andrew Wylie, el mejor agente del mundo, y Daniel Zalewski, que es mi editor y colaborador en *The New Yorker* desde hace muchos años (y espero que lo sea muchos más). Fue uno de los redactores de esa maravillosa revista, David Remnick, quien me pidió «explicar Texas», porque creo que no entendía muy bien por qué vivo en este estado. Espero que este libro responda a tu pregunta, David.

Notas

[1] «Somos petroleros y filósofos, / astronautas y ganaderos, / pescadores y obreros, / y profesores universitarios. / Somos carpinteros, predicadores, / artistas y médicos, / *geeks* tecnológicos / y músicos *redneck*. / Somos Iglesia de Cristo o baptista / (evangélica o sureña). / Somos heteros y gais, y lo que nos dé la gana. / Venimos en todos los colores: / somos checos, griegos y mexicanos, / vietnamitas y cajún. / Nos extendemos por un cuarto de millón de millas. / No tenemos lengua común. // Dios salve Texas / ¡de la masa bienintencionada! / Dios salve Texas / ¡de impostores e idiotas! / Dios salve Texas / ¡Él es el único que puede!» (*Todas las notas son del traductor.*)

[2] El típico saludo en el inglés texano.

[3] Frase que imita el saludo *Have a Really Nice Day* («¡Que pases un día estupendo!»), pero recurriendo al nombre de pila del famoso cantante texano Willie Nelson, que se pronuncia de manera parecida a *really*.

[4] Frase hecha muy habitual que podría traducirse como «Cuidadito con Texas».

[5] «Venid a por ellas.»

[6] Sequía sin precedentes que afectó durante la década de 1930 a una gran extensión del continente norteamericano, desde el golfo de México hasta Canadá.

[7] La típica taberna subterránea alemana.

[8] «Fuente amarga.»

[9] El nombre usado en inglés para la antena parabólica; literalmente

significa «plato».

[10] «Las cintas del fisco: ¿quién me compra mis recuerdos?»

[11] Literalmente, «las vidas blancas importan».

[12] Estadio multiusos de la ciudad de Houston.

[13] En español en el original.

[14] «Ventre.»

[15]

En inglés, hay un juego de palabras entre *laureate* («laureado») y *lariat* («lazo de cuerda para caballerías», proveniente de «la reata» española), que se pronuncian de manera similar.

[16] «Duro de rascar.»

[17] Literalmente, y por orden, «vaqueros», «guardabosques», «forajidos», «cohetes», «petroleros», «espuelas», «delfines» y «arrendajos azules».

[18] «Mamás, no dejéis que vuestros niños se hagan vaqueros.»

[19] «Los vaqueros no son fáciles de amar y menos aún de retener. / Prefieren darte una canción que diamantes u oro. / Hebillas con la estrella solitaria y unos viejos Levi's gastados, y cada noche comienza un nuevo día. / Si no lo entiendes y él no muere joven / probablemente termine marchándose al galope.»

[20]

Mítico animal mitad liebre y mitad antílope, perteneciente a la cultura popular estadounidense.

[21] Las frases originales en inglés son *We had some sex* y *We had some setbacks*.

[22] Frase gramaticalmente incorrecta en inglés. El verbo *is* (singular) debería ser *are* (plural). La traducción literal sería: «¿Está nuestros hijos aprendiendo?».

[23] Aquí, Bush, al parecer, combina erróneamente dos verbos *to*

misunderstand («malinterpretar») y *to underestimate* («infravalorar»).

[24] Radio pública en Estados Unidos.

[25] La palabra inglesa *target* podría traducirse por algo así como «diana».

[26] «Pollas, no pistolas» y «Cógelo y córrete», respectivamente. El segundo eslogan es un juego de palabras con el lema *Come and take it*, («Venid a por ellas»), mencionado anteriormente, que aparecía en la bandera exhibida por los texanos durante la batalla de Gonzales contra México, en el marco de la Revolución de Texas.

[27] Organización no gubernamental dedicada a la formación en liderazgo y al ámbito de la sociedad civil.

[28] «¡Texas, oh, Texas! ¡Salve, poderoso estado! / ¡Texas, oh, Texas! ¡Tan maravillosa y grande! / La mayor y más grandiosa, que supera toda prueba; / oh, imperio amplio y glorioso, en pie te mantienes bendecida por el Supremo.»

[29] «Las vidas negras importan.»

[30] «Nariz de polla.»

[31] Literalmente, «demócratas asesinos».

[32] Ann Richards hizo un famoso juego de palabras intraducible entre la expresión *to put one's foot in one's mouth*, que literalmente significa «ponerse el pie en la boca» y quiere decir «decir algo embarazoso o inconveniente»; y *to be born with a silver spoon in one's mouth*, cuyo significado literal es «nacer con una cuchara de plata en la boca» y quiere decir «ser de familia rica».

[33] De nuevo, un juego de palabras intraducible de Ann Richards. En el original hace alusión a los *wise men*, que es el nombre que se le da en inglés a los Reyes Magos, pero literalmente significa «hombres sabios» u «hombres prudentes».

[34] «Alto a la californización de la música texana.»

[35] «Vestíbulo.»

[36] En castellano, «jinetes duros».

[37] Literalmente, «fondo de los días lluviosos».

[38] En inglés, «mucosidad».

[39] «Tengo en mi puño el poder del kungfu estilo ninja.»

[40] Traducible por algo así como «Que Austin nunca deje de ser rara».

[41] «Hagamos de nuevo grande a América» y «Orgullosa de ser deplorable», respectivamente.

[42] «Texanos temerosos de Dios, detened el Obamacare.»

[43] «¿Qué haría Sam Houston? / ¿Qué haría Davy Crockett? / lo que voy a hacer. / Voy a luchar contra Obamacare. / Voy a derrotar Obamacare.»

[44]

David A. Branding, *Octavio Paz y la poética de la historia mexicana*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2002, trad. de Antonio Saborit.

[45]

En los años sesenta, llevar peluca era una moda muy extendida.

[46] Es decir, Dos Tazas.

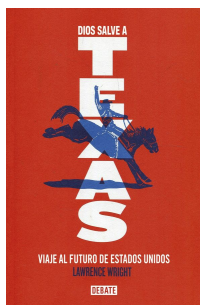
[47] «Abrazos, no muros.»

[48] *Notrees* significa «sin árboles».

[49] «Solo la soledad / sabe cómo me siento esta noche.»

[50] Se trata de una versión jocosa en espanglish de la expresión *So far, so good* («Por ahora, todo bien»).

La exploración de uno de los estados más controvertidos de Norteamérica desde la penetrante mirada y el humor de un nativo.



Texas, el llamado estado de la estrella solitaria, se parece mucho a la América que Donald Trump tanto anhela construir. El estado, profundamente republicano, no ha elegido a un demócrata como representante en más de veinte años. No obstante, las principales ciudades texanas son demócratas, de las más diversas de la nación, y sus minorías, como por ejemplo la comunidad musulmana, ya empiezan a conformar mayorías.

Mientras Texas, un estado conocido por ser el rey del petróleo, ha logrado superar a California exportando tecnología, su crecimiento económico se ve cuestionado por importantes brechas salariales. En esta obra, el escritor texano Lawrence Wright expone estos y otros datos que contribuyen a evidenciar la disparidad que gobierna en el seno de la sociedad texana y refleja cómo eran, cómo son y cómo podrían ser en un futuro los Estados Unidos de América.

Críticas:

«Wright, ganador de un Premio Pulitzer, guionista, dramaturgo y redactor en *The New Yorker*, es y ha sido durante mucho tiempo uno de los escritores más cautivadores de Texas.»

Cecile Richards, *The Washington Post*

«Es un escritor texano, un anecdotista que, aunque deambula por sus relatos especificando solo ocasionalmente dónde quiere ir a parar, siempre conduce al lector a su destino. En su voz, se identifica a un verdadero escritor neoyorquino y, en su prosa una pulcra y agradable informalidad.»

Benjamin Markovits, *The Guardian*

«Su gran sensibilidad se adecua perfectamente al tema de su última obra y le ayuda a capturar una imagen completa de Texas en su suerte y su desgracia.»

Jennifer Szalai, *The New York Times*

Sobre la autora

Lawrence Wright se licenció en la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans, y trabajó durante dos años en la Universidad Americana de El Cairo, en Egipto. Es escritor, guionista, autor teatral y redactor de *The New Yorker* desde 1992. Aclamado por la crítica internacional, a lo largo de su trayectoria ha publicado un buen número de obras, entre las que destacan *La torre elevada* (Debate, 2009), con la que ganó, entre otros, el prestigioso Premio Pulitzer, y *Los años del terror* (Debate, 2017).

www.lawrencewright.com

Título original: *God Save Texas*

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2018, Lawrence Wright

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Miguel Marqués Muñoz, por la traducción

Ilustraciones de David Danz

Agradecemos encarecidamente a Hal Leonard LLC por permitirnos citar un fragmento de «Mammas Don't Let Your Babies Grow Up to Be Cowboys», letra y música de Ed Bruce y Patsy Bruce, © 1975, Sony/ATV Music Publishing LLC. Todos los derechos administrados por Sony/ATV Music Publishing LLC. International. Todos los derechos reservados

Fragmentos de este libro aparecieron por primera vez en *The New Yorker* bajo los títulos de «America's Future Is Texas» (10 de julio del 2017) y «The Glut Economy» (1 de enero del 2018); y en *Texas Monthly* bajo el título de «Remembrance of Things Primitive» (febrero de 1993).

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Allen Lane

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9992-952-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Dios salve a Texas](#)

- [1. Los encantos naturales](#)
- [2. Historia de tres pozos](#)
- [3. Houston, tenemos un problema](#)
- [4. Cultura de Texas para principiantes](#)
- [5. Cuna de presidentes](#)
- [6. Enciendan la radio](#)
- [7. La gran D](#)
- [8. Fabricantes de salchichas](#)
- [9. La ciudad de la Corona Violeta](#)
- [10. Más salchichas](#)
- [11. Tierras fronterizas](#)
- [12. Fuerte y solitario](#)
- [13. Muy lejos, muy al oeste](#)
- [14. Entre confederados](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)